· Autora superventas de *Con las manos en las bragas* ·

NOELIA MEDINA

LA MANZANA MORDIDA DE EVA

TRILOGÍA
PECADO DIVINO
PARTE II

La manzana mordida de Eva

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).
© Noelia Medina 2022
Composición: As Design

La manzana mordida de EVA

Trilogía
Pecado divino
parte 2

Noelia Medina

Los pecados escriben la historia, el bien es silencioso.
Goethe

Para los Verdaderos.
Por haber abrazado a este proyecto con tanto amor.

Índice

Nota de la autora

1

IKRAM
Unos meses atrás

2

Adán
En la actualidad

3

Eva

4

5

IKRAM
Un tiempo atrás

6

Adán
Un tiempo atrás

7

Eva

8

9

Adán

10
Un tiempo atrás

11

Eva

12

Adán

13

Eva

14

Adán

15
Un tiempo atrás

16

Eva

17

18

Adán
Un tiempo atrás

19

IKRAM
Un tiempo atrás

20

Eva

21

22

IKRAM
Un tiempo atrás

23

Eva

24

Adán
El último día

25

26

Eva

27

IKRAM

28

Eva

29

30

Adán

31

IKRAM

32

Eva

Continuará…

Agradecimientos

Biografía de la autora

Nota de la autora

Cada cual que siga su camino,
cada cual que baile su canción.
Tú destino, dicen, ya está escrito,
el mío tengo que escribirlo yo.

Fito & Fitipaldis

Escribir esta segunda parte se ha convertido en una odisea. La vida se propuso que no lo hiciera, pero yo venía dispuesta a sacarle el dedo. La falta de tiempo, mi estado de ánimo durante el último año y las dificultades no han ayudado, pero aquí está.

Cada vez que las palabras se me atascaban en el pensamiento y en la garganta, aparecía de fondo una canción de Fito. Al principio pensé que mis paranoicas señales comenzaban a sobrepasarme. Pero entonces la voz de Fito volvía a sonar: en el coche, en la radio de casa, en las redes… Fue determinante que encabezara cada capítulo de este libro el día que, viajando a Granada, Aeternum decidió poner una lista de reproducción completa y sus letras fueron tomando forma en mi pensamiento.

Esta trilogía está llena de señales, de coincidencias, de personas reales que me han inspirado y abrazado. De quienes se toman el proyecto como algo totalmente suyo y yo lo cedo encantada para que recoja todo ese amor que están dándole.

Está colmada de excursiones a La Casita de Campo, de museos que me ayudaron en la documentación, de cámaras, guiones, barbacoas y copas que han chocado para celebrar lo conseguido. No puedo sentirme más orgullosa de ella y del camino que está tomando.

Sigamos, pues, recibiendo señales y plasmándolas en palabras.

Existen muchas maneras de extrañar. Y yo he experimentado todas y cada una de ellas con tu ausencia.

Cada noche la misma rutina, el mismo miedo, la misma falta.

Yo solo deseaba cerrar los ojos y que desaparecieras, no que tu recuerdo se enredara por entre mis sábanas y me destapara hasta hacerme temblar de frío y de ausencia. Solo quería descender las pestañas para olvidar, y no para que el cielo de tus ojos los abriera de nuevo y me hiciera ver la realidad.

Te he pensado de tantas formas diferentes que podría inventar una enciclopedia sobre ti. Con las sonrisas por los pasillos, las burlas por la mañana o las conversaciones llenas de silencio.

Podría separarlos por secciones y hablar sobre tu cuerpo, pero me niego a que otros conozcan la capacidad de enamorar que tienen tus lunares.

Llámame egoísta, pero a nadie le gusta prestar sus tesoros.

Hoy te he anhelado entre los pliegues blancos de mis sábanas y los rosados de mi sexo. No me escondo. Mis manos han viajado por mi piel como si fueran las tuyas y he recordado aquella primera vez que rocé las nubes con las yemas de los dedos sin montar en un avión. Hoy me he perdido entre jadeos que deberían estar mezclados y, sin embargo, mi habitación ha capturado a solas. Las paredes se han embriagado del placer que me proporciona imaginarte entre mis piernas y he explotado para ellas, ya que no podía hacerlo para ti.

Hay muchas maneras de extrañar, amor. Y yo he experimentado todas y cada una de ellas con tu ausencia.

1

Siempre es la mano y no el puñal. Nunca es lo que pudo haber sido.

IKRAM

Unos meses atrás

El señor que se ganó por iniciativa propia el tratamiento de *padre* siempre me decía que una historia nunca debería comenzar con la descripción de una estancia, que eso no engancha, que aburre. «Algo debe tener esa sala que mantenga activa la atención del lector», me recomendaba. Tendría razón, por supuesto; siempre la tenía. Él era quien sabía de libros, de novelas, planteamientos, nudos y desenlaces, y no yo. No obstante, eligió criar a un ser testarudo que siempre ha ido un poco en contra de todo lo que le han dicho que está mal. ¿Qué esperaba de mí, si me marcaron para toda la vida con un nombre femenino y lo llevé hasta la muerte como uno masculino?

Supongo, por mucho que dijera mi padre, que cada historia debe comenzar situándose en un lugar concreto, a pesar de que tenga poco interés para el lector. No es que yo tuviera una específica que contar, ni querría, en caso de existir, que nadie la supiera. Tenía claro que vine a este mundo con un cometido, y para llevarlo a cabo necesitaba andar de puntillas. Nada de novelas ni protagonistas.

Me froté la cara con ambas manos. En un gesto desesperado y de cualquier manera, me recogí el pelo en un moño con la gomilla que llevaba en la muñeca. Creí estar divagando, puede que por las horas que llevaba en ese lugar, puede que por el cansancio que me producía ir día tras día al mismo sitio en cada uno de mis momentos de descanso.

«¿Qué hago aquí?», volví a preguntarme tras un suspiro.

Quizá cambiaba con tan poca asiduidad de escenario que, ese, aunque deprimente, era nuevo y diferente. Y mejor allí que en La emperatriz. Además, necesitaba saber.

Miré la angosta habitación de color ocre en la que me encontraba y sonreí al darme cuenta de que era inevitable describirla para mis adentros. Si mi vida fuera de libro, sin duda empezaría con la descripción del lugar.

«Eres un caso», me diría mi padre, cabeceando y con una sonrisa en la boca.

Volví mentalmente a la sala. Era cuadrada, muy pequeña, y solo constaba de un cuadro de tonos cálidos que representaba un bosque colmado de hojas secas en el suelo y ramas desnudas alzándose al cielo; un frigorífico, que bien podía ser una caja de zapatos y en el que

a duras penas cabían unas botellas de agua; un rígido e incómodo sillón que parecía hecho de hormigón, y una cama en la que en ese instante se encontraba el elemento que quizá pudiera interesarle al lector. Ese del que hablaba mi padre.

La sueca dormía plácidamente sobre ella, conectada al electrocardiógrafo, y de su brazo aparecía una vía directa a los calmantes que, sin duda, agradecería cuando despertara.

Sus párpados se movieron con esfuerzo, luchando por abrirse. No lo harían. Lo había intentado unas cuatro veces desde el día anterior, pero estaba costándole bastante volver en sí.

Desesperado, cogí el cuaderno que reposaba sobre un pequeño mueble que estaba pegado a la cama y, a su vez, a mi sillón, debido al reducido tamaño del lugar. Se me había olvidado mencionar ese mueble. Miré el folio en blanco, puede que pudiera empezar por ahí. La historia sería sorpresiva de comenzar con un mueble básico que debería servir para guardar los objetos de la paciente y como mesa para comer, ¿no? Pero aquella enferma no llevaba pertenencias y, además, comía por vena. Encima de él, solo estaba la bandeja de comida que me ofrecían cada día y que yo no me molestaba en probar. «O podría empezar con la vida del protagonista cuando era pequeño», me planteé. A mi padre le gustaría ese comienzo melancólico, pero yo seguía pensando que un mueble olvidado siempre es mejor que una infancia aburrida, sin dramas ni sobresaltos.

—¿Qué… qué ha pasado? —La voz rasgada y débil me hizo alzar la cabeza para encontrarme con unos ojos azules envueltos en dos círculos morados que se extendían por la inflamada cara.

Solté el cuaderno sobre el mueble olvidado. ¿A quién pretendía engañar? Jamás podría escribir un libro, ni siquiera para mí, para encerrarlo en el fondo del cajón. Rei para mis adentros con acidez, a ver si así se disolvía esa esperanza que nació un día, hacía muchos años, antes de convertirme en quien era. Matón de día, escritor atormentado de noche. Por la mañana te saco información con la horquilla del hereje para terminar volándote la cabeza de un tiro, y por la tarde firmo libros en El Corte Inglés. Sería un punto.

La sueca esperaba una respuesta, así que aparté mis pensamientos y me centré en ella. Quería avasallarla, sacarle información, pero entendía que primero debía ubicarla y se encontraba débil para hablar. Era pronto para saciar mi curiosidad.

—Biel te dio una paliza que casi te mata. Por lo que me ha contado Adán, puede que el motivo fuera negarte a que tu dueño entrara en tu habitación. Supongo que querías cubrir a esa niña.

—No lo llames así —protestó con esfuerzo, como si hubiera empleado toda su energía en graznar ese comentario. Despacio, pasó la lengua reseca por la lija de sus labios. Un gesto de desagrado y el

entrecejo arrugado evidenciaron que no lo había conseguido.

—¿Así cómo?, ¿tu dueño? Ese es el problema, que se os olvida que lo es. Como consecuencia a tu heroica rebelación con tal de esconder a esa cría, te causó una hemorragia gastrointestinal que casi te hace entrar en parada y, por ende, morir.

La rubia apartó su mirada hundida de mí y la dirigió al techo.

—Mala suerte. —Chasqueó la lengua—. ¿Pue… puedes darme un poco de agua, por favor?

Me levanté y me dirigí al frigorífico a por una de las tres botellas pequeñas de agua mineral. El mueble olvidado era más válido que aquella mierda de electrodoméstico en el que no cabía nada, y lo que cabía no lo enfriaba.

Me acerqué a la cama y, dejando la botella a un lado, la ayudé a incorporarse.

—Vamos a hacerlo con cuidado. Tienes golpes y hematomas por todo el cuerpo y esto te dolerá horrores.

Ella asintió.

Con ayuda del mando, elevé despacio la cama, y cuando quedó parcialmente incorporada, la sujeté por debajo de los brazos, a la altura de las axilas, y la subí para acomodarla por completo.

Observé de cerca cómo convertía los labios en una fina línea con tal de no quejarse. Había debido dolerle desde la cabeza hasta el dedo del pie, pero, por lo poco que sabía de ella, no consentiría mostrar su dolor.

Le abrí la botella y se la entregué. La levantó como si pesara cinco kilos y se la llevó a los labios con ansia.

—Despacio. Ni siquiera tienes permiso para beber aún.

Se apartó la botella de los labios resecos, ahora levemente humedecidos, y tras lamerlos de forma inconsciente para recrearse con el placer de calmar la sed, me espetó:

—¿Y por qué estoy bebiendo?

—Porque han pasado días desde la intervención.

Carraspeó con el ceño fruncido.

—No creo que un poco de agua me haga mucho daño después de… —Lo dejó en el aire y continuó bebiendo.

Después de la gran paliza, intuí.

Me fijé entonces en su pelo desaliñado y todavía manchado de sangre. La habían lavado todas las mañanas, pero solo de manera superficial. Al contrario de cada día en el *pub,* liso y largo, ahora lucía muy rizado y a la altura de los hombros. Los ojos celestes y vivos eran dos líneas ocultas por unos párpados hinchados y morados, al igual que las mejillas. Los labios, bien formados y perfilados, estaban grieteados, y en el inferior lucía una gran herida que comenzaba a cerrar. Un cuadro.

Consciente de mi escrutinio, dejó de beber y me observó.

—¿Por qué estás aquí? Quiero decir, Biel jamás se preocuparía de dejarme a uno de sus mejores hombres como niñero.

Bien. Ahí quería llegar yo.

—Eso deberías decírmelo tú, rubia.

—¿Yo?

Me encogí de hombros levemente.

—Tú pediste que acudiera a tu habitación cuando pasó todo. Por algo sería.

Debió notar la seriedad de mi tono, porque tragó saliva y titubeó:

—No… No lo recuerdo.

—Adán me llamó porque la cría a la que creíais muda le pidió que lo hiciera. Tú le dijiste que era médico. —Me incliné hacia delante y me hice con uno de sus rizos—. Dime, ¿por qué piensas eso?

—Yo no…

—Sin rodeos —le exigí, todavía con su rizo entre mis dedos y su rostro muy cerca.

Tras unos silenciosos segundos que me indicaron que iba a mentir, y con sus ojos clavados en los míos para mostrar una falsa seguridad, intentó negarlo de nuevo:

—Creo que la chica lo entendió mal porque…

No la dejé terminar. Cuando quiso darse cuenta, mi mano libre había rodeado su cuello y la botella de agua se le había caído de la suya. La apresé y acerqué mucho los labios a su oído para que me escuchara bien mientras ella luchaba por capturar aire.

—Vamos a ver, Ricitos de Oro, he dicho sin rodeos. —Boqueó, y sus manos se alzaron hasta las mías en un intento vano por aflojar el agarre—. No me gusta perder el tiempo, y llevo tres días sentado en esa mierda de sillón a la espera de que te despiertes para conocer justo esta información. Como comprenderás, ya he invertido mucho de mi valioso tiempo. Ahora, dime, ¿cómo sabes que soy médico?

—Me… me ma… matará —consiguió decir, y supe que se refería a Biel.

—Yo te mataré si no me dices quién eres y qué sabes de mí. Una llamadita a tu jefe para informar de tu fatídico y esperado final en el hospital y adiós. La hemorragia se ha complicado, has muerto y hay que tirarte a una cuneta. Entiendes lo fácil que es, ¿verdad?

Asintió con dificultad y yo la solté, aunque no me aparté demasiado.

Buscó aire de manera desesperada y se tocó el cuello, dolorida, mientras me miraba con rabia.

—Habla.

—Te vi curar a Axel una vez. —Ese comentario captó mi atención. Desde luego, no era lo que esperaba escuchar. Podía ser cierto, porque

ella o Susana siempre estaban para ayudarnos en las situaciones más sencillas y también en las más extremas, y de estas últimas había muchas—. Le habían disparado en la pierna y tú te encargaste de él.

—Cualquiera de nosotros podría hacerlo, todos estamos capacitados para extraer balas y curar.

—Lo sé. Pero no todos muestran la confianza que tenías tú, ni el conocimiento del procedimiento. —Hizo una pausa para tragar saliva, una saliva inexistente, e intentar recuperarse. Su voz todavía era áspera—. Necesito agua.

—Aguantarás hasta el final del relato.

Gruñó, enfadada, y volvió a buscar lubricación natural. Se ve que no lo consiguió, o que le gustaba mucho tentar a la suerte, porque no habló. Negó mientras se tocaba aún la garganta, dejándome claro que no era posible.

—Tss —chasqué la lengua y, tras echar un vistazo veloz a su alrededor para asegurarme de que no tenía nada con lo que defenderse de mí en caso de necesitarlo, me hice con otra botella del frigorífico, repetí el procedimiento con el tapón y se la entregué—. Sigue.

Tras un par de sorbos, continuó:

—Narrabas en voz alta lo que hacías para enseñárselo a Adán. Me he llevado siete años limpiando la casa de un matrimonio de médicos, sé perfectamente cómo habla uno, las palabrejas utilizadas, su letra…

Alcé las cejas.

—¿Has visto mi letra?

—Puede. Pero no recuerdo dónde.

—Mientes. —No lo decía yo, lo decían sus manos inquietas, que no paraban de mover el recipiente de plástico, y la momentánea desviación de sus ojos hacia la derecha—. ¿Dónde la has visto?

—¿Se lo contarás a Biel?

La rabia de sus ojos desapareció y en su lugar brilló el miedo más intenso que había visto, y mira que había contemplado el terror más puro en muchas miradas.

—Espero no tener que hacerlo.

Miró al techo y soltó un resoplido.

—Está bien. ¿Qué más da, si no saldré de esta? He visto tus cuadernos médicos, y casi todos están escritos a mano.

Di un paso atrás, sorprendido.

—¿Cómo coño…? Están en mi habitación y muy bien guardados.

—Lo sé.

—Hay cámaras. Biel, Adán o Sergio revisan las cámaras cada poco tiempo, y si te vieran en una de nuestras habitaciones, por muy exclusiva del jefe que seas, te mataría sin pestañear.

—También lo sé. Pero entenderás que no soy tan tonta ni kamikaze

para jugar a los detectives con las cámaras en funcionamiento, ¿no? —El siguiente sorbo al agua lo saboreó como un minuto más de vida. Después, continuó—: A veces, y durante unos cuarenta minutos o una hora, las de la planta superior se apagan. Bueno, todas menos la de nuestras habitaciones comunes, aunque las chicas no le preocupan especialmente a Biel porque sabe que están bien controladas y que tienen miedo. Y como suele ser en los momentos de descanso, que es cuando el jefe las apaga, vosotros tampoco estáis por allí. Siempre os encontráis reunidos abajo o fuera de La emperatriz. Ahí es cuando yo aprovecho.

Crucé los brazos, atento. Notaba mi ceño fruncido y que la sueca tenía en aquel momento toda mi atención.

—Y toda esa información la sabes tú porque…

—Soy la que os sirvo y sé en cada momento dónde os encontráis.

Me sonrió con toda la intención de avisarme de algo que ya había averiguado por mí mismo: no debería subestimarla ni por edad ni por carita de inocente.

—Cuéntame más. —Carraspeó, dubitativa—. No es una sugerencia, muchacha, es una orden.

—Digamos que tu jefe tiene gustos sexuales… poco bien vistos entre su grupo de hombres machos. —Sonrió de lado—. Como sabrás, las cámaras del pasillo superior están vinculadas, incluida la de su habitación. Así que cuando está conmigo o con Susana, las desconecta para que sus hombres no se deleiten con dichas prácticas.

Vaya.

Por un momento, la imagen de Biel desnudo y a cuatro patas mientras se lo follaban por detrás con una polla de plástico asaltó mi cabeza y casi vomito. De ahí no debía bajar el nivel de las escenas si se arriesgaba a apagar las cámaras. En esa zona, aparte del ala de las chicas, solo estaban las habitaciones de sus hombres, dos de invitados y la suya, pero, aun así, el Atrapasueños no era un tipo que dejara la vigilancia a un lado, ni siquiera cuando se trataba de mujeres. O eso había creído yo hasta ese momento.

El interior de nuestras habitaciones no tenían vigilancia, no así el pasillo y cada zona común de la minimansión que componía el negocio. Biel eligió tener una en la suya. Nunca le cuestionamos el porqué. Hasta la fecha, desconocía que podía haber de valor en ese cuarto, ya que nunca había entrado. Cualquier cosa importante para Biel la guardaba en su despacho o, en su defecto, en una pequeña y discreta oficina situada en la periferia de la ciudad.

—Supongo que todo esto ocurre cuando está con Susana y no contigo —Asintió—. Pero no entiendo qué buscas en nuestras habitaciones ni por qué podrían interesarte mis cuadernos de apuntes médicos.

Se encogió de hombros, miró alrededor para asegurarse de que las paredes no tenían oídos y con un dedo me indicó que me acercase.

Dejándome llevar por la curiosidad de saber más, lo hice.

Craso error.

Tal y como me acerqué, apareció de nuevo en su rostro magullado esa sonrisa que me invitaba a dejar de subestimarla. Pero no me dio tiempo a actuar cuando me atrapó por la solapa de la chaqueta, tiró de mí para pegarme a su cuerpo y, con la otra mano y toda la fuerza de la que disponía, me hincó un tenedor en el cuello.

La estancia se llenó con mi gruñido de dolor.

2

Todas las cosas que al mar tiramos nos la devuelve siempre la marea.
Cuando más tratas de olvidarlo, con más fuerza lo recuerdas.

Adán

El móvil suena y mi mirada se dirige al suelo, donde reposa tras la caída.

¿Cuántas veces habré visto su nombre en la pantalla durante diez años?, ¿ochenta?, ¿cien? Pues ninguna ha sacudido mi vida como en este momento, desde luego. Cada vibración del aparato es un latido menos en mi pecho.

Me agacho con pausa, flexionando las rodillas. No sé qué me ocurre, pero algo me impide ser rápido y preciso, al contrario de lo que suele ocurrirme en estos casos.

«Casos en los que no está implicado nadie importante para ti», me recuerdo.

Sujeto el aparato con firmeza, siendo consciente de que es el único método de comunicación con Eva. Sigue sonando, pero cuando me dispongo a descolgar, el Pepitas termina la llamada. No tengo tiempo de reacción para devolvérsela, porque acto seguido una notificación me avisa de que tengo un sms de un número desconocido, lo que me prepara para lo que vendrá a continuación. Solo conozco a una persona que siga usándolos, y únicamente cuando tiene un motivo para hacerlo. Por la rapidez de la llegada del mensaje, deduzco que estaba preparado con anterioridad.

El juego ha empezado.

Empieza por B.
Lugar al que puedes acudir para lavarte los huevos
o la conciencia en caso de tenerla sucia
por haber traicionado a tu familia.

Gruño con fuerza, haciendo acopio de todo mi valor para tragarme la frustración y no soltarla a gritos, lo que alertaría a los vecinos y, por consecuente, a mi madre y a Natalio dentro de poco. No quiero pensar en eso ahora, no puedo plantearme siquiera cómo hablar con ellos y exponerle lo que está pasando. Tengo que solucionar esto de algún modo, y me temo que no seré capaz de hacerlo antes de que se percaten de su ausencia. Volverán de la compra y nosotros no estaremos. Eva no estará. Y no es el mejor momento para que esto suceda. No es que haya alguno lo suficiente bueno, pero ahora la pelirroja se encuentra anímicamente por los suelos y todos los ojos de la casa están puestos en ella, en sus reacciones, en esa depresión de la que nos ha hablado el doctor y que, al parecer, está saliendo a flote después de muchos años de contención. El cabrón de Diego, el

guionista que intentó acabar con ella, ha sido el detonante para explotar, pero la bomba depresiva comenzó a formarse hace años, cuando se mató su madre en aquel accidente de coche.

Por suerte, reacciono y corro escaleras arriba, saltándome la mayoría de los escalones y sabiendo adónde tengo que dirigirme. Esta mierda, este juego con el que el Pepitas disfruta de manera enfermiza, es tan jodidamente sencillo como retorcido. Lo he vivido tantas veces a su lado que no me coge por sorpresa el escalofrío que recorre mi columna y me alerta del peligro.

Unos años atrás

Biel apareció en la sala principal del *pub* con una sonrisa deslumbrante y Susana a su lado, lo que para mí resultaba totalmente incompatible, porque aquella arpía de pasos firmes nublaba la felicidad a su alrededor. Aun así, que el jefe estuviera de buen humor aquella mañana implicaba que todos lo estuviésemos lo que a él le durara la alegría.

—¿Qué te tiene tan contento? —le pregunté, centrando mi vista de nuevo en las cartas de mi mano izquierda. Era mi turno, y Axel demasiado impaciente para mantener una conversación con el juego en marcha, así que me deshice del cuatro de copas y cogí el caballo de oro que había sobre la mesa.

Ikram negó con incredulidad al verme, también con su parte de la baraja en la mano. Él me había enseñado a jugar al chinchón. Como norma principal, siempre estaba la de acumular las cartas de menor valor para apuntarte el mínimo número de puntos posible al final de la partida, pues cuanto más alta era la carta que te sobraba, más puntos anotarías. Y el que antes llegara a los ciento diez quedaba eliminado. Pero yo jugaba para perderlo o ganarlo todo, no para cuidar mis pasos en cada movimiento. Y eso que sobre la mesa había una abundante cantidad de dinero teniendo en cuenta que era jueves, estábamos lúcidos y solo habíamos ingerido un poco de café. No obstante, es fácil arriesgar cuando la dicha material te sobra y la emocional te falta, cuando, ganes o pierdas, no sientes que te has desprendido de nada.

—Zacarías ha montado el negocio por su cuenta, y aparte de hacerme la competencia, ha decidido que es buena idea hacerla con mi propio material —nos comunicó el jefe.

El juego pasó enseguida a un segundo plano y todos nos centramos en él y en lo inquietante que resultaban las comisuras de su boca elevadas, pese a la información que estaba dando.

Zacarías era el tipo que se encargaba de buscar, negociar y traernos la cocaína al club. No es que el negocio de Biel estuviera centrado en ello, pero era una gran parte de los beneficios. De todos modos,

aunque la cocaína no le hubiera proporcionado un solo céntimo al Atrapasueños, el simple hecho de haberse pensado más listo que él acababa de costarle la vida. O estaba a punto de hacerlo.

—Has acabado con él —le dijo Ikram. No era una pregunta, directamente lo daba por hecho.

Debía ser así, porque las cuatro personas que podríamos encargarnos del asunto estábamos sentadas alrededor de la misma mesa y ninguna habíamos sido llamadas, al menos no aquella mañana, y Biel no era hombre de dejar pasar el tiempo para solucionar los asuntos de deslealtades, a menos que su intención fuera ampliar el margen para hacer confiar a su contrario. O para alargar su agonía. Fuera como fuese, Biel hacía mucho que no se manchaba las manos de sangre. No innecesariamente. Para eso nos tenía a nosotros.

—No lo he hecho. Pero tengo a su mujer Camila y a su hijo abajo —señal inequívoca de que esta vez la opción elegida era la de alargar su agonía—, y unas ganas enormes de jugar a la Yinpita.

—¿Qué coño es eso? —pregunté.

—¡La yincana del Pepitas! —exclamó el creador del juego con fingida indignación por nuestro desconocimiento, golpeando la mesa y levantándose a la vez. Las cartas amontonadas bocabajo se dispersaron y se mezclaron con las visibles, acto que provocó una mirada mortificante de Axel.

—No, por favor, esa mierda no —le rogó Ikram, que odiaba los juegos de Sergio tanto como lo hacíamos Axel y yo.

Pero la petición era en balde, porque el Pepitas ya se frotaba las manos mientras se pasaba la lengua por sus estrambóticos dientes superiores y Biel lo miraba con complicidad.

—Dame su número —le pidió el Pepitas, y Biel, lacónico y sin perder esa sonrisa demente que mostraba, le extendió el móvil asignado para ello con un único número registrado.

—No seas compasivo —le pidió el Atrapasueños.

—¿Compa… qué? —se jactó el Pepitas—. ¿Eso se come?

Ikram intervino, dispuesto a mostrar su desacuerdo:

—Son una mujer y un niño, Biel, que no tienen culpa de los negocios de Zacarías, y mucho menos de sus desvaríos.

—¿Y? —le cuestionó el jefe, siendo aquella la primera vez que la sonrisa menguaba para darle paso a un gesto duro.

—Juega con él todo lo que quieras, hazle lo que te salga de los huevos, pero no le hagas daño a esa familia. Suficiente tiene una con follarse a un tipo como él, y el crío con tener que llevar su sangre y apellido toda la vida.

Para sorpresa de todos, el Atrapasueños no refutó aquel argumento, aunque tampoco lo aceptó; al menos en nuestra presencia. Porque después el Pepitas comenzó con su peculiar yincana y en principio no

fue demasiado cruel. No si lo comparábamos con esas veces en las que jugaba al ahorcado y cada vez que la otra persona fallaba, le arrancaba un miembro que empezara por la misma letra que había errado, o una similar, dependiendo de lo creativo que estuviera aquella mañana.

A Zacarías le mandó dos pistas en forma de sms, tirando de Google y sus descripciones. Eran tan fáciles como ridículas y tan ridículas como desalmadas.

Empieza por A.

Adminículo hecho a mano, cuya base es un aro fabricado tradicionalmente con madera de sauce, con una red en su interior y decorado con diversos objetos. Según la creencia popular, su función consiste en filtrar los sueños de las personas, dejando pasar solo los positivos. Según yo, y como vas a comprobar tú, el sueño te lo arranca para el resto de tus días.

Tras toquetear el teclado del teléfono durante al menos cuatro minutos mientras movía los labios silenciosamente, el Pepitas habló para todos:

—Mierda. Más de ciento cuarenta caracteres… Van a cobrarme dos sms.

—¿Todavía cobran los sms? —le preguntó Axel.

—En estos móviles, sí. —Mostró el que le había entregado el jefe, uno de usar y tirar.

Como única respuesta, Zacarías comenzó a llamar reiteradamente al Atrapasueños, quien no hizo amago de descolgar el teléfono tras la clara orden de Sergio: «No lo cojas». Si el Pepitas tenía el mando en ese instante, él se encargaba de las instrucciones y nadie interfería en su estúpido juego, a no ser que fuera estrictamente necesario.

Mientras tanto, nos habíamos enfrascado en una discusión que solo consiguió motivar más al Pepitas.

—Pero si tú no sabes lo que significa *adminículo,* ¿cómo va a saberlo el Zaca? —lo picó Ikram.

—Lo pone en internet. —Se encogió de hombros—. Que lo busque como lo he buscado yo.

—Entonces, ¿qué gracia tiene? —le pregunté.

El Pepitas dio un golpe seco sobre la mesa y exclamó:

—¡La misma que va a hacerle encontrar a su mujer por fascículos en cada uno de los sitios a los que lo mande si no descifra la puta adivinanza!

Todos callamos de golpe, sabiendo que apretarle las tuercas a Sergio podía hacerle cambiar el chip, y ninguno teníamos intención de que eso ocurriera habiendo un niño pequeño encerrado en la

habitación de torturas de aquel local.

Zacarías insistió con la llamada. Posiblemente desesperado al percatarse de lo que ocurría, comenzó a contactarnos a los demás. Los móviles sonaban en nuestros bolsillos y sobre la mesa, pero teníamos claras instrucciones de no descolgar.

Unos veinte minutos después, el Pepitas, impaciente, habló:

—Venga, que me aburro. Vamos a por la siguiente. —Su humor había mejorado notablemente.

Empieza por E.
Soberana de un imperio.
Mujer del emperador.
Lugar que te lo dio todo, y hoy te lo quitará de la misma manera.

Zacarías se presentó en La emperatriz apenas diez minutos después. Todos sabíamos que andaba cerca, pues él era consciente de lo que había hecho y a quién, y aunque intuíamos que no vendría acompañado ni intentaría nada fuera de lugar, estábamos preparados para lo que pudiera suceder.

Sucedió que se encontró de frente con Biel y su amedrentadora sonrisa de aquella mañana, que no auguraba nada bueno.

Quien fuera nuestro mejor traficante se marchó unas semanas después, cuando tuvo los muñones de los brazos totalmente curados. Biel no quería correr el riesgo de que una infección se lo llevara y su agonía acabara pronto, así que se encargó de su cuidado. Cortarle ambas manos fue uno de sus castigos por pasarle drogas a otros. Sin ellas, no habría más movimientos de sustancias.

—A ver con qué te secas las lágrimas cuando te acuerdes de tu mujer y de tu hijo —se despidió el Pepitas mientras la silueta de Zacarías desaparecía a lo lejos del aparcamiento principal de La emperatriz. Después se giró hacia nosotros y rio con ganas, con esa risa repetitiva y alegre.

Camila y su hijo nunca salieron del sótano, al menos no enteros ni vivos. Y Zacarías lo presenció todo con el castigo de seguir vivo para recrear ese momento una y otra vez.

Si de algo estaba totalmente seguro, era de que durante el tiempo que tardara en quitarse la vida, que lo haría finalmente, cada vez que Zacarias cerrara los ojos, el Atrapasueños aparecería. Todas y cada una de sus noches.

En la actualidad

Subo al baño y me acerco a la bañera con unas ganas de encontrar algo proporcionales al miedo que siento. Puede que sea el momento,

el pánico o el saber que Eva está en manos despiadadas lo que me hace recrearme unos segundos con la estancia llena de polvo, la cortina de plástico sucia y medio descolgada y los dos botes de gel que junto a una esponja mugrienta reposan en una esquina. Nos rememoro, pequeños y despreocupados, sumergidos en esa bañera tras las agotadoras tardes en el parque de atracciones. Vanora, la madre de Eva, o Natalio se encargaban de volcar en el agua un botecito pequeño que creaba muchísima espuma con la que jugábamos hasta que el agua se enfriaba y nos obligaban a salir.

El recuerdo de la niña pelirroja y sus pecosas mejillas desaparecen de un plumazo cuando visualizo la nota del Pepitas, pequeña y de color rojo, pegada en el grifo.

You're face to face
with the man who sold the world.

Trago saliva al reconocer la canción de Nirvana y lo que representa.

«Estás cara a cara con el hombre que vendió el mundo».

Parece que nos escucho al Pepitas y a mí, sujetos el uno al otro, borrachos y cantando aquella noche, tras una fiesta acabada en La emperatriz. Puede que fuera la única vez que, sin palabras directas, solo con música, dejamos entrever lo que sentíamos. Cantamos alto, con la voz retumbando en las paredes vacías que antes se habían cargado de lujuria y sustancias. Mientras, Ikram y Axel nos observaban sentados enfrente, con un vaso en la mano, las camisas completamente desabrochadas y negando con la cabeza.

Aquel día nos abrimos. No en canal, pues el riesgo de hacerlo ante una persona que no tendría pudor en sacarte las tripas llegado el momento era demasiado alto; pero contamos algunos breves datos sobre nosotros. Sobre quienes éramos antes de llegar a la red de Biel.

Sergio y yo le hablábamos con aquella canción a los chicos jóvenes que fuimos y que creíamos muertos, que habían vendido su alma y personalidad y a los que solo les quedaba aquella vida de fiestas, drogas y sangre.

Es irónico que ahora su estribillo aparezca en mi vida, con la evidente intención de decirme que los he vendido a ellos. A quienes he considerado mi familia durante diez años.

Otro sms llega.

Empieza por P.
Hay que tener cuidado al columpiarse.

Cierro los ojos y cojo aire.

«Cuidado, no te columpies». A Sergio le encanta decir eso cuando alguien está pasándose de la raya. Una clara advertencia de que hay que saber con quién sobrepasar los límites.

Yo los he rebasado de sobra. Me he columpiado sin control y, ahora, arriba, cuando casi tocaba la libertad con las yemas de los dedos, he caído en picado.

Bajo la escalera a galope, entro en el salón y lo barro con la mirada. Antes me ha parecido ver el móvil de Eva sobre el reposabrazos del cubierto sofá. Me hago con él y salgo cerrando la puerta tras de mí. Sin tiempo que perder, entro en mi casa y busco las llaves del coche, en el que me monto apresurado. El vehículo derrapa al girar en mitad de la calle de manera súbita.

El parque más cercano está a unos seiscientos metros y espero que el Pepitas y Axel lo hayan descubierto mientras oteaban la zona y ahora estén allí, o tendré que buscar uno por uno en cada parque de Huelva.

No es esa la intención de Sergio, sino la de terminar con esto cuanto antes. Lo sé porque el móvil, que he arrojado sobre el asiento del copiloto, se ilumina y suena, llamando mi atención. Me hago con él de un movimiento y abro el mensaje. El agresivo claxon de un coche me hace alzar la vista. Al encontrármelo de frente, doy un volantazo con la mano izquierda hacia la derecha y me orillo a un lado de la calle, impidiendo el choque frontal.

Los gritos del conductor llamándome kamikaze y el claxon sonando insistente retumban de fondo, pero no puedo prestarles atención. No con la imagen que me ha llegado —esta vez directamente desde el número personal del Pepitas—, que tengo delante y que me corta la respiración.

En ella se aprecia el fondo del *photocall* del parque de atracciones de mi madre. Es una cabina cerrada por una cortina, con una imagen detrás en la que aparecen las atracciones, llenas de vida y de color. Como la cámara debe estar apagada, al igual que todos los servicios del parque, el muy hijo de puta ha decidido sacar un selfi en el que aparece Eva amordazada con un trapo, con una herida en la frente que sangra y crea un hilo rojo que cruza la parte derecha de su rostro blanquecino hasta aterrizar en su pecho. Tiene el cuello laxo hacia atrás, la cabeza apoyada sobre el vinilo que tan bien conozco y los ojos cerrados porque creo, rezo, suplico, está inconsciente.

Golpeo el volante, conteniendo un gruñido.

—No será capaz de matarla —murmuro—. No será capaz.

No puede hacerme esto. No Sergio. No a mí.

A su lado, pasando un brazo por sus hombros de manera amigable, aparece el malnacido sonriendo, mostrando sus dientes cubiertos de

oro. Disfruta tanto con la situación que me sobrecoge.

—Juro hacer que te tragues una a una cada pieza dorada que me encargaré de arrancarte personalmente de la boca, y entonces seré yo el que se divierta.

3

Si no cierras bien los ojos, muchas cosas no se ven.

Eva

Despierto con dificultad. Creo que son las voces de fondo las que me hacen abrir los ojos de manera paulatina y mover el cuello débilmente de izquierda a derecha. Tardo unos segundos en apreciar que tengo las manos atadas detrás del cuerpo y también los pies. La boca me duele debido al trapo que me han incrustado en ella y que la mantiene abierta en contra de mi voluntad. Las comisuras me arden, implorando que la tela desaparezca y rogando un descanso. Y los párpados pesan tanto que me es casi imposible mantenerlos alzados.

Recuerdo el golpe en la frente con la culata de una pistola y, después, nada. Un vacío en el que me gustaría haberme mantenido y, sin embargo, burlándose de mí, de nuevo no ha llegado. La muerte en mi vida es como ese señor detrás del quiosco que cuando va a entregarte el helado y tú a cogerlo, lo retira para hacer la gracia. Reiteradamente.

La voz de Adán grita mi nombre de manera desesperada y me parece la melodía más bonita escuchada. La reconocería en mitad del mayor tumulto. Como única contestación se oye la risa del tipo de los dientes de oro. Suena lejos, tanto que me parece una ilusión y no algo real. Pienso en la posibilidad de estar soñando con ese ruido que me asquea, esa carcajada seca y fácil que mana de su garganta y que he tenido que soportar durante al menos una hora, de manera continua y repetitiva. Brota de la nada como si fuera el desgarro más espontáneo y, a la vez, suena tan sarcástica como falsa.

—Voy a mataros. ¡Juro por lo que más quiera que voy a mataros! —exclama Adán e imagino que la amenaza es para ambos tipos.

Su voz se acerca entre amenazas a la vez que la risa del Pepitas desaparece.

Después, silencio.

Pasos apresurados.

Una respiración acelerada.

Un gemido que intenta salir de mi garganta para alertarlo e indicarle dónde estoy, aunque el sonido ahogado termina muriendo en el trapo.

La cortina se abre y los ojos azules y preocupados de Adán me contemplan.

—Eva. —Su voz es un hilo rasgado, quebrado.

Se lanza hacia mí con rapidez y desanuda la mordaza con unos movimientos certeros, aunque aprecio un breve temblor en sus dedos seguros. Cuando el trapo desaparece y mis comisuras aflojan, suelto un suspiro de alivio. El dolor de la mandíbula es tan intenso que no puedo cerrarla por completo. Despacio, la muevo de lado a lado.

—¿Estás bien?

Asiento. Él se agacha, saca algo del bolsillo del pantalón y se encarga de la cuerda que inmoviliza mis pies, aunque sus intranquilos ojos no se apartan de mí. Me escudriñan de arriba abajo, buscando, supongo, indicios de mi estado.

Yo lo observo, y por primera vez no sé a quién tengo delante. Pensarlo me horroriza. No es esa sensación que he experimentado con su regreso, cuando no reconocía si el Adán que había vuelto era el mismo que se marchó hace años; ahora noto el rechazo de mi cuerpo ante el desconocido que me examina como si yo fuera alguien sagrado.

Recordar las palabras del Pepitas me encoje el estómago con tanta fuerza que noto cómo la bilis sube hasta mi garganta y pugna por salir.

Intento retenerla, pero no puedo. De un brusco movimiento y todavía con las manos atadas detrás de mi espalda, me inclino hacia la derecha para intentar sacar la cabeza de la cabina. No lo consigo, pero al menos evito verter el poco contenido de mi estómago sobre Adán, quien me sujeta el pelo con una mano y se asegura con la otra de que no me desestabilice. Creo que vomito todas las inseguridades, pero nada más lejos de la realidad, porque sigo con la misma sensación dañina en el pecho.

Durante el tiempo que me han tenido retenida he sufrido únicamente por no volver a ver a las personas que quiero. He pensado en mi padre, en Elena, en Sandra, en David… y en él. En no volver a encontrarme con sus ojos que asemejan una marea. Ahora que los tengo delante, las extremidades no me responden. Estoy horrorizada, y nada tiene que ver con las amenazas recibidas.

—¿Qué tienes? —me pregunta todavía con mi pelo entre sus manos, y su tono evidencia que lleva en la garganta una mochila de incertidumbre—. ¿Qué te han hecho, Eva?

Niego con los ojos cerrados, intentando convencerlo de que estoy bien, al menos físicamente.

—Son los nervios. Desátame, por favor —le pido tras escupir, todavía doblada hacia adelante, en un intento vano por eliminar la acidez que baila en mi garganta y me recubre la boca.

Veo acercarse el filo destellante de la navaja pequeña que ha empleado para deshacerse de la cuerda de los pies y que rápidamente me libera de la que me ata las manos.

Al sentirme libre, las muevo en círculos mientras compruebo aliviada que no han dejado marca.

—¿Dónde están? —le pregunto.

—Se han ido. —Me sujeta del brazo para ayudarme a incorporarme y salir del pequeño habitáculo sin pisar la sustancia amarillenta y

desagradable que he dejado en el suelo—. Por la puerta —me aclara.

—¿Por qué no los has seguido?

—Porque mi prioridad era encontrarte a ti. Ya me encargaré de ellos.

—Han debido llevarse mis llaves. Me han hecho abrir con ellas. —Decido omitir el comentario anterior—. ¿Cómo has entrado tú? —Que yo sepa, no tiene copia de ninguna de las del parque, las cuales Elena y Natalio se encargan de cambiar cada poco tiempo por temas de seguridad.

—He saltado el muro.

Apenas corre aire cuando pongo un pie en el exterior, pero el suficiente para hacerme cerrar los ojos y sentirlo con la evidencia implícita de que estoy viva. Otra vez. Suspiro. Si retenida por Diego en el vestuario pensé que no sobreviviría, hoy casi he masticado el final. No albergaba ninguna esperanza de que esos tipos me dejaran libre.

Noto el gran cuerpo de Adán envolviéndome en su calidez. Es apenas un segundo, pues lo aparto de manera inconsciente en cuanto lo siento tan cerca. No le extraña mi comportamiento, aunque sus ojos evidencian el dolor de mi rechazo. Aún con ellos colmado de dudas, su mano palpa mi rostro, alrededor de la herida que debo tener y que me produce este horrendo dolor de cabeza. Me toca con suavidad y lo permito. Mientras, mi vista está clavada en su cuello tatuado y mis sentidos luchando contra mí misma al sucumbir débilmente a su olor.

El recuerdo de las palabras del Pepitas me sacan del letargo y doy un paso atrás.

—Quiero irme a casa —le informo.

—Ni hablar. Vamos a la fuente a limpiarte toda esta sangre, y después al hospital.

—No —me niego en rotundo—. Vamos a casa. Estoy bien. Solo ha sido un golpe con la culata de la pistola. —Noto el temblor de mi labio al mencionarlo, pero lucho porque no sea evidente. Únicamente tengo la necesidad de salir de aquí y alejarme de él—. Ha debido ser el impacto lo que me ha dejado inconsciente, porque no recuerdo nada más.

—La herida está hinchada y abierta. —De nuevo se acerca y la explora con sus dedos índice y pulgar. Debe abrirla, porque el dolor aumenta ante el gesto—. Hay que coser, Eva. Al menos cinco puntos.

—No.

—Sí.

Me mira, y yo aguanto estoica la firmeza con la que me contempla.

—No. Quiero irme a casa, ducharme, acostarme y olvidarme de todo esto.

Quiero tomarme esas pastillas que el doctor me ha recetado y que me mantienen en la inopia casi todo el tiempo. De hecho, creo que

uno de los motivos por los que ahora mismo estoy de pie y entera es debido a la que me tomé antes de ir a mi casa a pintar los muebles. Por suerte.

Sus manos enmarcan mi rostro y su mirada se acerca. El flequillo oscuro, que despeinado evidencia el trote y el miedo que ha debido pasar, me hace cosquillas en la frente.

El suspiro que exhala antes de hablar demuestra que está en la búsqueda de la paciencia que lo llevará a convencerme. Ni él es de darle vueltas a los asuntos ni yo de claudicar con rapidez. Sé que en esta ocasión será distinto, pues cuanto antes terminemos con el asunto, antes volveré a casa y podré esconder la cabeza debajo de las sábanas.

—Por favor, Lentejas. Déjame llevarte al médico para que te exploren y te curen esa herida. Después nos vamos a casa a descansar y hablaremos.

Trago saliva mientras asiento.

—Olvídate de lavarla. Vamos al hospital directamente.

No, no quiero hablar. No estoy preparada para enfrentar la conversación.

Salimos en silencio. Por suerte, sus conocidos, amigos o excompañeros, lo que sean, han dejado la puerta principal abierta y no me veo en la necesidad de saltar el muro. Menos mal, porque no me siento capacitada; voy prácticamente flotando.

Me subo en el coche, aparcado de cualquier manera junto a la entrada, casi atravesado en el lateral de la gran avenida, apoyo la cabeza y clavo mis ojos en la ventana. Al poco necesito cerrarlos para que el dolor mengüe. Al menos lo intento, aunque sigue ahí, martilleante.

—Eva. En el hospital… —la voz grave de Adán rompe el silencio unos minutos después.

—No te preocupes. Diré que estaba sentada en el suelo de mi casa pintando un mueble y al levantarme me he golpeado.

—¿Quieres que llame a tu padre?

—No. Cuando lleguemos le contaremos lo mismo, y que tú me encontraste así en mi casa.

Asiente.

Al cabo de unos minutos, vuelve a hablar:

—Necesito saber lo que te han hecho. Lo que te han dicho.

—Ahora no.

Me mantengo en silencio, en una clara negativa que él respeta y que nos envuelve de nuevo en el mutismo más absoluto, irrumpido solo por la suave vibración del vehículo que se empeña en dormirme. Mi cuerpo lo pide a voces, no así mi cabeza, que no para de trabajar con la información recibida.

Cuando golpearon brusca y repetidamente la puerta de mi casa, lo supe. Fue por el corto pasillo cuando experimenté una sensación negativa que me erizó el vello de todo el cuerpo. Yo y mi maldito don para anteceder. Al abrir y darme de bruces con el tipo de los dientes de oro y el gordo al que casi le arranca la pierna Sultán, mis sospechas se confirmaron.

Intenté cerrar con rapidez, pero la mano del tipo grande lo evitó. El delgaducho, acto seguido, pasó por debajo del gran brazo e internó un pie en la entrada de mi casa.

—Encantados, preciosa. —Hizo una reverencia idéntica a la de aquel día que lo encontré discutiendo con Adán en el mismo jardín—. Este de aquí es Axel, y yo el Pepitas. —Paralizada, no atiné a hablar, ni siquiera a dar un paso atrás—. No te preocupes por la descortesía de no presentarte ni invitarnos a entrar, entiendo que mi grata presencia te paralice, pero no son necesarios los formalismos, pues ambos sabemos perfectamente quién eres.

—No tienes pinta de saber lo que significa *grato*.

Mi ácido comentario lo hizo reír.

Fueron rápidos. Casi no me dio tiempo a abrir la boca de nuevo cuando el tipo callado tiró de mi brazo, giró mi cuerpo de un solo movimiento y pegó mi espalda a su pecho. No me hizo falta haberlo sentido nunca para saber que lo que se hincaba en mi costado era el cañón de una pistola. Qué curiosa la incertidumbre.

—A ver, pelirroja. —Carraspeó con fuerza e hincó más el arma, enfatizando sus palabras—. Si no quieres que este jardín parezca en dos segundos un escaparate de sesos esparcidos, vas a estarte calladita, vas a darte la vuelta como si nada y vas a subir al coche sin abrir la boca.

—Y sin pisar las gomas de la puerta, por favor, que hace un rato que he pasado por la gasolinera a limpiarlo y aspirarlo —añadió el Pepitas—. Es alquilado y de lo contrario se quedarán con la fianza.

Miré en derredor con cautela. No había un alma en la calle. Alcé la vista hacia la ventana de Adán, donde tampoco había nadie.

—Si me permites un segundo —el Pepitas se sacó un papel del bolsillo—, me gustaría dejarle a tu hermano una notita. Para que no se preocupe. —Me guiñó un ojo mientras reía.

—Supongo que tú sí habrás entendido el chiste —hablé por segunda vez, sin poder frenar mi lengua.

Volvió a reír.

—Cada vez entiendo más el gusto de este cabrón. —Desvió la mirada allí donde yo la había posado antes: a la ventana de Adán.

—Y, ahora, al coche —me exigió Axel. Se despegó de mí y alzó una

ceja mientras movía la pistola de manera visible. Una clara invitación a desobedecer para poder colmar mi jardín de rojo. Como cuando los tulipanes de mamá lo llenaban. El absurdo pensamiento se coló en mi mente sin esfuerzo.

—Al coche —me repitió sin un ápice de paciencia.

Obedecí, sin otra opción posible. Cuando fui a subirme, la voz de Axel me recordó el recado del Pepitas:

—Cuidado con las gomas.

Poco después, puede que unos tres o cuatro minutos transcurridos, el Pepitas salió de mi casa sin molestarse en cerrar la puerta principal y se subió al coche con evidente entusiasmo. Se giró para observarme con descaro, de arriba abajo, y esa estúpida sonrisa que comenzaba a odiar. Me mostró un manojo de llaves. Las mías.

—A ver, encanto, ¿están aquí las llaves de ese parque de atracciones tan chulo que tienes? —Asentí—. Te recordaba más habladora, con la boquita más sucia y algo salvaje. Pero, tranquila, no has perdido ni un poquito de atractivo. También me gustan calladitas y participativas.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunté, visible y, para mi desconcierto, realmente tranquila.

Volvió a mirar atrás para recorrerme con lascivia.

—Muchas cosas. Pero, por ahora, me conformaré con hacerle llegar un mensaje a Lusco y divertirme un poco en el parque. Puede que la próxima vez que nos veamos me anime y descubras alguna faceta de mí que solo unas pocas mujeres tienen el gusto de conocer. —Rio.

Hasta entonces me había mantenido tranquila, como si la situación estuviera transcurriendo en tercera persona y yo fuera una mera espectadora y no la rehén a la que estaban a punto de llevarse. Creo que la pastilla ingerida tenía algo que ver y lo agradecí. La vida era más plácida ahora que contaba con aquel blíster milagroso. Notaba el cuerpo calmado, la mente en blanco, las ganas de colaborar activas y la lengua apagada. Pero entonces pregunté, porque ya había escuchado ese nombre en alguna ocasión para referirse a Adán.

Lusco.

—¿Quién es Lusco?

Ambos se miraron.

—Para haber vivido tanto tiempo pegados y conocer su anatomía perfectamente, veo que sabes muy poco de tu hermanito.

Tragué saliva. Ellos sí lo sabían todo: quiénes éramos, dónde vivíamos, el parque de atracciones de Elena, lo que Adán y yo, podía decirse, teníamos…

—Nuestro Lusquito no solo es una polla grande, encanto.

—Deja de llamarme *encanto* —le espeté, comenzando a ponerme más nerviosa de lo que quería demostrar. De nuevo mi cuerpo, ese cabrón alarmista, me avisaba de que venía algo a lo que no me

gustaría enfrentarme.

El Pepitas ignoró mi comentario y continuó:

—No creas que vengo a contarte secretos de cama. No pienses cosas que no son. Si tuviera que elegir uno de los dos para follarme, siempre serías tú. Sin excepciones. —Alzó ambas manos y me las mostró—. Yo solo se la he visto cuando meamos, pero vamos a reconocer que el cabrón carga bien.

—Sergio, que te desvías —habló Axel.

—Cierto. ¿Quieres saber quién es Lusco? Pues, dejando su polla al margen, que qué voy a contarte que tú no sepas…, hablemos un poco de él.

Hasta ese momento no conocí el daño que puede causar el conocimiento.

Me han cosido cinco puntos en la cabeza, muy cerca del nacimiento del pelo. La amable enfermera que ha realizado la obra y ha pasado el hilo de un lado a otro como si tejiera un jersey me ha dicho que le han quedado perfectos y que gracias al cabello podré cubrir la cicatriz. Después, y a pesar de haber intentado negarme, me ha trasladado a una habitación pequeña, con una única camilla y una silla para el acompañante. Dice que tras el golpe recibido lo mejor es observarme durante unas horas y que esta noche no duerma de continuo, algo complicado teniendo en cuenta que la pastilla sigue haciendo su efecto y mis párpados suplican por descansar.

Me las ha recetado el doctor Belmonte. Dice que tengo un claro cuadro depresivo y que no ha surgido de la nada. Al parecer, está ahí desde hace muchos años, cuando mi madre se apagó sobre el asfalto caliente en una tarde de verano.

La primera vez que sobreviví.

Yo sabía que mi corazón quebró en ese momento, pero no imaginaba que años después me lo recordaría con tanta fuerza.

Mi padre y Elena trajeron a casa a ese señor desconocido, de pelo canoso y voz de locutor de radio para que me examinara, y continuó visitándome cada día desde el episodio vivido con Diego en el vestuario.

La segunda vez que sobreviví.

Ese señor sabía de mi pasado porque mi padre se había encargado de ponerlo al día, al igual que sobre todos los hechos recientes. Así que tras aceptar mis silencios, comenzó a hablar él, dispuesto a contarme muchas cosas sobre el final. Me habló de la tanatofobia, el miedo a morir, y se quedó un poco noqueado cuando yo me pronuncié por primera vez y le pregunté cómo se llamaba el miedo a vivir, a contar los días. Reconocí en voz alta que, si fuera realmente feliz, si

viviera como gusto, no me daría tiempo a contar.

—¿En qué piensas? —La voz de Adán me devuelve a la austera sala. Está sentado a mi lado, en la silla. Tiene las piernas levemente abiertas, los codos sobre las rodillas y las manos entre ellas, entrelazadas. Incorporado hacia adelante, muestra una postura que indica un derrotismo que no acostumbro a ver en él.

—¿Qué?

—Que en qué piensas. Te has reído sola.

—En que me encantaría poder contarle al doctor Belmonte que he sobrevivido por tercera vez. Pensaba que esta sería la definitiva, y mírame, aquí sigo. —Extiendo los brazos—. Parece una broma de mal gusto.

El rostro de Adán se contrae al escucharme. Decide ponerse de pie y acercarse. Con calma y cuidado de no rozar la herida, me acaricia el pelo, que debe parecer en este momento un nido de golondrinas.

—¿Te estás escuchando? Joder, Eva. Tienes que despertar… Sé que no estoy en posición de pedirte nada ahora mismo, pero tienes que dejar esas pastillas y volver a ser tú.

Sigo con la mirada el recorrido de su brazo cubierto de tinta, su cuello, y termino en su rostro varonil, marcado, serio. Odio que, después de lo que sé, de lo que he descubierto hoy, siga pareciéndome el hombre más fascinante sobre la faz de la Tierra.

—¿Y tú, Adán?, ¿quién eres realmente?

¿Qué nos define?, ¿lo que hacemos o lo que haríamos si dejáramos el miedo atrás?

Creo que nos define la vida. Ella marca los tiempos y decide. Nosotros simplemente nos amoldamos a sus caprichos y nos arrodillamos ante ella. No es sencillo desafiar a la abeja reina, a quien tiene el poder de tus latidos en su mano. A veces es injusto, pero entiendo que deba existir una jerarquía. Si todos actuáramos como nos dicta el pecho este mundo sería un lugar desbocado. O uno de locos felices que al final del día solo han buscado sonreír. ¿Quién sabe?

Puede que los acontecimientos que han conformado tu vida hasta ahora te hayan hecho actuar de esa manera impensable que te ha llevado a ser quien eres.

Como aquel que soñaba con ser el mejor cocinero de su país, un día socorrió a un chico de morir ahogado con su nivel básico de primeros auxilios y decidió dedicarse a salvar a los demás.

Como aquella chica del barrio que llegó mucho después que nosotros y se instaló al final de la calle, Carmen. ¿Te acuerdas? Encerrada en su habitación, pintaba y pintaba sobre su lienzo mientras nosotros, montados en la bicicleta, frenábamos frente a su ventana para contemplar la música silenciosa que creaba su mano. Cada trazo era un latido. Pero murió su hermana pequeña de una desconocida enfermedad y ella juró que haría todo lo posible para que aquella pérdida no fuera gratuita. Desde entonces, dedicó cada latido a investigar sobre algo desconocido y los trazos murieron al trasluz de su ventana.

O ese chico que quería alistarse en el ejército, pero un día huyó a la otra punta del país a guardar las espaldas de un pez gordo y se vio en la necesidad de mancharse las manos de sangre para que la de su cuerpo siguiera fluyendo y, con ello, su corazón latiendo.

O esos dos niños que posiblemente se amaron en la primera mirada sin saber lo que era el amor; las cosas son más intensas cuando aún no se identifican. Pero la vida creó un vínculo a su alrededor, puede que varios, para evitar que ese amor floreciera ante los ojos de los demás.

En definitiva, ella nos guía, ella nos marca y ella nos limita. Está en nosotros otorgarle el poder de definirnos.

4

Es la forma de decir por puro miedo a no saber decirlo.

—Soy yo, Eva. Eres una de las personas que mejor me conocen y no deberías…

—No, no te conozco. Conocí al chico que fuiste, pero ya no sé quién eres. ¿Qué ha sido de ti estos diez años? ¿Qué ha cambiado? ¿Por qué nunca hablas de ello?

Vuelve a sentarse en la silla, podría decirse que casi se tira. Durante unos segundos mantiene la vista al frente, clavada en la pared que está a mi derecha. Cualquier cosa con tal de no mirarme de frente.

—Odiarías saberlo. Me odiarás a mí —murmura con voz ida y con una certeza aplastante sin que sus ojos se desvíen de la pared.

—Odiaré que no seas sincero y que la información recibida hoy dé vueltas por mi cabeza sin darme un respiro. Odiaré conocerte a través de lo que otros hayan querido contarme de ti. Y te odiaré a ti por no confiar en mí. —«Y, a pesar de ello, en realidad, nunca podré odiarte».

Traga saliva y se despega de un tirón con los dedos la camiseta negra del cuerpo.

—¿Qué te han contado?

—¿Qué tienes tú que contarme?

Suspira —bufa, más bien— y sus ojos se desplazan con lentitud hasta mi rostro para, ahora sí, quedarse clavados en ellos.

—Manuel me habló del puesto de trabajo en Galicia. Era para cubrir las espaldas de un tío que comenzaba a manejar pasta. Un inversionista que estaba despuntando y que no se sentía seguro. Lo pintaron sencillo. Después de todo, no era más que un tipo con dinero. —No se mueve. Sigue tirado sobre el respaldar, mirándome y narrando como si lo tuviera todo gravado a fuego en su cabeza. De repente ríe con cinismo, sumido en sus recuerdos—. Solo hay que ver una vez en la vida a Biel para saber qué tipos de negocios son los que maneja y qué clase de persona es, si puede llamársele así. Desde que lo tuve enfrente, antes siquiera de que abriera la bocaza esa que tiene, intuí problemas.

—¿Y por qué no regresaste? —le pregunto, algo cautelosa por miedo a que mis interrupciones lo frenen.

Sonríe de medio lado. Me sonríe de medio lado, quiero decir. Porque esa curvatura intencionada y ese brillo azul en sus engatusadores ojos han cambiado por completo al centrarse en mi persona y olvidar a Biel.

—¿Era acaso menor el problema que tenía en casa?

—Dicen que más vale malo conocido que bueno por conocer.

Me encojo de hombros.

—No podía permitirme el riesgo de seguir conociendo a mi problema, o se convertiría en algo insostenible.

Nunca me imaginé siendo el problema de alguien.

—¿Te marchaste por eso? ¿Por… mí? —titubeo.

Asiente y yo guardo silencio. Miro al techo y me concentro en su lisura. Pienso en el dolor de cabeza para reforzarlo. Ojalá me doliera lo suficiente para aliviar el que se me ha asentado en el pecho con la única intención de asfixiarme.

—Vuelves a quedarte con lo negativo de mis palabras —intuye, y yo no lo saco de su error, en silencio y sin mirarlo—. Me fui porque la noche que nos acostamos fue la peor y la mejor de mi vida. La sensación era tan… intensa que casi me desarma. No sé explicarlo. Estas cosas no se me dan bien. Solo sé que de ahí para atrás me ponías muy cachondo, pero Manuel siempre me decía que suele pasar cuando tienes cerca a alguien como tú rondando por la casa. Fantasías de adolescentes. Me gustaba observarte o acudir a la puerta de tu habitación cuando te tocabas.

Giro el rostro bruscamente y lo enfoco. A pesar de la tensión anterior, ahora sonríe y sus hombros parecen más relajados. Le es más fácil hablar de situaciones que me incomodan a mí que de las que lo incomodan a él, al parecer.

—Me encantaba verte salir con esa cara que tienes ahora, la de la pelirroja tímida y avergonzada, y mirarte con intensidad para reforzarla. Tú te sentías mal por lo que habías hecho, como si fuera un delito, y mucho peor al pensar que yo podía descubrirte. Siempre lo hacía.

—¿El qué?

Sus ojos claros se oscurecen con una rapidez abrumadora.

—Escucharte. Gemías bajito, pero casi no podías controlarlo. —Traga saliva—. Yo te imaginaba y reventaba de calentura desde el otro lado. Si estábamos solos, me asomaba sigiloso, y si había alguien en casa me metía en el baño para escucharte mejor y…

—¿Y qué pasó después de aquella primera vez? ¿Qué cambió?

Necesito desviar el tema con urgencia, porque hasta hace unos segundos yo estaba enfadada, decepcionada y asustada por el hombre que tenía delante y ahora estoy imaginándolo sentado al otro lado de mi pared, con la polla en la mano, excitado por mis gemidos y masajeándose lentamente. Como delante de la chimenea, cuando me contemplaba embelesado, o en la puerta de mi habitación, justo antes de cortar de raíz el momento morboso con Sandra.

Carraspeo y él desvía la mirada hasta mis piernas, las cuales se

frotan entre ellas. Odio mi reacción ante él, su presencia, sus palabras y su mirada, pero odio, sobre todas las cosas, no poder controlarlo para fingir que no ocurre.

¿Cuántas veces me ha observado en silencio? Me encantaría preguntárselo, pero no procede. No si quiero acabar de una maldita vez con lo que nunca debería haber empezado.

—¿Qué cambió después de aquella fiesta? —le insisto.

Reacciona, porque su mirada se transforma en una menos lujuriosa, más fría, más culpable.

—Antes me ponías mucho y me gustaba la situación y el morbo, puede que porque yo era quien me divertía viéndote tímida ante mí, sobre todo cuando te viniste a vivir a casa y eras más evidente que antes. Pero después de esa noche… —Su tono mengua notablemente —. No saliste nunca más de mi cabeza. Todas eran tú. Y, en realidad, ninguna conseguía hacerme sentir ni un tercio de lo que experimenté contigo.

Cierro los ojos y procuro hacer lo mismo con el corazón. No quiero seguir escuchándolo. No puedo, por el bien de mis defensas. De repente necesito salir de aquí y correr en dirección contraria a Adán. Para siempre. Crear un itinerario opuesto en el que nuestras vidas no se mezclen y las preocupaciones desaparezcan.

—Adán… —intento cortarlo, pero no está dispuesto a guardárselo durante más tiempo. Me mira con tanta determinación, con tanto brillo en sus ojos, que sé que acaba de abrirse por dentro y todo lo que pudiera haber allí, custodiado por un alma de hielo, va a salpicarme ahora como chispas de fuego.

—Si cerraba los ojos, estabas tú.

—Por favor…

—Si intentaba entretener la mente con otras cosas, con otras mujeres, aparecías tú.

—Cállate —le suplico.

Evito su mirada, pues en este instante me siento en mi punto más vulnerable desde hace veinticinco años. Quiero taparme los oídos como una niña pequeña y no escucharlo, porque mi pecho late descontrolado. Mi cuerpo me avisa, como siempre hace, de lo que está por llegar. No estoy preparada. No ahora.

—Y me dio tanto miedo ese sentimiento…

—¡Por favor!, ¡cállate!

—Y me dio tanto miedo ese sentimiento desconocido que decidí escapar de él. Por eso me fui… Porque me di cuenta de que estaba perdidamente enamorado de ti. Que siempre lo estuve, en realidad.

Me levanto con brusquedad de la camilla y me bajo de un salto. Gracias al cielo no me he mareado. Enfilo la puerta con salir de aquí como único pensamiento. Asombrado, Adán se pone de pie y me

sigue, pero las ganas de perderlo de vista y de borrar las últimas palabras de mi memoria me conceden una velocidad que lo impide.

Choco con alguien a quien esquivo rápidamente.

—¡Eh, señorita! ¿Adónde va?

Miro de soslayo para cerciorarme de la cara de desconcierto de la enfermera que me observa atónita, con unos papeles entre las manos, y después a Adán, quien me pisa los talones.

Los cortos pasillos se hacen interminables mientras los recorro en busca de la puerta principal, la que se abre de manera automática gracias al sensor cuando paso corriendo. Al cruzar al otro lado, el aire entra en mis pulmones, y el cielo oscuro, abierto y límpido me regala una pizca de paz. Es increíble que mi pulso no se haya alterado cuando dos tíos han venido a mi casa a por mí a punta de pistola y amordazado, y que ahora todo mi mundo parezca haber girado de manera abrupta por unas simples palabras.

«No son unas simples palabras, son las que llevas imaginando toda tu vida. Esperándolas. Recreándolas. Transformándolas. Y ahora están aquí. Tarde, pero aquí».

—Eva, escúchame.

—No. —Me giro para encararlo de frente con toda mi determinación como arma—. No quiero que digas nada más. Esta conversación no ha existido.

Se cruza de brazos.

—Pues lo ha hecho.

—¡Pues fingiremos que no! —exclamo alterada. Mis brazos se alzan con nerviosismo—. Llevamos fingiendo toda la vida, no importa alargarlo un poco más.

—Para engañar a los demás, no a nosotros mismos.

Rio con acidez. ¿A los demás? ¿Acaso no llevo engañándome —o intentándolo— desde que tengo uso de razón?

—Ah, ¿no? ¿No te engañaste tú cuando te fuiste sin darme una jodida explicación? ¿No me engañaste a mí con tu indiferencia? Mira, da igual. Asunto zanjado. —Me presiono con los dedos sobre el puente de la nariz en busca de calma—. Dime quién es Gabriela y dónde está para poder acabar con todo esto y seguir con esa vida que tenía antes de que aparecieras de nuevo.

Su mandíbula se endurece, y no sé si es debido a la mención de la tal Gabriela o a mi comentario dañino. Noto la rigidez de su cuerpo como si gritara de manera silenciosa. Sus pupilas cambian. Sus hombros se yerguen.

—¿Qué sabes de ella? —me pregunta con tanta preocupación en la voz que mi alma cruje un poco más—. ¿Qué te han dicho?

Mis cejas se elevan. Me encantaría disimular el temor que me recorre de pies a cabeza, pero no puedo. De repente soy consciente de

lo que ocurre, de todo lo que ha sucedido desde que vi a esos dos tipos por primera vez. Las amenazas me taladran la mente y se reproducen en mi memoria una tras otra, una tras otra, una tras otra.

Al fin reúno el valor que necesitaba para impulsar mis palabras e instarlas a salir. No es que no quisiera hablar del tema, es que me aterroriza la respuesta. Pero no puedo retrasarlo más.

—Que tienes una última oportunidad para decidir. —Trago saliva —. Ella o yo.

Da un paso atrás, descolocado. Su boca se entreabre y un gemido ahogado, casi inexistente, escapa de ella y se desvanece en la noche estrellada.

Huelo el peligro que desprenden los poros de Adán.

Siento la desconfianza que emanan sus ojos, brillantes del pánico.

Palpo el miedo de ambos.

Soy consciente entonces de que mi calma era directamente proporcional a la confianza que depositaba en él. Me creía imprescindible en su lista de prioridades. La primera. Esa por la que lo dejaría todo. Como hermana, amiga, vecina… Qué más da. Era yo. Solo yo.

Ahora algo ha cambiado.

Ahora existe un *nosotras.*

5

Soy mentira y soy verdad. Mi reflejo vive preso dentro de un cristal

IKRAM

Un tiempo atrás

Miré el tenedor hincado cerca de la clavícula y acto seguido a la niña que lo había clavado. Sin apartar mis ojos de los suyos, atrapé el cabo y de un tirón seco me deshice de él. Para mi suerte no había sido profundo gracias a su leve inseguridad, pero sí doloroso y sangrante. No grité más allá del primer gruñido, pero me habría gustado hacerlo, al igual que matarla en ese momento con mis propias manos. La muy hija de puta se había hecho con el cubierto de mi bandeja de comida. Estaba seguro de que no había podido ser cuando me alejé a por el agua, pues no le había quitado los ojos de encima, lo que indicaba que solo podría haber maniobrado cuando tenía volcada la concentración en mi cuaderno, antes de percibir que se había despertado.

Sonreí.

Chica lista y precavida.

—Por favor, por favor, por favor… —me rogó, huyendo hacia atrás y queriendo fusionarse con el sobrio cabecero de la cama.

—¿Por qué lo has hecho? —fue lo único que le pregunté en tono calmado. Calma de la que carecía. Pero era más importante el interés que había despertado en mí de repente.

Comenzó a llorar en silencio. El miedo en forma de lágrima empezó a caer de las ranuras celestes y empaparon sus mejillas golpeadas, pero se encargó de eliminarlas enseguida de un par de manotazos furiosos.

—Porque si le vas a Biel con el chisme de todo lo que te he dicho, hará barbaridades conmigo. Jamás me dejará la lengua en la boca tras haber contado lo de sus juegos ni la pausa de las cámaras.

—¿Y qué crees que haré yo después de que hayas intentado apuñalarme con un tenedor, Ricitos de Oro?

—Matarme. —Sorbe por la nariz y asiente muy rápido, presa de los nervios—. Pero tú no eres como él y lo harás rápido. Hazlo, por favor. Mátame. Pero no me dejes sufrir. A cambio, te diré todo lo que quieras saber sobre Biel.

—¿Por qué crees que me interesaría información sobre Biel?

—Es lo que estás buscando. No sé para qué, ni me importa, pero lo sé. ¿Qué te trae si no a este mundo de mierda? Treinta y cuatro años, médico, residente en Madrid, piso propio a pesar de ser muy joven por esos entonces… Y abandonaste todo eso ¿para qué? No se te conoce relación sentimental con mujeres ni hombres más allá del placer de un

rato, hijos, mascota o cualquier responsabilidad. Sin contar con que tu historial empieza a los dieciocho años. Antes no aparece nada de nada, como si no hubieras existido.

—Eh, eh, para —le exigí, pero ella no obedeció.

Como si se lo supiera de memoria, continuó relatando a gran velocidad:

—Llegaste a la vida de Biel con apenas veinte años, justo cuando murió el hombre que te crio, el que por cierto te dejó todo lo que tenía… No había necesidad económica de tirarte a los brazos de un jodido matón. Por eso sé que hay un motivo y, aunque no poseo mucha información sobre él, puede que algún detalle de lo poco que sé te ayude.

Me envaré, y no me molesté en ocultarlo. ¿Cómo sabía esa tía todo aquello? Solo era una de las niñas de Biel, una más. Con exclusiva, sí, pero porque era bonita, tenía veinte años y el jefe la había elegido al azar. ¿O no? ¿Y si trabajaba para él? ¿Y si todo aquello no era más que una patraña para sonsacarme información? Pero no me cuadraban tantos implicados: ella, Biel, la niña muda, Adán… El Atrapasueños jamás involucraría a tantas personas a por un mismo objetivo si estaba dentro de sus tropas.

—¿De dónde has sacado toda esa información? —me limité a preguntar con cautela.

—Clientes especiales con acceso directo a bases de datos.

—Solo te acuestas con Biel.

—Ahora sí, pero cuando llegué era una más. De ahí saqué buenos contactos a los que sigo viendo en las fiestas, aunque no me los folle —me espetó con dureza.

Le di un golpe al colchón que la sobresaltó. Si alguien le había conseguido la información, debía tener una finalidad. No es que hubiera mucho de mi vida que rascar, no después de los dieciocho, como bien había averiguado; se limitaba a una existencia plana, pero lo suficiente plana para que Biel sospechase.

—¿Por qué me has investigado?

—Tranquilo. —Colocó las manos por delante del cuerpo en un intento por aplacarme—. Ocurrió hace poco, cuando decidí terminar con todo. —La interrogué con la mirada y ella se dispuso a explicarse —: Moriré a manos de ese cabrón tarde o temprano, más temprano que tarde, posiblemente, y solo quería llevármelo conmigo, o al menos hacerle pupa. Con mis propias manos no podré, eso es más que evidente, así que me he dedicado a investigar a sus hombres y los pocos cabos que pueda dejar sueltos por el *pub*. Más que para tener información vuestra, para saber quién estaría de mi parte en caso de querer terminar con ese miserable.

Reí con fuerza, gesto que provocó que el dolor de mi hombro

aumentase. No obstante, mi orgullo herido no me permitió dar muestras de ello.

—¿De verdad piensas que puedes acabar con alguien como él?

Negó con seriedad.

—No me creo Dios, Ikram. Pero ¿quién es Biel sin su ejército de fieles? Un hombre, solo eso. Un flacucho adicto a la cocaína, las putas y el poder que le crea la seguridad de sus hombres. Todo lo que puede comprar. —De una bocanada buscó el aire que le había robado su verborrea—. Ya te he dicho que sola no podré. Pero sí acompañada. Sin vosotros él no es nadie.

—¿Es eso una propuesta? —Alcé una ceja, divertido—. ¿Estás proponiéndole al tío al que acabas de intentar matar con un tenedor de la bandeja del almuerzo que se una a ti para tumbar a su propio jefe, el tipo que le da de comer?

—Exactamente eso.

—Estás loca —le espeté—. Si Biel sospecha una mínima parte de tu estúpido plan, la habitación de las torturas se le va a quedar pequeña contigo.

—Lo sé. Por eso estoy pidiéndote que te unas a mí, y si no, que me mates tú. Rápido y sin dolor. No le tengo miedo a la muerte, Pantene, se la tengo a la vida lenta y tortuosa.

Torcí la boca, pensativo. No me había pasado por alto su estúpido mote sobre mi pelo, pero decidí obviarlo porque no era el momento de pararme a discutir por chorradas.

«Puede ser una trampa, Ikram».

Mierda. Claro que podía ser una trampa, pero también una salida. Una aliada.

—¿Y si mejor aprovechamos esa insolencia tuya y le sacamos partido? No pretendo acabar con Biel, pero si conseguimos lo que busco, después yo me encargaré de matarlo y, con ello, de tu libertad —le aseguré.

—Mi libertad —murmuró casi para sí con voz ronca y soñadora, como si viera factible esa opción por primera vez en su corta vida.

Verme aparecer a los dos días le causó impresión. Lo supe cuando giró el rostro y se dio de bruces con mi presencia en el umbral de la puerta. Alzó las cejas con sorpresa. Sin necesidad de preguntar, supe que se encontraba mejor. Sus ojos lucían menos cansados y más abiertos, y su cuerpo, aunque quieto sobre aquella austera cama de sábanas blancas, indicaba que tenía más facilidad de movimiento.

—¿Cómo tú por aquí? —me preguntó con su tono de voz natural, y no el rasgado de hacía dos días cuando despertó. Después, como si nada, pero dejándome entrever su verdadera preocupación por el

estado de Biel respecto a ella, añadió—: ¿Te ha obligado tu jefe a hacer de niñero de su puta favorita?

—A mí mi jefe no me obliga a nada —le respondí mientras entraba en la habitación y soltaba la chaqueta sobre el respaldar del sillón reservado para el acompañante—. Me paga por llevar a cabo funciones o dejar de hacerlas.

—¿Y vigilarme está entre esas funciones?

—No. —Tomé asiento—. Lo primero, no estoy vigilándote. Lo segundo, estoy en mi descanso, por lo que hago lo que quiero. Y lo tercero, ¿desde cuándo tienes una lengua tan ácida? Te recordaba más servicial y calladita.

—Es que, a diferencia de ti, y a pesar de que mi jefe me paga por llevar a cabo funciones, me pega cuando dejo de hacerlas. Lo que yo llamo obligación, básicamente. Ya sabes, por eso de no emplear la elección propia. Es lo que me hace servicial y calladita. —Sonríe forzadamente—. Pero, dime, si no vienes a vigilarme, ¿qué haces aquí?

—Visitarte.

Se mantuvo en silencio unos segundos, noqueada.

—¿En tus horas de descanso?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no?

Tras contemplarme unos segundos en los que no le quité la vista de encima, giró el rostro y clavó los ojos en el techo mientras yo me preguntaba, al igual que ella, por qué estaba allí. Necesitaba información sobre Biel. En eso habíamos quedado, ¿no?

—¿Ha pasado el médico? —le pregunté para acabar con el incómodo silencio que se había formado.

—Sí, ayer. Me dijo que lo hará cada dos días.

Torcí los labios.

—Pocas ganas de trabajar tiene para lo mucho que se le ha pagado.

—Supongo que es alguno de vuestros contactos y que está más que comprado para que no abra la boca.

—Supones bien.

—No era necesario. En la Seguridad Social me preguntarían, lo negaría todo y el nombre de Biel nunca saldría. Como siempre he hecho.

—Tu estado era imposible de negar, Kerstin.

—Habría dicho que fue un cliente borracho que me dio una paliza dentro de un coche —añadió sin mirarme.

—O puede que hubiera sido tu oportunidad para que investigaran a Biel.

Me enfocó de nuevo y soltó un sarcástico resoplido.

—¿Crees en serio que lo harían? En el hospital aparecería alguien que lo cubre porque está pagado o lo avisa para que suelte pasta. Siempre pasa. Yo llegaría a La emperatriz y puede que nunca más saliera de allí. No por mí misma, al menos.

Compungido, me di cuenta de que no podía dejar de observar a la niña que hablaba con la entereza de una mujer fuerte y avispada. Porque solo era eso: una chiquilla que había tenido la obligación de madurar para sobrevivir. Me pregunté cuánto habría aguantado yo, o cualquiera de nosotros, en su complicada situación.

—¿Qué te dijo el médico?

—Que necesito pasar unos días más aquí para vigilarme, y que hay posibilidades de que la hemorragia explote dentro otra vez, o algo así. Y que de no estar aquí conectada a los calmantes que no dejan de entrarme en vena, no podría ni siquiera hablar debido al dolor.

Reí.

—Sí, seguro que ha utilizado esas palabras, exactamente. Todos sabemos que «explotar la hemorragia dentro» son términos medicinales.

—He dicho *o algo así.* No se ponga tiquismiquis, doctor…

—Hasbún.

—Doctor Ikram Hasbún —completó, masticando las palabras.

Solo mi padre me había llamado así cuando aprobé la carrera, y nunca pude escucharlo de nadie, ya que no ejercí más que en su consulta privada antes de tener el título. Escucharlo me proporcionó una cálida sensación de nostalgia.

—Hasbún Cortés —completé.

—Vaya…, qué coctelera. ¿Se puede saber de dónde provienen?

—¿No lo sabes? Qué decepción. Creía que le habías puesto hincapié a mi historia por algún interés personal, y ahora resulta que no sabes nada de mi exótica familia. —Chasqueé la lengua.

—Sé de ti lo poco que han averiguado, igual que de todos. ¿Por qué debería tener un interés especial en ti más que en cualquiera de tus compañeros?

—Pensaba que te fijabas en los guapos, pero veo que no. ¿De quién sabes un poco más? Déjame adivinar… —murmuré pensativo—. De Adán. Chico malo, fuerte, tatuado y misterioso que no se relaciona con nadie.

Sus mejillas se tiñeron de rojo, pero se recompuso con rapidez. Ante su incomodidad, continué divertido:

—¿O Axel? Alto, fuerte, grande. Porque el Pepitas…, no. Demasiado delgado, paliducho, enrevesado…

—¿Quién te dice que me fijo en vosotros y no en la raja de Susana, por ejemplo, cuando va con los *leggins* de cuero y ceñidos, o en cualesquiera de mis compañeras? —Tenía la boca abierta para

continuar, pero me la cerró de un comentario—. Hombres… Dais demasiadas cosas por hecho. Entonces, ¿padre árabe y madre española, doctor Hasbún?

—Padre árabe y madre española y gitana.

—Bonita combinación de la que salió el Pantene: casi rubio, ojos grises, piel tostada, aunque levemente. Ni un rasgo árabe ni uno gitano.

—Lo llevaré en la sangre, supongo. Y no me llames más así. Por menos he matado.

—¿Así cómo?

—Pantene.

—¿No te gusta? —Sonrió.

—No.

—Está bien. A mí tampoco que me digas Ricitos de Oro.

Asentimos a la vez y un extraño silencio se interpuso entre nosotros, silencio incómodo que me hizo ponerme de pie, coger mi chaqueta y disponerme a salir.

—Tengo que irme.

—¿Has cruzado media Barcelona para cinco minutos?

—Se llama *visita* y se dice *gracias* cuando alguien la hace. —Abrí la puerta.

—Gracias, Pantene.

Oculté la sonrisa que luchó por abrirse paso.

—De nada, Ricitos de Oro.

6

Muchas pesadillas, pocos cuentos de la Bella Durmiente.

Adán

Un tiempo atrás

El pasillo de la planta superior era un buen lugar. No podía ir a mi habitación, no con Gabriela allí, y mi cuerpo me imploraba desfogar ya. Ahora. Sin dilaciones.

Efectos del subidón de la coca.

La planta inferior no era una opción para mí, a pesar de ser un sitio en el que se respiraba y vivía el sexo.

La espalda de Dulce chocó en la blanca pared, esa que más tarde guardaría la silueta de mis manos como recuerdo de uno de los polvos más intensos con aquella chica de pelo y mirada azul, que lo único que tenía de dulce era el nombre. Una buena compañera de juegos, caliente y cañera, exenta de límites. Nos compaginábamos bien: yo era su desahogo más salvaje y ella el mío. Además, siempre aparecía en el *pub* cuando más falta me hacía. A veces unas copas, unas rayas… Otras, no cruzábamos palabra.

Dulce atravesaba las puertas del local sin mirar hacia los lados, con un único objetivo. Cuando me encontraba, se acercaba contoneándose como una gata, con la cabeza ladeada ligeramente, dispuesta a que mis ojos se dirigieran a esas caderas exuberantes y bien marcadas. Mientras me acechaba con sus andares, yo observaba su vestimenta. Si solo la cubría un vestido corto, no hacían falta las palabras previas; si, por el contrario, venía enfundada en un pantalón, el encuentro se demoraría un poco más. Para mi suerte, aquella tarde había elegido un traje diminuto del mismo azul de su pelo.

Me mordió el labio inferior con fuerza cuando introduje mi mano por debajo de la tela. Un gruñido involuntario escapó de mi garganta ante la ausencia de bragas y la presencia de una humedad que me empapó los dedos con solo rozar la suave rajita de su coño.

—Joder… —murmuré, capturando su calentura.

Llevé el dedo húmedo hasta mi boca para lamerlo, pero, antes de insertarlo, Dulce sonrió lobuna y acercó sus labios para degustar juntos su sabor. Tras compartirlo y sin apartarnos, ronroneó bajito y me miró lasciva mientras se lamía las comisuras.

—Llevo empapada todo el día pensando en este momento. No sabes las ganas que tenía de verte.

Con una mano se subió más el vestido y con la otra haló mi pelo para obligarme a descender, con el único propósito de cubrir su coño

con mi boca.

—No, gatita. —De un movimiento aparté su mano de mi pelo. Con rapidez le di la vuelta y apoyé su rostro contra la pared, aprisionándola por detrás con el mío—. Sabes de sobra quién lleva el mando, quién pone las pautas, quién marca los tiempos.

Ahora el que sujetó su cabello con fuerza fui yo, acto que aproveché para presionar más su cara con la superficie. Sin medirme mordí su mejilla, la cual lamí acto seguido dejando mi rastro, el desenfreno que comenzaba a invadirme.

—Necesito que me lamas. —A ella le encantaba rogarme y a mí escucharla.

—Podrás aguantar. Ahora tenemos que ocuparnos de esto. —Presioné mi polla contra su trasero y me restregué con intención.

—Egoísta.

—Prioritario.

Se zafó de mi agarre y se dio la vuelta. Conforme se arrastraba por la pared en descenso, me contempló con los ojos brillantes, deseosos de mí.

—Juegas con ventaja. Sabes que estoy deseando metérmela en la boca.

Desabrochó el botón de mi vaquero y liberó la erección que amenazaba con hacerme reventar de un momento a otro. Desprovisto de ropa interior, el roce del pantalón solo aumentaba las ganas de correrme.

Cuando sus manos rodearon mi polla y su lengua se posó sobre ella, la sensación se sintió explosiva. Puede que fuera por la cantidad de mierda que llevaba en el cuerpo, por las ganas irrefrenables de terminar de una vez o por la pericia de Dulce, que no era poca. Todo se intensificó más cuando, de un solo movimiento y con la boca muy abierta, se la introdujo hasta la garganta y presionó para que la ayudara. Sabía lo que me gustaba, lo que me volvía loco. Así que, alienado, ido, sujeté su cabeza y presioné, embistiéndola con fuerza, follándome su boca, gruñendo desbocado.

El pasillo se llenó de mis jadeos y sus arcadas controladas, del sonido de la saliva encharcándome el falo y desbordando por su boca hasta caer en el suelo.

La separé bruscamente para evitar correrme y la alcé. Con sus mejillas sujetas con una sola mano, acerqué su rostro a mí para besarlo.

—Eres una maravilla. Una gatita obediente.

Me lamió la boca con lentitud e intención, jadeante y agotada después de la bestial mamada que acababa de darme.

—Esta gatita quiere que te la folles.

Sonreí.

Iba a hacerlo, claro que iba a hacerlo; estaba deseándolo. Pero antes me agaché, subí sus piernas encima de mis hombros y, dejando todo su peso sobre mí y su chorreante abertura en mi cara, lamí descontrolado hasta que su cuerpo se convulsionó y la gata de pelo azul tuvo que aferrarse con fuerza a mi pelo para no caer. Entre gemidos gritaba mi nombre y yo intensifiqué más la dureza de la lengua, buscando su entrada y lamiéndola como un animal en celo.

Dulce se corrió entre gruñidos, tirando de mi cabello para que alzara el rostro y nuestras miradas se encontraran.

Entonces algo llamó mi atención: un movimiento al final del lado derecho del pasillo. Giré el rostro lo suficientemente rápido para ver la cabeza de Gabriela asomada a la puerta. Tenía el rostro encendido y avergonzado.

—Mierda —murmuré.

Bajé a Dulce de mis hombros y me levanté. La burbuja de lujuria se había roto, y el telón de gemidos, saliva y desenfreno, cerrado.

—Lusco, ¿qué ocurre?

La muchacha se bajó el vestido, preocupada y consciente de mi cambio de actitud. Yo miré hacia abajo. Seguía duro, pero mi cuerpo me pedía parar. Me abroché el pantalón, la besé en la mejilla y me di la vuelta en busca de las escaleras.

—¡Eh! ¿Adónde vas?

—Necesito tomarme una copa.

—¿Vas a dejarme así? —me preguntó enfadada, con los brazos separados del cuerpo y las palmas abiertas hacia arriba, en un claro reproche.

A punto de pisar el primer escalón, me detuve para mirarla.

—Que yo sepa, el único que se va a medias de aquí soy yo.

Descendí a paso lento, crucé el salón principal y me dirigí a una de las barras laterales, donde podría tomarme una copa a solas.

Eran las ocho de la tarde, y el movimiento, aunque ya había comenzado, era escaso. Solo algunas chicas tomándose un café, parte del equipo de mantenimiento solucionando problemas de iluminación del escenario y el Pepitas rondando por allí, verificando que todo quedara como debía.

Me serví una copa de ron con dos hielos y me senté en un taburete. Mientras bebía, me pregunté qué me había frenado para no seguir con lo que había comenzado, si era muy consciente de que Gabriela no era la única que nos había visto. Había estado obnubilado entre los pliegues de Dulce y muy pasado de rosca con las copas y los excesos de mierdas, pero eso no quitaba que obviara las presencias que nos habían observado en el pasillo mientras la chica del pelo azul y yo desfogábamos.

No era extraño para nadie encontrarse a otros follando en cualquier

lugar del *pub,* de día o de noche, en la planta inferior o la superior, dentro o fuera de las habitaciones y estancias comunes. Unos pasaban de largo y otros se quedaban a recrearse siempre que la escena mereciera la pena, pero ninguno de los dos grupos se asombraba viera lo que viese. Claro que Gabriela no pertenecía a ninguno de estos. Y, además, el paso de las semanas, su soledad, mi soledad y la convivencia nocturna en mi habitación —que se había convertido en nuestra— habían creado un vínculo diferente entre nosotros. Algo difícil de explicar que no compartía con ninguna de las personas que me rodeaban a diario. Algo que me daba miedo sentir e, incluso, reconocer. Algo… fuerte. Fuera lo que fuese, no me entusiasmaba la idea de que ella, precisamente ella, me hubiera visto en ese instante de desboque.

Por primera vez en bastante tiempo, la integridad de alguien me importaba; hecho a destacar, pues hacía mucho que, quitando a mi familia, que siempre estaría bien mientras yo me mantuviera a la derecha de Biel, no me atañía ni mi propia seguridad.

Gabriela era una niña. No inocente, pues la vida se había encargado de arrancarle sin escrúpulo esa parte de uno que jamás vuelve, pero una niña, al fin y al cabo, que no debería ver ciertas cosas.

¿Por qué me sentía tan avergonzado?

¿Por qué me importaba tanto?

¿Por qué, y esa era la verdadera pregunta, me desgarraba por dentro el miedo de querer a alguien?

Dicen que el miedo es una de las sensaciones más fuertes que se conocen, que las negativas siempre ganan. Pero se ve que el amor, con su bondad y sus complicaciones, existe para aplacarlo. Porque había ocurrido: quería a Gabriela.

Había pasado sin percatarme, entre charlas nocturnas e interminables que solo dirigía ella en escrupulosos susurros para que no pudiera llamarle la atención. Entre risas suyas ahogadas en la almohada y alguna que otra sonrisa involuntaria mía. Había pasado mientras narraba historias inventadas y yo la escuchaba, tumbado en el suelo sobre un edredón, admirándola en silencio por esa capacidad suya de convertir su encierro en una oportunidad para darle rienda suelta a la imaginación.

—Imagináte, Lusquito… como, no sé…, como vendedor ambulante de pescado —me propuso una noche cualquiera mientras ambos mirábamos al techo después de ver el capítulo diario de *En el pasillo,* justo antes de dormir. Las noticias sobre Kerstin, la rusa, no eran del todo optimistas, pues su estado había empeorado, y Gabriela se encontraba especialmente triste. Cuando eso ocurría, ambos desvariábamos para entretener la mente, inventando situaciones surrealistas—. Con tu carro cargado de género, tus ropajes viejos y

sucios y la pinga oliendo a pescado…

Fruncí el ceño y le pregunté:

—¿Por qué me huele la pinga a pescado?

—Porque te la tocás para mear después de haber manipulado las lubinas.

—Ah.

—¿Por dónde iba?… Esto, sí. Vos vas con tu carro cargado mientras visitás los puebluchos empedrados y las pibas se te tirán encima, enamoradas de tu cuerpo tatuado y tus ojos azules.

—¿Los vendedores de pescado de ropajes sucios tenían tatuajes por aquellos entonces?

—De henna —me respondió resuelta antes de proseguir con su relato—: Cuando lo tenés todo vendido, vas al río que hay a las afueras del pueblo, te desnudás y te das un baño relajante. Pero como ya pasaron dos semanas desde que te hiciste los nuevos tatuajes, la henna comienza a emborronarse y te quedás sin nada, solo manchas por todas partes.

—Y a las pibas dejo de parecerle atractivo.

—Ajá. Y dejás de vender el pescado. Nadie queré comprarte en ese pueblo y la voz se ha extendido en los de alrededor. Terminás quebrado, mendigando pan, con el cuerpo cubierto de manchas negras que nunca se fueron del todo, y la pinga ya no huele a pescado, te huele a habitación cerrada porque ya nunca la usás.

—¿Ni para mear?

Negó, divertida.

—Sos taaan miserable que te da asco tocarte a ti mismo.

Una carcajada natural emanó de su garganta y Sultán ladró bajito. Parecía estar de acuerdo con el final. Y adiestrado, pues cada vez le hacía más caso y colaboraba más con la infiltración.

—¿Por qué el chucho siempre está de tu parte, si yo le traigo la comida?

—Si lo llamás así de nuevo, te pateo las pelotas.

—¿Y por qué en tus historias siempre acabo arruinado?

—Porque es más divertido así. Y porque cuando en la imaginación lo pintás muy muy mal, tu realidad no lo parece tanto.

Aquella chiquilla delgada, con el pelo pintado a medias y cubierta por ropa dos tallas más grandes estaba haciéndose un hueco propio en mi habitación y en mi rutina. Cuando la contemplaba de soslayo, un nudo de inquietud nacía en mi garganta. Me habría encantado decirle que la sacaría del peor lugar en el que alguien como ella podía estar. Permanecer en La emperatriz era como sentarte en una silla de playa en la cima del volcán y esperar a que erupcionase. Más tarde comprendí que lo habría preferido, que yo mismo habría subido las sillas de ambos para sentarnos a contar historias hasta la explosión. Al

menos el cráter nos habría llevado de una, sin necesidad de sufrir.

No, no podía prometerle estabilidad, seguridad ni nada por el estilo. ¿Cómo hacerlo cuando ni siquiera yo era capaz de huir? Solo quedaba esperar a la rusa y entonces decidir qué hacer con ella.

El pensamiento de subir a mi habitación y no encontrarla esperándome con el chucho arremolinado entre las piernas me robaba aire y paz. Pero imaginarla libre, fuera del alcance de Biel y viviendo la vida que se merecía me devolvía el oxígeno duplicado.

Unas manos se posaron desde atrás sobre mis hombros, con tanta firmeza y frialdad que un escalofrío con olor a advertencia me recorrió la columna. Fue automático el movimiento de sacar la pistola de la cintura del pantalón con una mano, girarme y apoyar el cañón en la frente de la persona.

—Tranquilo, muchacho… —siseó la voz viperina de Susana, que no movió un solo músculo ante la presencia del arma postrada en su frente—. Veo que eres de esos hombres a los que no correrse les trastoca el humor.

Bajé la pistola y la devolví a su lugar.

Vaya. Mi polvo a medias había alimentado los cotilleos de La emperatriz en tan solo unos minutos.

—¿Qué quieres? —le espeté, girándome hacia la barra de nuevo y capturando el sabor del interior de mi vaso.

—Te diría que proponerte terminar lo que has empezado… —Tuvo el atrevimiento de colocarse a mi lado, alzar un dedo y acariciar mi mejilla con la afilada uña de color rojo—. No puedo negar que me atraes. Ese misterio que te envuelve, ese halo nubloso y esos tatuajes…

Alcé una ceja, sorprendido por la irrupción y por el descaro.

—No te ofendas, Susana, o sí, oféndete si quieres…, pero no te tocaba ni con la mano de otro.

Una risa estridente y repetitiva se escuchó cercana.

—Si la mano de ese otro es la mía, tienes permiso para tocar —comentó el Pepitas, que pasaba por nuestro lado, acompañando a uno de los hombres a los que supervisaba. Se detuvo a la altura de Susana y le pasó un brazo por encima del hombro con familiaridad, ignorando al tipo que se marchaba hacia la puerta principal con la caja de herramientas en la mano—. Siempre me han gustado mayores y experimentadas.

—No tendría ni para empezar, pequeño Sergio —lo vaciló.

El aludido torció el rostro, ofendido.

—¿Te lo han dicho tus cartas? «El Pepitas se correrá en tres minutos» —recitó con voz ultratumba.

—Hay cosas que no necesitan información divina, con el ojo clínico basta.

—Usted se lo pierde, bella señora —recalcó mucho el trato formal y el *señora,* buscando dañarla de la manera acertada cuando, además, añadió—: Siempre hay una buena rubia jovencita que sepa sacarle brillo al cíclope, ¿verdad? —Lo había dicho refiriéndose a Kerstin y a cómo le había usurpado el sitio de *favorita* de Biel. Abrió mucho los ojos en mi dirección y rio con fuerza—. ¡Mira, hablando del ojo clínico! Cíclope, ojo… ¿Lo pillas?

Se marchó envuelto en su propio chiste, sin contemplar la mirada altiva de Susana, quien, con el mentón inclinado y el ojo izquierdo levemente entrecerrado, parecía estar maldiciéndolo en silencio. Cosa muy probable, tratándose de quien se trataba, y muy poco certera, yendo a quien iba dirigida.

Dispuesto a darme la vuelta estaba cuando la mujer, sin apartar aún la vista del Pepitas, que caminaba hacia la salida, alargó el brazo en un solo y acertado movimiento y atrapó el mío a la altura del codo. La firmeza empleada y la presión de sus dedos me hicieron bajar la mirada allí donde dolía, pero no aflojó, al contrario de lo que esperaba.

—No me toques —le exigí—. Aparta esa mano.

Lo hizo sin protestar. No quería relación con ninguna de las mujeres que residían allí, pero mucho menos con ella. Especialmente con ella. Yo no les pedía nada, no me interesaba en absoluto lo que pudieran ofrecerme porque lo conseguía fuera, pero tampoco les permitía adoptar conmigo una postura amigable que diera pie a confianzas no deseadas. Si algo tenían claro es que entre nosotros y ellas existía un abismo posicional ante los ojos de Biel, quien, nos gustara o no, llevaba cada uno de nuestros destinos en el cañón de su Beretta 92F.

Hablé de nuevo:

—Dime de una vez qué quieres y lárgate.

Susana sonrió mordaz.

—Solo venía a charlar un poco sobre faldas, ya que te gustan tanto. —Su sonrisa seguía ahí, enmarcando su tostado y terso rostro que rogaba por lucir natural, sin más chutes de Bótox—. Cuidado, Lusco… Esas tinieblas que te acompañan siempre tienen nombre de mujer. Esa nube gris que te envuelve lloverá cada día de tu vida sobre tus hombros si no aprendes a gestionar.

—Gestionar —bufé, irónico.

—Gestionar, sí. Gestionar tus sentimientos. Clasificarlos, aceptarlos y hacer algo con ellos. Es irónico que mantengas al género femenino lejos, muy lejos —recalcó—, y sin embargo, lo sientas tan cerca.

Irremediablemente, unos ojos verdes acunados por pecas acudieron a mi cabeza.

—Y ese consejito de media mañana me ha sido otorgado porque…

—Porque es mi deber. A quienes nos ha sido concedida la capacidad

de anteceder, se nos ha estipulado, a su vez, la de informar. Ayudar a otros con el conocimiento propio debería ser un hecho natural.

—La palabra *ayudar* y tú no estáis maridadas.

Chascó la lengua.

—Cree lo que quieras. Yo ya te lo he advertido.

Llevó los dedos al filo de su larga y relamida coleta y la envolvió en ellos mientras daba media vuelta y se disponía a marcharse.

—¿El qué, exactamente? Porque tienes un lenguaje propio que ni la receta de un médico.

Giró el rostro con divinidad, de esa manera pausada y concienzuda que lo hacía todo, y me mostró una gélida sonrisa que, ahora sí, consiguió helarme.

—Para que me entiendas en tu lenguaje básico y cazurro, lo que quiero decir es que, aunque el problema tenga el tamaño de una niña, puede traerte las consecuencias de un gigante. Yo que tú, dios de las sombras, me desharía de ese problema. O al menos no lo guardaría en mi habitación.

Las piernas aguantaron mi cuerpo porque estaban ancladas a la parte baja del taburete y gracias a ello pude mantenerme imperturbable ante la última mirada divertida de Susana. Habría caído de bruces en ese momento.

Sentí unas ganas imperiosas de correr hacia la habitación y comprobar que Gabriela estaba allí, que se encontraba bien. Pero tuve que permanecer en el lugar hasta que la presencia de aquella maldita bruja desapareciera completamente.

Cuando eso ocurrió, me bebí lo que quedaba en la copa y me levanté con toda la calma que me fue posible por si algunos ojos escrutadores estaban presenciándolo todo. Si Susana sabía de la presencia de Gabriela era posible que muchos otros lo hubieran descubierto también. Pero ¿cómo?

Tras subir todo lo rápido que me fue posible sin salirme del rango permitido para no levantar sospechas, abrí la puerta de mi habitación y barrí la pequeña estancia con la mirada. Todo en orden. Demasiado en orden. La cama hecha, los cojines en su sitio, ni un zapato fuera de lugar. Solo desentonaba sobre la colcha azul oscura un papel algo arrugado. El corazón se me detuvo en seco al no ver a Gabriela ni a Sultán. Fue solo una milésima de segundo, el tiempo que tardó la chica en asomar la cabeza por el filo lateral izquierdo del colchón, el que estaba pegado a la pared, donde se encontraba la pequeña y única ventana, ahora cerrada, pero, hasta hacía poco rato, abierta con seguridad. Gabriela era estricta con la ventilación y el orden. Cuando esa meticulosidad se encerraba en cuatro metros cuadrados, se hacía mucho más visible.

Cerré los ojos el instante que me concedí para recuperar aire.

—Adán —susurró con voz temblorosa antes de salir del escondite de manera atropellada, saltar por encima de la cama y abalanzarse hacia mí.

Tuve que sujetarla con fuerza y mantener el equilibrio para no caer hacia atrás. Gabriela era efusiva, intensa y transparente, pero si de algo carecía —y no me había percatado hasta ese instante en el que la tuve envuelta en mi cuerpo como un monillo— era de muestras de cariño.

Temblaba.

Sultán, que había imitado a su dueña, movía el rabo con efusividad desde lo alto de mi cama. Parecía aliviado de verme.

—Sos vos, sos vos —repetía Gabriela con el rostro enterrado en mi cuello.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté cuando, al cabo de unos minutos, aflojó el agarre y pude soltarla.

Sentada en la cama con las piernas cruzadas sobre el colchón, me miraba con los ojos vidriosos.

—Alguien ha entrado justo antes de hacerlo vos. Creía que… —tragó saliva—, creía que era Biel, que me había descubierto y no volvería a verte y… No me dio tiempo a esconderme en el baño, como siempre, y…

—Tranquila. —Me agaché a su lado en un vago intento por calmarla—. ¿Has visto quién era?

Negó.

—Al principio pensé que sería esa mina del pasillo con la que… —Tragó saliva y me apartó la mirada, puede que avergonzada por lo que había visto—. La mina del pelo azul. Pensaba que había entrado a buscarte. Pero creo que era un tipo. Sultán y yo nos hemos escondido aquí para poder ocultarnos con la cortina. Quien sea, se ha tomado su tiempo y ha estado tocando tus cosas.

—¿Qué cosas?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. No me atrevía a mirar. Solo escuché puertas y cajones.

—¿Y por qué piensas que era un hombre?

—Cuando sonó la puerta de la habitación al abrirse, me asomé con cuidado por debajo de la cama y vi unos zapatos oscuros de hombre.

Mi ceño se frunció, señalando mi confusión. Recepcioné toda la información en mi mente para analizarla más tarde y me centré en Gabriela.

—¿Y cómo has sabido que no era yo quien abría? —le pregunté con curiosidad.

—Porque Sultán comenzó a gruñir bajito antes de escuchar los pasos acercarse y nunca gruñe cuando sos vos.

Miré de soslayo al chucho, que se había tumbado y apoyado el

hocico sobre sus patas delanteras mientras nos contemplaba a ambos.

—No tienes por qué preocuparte, seguro que era uno de los chicos buscando algo —le mentí en un intento por restarle importancia al asunto.

Nadie osaría entrar en mi habitación y hurgar, pero me encargaría de comprobar en las grabaciones de la cámara quién había sido. Dato que me guardé para no preocuparla más. Más tarde comprobaría, para mi sorpresa, que se trataba del Pepitas. Aunque nunca supe con certeza qué quería de mí, por qué estaba allí.

—Mientes… Acá nunca entra nadie. No lo han hecho desde que…

La voz de Gabriela sonaba de fondo. Mientras, yo oteaba la estancia en busca de algo fuera de lo normal que pudiera habernos delatado. Cuando la pulcra estancia estuvo barrida con mis ojos, reparé en el papel medio arrugado posado en el mismo lugar, sobre la colcha. La argentina desvió la mirada al foco de la mía y se tiró a por él con nerviosismo. En menos de dos segundos, el papel había desaparecido en su puño.

—¿Qué es eso? —quise saber.

Me puse de pie y esperé una respuesta que tardó varios segundos en llegar.

—Nada —murmuró con la cabeza gacha.

—Gabriela…

—Andáte[1], Lusco, tendrás muchas cosas que hacer.

—Sí. Descubrir qué pone en ese papel.

—No es nada.

—Si estaba sobre la cama es posible que lo hayan visto.

—Son boludeces mías.

—Han podido leerlo —le repetí—. Necesito saber qué pone ahí.

Y como no estaba por la labor de facilitarme la información, de un movimiento inesperado alargué la mano y me hice con el folio.

—¡Eh! No podés hacer eso. Que vivamos en la misma pocilga estrecha no te da derecho a…

No la escuché, centrado como estaba en el papel.

Música alta
Bailar toda la noche en un bolinche
Cantar en un antro
Leer *¿Hay alguien ahí fuera?*
Tomar el sol con los ojos cerrados
Be…

—¿Qué es esto? —le pregunté, confuso.

Ella tragó saliva y, sin más dilación, aunque sí con las mejillas encendidas, decidió contestarme:

—La lista de deseos para el día de mi cumpleaños.

—¿Se acerca tu cumpleaños?

Sonrió débilmente.

—Mañana.

—¿Mañana? —Asintió—. ¿Por qué no me has dicho nada?

—¿Para qué?

Apretó el papel con saña entre sus dedos, forzó un poco más la sonrisa y giró el rostro hacia la ventana para evitar que contemplara la rabia y la tristeza que había en sus ojos. Sultán se levantó de su cómoda postura y se colocó encima de las piernas de la chica justo después de darle dos lametazos en la mejilla que hicieron a Gabriela entrecerrar un ojo, el mismo que estaba a punto de desbordarse en un llanto contenido. Me pregunté cuánto tiempo llevaban encerradas esas lágrimas.

—¿Qué ponía en el último deseo? —Miré de nuevo el papel, exactamente en la palabra que estaba escrita a medias—. Aquí dice *Be*… ¿*Be* qué?

—Beberme un fernet. Con cola —añadió—. Mi abuelo siempre lo hacía después de comer el día de su cumpleaños.

Alcé las cejas y la observé con intención.

—Cumples dieciséis años, no puedes beber alcohol.

—Ya. Y sí vivir encerrada en una habitación con el matón favorito del proxeneta que, sin conocerme, quiere darme caza. —Asintió con los labios apretados, mostrando con su gesto toda la ironía que cabía en él—. Y sí que puedo ver, con quince años todavía, como te cogés a una mina como un puto loco y luego dormir juntitos a la espera de que al día siguiente aparezca por fin Kerstin, la desconocida que arriesgó su vida por mí, y decida de una vez cuál será mi destino. ¿Puta?, ¿bailarina?, ¿vagabunda? —Se levantó de la cama y se colocó frente a mí de puntillas para llegar a mi mentón—. A ver, ¿qué apostás? ¿Qué creés que me quedá mejor?, ¿chuparle la sin hueso a tu jefe o deambular por las calles haciéndoselo a cualquiera a cambio de un poco de plata para comer?

—Gabriela…

—Mira, Adán —me cortó, enfadada—. Me encantaría marcharme ahora mismo de acá pegando un portazo que te retumbaran los tímpanos, pero no puedo. Así que hazme un favor y vete tú, porque necesito estar sola.

Sin dilación, me di la vuelta y me marché.

No entendía nada y, a su vez, lo entendía absolutamente todo.

7

Nada es tan importante. Tampoco solo un juego.

Eva

«Llévame a casa», le he pedido. Adán, todavía visiblemente impactado con mi información sobre la tal Gabriela, ha obedecido sin protestar. Una última mirada cargada de dolor después, estamos de regreso montados en el flamante Range Rover.

Llega a mi mente el recuerdo de aquella mañana, ahora lejana, en la que viajábamos en el mismo coche hacia Fuenteheridos, con café en vasos de plástico y hablándonos con música. Llega, como un relámpago que atraviesa un árbol, la remembranza de su cuerpo vigoroso delante de la chimenea, de sus ojos chispeantes de deseo; solo que se trata de un recuerdo y lo que lo atraviesa es mi alma malherida, haciendo alusión a aquel pueblo que nos dio cobijo durante unos días para amarnos fingiendo que no lo hacíamos.

¿Qué habría pasado si en aquel momento, solos y excitados, Adán hubiera reconocido en voz alta todo lo que acababa de reconocer en la inhóspita sala de urgencias?

¿Qué habría hecho sentada sobre él en aquella alfombra roja tras escuchar, frente con frente, mezclando sudores y anhelos, que si cerraba los ojos estaba yo?, ¿que estaba enamorado de mí? O lo había estado años atrás, cuando decidió marcharse. Cuando *tuvo* que marcharse.

Entiendo la necesidad. Si de verdad en algún momento sintió algo por mí, comprendo la exigencia de la mente por escapar de lo prohibido. Lo habría hecho yo de haber sido más valiente. O cobarde. Porque mucho se habla de quien se va, dejándolo todo, pero nada se dice de quien se queda aquí sin nada.

«¿Cómo habrías reaccionado, Eva? —me insisto sin tregua. Yo, que nunca he tenido compasión ni conmigo misma—. ¿Lo habrías destapado todo por él delante de tu padre y Elena?, ¿habrías salido al mundo dada de la mano con el niño que se crio curándote las heridas de las rodillas, con el que intercambiabas la bicicleta?».

No lo sé.

Ahora, pensar en la posibilidad de haberlo hecho me horroriza. Ahora que sé quién es realmente el chico que llevo al lado, ese firme, de mirada imperturbable y que siempre me ha parecido ocultar un gran corazón tras su pecho lleno de tinta: alguien que ha torturado y matado sin escrúpulos.

«Deberías ver esos lindos ojos azules cargados de rabia mientras usa la cuna de Judas, su juguetito favorito, o el aplastapulgares», me había dicho el Pepitas entre risas, pero con una vil mirada fijada en la mía para darle énfasis a sus palabras.

No podía creer que estuviéramos hablando de la misma persona que había clavado en mí dichos ojos con el deseo más ardiente que hubiera visto jamás en una mirada contraria.

El coche se detiene largo rato después. Al menos a mí se me ha antojado eterno el camino, puede que porque llegar a casa y encerrarme en mi habitación es lo que más y menos me apetece, a partes iguales.

Adán, con semblante serio, alza el freno de mano, apaga el motor y saca la llave. Tras ello, noto su silencioso escrutinio, puede que a la espera de alguna palabra por mi parte que no llega.

Abro la puerta y me bajo de un salto del alto vehículo.

—Eva —me llama, pero es ignorado concienzudamente mientras camino hacia la entrada iluminada del jardín, señal de que nuestros padres todavía nos esperan. Estas luces solo se apagan cuando todos estamos dentro de casa.

Escucho cerrarse la puerta de su lado de un fuerte portazo y, tras ella, un suspiro de cansancio que me indica que el límite de su paciencia está a dos minutos más ignorándolo.

—Eva —me repite con el mismo tono agotado.

En ese momento, la puerta principal se abre y mi padre aparece en mi campo de visión con rostro preocupado. Baja apresurado el pequeño escalón y acorta los dos metros que nos separan. Elena lo sigue sin importarle vestir un pijama de pantalón corto y tirantes, con el que jamás se le ocurriría salir al jardín a la vista de los vecinos.

—¡Eva! ¿Dónde estabais? Nos teníais muy preocupados. Cuando os llamamos a ambos móviles y no lo cogíais… —Abre mucho los ojos al reparar en mi frente y alarga la mano para apartar el pelo con cuidado —. Pero ¿qué te ha pasado?

—Tranquilo, no es nada.

—¿Nada? Te han dado puntos —aprecia, todavía con el pelo retirado de la frente y muy cerca de la gasa con la que han tapado la herida y en la que, supongo, se transparentan los pequeños hilos negros.

—Estaba agachada pintando un mueble, llamaron al timbre y al levantarme me golpeé con el pico —le cuento la versión pactada—. Por suerte, era Adán.

—Iba a llevarle la magdalena —le aclara, como si hiciera falta. No sé de qué magdalena habla. Ahora que lo pienso, ni siquiera le he preguntado para qué había ido a mi casa.

—Me ha llevado al médico, han cosido un poco y ya. Dicen que ni se notará la marca, que está muy pegada a la frente.

—¿Te duele? —me pregunta Elena y yo niego, mintiendo a medias. No es que no duela, es que tener el corazón estrujado de miedo por una mano invisible triplica el sufrimiento y se hace notar más que una

herida en la frente.

—Vamos, entrad en casa —nos insta mi padre—. Con el susto no hemos preparado nada para la cena, pero podemos meter en el microondas unas lasañas precocinadas.

—No te preocupes por mí, papá, no tengo hambre. Voy a acostarme ya —le digo, pasando por su lado y entrando a casa.

—Debes comer, Eva. Con la medicación y…

—Se ha comido la magdalena hace nada —lo interrumpe Adán y yo miro hacia atrás, sorprendida porque me eche una mano, aunque sea por una vez—. La llevaba encima y se la ha comido en la sala de urgencias mientras esperábamos. No iba a permitir que le cosieran la frente con el estómago vacío y que me montara un numerito allí, desmayándose.

Mi padre le sonríe, y yo me pregunto si sabe a quién está regalándole una sonrisa.

—Hasta mañana —me despido sin querer pensar en nada más, y después desaparezco por las escaleras.

—Buenas noches, mi niña —murmura Elena.

Pero sé de sobra que esta noche podrá calificarse con cualquier adjetivo menos con ese.

Al entrar en mi habitación, me despojo de la ropa y me cubro con una camiseta ancha, desgastada y tres tallas más de la que me pertenece. Miro alrededor y parezco no reconocer la estancia. Creo que le falta color, y también un poco de orden. Si no fuera por mi padre o Elena, que están encargándose de ello, ahora mismo dormiría en una pocilga.

Enciendo el portátil y lo llevo a mi cama, donde lo apoyo a la espera de que se inicie y, mientras, me hago con la pastilla de alprazolam que me ayudará a dormir al menos unas horas.

Una vez preparada y con el portátil sobre las piernas, tecleo *la cuna de Judas* y busco en el primer enlace que veo y que aparece junto a fotos de una especie de pirámide antigua.

Conocida en Francia como *la vigilia.* El objetivo de este instrumento no es el de producir la muerte ni grandes daños físicos, sino el de arruinar el estado de ánimo del interrogado.

Mediante un complicado sistema de cuerdas dispuestas por el techo y con la ayuda de un cinturón metálico sujeto a la cintura, la víctima se alza sobre una pirámide puntiaguda para después dejarla caer una o varias veces, de modo que la punta topará con la zona genital o anal con mayor o menor presión, dependiendo de cómo evolucione la confesión, a lo que se le suma el hecho de que si el reo se relaja, la penetración es aún mayor, lo que le impide descansar.

El efecto físico es relativamente menor que el psicológico en este caso.

Trago saliva, horrorizada ante las imágenes que aparecen en Google e imaginando a Adán llevando a cabo algo así. Pero el Pepitas lo

mencionó. No lo veo manipulando a un señor atado hasta dejarlo caer sobre una pirámide puntiaguda que lo penetrará salvajemente. Joder.

Sigo leyendo un poco más. Este es uno de los métodos de tortura medievales usados en la Inquisición española, y no tiene pinta de ser un objeto que encuentres en cualquier lugar, mucho menos por el complicado sistema de cuerdas, como bien dice en la descripción. Me pregunto qué tipo de mente retorcida disfruta en pleno siglo XXI con ello y lo tiene en su posesión.

A continuación, y aunque el nombre no deje demasiado lugar a dudas, busco el aplastapulgares.

El dolor infligido por estos sencillos aparatos es enorme. Sus agujas se entrecruzan para asegurar la presión en diversos puntos de los dedos.

Instrucción de la emperatriz austriaca María Teresa, que en 1769 mandó publicar un códice en el que se exigía que todos los jueces sometieran a preguntas *dolorosas* a todo aquel acusado que se negara a responder.

Su uso puede dejar inservible los dedos en la mayoría de los casos.

Me quedo helada. No es casualidad que sea otro aparato de la época y uno de los más antiguos conocidos y usados. Las palabras del Pepitas siguen dando vueltas en mi cabeza.

Pareciendo invocado por mi pensamiento actual, tras dos rápidos golpes y sin espera de permiso, la puerta se abre y Adán aparece tras ella con un plato en la mano. No puedo moverme ni quitarle los ojos de encima. De nuevo, parece ser la primera vez que lo tengo delante.

—Antes he mentido con lo de la magdalena para que te dejaran tranquila, pero a cambio tienes que comer algo. Te he traído un trozo de lasaña. Aún está caliente. Y tu móvil. Lo encontré en tu casa.

Con la mano libre, cierra la puerta y se aproxima a mi cama. Al dejar el plato y el teléfono sobre la mesita que tengo al lado, le echa una rápida ojeada a las pastillas que reposan en ella.

—Debes comer algo. Supongo que acabas de tomarte una, y llevas todo el día sin ingerir na…

Giro el portátil en su dirección, todavía en silencio, para que pueda ver la búsqueda que tengo abierta en él. Su rostro cambia por completo al contemplar el aparato de tortura y su mandíbula tiembla de contención.

—¿Te suena? —le pregunto.

Sus pestañas se alzan un segundo para enfocarme y vuelven a la pantalla.

Pulso la tecla de retroceder y la búsqueda anterior hace acto de presencia. La cuna de Judas aparece, pero ahora no hay rastro de sorpresa en el hombre que tengo delante.

—Sí —me responde escueto—. Me suenan ambas. Y muchas otras.

—Tu juguete favorito, según el Pepitas.

—Joder —murmura, y la contención se va a la mierda. Cierra los ojos, se muerde el labio inferior y se toca el pelo con nerviosismo. A continuación, su tono suena tosco, incluso diría que algo ofendido—: ¿Qué quieres saber? Venga, pregunta, y yo responderé a todo lo que quieras. Pero deja de darle vueltas, de ignorarme o de eludir el tema. No soy el chico que conociste, ya te lo dije, y no esperes que vuelva porque nadie puede traer de regreso a quien fue hace años.

—¿Has torturado a personas? —Es lo primero que sale de mi boca, y aunque sé la respuesta, quiero que la verdad salga de la suya.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque era mi trabajo.

—¿Has disfrutado con ello?

Asiente.

—Muchas veces. Todas en las que pensaba que lo merecían.

—Maldita sea, Adán. ¿Qué hace una persona que lo lleve a merecer una tortura así? —Señalo el ordenador.

—Violar a una chica, matar por placer, traicionar a un socio, intentar engañarnos. —Debe notar el horror en mi rostro, porque sigue hablando—: El mundo donde he vivido estos diez años nada tiene que ver con la realidad que conoces. Ese era mi día a día. No siempre estaba de acuerdo, de hecho eran la mayoría de las veces, pero no tenía más remedio. O le cortas un brazo a quien ha metido la mano en negocios que no debe, o mi propia gente usaría esas torturas en mi contra para acabar tirado en el fondo del mar hasta que mi cuerpo se descompusiera.

»Otras, disfrutaba ensartando en una pirámide a un tipo que ha violado a una de las chicas que trabajaban en el *pub* donde vivía, la ha destrozado a golpes y la ha dejado desangrándose sobre un colchón de polipiel hasta que el equipo de la limpieza la ha encontrado al día siguiente.

—Dios… —murmuro con un nudo en la garganta.

—Sí, Dios… Muchas veces lo invocan. —Sonríe, cínico—. A mí me gustaría saber dónde se esconde ese ser en el que tantos confían cuando ocurren estas cosas. En ocasiones, cuando él no actúa, estamos nosotros para buscar esa justicia. No siempre se trata de equidad, en la mayoría de las ocasiones es solo venganza, balanzas de poder.

Me mantengo un instante en silencio, buscando la pregunta adecuada para la respuesta que en realidad quiero conocer.

—¿Has matado a personas?

—Sí. —Ni siquiera titubea al reconocerlo.

Trago saliva y mi cuerpo tiembla con tanta brusquedad que necesito reunir fuerzas para aparentar ser firme, pero de repente siento ganas de llorar. Adán, el amigo, el hermano, el posesivo cuidador, sesgando

vidas.

—¿Por qué?

—Porque era mi trabajo.

—¿Cuántas?

Encoge los hombros de manera casi imperceptible.

—No lo sé. Las suficientes para no llevar la cuenta.

Sé que mis ojos están a punto de desbordarse porque los suyos centellean al observarlos; no obstante, sigue sólido, con apariencia segura. La habitación a oscuras y la luz del portátil alumbrando su rostro incrementan esa sensación de frialdad que solo le proporciona más atractivo, si cabe. Los tatuajes que gatean por su cuello como una enredadera me parecen más peligrosos que nunca. Él, que siempre ha sido para mí la prohibición en toda la extensión de la palabra, el chico pasota que me ha tenido enamorada hasta las trancas desde que tengo uso de razón, es un asesino. E, incluso así, sabiendo lo que sé, intuyendo lo que intuyo, me da más miedo el escaso medio metro que nos separa que la sangre que haya manchado sus manos.

—¿Has disfrutado con ello?

—Solo una vez, cuando creí matar a Biel.

Aparto el ordenador y me incorporo de la cama con rapidez. El miedo ha desaparecido y, con él, el medio metro de distancia que nos separaba. De pie, alzo el mentón y lo interrogo de cerca:

—¿Biel? ¿El Biel del que me hablaste en la casa rural? ¿Has intentado matar al pez gordo? ¿A tu jefe? ¿A ese hijo de puta sanguinario del que según tú no se puede escapar?

Asiente.

—Creía que lo había matado. Hoy he descubierto que no es así, y que viene a por mí.

—¿Qué?

Me llevo las manos a la cabeza y mis pies comienzan a pasear por la habitación.

Adán se acerca e intenta sujetarme del brazo, pero no se lo permito.

—Eva, tranquila.

Abro mucho los ojos, y parece ser que la boca, porque suelto en forma de jadeo lastimero todo el aire que estaba reteniendo.

—¿Tranquila? Tú estás loco. ¡Loco! —le grito en un murmullo para no alertar a nuestros padres. El corazón galopa en mi pecho como un caballo desbocado en busca de la meta—. No vienen solo a por ti, vienen a por nosotros. Ahora saben quiénes somos, dónde vivimos… Adán… —susurro con miedo, con un miedo atroz. El pánico comienza a apoderarse de mis extremidades y las piernas me flaquean—. Ese tío vendrá a por nosotros —repito, histérica—. Ese tío te robaba el sueño incluso cuando pensabas que estaba muerto, ¡y no lo está! Tú… Tú lo conoces bien, por eso le temes. Y solo quieren a esa tal Gabriela. Sabes

dónde está, ¿verdad?

Alza el rostro, aún con la mandíbula muy apretada, y me mira desde arriba. Sé que está haciendo tiempo para buscar una respuesta adecuada que me tranquilice y a la vez no desvele nada.

—¡Responde, joder! —lo insto.

—Es complicado.

—¿Complicado? —Elevo la voz y me acerco mucho a él.

—Sí, mierda, es complicado. —Aprieta los dientes y acerca su frente a la mía, sin llegar a rozarla—. Y tú estás comportándote como una idiota que no colabora en absoluto.

En un arrebato de nervios, lo sujeto por la camiseta y lo zamarreo con furia, a pesar de que su estrepitoso cuerpo no se mueve.

—Saben dónde vivimos y han venido a por mí con la oportunidad de haberme disparado en el puto jardín de mi casa. Me han apuntado con una pistola y amenazado con volarme los sesos. ¿Y tú dices que es complicado y, encima, tengo que aguantar que me llames idiota? —Mis ojos están a un crujido de corazón más de desbordarse y mis labios tiemblan tanto que los dientes suenan, castañeando entre ellos —. ¿Tan importante es ella para ti?

Es el movimiento de su masculina nuez deslizándose por su garganta el que me da la respuesta.

—Maté a Biel por ella.

Lo suelto de inmediato, como si quemara. Y es la realidad: quema. Al menos siento en brasas las manos que han estado aferradas a él.

Aquí está, el último crujido que antecede a las lágrimas. Pero las retengo un poco más, solo un poco. Únicamente por orgullo.

—Muy bien —mascullo entre dientes, mirándolo con toda la fijeza y determinación que me quedan—. Pues arregla tus putos asuntos de matón de tres al cuarto, porque encima de que lo haces ni siquiera terminas el trabajo. Y soluciónalo pronto, porque mi familia está en peligro.

Su cuerpo se abandona y la entereza desaparece. Visiblemente, sus hombros caen y el ceño se frunce.

—¿Tu familia? —me pregunta, sabiéndose fuera de la ecuación tras mi dañino e intencionado comentario—. Vosotros sois mi familia. Tú eres mi familia.

—Pues no lo parece. —Golpeo su pecho con mi dedo índice—. Dudas bastante de la elección.

Atrapa con rapidez mi mano y con la misma velocidad se hace con la otra. De una sacudida me acerca a su pecho y nuestras miradas, la mía elevada y la suya descendiendo, quedan a escasos centímetros.

—Gabriela también es mi familia. No es fácil elegir.

—Ya lo has hecho —intento zafarme, pero no lo consigo, pues Adán aumenta la presión en mis muñecas—. A ella no ha sido a quien se

han llevado tus amigos a punta de pistola.

—Eva, escúchame. Necesito que dejes a un lado esos pensamientos de mierda que se te están pasando por la cabeza y que me ayudes.

—¿Yo?, ¿que te ayude yo, después de todo? —le pregunto con toda la acidez que me es posible.

—Sí, tú. Lo primero, quiero que dejes esas putas pastillas que te tienen en el limbo —las señala con un movimiento de cabeza cargado de desdén—, porque te necesito despierta y alerta. ¿De verdad piensas que te hacen falta para seguir?

—Que sabrás tú lo que me hace falta.

Suspira.

—Puede que no sepa qué necesitas tú, pero sí lo que necesito yo. A ti. No puedo confiar en ninguna otra persona que no seas tú para salir de esta. Y para eso me urge que vuelva la Eva de siempre. —Suelta mis manos para poder enmarcar mis mejillas con las suyas y obligarme a mirarlo a los ojos—. Yo te ayudaré. Te prometo que te ayudaré con esto, con todo, pero necesito que colabores y que confíes en mí. Necesito —y por la cabeza se me cruza el pensamiento de que ha usado esa palabra demasiadas veces en muy poco tiempo— que te mantengas en casa, alejada del peligro.

—¿Quieres que me mantenga activa y alerta para quedarme encerrada en casa? ¿Esa es la graaan confianza depositada en mí?

—Joder… —Se restriega la frente con dos de sus dedos y cierra los ojos—. En principio, sí. Voy a solucionar esto, pero mientras pueden volver y no ayudaría que estuvieras como un jodido zombi si lo hacen, porque si os pasara algo, si te pasara algo, no me lo perdonaría en la vida, ¿lo entiendes?

—¿Y si tanto miedo te da lo que pueda pasarnos, por qué volviste? Sabías de sobra que eso podía ponernos en peligro, y si algo salía mal, que ha salido, nos jugábamos mucho.

Traga saliva, pero no responde.

De repente, unos toques en la puerta lo hacen apartar las manos de mi cara y dar un paso atrás. Yo sigo mirando a Adán a la espera de una respuesta cuando mi padre entra.

—¿Ocurre algo? —nos pregunta, y entonces giro el rostro hacia él. Tiene el pomo sujeto y nos escudriña con el ceño fruncido.

Niego, intentando ocultar las dos lágrimas de impotencia que acaban de salir y corretean silenciosas por las mejillas que aún sienten el contacto de Adán.

—Nada, papá. Adán ha subido a traerme un poco de lasaña.

—Me ha parecido escucharos discutir —insiste.

—Bueno, eso no es muy difícil —interviene Adán con tono jocoso—, con que respiremos los dos en la misma habitación…

Muevo la mano para restarle importancia y empujo a Adán para que

salga. Él mira hacia atrás y me fulmina con un claro pero silencioso «No hemos terminado de hablar».

Sí, sí lo hemos hecho.

Mi padre le echa un vistazo al plato que hay sobre la mesita de noche.

—¿No te lo comes?

—Ya le he dicho a Adán que con la magdalena tenía más que suficiente, pero sí, me lo comeré. Ahora, dejadme descansar, por favor.

A la fuerza, saco a Adán que, a su vez, arrastra a mi padre.

Ya a solas y cuando cierro la puerta, suspiro y me permito derrumbarme sobre la cama, en la que me distraigo ojeando el móvil y respondiendo únicamente a los mensajes de Sandra, que está preocupada por mi ausencia, y los de David, a la espera de que el sueño químico llegue.

8

Ahora sé que el cielo no está lejos, nosotros sí.

Doy vueltas.

El aire frío golpea en mi rostro, y el corazón lo hace en el pecho. Hay gritos alrededor. A la gente le encanta subir aquí, sonreír y gritar. Nunca he visto a nadie que no se baje con las comisuras a mitad de la cara, a no ser que el viaje lo haya mareado y por el contrario salga pálido y en busca del primer árbol que sirva de papelera residual del contenido de su estómago.

Me siento tan viva que me asusta la percepción de algo tan sencillo y complejo a la vez como la existencia. Aquí, en una silla voladora que me eleva por encima del bien y el mal que se queda abajo en forma de persona curiosa que mira hacia arriba, deseosa de montar y cagada de miedo a la vez. Cuántos viajes en carruseles hemos perdido por culpa del miedo.

Sé que estoy montada en el carrusel del parque de los padres de Adán. He sentado mi trasero tantas veces en estas sillas que podría saber en cuál me encuentro sin necesidad de mirar el número que figura en el respaldar de hierro.

Bajo las pestañas y las dejo reposar unos segundos; solo unos pocos, o pasaré a pertenecer al grupo de los que salen buscando el árbol. Al elevarlas, los colores de la atracción se mezclan ante mí. Si me es posible, siempre elijo la noche para subir aquí. La primera vez que lo hice era demasiado pequeña, pero recuerdo que el pellizco del miedo que se instaló en mi estómago se vio aplacado de repente por la sensación de contemplar las estrellas desde una posición tan privilegiada. Pensé que no tendría oportunidad de estar tan próxima a aquellos destellos.

—Gracias, Evita —susurra una voz conocida en mi mente. La imagen de Javiela montada en el otro extremo del carrusel mientras me sonríe se me clava.

Cuando abro los ojos, no está. Pero siento ese cosquilleo mágico y diferente que aparece en mi estómago cuando alguien importante se encuentra conmigo. Soy consciente entonces de que estoy soñando y la felicidad se nubla débilmente. Entonces miro hacia la derecha, un poco más atrás de donde me encuentro, y el pelo naranja de mi madre se mece con tanta fuerza que no me deja verle el rostro. Sus manos están aferradas a las cadenas de la silla contigua y grita con tanto júbilo que me hace sonreír con amplitud.

Al girar sobre la grandiosa plataforma, el aire y la velocidad se

unen para despejar su rostro, echándole el cabello hacia atrás. Miro sus pecas, estoy lo suficientemente cerca o dormida para apreciarlas, y me siento, de nuevo, más próxima que nunca a los destellos mágicos. Mis estrellas favoritas.

—¡Suéltate, cariño! —me grita, y eleva las manos. La sonrisa es permanente y ni el viento se la arranca.

La imito sin miedo. Abro los dedos que rodean las cadenas y me suelto. La adrenalina me cubre el cuerpo con tanta fuerza que necesito gritar y reír con euforia. Por estar volando, por estar haciéndolo con ella. Por este momento tan único.

—¡Ahora la cadena de seguridad! —me pide, y de forma automática me aferro de nuevo a la silla.

No me da tiempo a decirle que se ha vuelto loca. Si la abre, caerá. Quiero advertirla, pero entonces la veo agachar el rostro y cerrar las manos a la altura de su abdomen. Está, efectivamente, luchando contra el cierre de seguridad de la silla. El único.

—¡No! —aúllo encolerizada al ver que la barra de hierro se eleva, y su cuerpo, cubierto por un bonito y sencillo vestido rosa palo, se queda a un segundo de la nada. Solo la mantiene segura su mano derecha sujeta a la cadena.

—A veces, mi niña de fuego, es cuestión de confiar. Salir de la zona segura y confiar.

Sonríe, o puede que no haya dejado de hacerlo en ningún momento, y abre el puño.

Salta.

Mi madre salta.

Se convierte en un trapo rosa acompañado de una capa larga de color naranja que se arremolina en el aire.

Con el terror de perderla de nuevo y un nerviosismo que me hace temblar de pies a cabeza, elevo la barra de seguridad y sin pensarlo repito su acción.

Miro hacia abajo.

Voy a saltar.

Estoy soñando, así que no puedo perder la vida. Pero sí la opción de disfrutar de su presencia unos minutos más. Solo unos minutos, un abrazo de mi madre, y tendré fuerzas para seguir.

Me desplazo hacia delante y noto el peso de mi cuerpo concentrado en ambas manos que me aseguran casi de manera invisible a la superficie. Trago saliva.

—Voy a hacerlo. Puedo hacerlo.

Abro las manos.

Ahora la velocidad es más impresionante que antes y el aire me golpea en el rostro con más fiereza.

Los gritos alegres de los niños y adultos que se columpian arriba se

mezclan con el mío, compuesto de puro terror. Convertida también en un trapo que desciende a una velocidad vertiginosa, caigo.

Cierro los ojos para no sentir el impacto.

Cuando voy a llegar, cuando voy a estamparme contra el suelo, unos brazos firmes pero cómodos me arropan.

Abro los ojos y me encuentro con los de mi madre, verdes, sonrientes y llenos de amor, que me contemplan como si tuviera abrazado al regalo más especial que pudiera poseer alguien.

—Mamá —susurro, todavía asustada por la caída.

—Solo confía.

Me incorporo de un movimiento en la cama, boqueando en busca de aire y con los ojos muy abiertos. La habitación se encuentra en penumbra, pero la luna es lo suficientemente potente para iluminarla.

Tardo solo unos segundos en ubicarme en mi habitación.

—Un sueño —murmuro con la respiración descompasada.

Nerviosa, me giro hacia la derecha y busco el móvil. Todavía estoy sudando cuando con manos temblorosas abro la aplicación de las notas y apunto todo lo que recuerdo.

Carrusel. Javiela. Felicidad. Aire. Estrellas. Mamá. Adrenalina. Salir de la zona segura. Confiar. Salto. Miedo. Brazos. Ojos. Sonrisa. Solo confía.

Suelto el móvil sobre la colcha y me meso el pelo hacia atrás, trastocada. Creo que lo he apuntado todo. Si dentro de un tiempo quiero recordar qué he soñado, necesito hacerlo. Siempre tengo una pequeña libreta y varios bolígrafos en el primer cajón de la mesita, pero la desesperación al abrir los ojos no me ha permitido acordarme de ellos. Es mi manera de interpretar los sueños que me acechan con la intención de decirme algo importante. No todos son iguales, pero distingo cuáles necesitan hablarme y cuáles no. Este, sin duda, quiere decirme algo.

—Donde otras guardan bragas, tú lo haces con las anotaciones de tus paranoias —me digo. Chasqueo la lengua y retiro la sábana. Sábana que ya sobra, teniendo en cuenta el calor que comienza a acumularse en la casa, incluso de noche. Yo y mi maldita costumbre de cubrirme siempre aunque sea con una tela fina, ahí esté lloviendo lava.

Necesito una ducha. Y cambiar la ropa de cama.

No me pasa desapercibido la sensación de que, por primera vez en semanas, me importa estar sudada o no sentir las sábanas limpias. Respiro con profundidad. En parte ya pasé por esto una vez y sé que es un cambio en el proceso de mi recuperación. Pequeño, pero un cambio. ¿A qué es debido? Puede que a que mi banal vida ha girado tanto y tan rápido que no sé dónde me encuentro y necesito fuerzas para anclarme al suelo y situarme.

Levemente aturdida por el efecto de la pastilla que me tomé hace unas escasas horas, me hago con ropa interior y una nueva camiseta ancha y me dirijo al baño. Son las cuatro y media de la mañana, pero sería incapaz de cerrar los ojos después del sueño que acabo de tener y al que no paro de darle vueltas, tantas como el carrusel.

Las palabras de mi madre retumban en mi cabeza.

«Puede que sea solo un sueño, una fantasía creada por tu mente», intento convencerme, consciente de las ganas irrefrenables de abrazar a mi madre. Pero no. Me da un poco de estupor saber diferenciar de cuáles sí puedo sacar algo que mi subconsciente parece tener guardado para mí y cuáles son solo imágenes ficticias.

Estoy terminando de enjuagarme bajo el chorro hirviendo cuando un ruido me saca del momento y el recuerdo de mi madre se evapora como el agua que me cubre.

Frunzo el ceño a la vez que cierro el grifo y seguidamente busco la toalla que he dejado colgada junto a la ducha. El sonido persiste. Parece que alguien rasca la puerta. Sin secarme, envuelvo la toalla blanca en mi cuerpo y abro. A mis pies se encuentra Venus, la cual se sacude de alegría al verme.

—¿Qué haces tú aquí? —Me agacho, intención que aprovecha para tumbarse bocarriba y que le acaricie la panza gorda, rosada y pequeña —. ¿Cómo te has escapado del patio?

Me mira con la cabeza levemente doblada y las grandes orejas extendidas del revés sobre el suelo.

—Voy a secarme y bajamos. —Pospongo el vestirme para cuando Venus esté en su casita.

La cachorra se da la vuelta con dificultad y se adentra conmigo.

Me hago con una de mis toallas, esas llenas de pigmentación roja del pelo reservadas solo para mí, y quito el exceso de humedad de la larga melena. Después, con la misma que me rodea, me seco y envuelvo de nuevo mi cuerpo con ella.

—Vamos.

Cojo a Venus y, con cuidado de no tropezar, salgo del baño y bajo la escalera. Por suerte, el reflejo de la luna entra por la ventana del patio y da visibilidad en el pasillo.

Hacia allí me dirijo, descalza y todavía algo húmeda, cuando el cuerpo de Adán aparece en la puerta de la cocina.

Ahogo un gemido de impresión, aunque mi cuerpo ha saltado hacia atrás del susto y la mano que no sujeta a Venus se apoya en mi pecho de manera involuntaria.

—Maldita sea, Adán. Vas a matarme.

Repaso de manera veloz la camiseta blanca de manga corta y los vaqueros negros que me indican que va a salir. Puede que llevar a Sultán al lado con el arnés puesto me dé también alguna pista.

Le acaricio el hocico con cierta reticencia al tener a Venus encima, quien sigue sin ser santo de devoción del grandullón. Entrecierra los ojos con gusto cuando le rasco encima del pegote negro que tiene por nariz.

—No es mi intención en este momento.

Al alzar la vista y enfocar de nuevo a Adán, compruebo que está repasándome. Su mirada está puesta sobre mí, concretamente sobre mis piernas, y asciende hasta mis pechos, lo que me hace respirar agitada cuando siento cómo los pezones se endurecen, siendo así más sensibles ante el tacto de la toalla. Sonríe de medio lado al apreciarlo y eleva los ojos hasta los míos. Entonces la mueca burlona desaparece y en su lugar aprecio la tirantez de la mandíbula.

Extiende la mano hasta mi rostro y, aunque el cuerpo me pide apartarme, no me muevo. Toca mi frente con suavidad y yo encojo el rostro de dolor.

—Estás sangrando. —Pulsa el interruptor de la luz que tiene a su izquierda y se acerca más a inspeccionar la herida, de la que me había olvidado por completo. Con una mano sujeta mi mentón para alzarlo y con la otra retira la gasa e inspecciona los puntos—. Los has mojado.

Su olor me envuelve, y lo tengo tan cerca que podría guiar mis dedos por las líneas de sus dibujos, ascender hasta su cuello y perfilar su mandíbula. Puede que se haya percatado de ello, pues su respiración se detiene y el mar de sus ojos deja de tener como prioridad mi herida para centrarse en mis labios.

—No es nada. —Carraspeo dando un paso atrás, no por miedo, sino por supervivencia—. Se me había olvidado que estaban ahí. ¿Sales? —Él asiente sin dejar de observarme con curiosidad, sé que analizando mi comportamiento—. ¿Tan temprano?

Entreabre la boca, la cierra y vuelve a abrirla para responder:

—Voy a pasear a Sultán.

—¿Tan temprano? —le repito.

Él se encoje de hombros.

—Uno no elije cuando cagar, pecosa. Tendrá que aguantarse hasta que me tome el café, eso sí. —Pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta en dirección contraria a la pensada, todavía con Venus en brazos—. ¿Vas a llevártela a la habitación? Tu padre te matará.

Giro el rostro para mirarlo.

—Pensaba meterla en su cama, pero ahora que te llevas a Sultán, no voy a dejarla sola en el patio.

—Tampoco es que Sultán sea una grata compañía para la cachorra.

—Bueno, no es ella la que no lo quiere; es él el que no se deja querer.

Sus labios se sellan. Si iba a comentar algo, ha preferido guardárselo, como siempre.

—Déjame ponerte una gasa limpia y seca.

—Tranquilo, puedo hacerlo sola. Tengo manos y un espejo.

Desaparezco. Intento hacerlo despacio, sin sucumbir a la necesidad de correr escaleras arriba, pero cuando me encuentro a mitad del ascenso, subo lo más rápido que puedo. Intentando no hacer mucho ruido con los pies, entro en mi habitación, suelto a Venus en mi cama y me lanzo al armario en busca de algo que ponerme. Unos vaqueros finos, una camiseta verde de tirantes y las Converse, las cuales me introduzco mientras camino por la habitación en busca del bolso y lo necesario que meter en él.

Adán está mintiendo. No hay que ser un lumbreras para descubrirlo, no cuando las agujas del reloj apenas rozan las cinco, pero además lo conozco lo suficiente para saber cuándo lo hace, y ha sido justo en el momento en el que ha abierto y cerrado la boca como un pez, casi de manera imperceptible, aunque no tanto para que no haya saltado la alarma en mi interior. No sé de dónde procede la advertencia ni qué voy a conseguir corriendo tras él, pero tengo que hacerlo.

Me pide que confíe y a cambio me regala mentiras. Él, que siempre ha sido más de omitir información que de trastocarla.

Huelo el café desde aquí, y sé que es lo que perdure su esencia el tiempo que tengo para meter el móvil, coger las llaves del coche y escribir una nota en la libreta del primer cajón. Hago una anotación rápida, pues no sé adónde voy ni cuánto tardaré y no quiero que se preocupen. Arranco la página escrita y vuelvo a dejarla en su sitio. Entonces veo el blíster de pastillas y lo contemplo con fijeza. Mis ojos viajan hasta el vaso de agua y a mi bote salvavidas simultáneamente.

«Te necesito alerta y despierta».

El corazón comienza a galoparme con fuerza al ser consciente de que el bote flota en mitad del mar y yo me encuentro a muchos metros de distancia. Me apabulla pensar que la ansiedad puede poseerme y yo no he hecho nada para librarme de ella.

«Alerta y despierta».

Con un suspiro de fondo que llena el silencio de la habitación, cojo las pastillas y las hecho en el bolso también. No me la tomaré ahora, pero no soy capaz de desprenderme por completo de ellas. En este momento soy ese fumador que necesita menos la nicotina porque sabe que la lleva en el bolsillo interior de la camisa.

Le doy un beso a Venus, que se ha hecho una bolita sobre mi cama y me observa moverme de un lado a otro con las orejas alzadas.

—Vuelvo enseguida. Pórtate bien e intenta que Natalio no te vea entre mis sábanas. Me gustaría ahorrarnos el mal trago de un infarto… Ahora nos viene fatal.

Me lame en respuesta y yo me conformo.

Salgo de la habitación con todo el sigilo que me es posible y aguardo en el pasillo de arriba, a la espera de que Adán salga.

Lo hace pocos minutos después. Escucho las llaves, sus pasos y la puerta abrirse. Asomo con cautela la cabeza por los barrotes de la baranda y veo cómo desaparece con Sultán.

Sería bonito que mi padre o Elena salieran ahora de la habitación y tener que dar explicaciones. No las tengo para mí, contra más para dárselas a otros.

Antes de salir de casa, me tomo unos segundos en entrar al salón y asomarme para saber su siguiente movimiento. Está colocando a Sultán en el gran trasportín trasero.

«Conque a pasearlo, ¿eh? Lo mismo va a darle una vueltecita nocturna en el coche, para que deje de llorar, como a los niños pequeños».

Con la mirada busco mi coche, que está aparcado justo enfrente del suyo pero en la acera contraria, por lo que tengo que esperar a que Adán se acomode en el asiento del conductor, arranque y se ponga en marcha. No es que mi Wolkswagen Golf blanco llame mucho la atención, pero teniendo en cuenta que prácticamente no hay un alma en la calle…

Dejo una distancia prudencial y segura antes de encender el motor, incorporarme a la avenida y seguirlo. Apenas conduzco unos metros cuando mis ojos reparan de repente en el marcador.

—Mierda. —Golpeo el volante.

No sé adónde vamos, pero espero que no muy lejos, porque falta un tris para que entre en reserva. Siempre me pasa igual. Sería muy fácil llenar el depósito y volver a hacerlo antes de que el coche casi me deje tirada; eso es lo que me recuerdo cada mes, cuando se enciende la jodida lucecita. También sería muy fácil mantener los cajones de la ropa ordenados para no tener que pegarme una paliza sacando, doblando y metiendo ropa cada x meses, pero son particularidades de personas desordenadas que intentan no serlo, a pesar de que nunca podremos cambiar.

Cuando quiero darme cuenta voy cruzando el puente Odiel, donde comienzo a apreciar la vida de la ciudad, seguramente otorgada por desdichados que se dirigen al trabajo y que me dan seguridad al interponerse entre el coche de Adán y el mío. No es difícil mantener vigilado el gran Range Rover, por lo que no me importa tener tres vehículos de por medio. No lo perderé.

Adán pone el intermitente derecho en la segunda salida y mis cejas se arquean al leer Aljaraque en el cartel.

—¿Qué se te ha perdido aquí? —susurro mientras imito su gesto, pongo el intermitente y me desvío.

Toma la rotonda y coge la primera salida para acabar en un extraño

camino de tierra que no parece muy prolongado. Trago saliva con preocupación. Cada vez tengo peor presentimiento, y lo que menos me tranquiliza es desviarme en un lugar que desconozco y que pinta de centro comercial no tiene, precisamente. Decido pararme en el camino y apagar las luces para que no me vea detrás. Seguiré el rastro de polvo en un minuto.

Para mi suerte, un par de coches pasan por mi lado muy poco tiempo después y me ayudan a camuflarme. En el primero va una chica joven que me observa con curiosidad, y en el que lo sigue un señor con más años que el trasto que conduce que mueve la cabeza en señal de saludo, como todo hombre mayor que se precie. Me añado a su fila y continúo detrás apenas unos cien metros, hasta que visualizo el coche de Adán aparcado en la izquierda, en mitad del terreno, frente a lo que parece, por el cartel y el deterioro, un antiguo camping. Como el octogenario conducía a una velocidad de menos seis kilómetros por hora, ya no hay rastro de mi hermanastro en el interior de su vehículo.

—No puede ser —murmuro mientras acelero para parar un poco más adelante, justo en una curva que me quita de su visión en caso de que regrese. Una casilla llena de grafitis me ayuda a ello.

Cojo el bolso del sillón del conductor y desmonto con rapidez. Al otear la zona, deduzco que se ha dirigido hacia un edificio de color rojizo que hay a mi derecha, porque al otro lado solo se vislumbran árboles y más árboles. Para mi sorpresa, la entrada principal está cerrada y una clara señal de prohibido el paso luce bien grande y roja. Aun así, camino hacia el lateral, porque Adán ha tenido que ir a parar a algún lugar, y no le ha dado tiempo de alejarse demasiado.

Lo veo y freno de repente. Está llegando al edificio por la que creo que es la parte trasera, pero no estoy segura, pues yo me encuentro en un lateral. Se agacha un momento para acariciar el lomo de Sultán y liberarlo de la cadena. Al levantarse, mira una vez a su alrededor y, tras comprobar que está solo, o eso cree, se interna del todo, momento que aprovecho para correr agazapada hasta la maleza que hay enfrente y que me cubre. Soy temeraria e impulsiva, pienso las cosas cuando ya no hay vuelta atrás, pero no estoy loca de remate —al menos no todavía— para acercarme más de lo debido al edificio visiblemente abandonado y derruido en algunas partes.

Aguardaré un poco más antes de avanzar.

Veo a Adán a través de un gran hueco que parece un ventanal sin cristal, por el que sospecho que ha entrado. Está solo, jugando a lanzar una piedra que Sultán encuentra con destreza y le devuelve con velocidad para que se la tire de nuevo, actividad que se repite durante mucho tiempo.

—¿Qué coño haces aquí, Eva?… —me pregunto en un susurro sin

quitarle los ojos de encima al chico esculpido por los dioses y a los músculos tensos de su brazo cada vez que lo alza.

«Qué tremendamente bueno está con esa gorra», pienso. Que me asuste, que me haya decepcionado, no le resta ni un milímetro de belleza.

A mi alrededor, todo es basura, escombro y altas hierbas.

Mira el reloj por cuarta vez mientras Sultán regresa con la piedra cuando el perro para en seco, suelta el juguete improvisado, alza las orejas y toma una posición tensa que visualizo de perfil, dos ventanas más a la izquierda que Adán, quien sisea con los labios para hacerlo callar antes de que ladre. No funciona. El animal empieza a chillar como un loco desesperado y mi interés aumenta. Creo que es la primera vez que lo veo así de intranquilo. Aunque Adán se acerca para tranquilizarlo, el canino no lo mira; algo extremadamente inusual, pues siempre está a la espera de sus órdenes para cumplirlas.

Entonces, de algún lugar que no alcanzo a ver, aparece un cuerpo femenino que no llego a reconocer porque el perro se lanza encima y ambos caen al suelo. Adán intenta tirar de él por el collar sin cadena que rodea su cuello, pero no puede.

Cuando quiero darme cuenta, he avanzado poco a poco, cruzado al otro lado, y me encuentro frente a la ventana, agachada. Dios, estoy como una puta cabra. Nos separan apenas tres metros. Me asomo un poco para visualizar la mujer que ríe a carcajadas desde el suelo mientras Sultán la baña a lametazos. Es una estancia pequeña y derruida, de color azul, que, intuyo, fue una habitación en su día. A mi espalda, solo se escucha el sonido de los vehículos que circulan por la carretera, muy cercana al lugar. He escuchado hablar de esto. La casita de campo, un antiguo prostíbulo que ahora está abandonado.

—Hola, pequeño. Hola, hola… —le dice la chica desconocida, visiblemente emocionada e intentando abrazarlo, pero el movimiento nervioso de este no se lo permite del todo—. Dios, estás enorme.

Tiene el pelo extremadamente negro, liso y por debajo de las orejas en un corte recto adornado por un flequillo que enmarca una cara fina y bonita, de ojos claros y boca bien formada. Su ropa, también oscura, oculta un cuerpo que se intuye trabajado. Parece bastante joven.

Entonces alza la mirada, sin importarle que el perro siga comiéndosela en forma de amor, y se encuentra con los ojos de Adán, quien observa la escena de pie, con su típica postura alerta, las manos por delante del cuerpo y una de ellas envolviendo la muñeca contraria. Está serio, pero desde aquí puedo ver cómo brillan sus ojos azules y cómo la sonrisa oculta pugna por aparecer.

Mi corazón se salta un latido. Lo siento arrítmico y tan asustado y expectante que mi mano derecha se apoya en el pecho de manera protectora, pidiéndole calma.

—Hola, Lusquito —murmura ella. Se levanta y se sacude el pantalón deportivo por la zona trasera sin apartar sus ojos de los de él.

—Gabriela —susurra con la voz rasgada.

La chica se le tira encima y veo cómo Adán ancla los pies y se tensa para no caer cuando ella envuelve las piernas alrededor de su cintura, lo abraza con mucha fuerza y entierra la cara en su cuello como si hubiera anhelado ese hueco toda la vida. Él le devuelve el gesto sin dudar y, lo que más me desconsuela, cierra los ojos mientras lo hace y su rostro se torna en paz.

Me deslizo hasta quedar de cuclillas. Una mano sigue sobre mi pecho, notando el corazón galopante, y la otra está apoyada en la fachada rojiza con la función de mantenerme anclada a este mundo. Al aquí y el ahora. Un presente en el que otra mujer, Gabriela, está aferrada al cuerpo que anhelo.

Creo que es la primera vez desde hace muchísimos años que palpo un peligro así, tan externo y ligado a Adán. Él es mi peligro. Mi arriesgada prioridad. Y en el más recóndito egoísmo, desde que regresó he vuelto a sentirlo mío de una manera irracional que solo experimenté cuando era una niña que no tenía ni idea de por qué sentía suyo algo que no podía tener. Siempre me ha pasado con el mar, tan inmenso y mío, y a la vez tan imposible de poseer. Ahora entiendo que muchos navegamos en un mismo océano sin poder reprocharnos nada. Él está ahí para nosotros, pero jamás será propiedad de nadie.

Nunca he pensado en otra persona que pueda haber conseguido ese órgano vital que yo siempre he ansiado, primero, de mi vecino, después de mi amigo y, finalmente, de mi hermano. No se me ha pasado por la cabeza, a pesar de que mi cuerpo temblaba de miedo cuando pronunciaba el nombre de la chica que tiene envuelta, que pudiera estar con alguien. O que piense en ella a pesar del poco contacto, lo que me parece infinitamente peor que mantener una relación. Sé lo que digo. Y lo sé porque lo he amado durante sus diez ausentes años, y lo he pensado, y lo he imaginado, y me lo he follado y llevado a un hogar en el que vivíamos felices sin preocuparnos del que dirán. Y que la añoranza te haga evocarlo una y otra vez a pesar de no estar, es más peligroso que tenerlo cerca sin sentir nada al verlo.

—Tenía ganas de verte. —La voz de la chica me hace abrir los ojos y concentrarme, a pesar del dolor que estoy soportando—. Pero si estás aquí significa que hay malas noticias. Cuando Ignacio me ha dicho que te has puesto en contacto con él…

—Están buscándote. El Pepitas y Axel rondan desde hace tiempo por mi casa y me han dado las primeras advertencias.

Escucho un quejido de sorpresa antes de que Gabriela hable de nuevo.

—¿Han… han tocado a tu familia?

—A Eva. Se la han llevado de su propia casa.

«A Eva». Lo pronuncia como si la otra persona supiera a la perfección de quién le habla.

—¡Dios! —exclama ella—. ¿Le hicieron algo?

—Se ha quedado en un susto. Un aviso, ya sabes. Sergio está retenido, sé que en realidad no quiere hacerle daño. De haber sido otra persona y no ella, ya estaría muerta. Pero no se trata de él… Solo cumple órdenes.

—¿Órdenes? ¿De quién? ¿Alguien ha cogido el mando tan pronto? ¿Adriol?

Un silencio extenso. Sé lo que viene, porque esta noticia ya me la sé. Decido incorporarme un poco para ver su reacción, pero el miedo a ser descubierta me frena. Ya no siento el peligro que intuía mientras llegaba aquí, esta chica parece inofensiva para hacerme nada, pero sería muy patética la pillada.

Como siempre, cuerpo y mente no están conectados, porque termino metiéndolos en mi campo de visión, lo que significa que me he incorporado y estoy asomada otra vez.

Están uno frente al otro. Gabriela acaricia la cabeza de Sultán, que la mira embelesado; Adán tiene los brazos cruzados y la observa con fijeza.

—Es Biel, Gabriela. No está muerto.

La chica empalidece. Si ya de por sí su piel es clara, ahora ha perdido todo atisbo de color humano. La mirada emocionada se convierte en una horrorizada y perdida en ningún lugar concreto y la veo trastabillar hacia atrás como si estuviera mareada. Adán se apresura a sujetarla de un brazo para que no ocurra.

—Eh, tranquila.

—Vienen a por mí, ¿verdad? —Su voz me sobrepasa. Es la primera vez que escucho tanto miedo en un puñado de palabras—. Me quiere a mí.

—No vamos a dejar que te encuentre —le asegura él.

—Pe… pero… tu familia —titubea. Consigue enfocar los ojos en la figura que tiene delante y advierto que están a punto de derramarse sin consuelo.

—Buscaremos la manera. Tranquila. Sabíamos que algo parecido podía pasar, por eso te ocultamos. Ahora lo solucionaremos, como siempre.

Pero las palabras de Adán no la tranquilizan, claro que no.

—Pero pensamos que alguien podía coger el cargo, no él. Necesito… necesito sentarme un momento —le pide Gabriela.

Me agacho con premura cuando veo que su objetivo es sentarla en el alféizar de la ventana.

—Quédate aquí quieta, voy a por agua —la informa Adán tras ayudarla.

«Mierda».

Miro alrededor, sopesando posibilidades. La de cruzar hasta el otro lado y ocultarme por entre los matojos queda descartada; Adán saldrá mucho antes de que pueda pensarlo siquiera, y la de dirigirme en dirección al coche es igual de arriesgada, así que no me queda otra que correr intentando hacer el mínimo ruido posible hacia la derecha. Dos ventanas más allá, en el centro del edificio, se encuentra lo que parece una antigua barra exterior que está techada. Será suficiente. Me tiro sobre los escombros y me trago una exclamación al notar el dolor en mis rodillas, apretando con fuerza los párpados. Doy gracias a haber elegido los vaqueros y no un pantalón de chándal.

En esta idiotez estoy pensando cuando me amordazan la boca con una enorme mano y me atrapan por detrás.

Una aterradora sensación ya conocida se clava en el centro de mi espalda con la forma del cañón de una pistola.

9

Nunca me han interesado ni el poder ni la fortuna; lo que admiro son las flores que crecen en la basura.

Adán

Tras mucho meditarlo, anoche no me quedó más remedio que llamar a Ignacio. Fue una conversación corta, pactada con mucha previsión. Todos esperábamos que nunca se diera, que ese hombre y yo no tuviéramos que cruzar más palabras de las que habíamos intercambiado cuatro meses atrás, cuando me devolvió aquel favor inmenso que me debía y se hizo cargo de ocultar y cuidar a Gabriela.

Pero están aquí, vienen a por ella, y no me queda otra que intentar evitarlo, a pesar de lo que hay en riesgo. Mi familia, en concreto, incluyendo a la argentina en ese extraño grupo de personas que conforman mi círculo cercano, compuesto por seres imperfectos a los que la vida unió sin preguntar.

Elena. Una madre inigualable a la que he dado la espalda por amar valientemente como pocos somos capaces de hacer.

Natalio. Ese hombre junto al que crecí y al que miraba con ojos admiradores cuando se internaba en el cuarto de la segunda planta, equipado para sus artefactos. Biólogo marino de profesión y vocación. Me fascinaba su tecnología sofisticada, los microscopios electrónicos frente a los que pasaba horas analizando muestras y esos ordenadores que decía tener en el trabajo para regular el ecosistema marino. Me hablaba de estadísticas y especies, y aunque yo no entendía casi nada, disfrutaba de cada hora que me dejaba acompañarlo en tan apasionante tarea. Sentarme en una esquina con las manos sobre las rodillas era un lujo que no todos los niños tenían. Supongo que no es fácil aceptar que esa persona a la que idolatras de alguna forma, que comparte cervezas, risas y penas con tu padre, un día se acuesta en su lado de la cama tras follarse a su mujer. A tu madre.

Gabriela. Una voz argentina que llenó, sin saberlo, cada noche de mi vacía existencia hasta formar parte directa de ella.

Sultán. Un pulgoso cachorro que se adueñó de mi cama por obligación y se convirtió en mi guardaespaldas de cuatro patas.

Y Eva. ¿Cómo definirla? Nunca me ha querido como una hermana, ni siquiera como una amiga. Me ha cuidado como tal, eso sí, y me ha protegido y valorado como nadie nunca. Lo que me ha admirado, querido y extrañado en el pasado lo tengo claro, pero la verdadera pregunta es qué significaba ella para mí. Todo. Puede que esa sea la respuesta más corta al maremágnum de emociones que saltan al verla. O al pensarla. O al imaginarla de esas maneras que acude a mi mente, desnuda, caliente y receptiva. Nunca he conocido a nadie tan entregada a lo que pudiera ofrecerle. A las putas migajas que siempre le he dado.

Algo me hace que desvíe la mirada de la carretera en la que tengo los ojos fijos, pero no la atención. Conduzco de manera autómata, pero voy perdido en mis cavilaciones. En particular, en una a la que le falta la ropa y la vergüenza bajo mis manos.

Miro por el espejo central, pero no veo nada fuera de lugar. Está amaneciendo y los coches comienzan a circular. Por eso he elegido esta hora para el encuentro; antes de las siete de la mañana habría sido arriesgado, y después, temerario. Si Axel y Sergio siguen pisándome los talones, estoy seguro de que jamás lo harán antes de las nueve. Particularidades vagas del Pepitas, que puede vaciarte un ojo mientras se carcajea tras haberte quemado la cabeza para sacarte el cuero cabelludo como quien abre una lata de caballa con tomate, pero madrugar nunca. Siempre ha defendido que no hay dinero en el mundo que le pague un despertador.

Sigo pensando en lo que hay en juego, en cómo proceder para mantenerlos a todos seguros, pero eso no quita que mis ojos se dirijan de nuevo a cada espejo retrovisor del coche y vigile los movimientos de los vehículos. Uno en concreto que, aunque a bastantes metros, enciende el intermitente y se desvía en la misma salida que yo.

Le doy una vuelta más de lo necesario a la rotonda para inspeccionar los coches, pero nada fuera de lugar, así que entro en el camino de tierra y, poco después, visualizo La casita de campo, un antiguo prostíbulo que ahora está abandonado. Curioso lugar para reencontrarme con Gabriela. Casi poético.

Quince minutos conforman la espera. Cada minuto está formado de alerta. No es impaciencia, es miedo porque la hayan descubierto desde la llamada de Ignacio hasta ahora, y yo, aparte de no haber hecho nada por evitarlo, se lo haya puesto en bandeja. Pero no podía apresurarme. Quienes me vigilan me conocen, al igual que yo a ellos, e intuyen cómo me comportaré ante cada situación. Después de haberse hecho con alguien de mi familia y atreverse a tocarla, mínimo esperan mi visita inmediata. No puedo hacer eso; no con Gabriela en mitad de la ecuación y con Eva intentando asimilar lo que está ocurriendo. La necesito colaborativa, y sé que será lo más difícil de todo. Primero, porque ahora mismo no es la chica que conozco, y tiene motivos de sobra para no serlo, y segundo, porque es impulsiva, muy impulsiva, algo que no cuenta como virtud en mi mundo, ese de personas sin escrúpulos.

Observo a Sultán al soltar la piedra que traía en la boca. Su postura alerta me avisa de la llegada de su verdadera dueña. El animal se vuelve loco al verla aparecer, y a mí me sorprende descubrirme nervioso ante el mismo hecho.

Casi no la reconozco. Se ha cambiado el pelo y lo ha transformado en todo lo contrario a lo que era la última vez que lo vi: medio rubio,

medio naranja, largo y muy encrespado. Ahora es negro como el carbón, muy corto, y parece el cuadro que enmarca el gran retrato de unos ojos claros y vivos que brillan al vernos. Ha cogido peso, algo que su cuerpo agradece, y camina hacia mí con tanta firmeza que me parece mentira. Nada queda de aquella muchacha escuálida y despeinada que encontré agazapada entre escombros; solo puedo ver a una joven con la mirada llena de determinación, esa que proporcionan las crueles experiencias de La emperatriz y la falta de escrúpulos del Atrapasueños.

Tiemblo de incertidumbre cuando se tira sobre mi cuerpo y se aferra a él como a un salvavidas. Eso he sido para ella: un lugar seguro en el que refugiarse. Pero ahora… Ahora tengo que contarle que nada de su nueva vida es sólido, que la presencia de Biel lo evapora todo.

Miento. Le aseguro que todo saldrá bien, que buscaremos una solución. Y mientras lo hago y la ayudo a tomar asiento para que se recomponga de la noticia, sigo notando la presencia que nos vigila y que lleva haciéndolo desde que llegué.

Me agacho a su altura, muy despacio, sin parar de hablar en voz alta para no levantar la sospecha de nuestro rondador y sin apartar la vista del paisaje exterior que tengo delante de la gran ventana.

Fingiendo consolar a Gabriela, me acerco a su oído y le susurro muy bajito:

—¿Estás armada? Tenemos visita.

Su asentimiento es casi imperceptible.

—Quédate aquí quieta, voy a por agua —le pido para informarle de mi siguiente movimiento.

Ella vuelve a asentir con tranquilidad y yo salto con cautela el mismo muro de la ventana que he sorteado para entrar. En caso de que alguien venga a por ella, estaré cerca y cuenta con Sultán. Pero necesito dividirme unos minutos. Y entonces recuerdo la comodidad que viví durante muchos años, cuando mis prioridades estaban a salvo, en la otra punta del país, y no alrededor de mí.

Con la mirada barro el lugar y me percato de un movimiento efímero y huidizo a mi derecha, tras la antigua barra de la zona exterior del *pub,* ahora medio hundida entre basura y escombros.

Saco la nueve milímetros semiautomática oculta en el calcetín y, teniendo cuidado por dónde piso, me arrimo al lugar con sutileza. De una zancada premeditada, me coloco detrás del cuerpo de la chica, cubro su boca y la encañono.

Han sido apenas dos segundos, pero los suficientes para diferenciar el pelo rojo húmedo que tengo delante de mi nariz y el latir frenético de mi corazón cuando la he amordazado con mi mano. Hay olores que uno reconocería en el mismísimo infierno, y siempre me siento entrar

ahí cuando huelo ese perfume afrutado y suave que envuelve a Eva.

—Eres una jodida kamikaze —blasfemo en su oreja con la mandíbula apretada con tal de no alzar la voz.

Tengo ganas de hacerlo, de gritarle, de reprocharle el peligro que corre, pero no puedo porque eso sumaría un grado más de riesgo.

—Mierda, Eva —murmuro a la vez que aparto el arma de su espalda, siendo consciente de lo que estoy haciendo: repitiendo la misma experiencia que tuvo hace unas semanas y, sin ir más lejos, ayer—. No te muevas.

No habla ni se revuelve, como si todavía sintiera la pistola clavada en su columna, por lo que me veo obligado a sujetarla de los hombros y girarla levemente para que me mire.

—Ya hablaremos de esto más tarde —le digo con un tono duro imposible de suavizar—. Ahora escúchame bien, y por una puta vez en tu vida hazme caso. —Sus ojos verdes están libres de cualquier emoción, solo me miran. Creo que sigue asimilando que soy yo—. Alguien me ha seguido y está aquí.

—Era yo —me dice en voz baja pero segura.

—No. A ti llevo viéndote casi desde que salimos de casa. —Arruga el entrecejo—. Lamento decirte que tus dotes *espiatorias* dejan mucho que desear. Pero gracias a eso otro coche detrás del tuyo me ha alertado y ahora no tengo duda de que está aquí.

—¿Has visto a alguien? —me pregunta y yo niego con la cabeza.

—Pero nos han seguido —adjudico.

No lo digo pero es algo que se siente y escucha. Es difícil de explicar y puede que un sentido, o una habilidad, no lo sé, que aparece cuando tu vida pende de un hilo a cada minuto. Un hilo del que tiran otros. Tu existencia se convierte en un *tú o yo* constante, en un *tu vida o la mía.*

Cierra los ojos y suspira con fuerza. Sé que acaba de arrepentirse de haber venido o de ser consciente del peligro. Lo dicho: la persona más impulsiva que conozco.

—¿Qué tengo que hacer?

Durante unos segundos veo a la chica de siempre, la decidida, y no esa que ha estado escondiéndose del mundo.

—Ahora necesito colocarte en mi campo de visión para teneros controladas a ambas. Puede que solo esté paranoico, pero si nos han seguido hasta aquí debemos encontrarnos todos en un mismo lugar para no desconcentrarme. Toma. —De la parte posterior de mi pantalón saco una K25 y se la entrego.

Eva mira la navaja sobre la palma de su mano y después a mí.

—¿Será necesaria?

—Espero que no. Pero, si lo es, no dudes en usarla. ¿Entendido? No tengo más armas. —Venía preparado para mí, pero no para compañía,

aunque esto último me lo callo.

Asiente.

—¿Y ella? —Con un gesto de cabeza, señala el lugar de donde he salido y sé que se refiere a Gabriela.

—Está armada y sabe defenderse. —Traga saliva visiblemente y vuelve a mover la cabeza en un asentimiento—. Ahora tenemos que volver allí. Voy a sacarte de aquí encañonada y vamos a entrar por la ventana que he salido.

—¿Por qué encañonada?

—Porque necesito que te aparten del foco de atención y dejen de verte como una prioridad para mí, al menos ahora mismo, hasta que consiga sacar a Gabriela sin que sepan de dónde viene o adónde tiene que ir.

—Soy tu familia, y esos tipos saben lo que… tenemos —titubea—. El Pepitas me lo dijo. ¿Se creerán que de repente no te importe nada?

—No lo sé, Eva. Solo juego con la baza de que en este mundo del que vengo no hay familia, solo intereses. Ellos conocieron al tipo al que no le importaba nada ni nadie, y puede que crean que siguen delante de él.

—Intentaste matar a Biel para salvarla y ahora está aquí, cerca de tu hogar. No creerán estar delante de alguien a quien no le importa nada. —Y aunque su voz sigue en el mismo tono neutral que hasta ahora, noto en ella un leve reproche, puede que dolor.

—Hay que intentarlo —resumo—. ¿Preparada?

—Sí.

De manera inconsciente, mi mano se eleva y acaricia su mejilla. Ella entrecierra los ojos un segundo y busca el contacto con su cara.

—¿Confías en mí?

—¿Después de pedírmelo anoche y salir a hurtadillas en busca de la persona que nos pone en riesgo a todos y de la que se supone que no sabías nada?

—Sí, después de mentirte para evitar justo lo que está ocurriendo ahora.

Guarda silencio, un silencio que me estruja el pecho de una manera indescriptible. Cada segundo que dura su mutismo es un latido menos.

La miro intentando transmitirle que estoy diciéndole la verdad, que todo esto solo tiene como objetivo no involucrarla más, y vuelvo a acariciar la preciosa palidez de su piel llena de pecas.

—Solo confía… —dice en un murmuro, con la mirada perdida, como si de repente hubiera entendido algo. Después, chasquea la lengua con fastidio y me enfoca—. Me jode enormemente seguir confiando en ti a pesar de todo.

Sonrío. El latido de mi corazón se regula. La losa que lo aprisionaba acaba de romperse.

—Vamos, pecosa.

La sujeto por detrás del cuello con una sola mano y con la otra apunto su sien. La levanto y con la misma brusquedad la obligo a caminar.

—No te pases —murmura entre dientes cuando la insto, empujándola por detrás.

Me pego a su oreja con un movimiento rudo.

—Déjame disfrutar un poquito del momento. Tiene que ser creíble.

De improviso, se revuelve y me pega un codazo en las costillas que me arranca un gruñido contenido. Casi consigue liberarse de mí cuando me doblo hacia el lado derecho de dolor por el gesto inesperado, lo que me obliga a estirar la mano para sujetarla de un tirante de su camiseta y asirla con más fuerza. Tirante que se rompe, obligándome a sustituir la sujeción y atraparla por el brazo.

—¡¿Qué coño haces?! —exclamo, todavía con el resquemor instalado en el costado.

—Debe ser creíble, ¿no? —habla bajito mientras sigue caminando a trompicones entre las piedras, guiada por mí—. ¿De verdad crees que me dejaría guiar sin más, por muy matón que seas ahora? Si he de morir de una vez y en tus manos, al menos que sea dignamente.

Evito sonreír. En su lugar, alzo un poco más la voz:

—No me obligues a matarte, mocosa.

Las rodillas ya le chocan en el muro que tiene que saltar cuando mira una última vez hacia atrás para fulminarme y recordarme lo poco que le gusta el apelativo que siempre he usado delante de mis amigos.

—Entra.

Presiono más la pistola, advirtiéndola, y ella deja de desafiarme cuando nota el amenazante acero.

No me pasa desapercibido el hecho de que Gabriela y Sultán no están en el lugar que los he dejado, pero intuyo que me ha escuchado amenazar con matar a alguien, y ella se ha preparado para un posible ataque imprevisto.

—Soy yo, Gabriela —la informo, subiendo a la ventana a la vez que Eva para no dejar de encañonarla hasta que estemos dentro. Durante un segundo, esa frase martillea en mi cabeza y me devuelve a poco tiempo atrás, pero que ahora parece lejano e irreal.

«Soy yo, Gabriela», decía, y acto seguido ella aparecía de su escondite, normalmente del baño, aunque, en ocasiones contadas, tras la cortina de mi dormitorio.

Cuando bajamos de un salto, no veo a la argentina.

—Ven —le indico a Eva, que me sigue sigilosa hasta la puerta de la habitación. Giramos a la derecha y contemplo el gran y vacío pasillo. Si no me equivoco, da a parar al salón principal—. Que no se

escuchen los pasos.

—Está todo lleno de escombros y losas a desnivel —refunfuña bajito. Y tiene razón. Ser silencioso aquí resulta complicado.

Al terminar el pasillo, encuentro a Gabriela. Está completamente pegada a la pared de nuestra izquierda, con los ojos y el antiguo pero eficaz revólver apoyado sobre sus labios en vertical, indicando silencio. Mis ojos reparan en el arma y los recuerdos de la huida se me agolpan. Fue lo único que pude conseguirle para salir de allí con vida, e intuyo que sigue aferrada a él como símbolo de libertad. Concentrada en algo externo, con la mano libre sujeta el collar de Sultán para que permanezca a su lado y sin moverse. Sus orejas tiesas y el porte rígido me indican que escucha algo. A un paso, está el umbral del gran salón.

—Soy yo —le repito.

Ella asiente, consciente de la información.

—Van a entrar. Tenemos que llegar al salón principal, o esto se convertirá en una ratonera en unos segundos. —Observa el pasillo que aunque corto, es ancho y está desierto, lo que nos limita en caso de tener que cubrirnos.

Abre los ojos y nos enfoca. Su sorpresa es mayúscula al ver a Eva a mi lado y a mí bajando la pistola de su cabeza. La ha reconocido, sin duda.

—Eva —pronuncia con una breve sonrisa.

La pelirroja la mira con el ceño fruncido, confusa porque una desconocida sepa su nombre.

—¿Por qué sabes cómo me llamo? —le pregunta con tosquedad. Pregunta que se ve interrumpida por el sonido seco de un disparo que nos hace agacharnos en un acto reflejo.

Tiro de Eva como puedo para traerla conmigo al suelo. Sultán comienza a ladrar hacia el lado contrario y sé que están entrando por ahí. Si de algo estoy seguro es de que vienen a por Gabriela, a la que no matarán porque Biel la quiere viva, y a por mí, que tampoco me harán nada grave porque querrá torturarme y acabar conmigo lentamente. Durante años, incluso. Así que la diana ahora es Eva. No significa nada para ellos y querrán quitársela de en medio.

—Sacála de aquí —me exige Gabriela con el revólver apuntando al frente. Se asoma al umbral del salón y, una milésima más tarde, comienza la ráfaga de disparos. Sé que está en desventaja con esa arma que, aunque sea más precisa, contiene menos cartuchos.

Alzo la mirada por encima de ella y veo entrar a dos personas. Si la vista no me falla, un chico y una chica. No será difícil acabar con ambos. No si Eva está a salvo y yo centrado en lo que debo, claro.

—¡Os estoy cubriendo, boludo! ¡Sacála de aquí te digo! —exclama Gabriela corriendo hacia el lateral de la estancia, en busca de un gran

mueble deteriorado con el que cubrirse y que está ahí como si hubiera sido colocado para ello.

—Vamos.

Tiro del brazo de Eva para que me siga. La interno con cuidado y me cubro ligeramente tras la columna cercana a la escalera de hierro que ahora solo consta de la estructura, sin escalones. Estamos en el blanco y sin nada que nos cubra más que la mala puntería de la pareja, a la que no he reconocido, al menos no de lejos y moviéndose con rapidez. Disparo, impidiendo que se asomen a la barra principal, con forma redonda y situada en el centro, tras la que se han ocultado. Pero no tardarán en atacar; lo harán en cuanto Gabriela pare de cubrirnos para recargar, y espero que haya venido preparada para ello.

—Hay que subir allí y tienes que llevarte a Sultán.

Le señalo con la mirada las escaleras de hierro que conducen a la planta superior, pero justo por la parte de enfrente, ya que alguien se ha encargado de colocar unos inestables tablones de madera para poder ascender mejor. Una vez arriba, solo están las pasarelas y los pequeños espacios que en su día, supongo, estuvieron destinados a los estriptis de las chicas. Pero hay que conseguir cruzar unos metros, apenas tres.

—Sube y escóndete en una de esas cabinas de cristal. Cuidado con la pasarela. Parece de hierro y firme, pero no tiene baranda, es estrecha y peligrosa. —La miro fijamente para que memorice mis siguientes palabras—: No dejaré que lleguen a ti, pero si tienes que usar el cuchillo, hazlo.

Eva asiente. Si está asustada, su cuerpo no me lo indica. La noto serena, sin temblar, con la mirada determinante, como si este fuera nuestro pan de cada día. Mira una sola vez hacia la barra donde se encuentra la pareja. De cuclillas y preparándose para correr, sujeta el collar del perro.

—Eva, eres tú o ellos, recuérdalo. —Sus ojos verdes y fijos brillan con un asentimiento implícito—. ¡Ahora! —le grito, y galopa despavorida entre los trozos de escayola derrumbada mientras yo disparo y me desplazo.

Cuando cruza al otro lado y la veo subir la escalera, desapareciendo del campo de visión y de la parte baja de la sala, salgo por la misma puerta con el objetivo de rodear el prostíbulo por fuera, entrar por el lateral y sorprenderlos.

No veo a Gabriela, pero un par de disparos después, el sonido se calma y sé que necesita recargar o, en el peor de los casos, se ha quedado sin munición, lo que no sería extraño teniendo en cuenta que esta debía ser solo una reunión sencilla, plana, en la que intercambiaríamos información rápida y concisa y separaríamos

nuestros caminos de nuevo.

El silencio se mantiene.

Tengo que darme prisa.

Agachado y con toda la rapidez que me es posible, camino por el exterior hasta el extremo, pero la ventana por la que pensaba entrar no deriva a la sala principal, así que no me es posible y necesito rodear parte del edificio para buscar otra alternativa. Encuentro el hueco de una puerta. Antes de internarme de lleno, me mantengo apoyado en la pared, visualizándolo todo a mi alrededor, y me asomo parcialmente para confirmar las posiciones.

Ambos están de espaldas a mí, agachados tras un sofá mugriento que en algún momento fue amarillo y que, ahora, hecho trizas, está colocado tras la barra. Susurran algo entre ellos que no llego a escuchar. Solo puedo ver un cuerpo femenino que se intuye cuidado bajo la tela oscura y ceñida, aunque poco diferencio desde aquí. Su pelo es muy rizado y está recogido en un moño alto. El chico asiente mirándola y se levanta, dispuesto a salir de su escondite. No veo más que su estatura media, su pelo negro bien peinado hacia un lado y su arma.

—Sal de ahí, Gabriela —le dice el tipo con una voz amenazadora y divertida mientras asoma la cabeza por detrás del sofá y comienza a caminar sigiloso—. Si lo haces ahora, no te ocurrirá nada. Ni a ti ni a tu amiguito.

—¡Comeme la concha! —le grita ella desde el otro extremo de la enorme sala y yo sonrío—. Antes de ir con tu jefe me vuelo los sesos, y entonces vos estarás en un serio problema. ¿Sabés lo que podé pasarle a tus bolas si Biel te ve llegar sin mí?

—No va a pasarte nada —le insiste.

—Claro que no me pasará nada. Por tu bien.

Sé que está intentando ganar tiempo para mí. Si no ha salido a disparar, es que mis sospechas son ciertas y se ha quedado sin munición.

El tipo, dispuesto a no responderle más, da unos silenciosos pasos sin dejar de apuntar.

Antes de que llegue a ella, calculo las posibilidades. Puedo matar a la chica sin que se entere, pero lo alertaré a él y de una zancada llegará a Gabriela. Y puedo dispararle a él y después a su compañera, pero la distancia es considerable y no las tengo todas conmigo. Además, necesito a uno de los dos vivos.

El tipo se encuentra a un escaso metro de su objetivo. Gabriela se esconde tras una columna, no demasiado ancha, recubierta de trocitos cuadrados de gresite plateado que los transeúntes han ido arrancando.

Debo ser ágil y jugármelo todo a una.

Sin meditarlo más, apunto a la cabeza de la chica y camino en su

dirección. Está tan ensimismada en los pasos de su compañero que no repara en mí, hecho que me alerta; Biel jamás mandaría a dos inexpertos a por Gabriela, su bien más preciado. Y al menos esta tía lo es. Se muestra insegura, cubierta en todo momento y con la espalda sin guardar. Nadie en su sano juicio se ocultaría durante tanto tiempo tras un mueble colocado con todos los frentes abiertos y, mucho menos, sin saber dónde se encuentran dos de las tres personas contrarias.

—Buenos días —susurro con la pistola en el centro de su cabeza.

De manera inmediata alza las manos, estática. De un manotazo la desarmo y, acto seguido, rodeo su cuello con mi brazo y la elevo para que el compañero nos vea.

Calculo la distancia y el giro que hará. Silbo con intención y, cuando el tipo se da la vuelta, lo último que ve, si es que ha llegado a verlo, es mi rostro. Un tiro certero en la frente le arranca la vida.

La muchacha negra a la que ahora reconozco como una de las chicas de Biel, tiembla pegada a mi cuerpo. Creo que alguna vez la he visto con Axel. De hecho, creo que fue la misma que estaba dentro de la barra cuando entré a hacerme con el dinero de la caja, aquella noche que escapé. No debe llevar mucho tiempo en La emperatriz, y ahora me encargaré de saber qué hace aquí y por qué está ella y no sus hombres de confianza.

—¡Adán, cuidado! —El grito de Eva me hace alzar el rostro hacia la planta superior.

No veo nada, solo una sombra que se mueve detrás de mí. No soy tan rápido como de costumbre debido al cuerpo que tengo sujeto, pero cuando me giro, solo consigo diferenciar la recortada que me encañona.

—¡Aparta! —exclama Eva.

No tengo tiempo de hacerlo por completo, pero sí lo suficiente para no salir herido. Antes de que pueda quitarme del todo, una gran moldura de escayola cae sobre la cabeza del hombre y lo tumba.

La chica grita entre mis brazos, agitada e intentando soltarse. Tras pegarle una patada a la escopeta que ha estado a punto de presenciar mi último aliento, le permito que se arrodille al lado del cuerpo y sea la encargada de apartar la escayola que Eva ha lanzado y que lo ha dejado fuera de juego. Tiene la cabeza aplastada y cubierta de sangre. Lo zamarrea con fuerza y, al comprobar que no responde, llora encolerizada. Entiendo por su desesperación que el tipo es importante para ella.

—Luca. Luca. Vamos, Luca —repite una y otra vez, aferrada a su camiseta pretendiendo despertarlo. Él intenta abrir los ojos, lo que me indica que sigue vivo.

Antes de que yo pueda actuar, Gabriela aparece en escena. Sin

pensárselo, hinca un cuchillo en su garganta, se incorpora y escupe encima del cuerpo, lo que provoca la furia de la chica, que intenta abalanzarse sobre ella. Pero la argentina es más rápida y de una patada en el pecho la tumba.

—Por si acaso —me dice con los ojos llenos de ira y la mandíbula apretada.

Sé lo que significa ese *por si acaso*. A mi mente, a mi mochila de culpa, se suma aquel fallo mío que acabó con su escasa libertad.

«Por si acaso lo dejamos vivo y es él precisamente quien tiene nuestro destino en sus manos», quiere decir, pero no lo hace porque me aprecia y me quiere lo suficiente para perdonar mis errores o, al menos, para obviarlos.

Debía haberle pegado tres tiros en la cabeza a Biel.

Por si acaso.

Los pasos acelerados de Eva bajando a trote por la escalera de hierro cubierta de madera captan mi atención. Sultán la sigue con cuidado de no meter la pata donde no debe.

—Contrólala —le pido a Gabriela, señalando con la cabeza a la tía que llora sin consuelo tumbada bocarriba con las manos en el pecho, retorciéndose de dolor, externo e interno.

Eva llega a nuestro lado, mira alrededor y después a mí, puede que intentando comprender qué ha ocurrido.

—Están muertos —murmura.

Ahora sí, tras ojear al tío que ha caído de un tiro, sus ojos brillan asustados, reparando en la cabeza abierta del que descansa sobre un gran charco de sangre, en parte del golpetazo que le ha proporcionado ella y en parte debido al tajo de la garganta que Gabriela le ha hecho sin pensar. No puedo más que sujetar su brazo, acercarla a mi pecho y abrazarla. Rodea mi cuerpo y se aprieta contra él.

—Tranquila —le susurro, dejando un beso sobre su cabeza.

—Lusco, tenemos que irnos —me comenta Gabriela.

Tiene razón, pero antes necesito mantener una charla con la chica.

Eva se despega de mí, mira al tipo degollado y después a la argentina.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunta con reproche.

—Porque era él o yo —le responde Gabriela con calma.

—Ya estaba inconsciente. Podríamos haberla retenido a ella aquí y marcharnos. Ninguno nos alcanzaría.

—No lo entendés, Eva, y no te culpo; nadie que no lo haya vivido llegará ni siquiera a imaginárselo. Pero mataré sin reparo a cualquiera que intente devolverme a aquel lugar. Si ella sigue con vida es porque necesito información, y estoy dispuesta a sacársela aunque tenga que cortarla a trozos —amenaza con intención—. Y claro que podrían llegar hasta nosotros, el Atrapasueños llega a todas partes.

—Pero podríamos…

Gabriela la corta:

—No, no podríamos. Y no te metás en esto. No sabés de qué hablás, ¡no sabés nada! Supongo que en tu *set* de grabación no hay proxenetas obsesionados con tu concha y dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de metértela una vez más.

—¿Podemos centrarnos? —pregunto.

Pero Eva me ignora, da un paso hasta ella y, para mi sorpresa, la coge del cuello. Gabriela podría defenderse de sobra, sin embargo, no lo hace.

—Mira, Gabriela —recalca mucho su nombre—. No entiendo por qué sabes cómo me llamo o a qué me dedico, no sé quién cojones te ha dado tanta información —me mira de reojo—, pero en realidad no conoces nada de mi vida ni de mí. No sabes nada de mi trabajo ni de locos obsesionados con mi concha. Así que antes de hablar de ella, te metes esa lengua por el culo y te lo limpias.

La argentina sonríe con cierta melancolía y dirige sus ojos hacia mí sin intención de deshacerse del agarre de su cuello.

—Ahora entiendo, boludo, por qué esta piba te poné tanto.

La mano de Eva se abre de manera automática ante ese comentario y suelta el agarre. Gabriela sonríe, consciente de lo que ha provocado con sus palabras, y yo pongo los ojos en blanco mientras me agacho a por la chica desconsolada, que no se resiste cuando sujeto ambas manos por detrás de su cuerpo y la insto a levantarse. Sigue con la mirada perdida sobre el hombre que yace inerte.

—Vete. Yo me encargaré de ella —le indico a la argentina—. Tienes que trasladarte al punto número dos. Te buscaré. No puedes volver al punto uno bajo ningún concepto, ¿de acuerdo? Si alguien merodea aún por aquí y te sigue, pondremos a Ignacio en peligro.

Asiente, pero noto la reticencia y el temor en la pausa de su movimiento.

—¿Y mis cosas? —Se recoloca la camiseta, sin perder de vista a la pelirroja que nos observa en silencio y con cara de pocos amigos.

—Yo las conseguiré.

—Bien. Pero prefiero quedarme hasta que sepa quiénes son y asegurarnos de que no queda nadie por acá. A ella la conozco —dice mirándola con aversión—. Es una de las chicas de Biel, y no sé cómo tené la poca vergüenza de venir a por mí, sabiendo lo que es aquel lugar. —Con la mirada barre el suelo, pero parece no encontrar lo que busca—. Iré a buscar algo con lo que atarla —me informa.

—¿Qué haremos con esto? —pregunta Eva con la mirada fija en el cuerpo que unos metros más allá luce un perfecto agujero en la frente.

—Nada. Primero hay que encargarse de los vivos.

La chica negra tiembla visiblemente mientras la siento en el sofá,

conocedora de su destino.

10

La vida es algo que hay que morder y cada boca tiene un sabor.

Un tiempo atrás

Lo había meditado durante varios días la mayor parte del tiempo. Más bien, me había peleado conmigo mismo a todas horas. Tampoco es que tuviera mucho en lo que centrar mi atención, pero es que la última conversación que tuve con Gabriela tras encontrar el papel en el que había escrito sus deseos de cumpleaños estaba grabada a fuego en mi cabeza. De todos modos, me dije, no tenía posibilidad. No en un día como aquel.

Me encontraba supervisando las habitaciones de las chicas. Todas, pegadas a la pared junto a la puerta, esperaban pacientes a que Axel y yo terminásemos de revolver sábanas, armarios y colchones. Sus caras de pasas mostraban la emoción que les causaba nuestro desordenado registro, del que después tendrían que encargarse ellas. Este protocolo se llevaba a cabo una vez al mes, aproximadamente. En aquella ocasión, hacía apenas cinco días que se había realizado, pero teníamos órdenes estrictas del Atrapasueños de inspeccionar cada rincón del local. La causa: la visita de Adriol Sosa. Nada, absolutamente nada, podía salirse de nuestro control en su presencia. Y si lo hacía, teníamos la obligación de responder ante el hecho como si supiéramos lo que estaba ocurriendo.

No era habitual encontrar algo fuera de lugar. Alguna vez las chicas escondían armas fabricadas por ellas mismas, pasaportes falsos o dinero que les conseguían los clientes más fieles. Tanto a la que se atrevía a tener ciertas pertenencias bajo su custodia como al tipo que se lo hubiera proporcionado les quedaba bien claro que el valor, en ocasiones, cuesta caro.

«La valentía a cambio de tus latidos», decía el Atrapasueños antes de disparar en el corazón, como colofón a la tortura que se le hubiera realizado a la persona. Eso ocurría los días que se levantaba con ganas de diversión y con el ridículo poeta que llevaba dentro activado. Si por el contrario el humor brillaba por su ausencia, no se molestaba en gastar balas y el final no era tan encantador como un tiro certero y bucólico.

—¿Qué te parece, Lusco? —me preguntó Axel jocoso, moviendo con intención un dildo gigante de silicona de color negro que había encontrado en el cajón de una de las chicas.

—Me parece una digna competencia —bromeé sin dejar de levantar colchones.

—Parece ser que su dueña no tiene bastante con lo que le dan aquí. ¿De quién es?

—Mío —le respondió una de las chicas con altanería. La rubia tenía el mentón alto y la sonrisa concienzudamente marcada—. ¿Qué pasa, grandullón?, ¿te ha gustado y quieres que te lo preste?

Las demás rieron con ganas.

Axel sonrió de lado y se acercó a ella con pasos que pretendían ser provocadores. De haber sido yo una de ellas, me habría provocado ganas de vomitar contemplar al gordinflón gigante acercarse como si estuviera bailando borracho.

—Quiero darte un motivo para tirarlo a la basura. Si lo deseas, preciosa, puedes llamar a la puerta de mi habitación cada vez que tu bonito coño pase hambre —le comentó muy cerca de su boca.

—¿Y quedarme con ganas de comer? No, gracias. Al final tendría que venir a por el postre y estaría en las mismas. —Le arrancó el dildo de la mano.

Mi móvil sonó, desenfocando mi atención de la conversación. Era Ikram.

—Dime.

—Necesito que me hagas un favor.

—Tú dirás —le respondí sin dejar mi tarea. Abrí un cajón y lo vacié sobre la cama. Nada fuera de lugar.

—Necesito que te inventes algo para que sea yo quien cubra a Biel en la reunión de esta tarde en tu puesto.

—No sé si será posible. Ya sabes lo receloso que es con las modificaciones de última hora, y se trata de Sosa, nada más y nada menos.

Ese gran empresario argentino del que todo el mundo había hablado y hablado durante años como un igual de Biel, íntimos amigos, íntimos escrúpulos y compañeros de negocios turbios, pero al que nadie había visto nunca. Al menos ninguno de los nuestros. Pero ¿qué quería Ikram de él?

—Es muy importante, Adán.

Asentí en silencio. No preguntaría por dicha importancia, nuestro código no nos lo permitía, pero debía serlo si Ikram pedía un favor de esa magnitud. Todos sabíamos que el Atrapasueños alzaría los brazos al cielo y nos maldeciría hasta la llegada de su socio por ese cambio de planes de última hora.

—Está bien. Me inventaré algo —claudiqué.

—Necesito una cosa más.

—¿Quieres que te la chupe antes del relevo para venir descargado?

Escuché su efímera risotada al otro lado.

—Creo que de eso voy servido, no necesitaré tus servicios de limpieza fálicos. Pero… —su pausa duró apenas un par de segundos—, Kerstin está delicada y no me gustaría que estuviera sola durante el tiempo que dure la reunión.

Arrugué el ceño.

—¿No está acompañada por enfermeras o algo así?

—Sí. Igualmente, me quedo más tranquilo con tu presencia.

Suspiré. Se le notaba nervioso con la petición, puede que porque él nunca pedía nada, o quizá tenía que ver con la integridad de aquella muchacha. Fuera como fuese, ¿cómo negarle ayuda con el marrón en el que yo mismo lo había metido?

—¿Como acompañante o salvaculos? —quise saber, porque en su tono y en la petición podía leerse entre líneas que algo lo preocupaba, y ese algo podía estar directamente relacionado con la sueca.

Silencio al otro lado. Un suspiro que desinfló aquel globo que parecía llevar en la garganta. Y, al fin, habló:

—Ambas. No creo que sea necesario, pero, en todo caso…, ambas.

—Bien. —No indagué más, ya sabía lo que necesitaba saber—. ¿Hora?

—¿A qué hora llega Sosa?

—A las cinco.

—Te necesito aquí a las cuatro y media.

—Dame la dirección.

—No. No por teléfono. Dentro de poco te mandaré un mensaje.

Mi rostro debió cambiar ante el desconcierto, porque Axel paró lo que estuviera haciendo con la chica del dildo gigante, centró su atención en mí y encogió los hombros para preguntarme en silencio qué ocurría. Gesticulé con la mano para restarle importancia.

—Está bien —fue lo último que dije antes de colgar, todavía descolocado por la misteriosa conversación.

¿Por qué querría estar presente en la reunión? Y lo más importante, ¿qué tenía que ver con ello la sueca? Si los cálculos no me fallaban, Ikram ni siquiera hablaba con la chica, no al menos hasta que ocurrió el altercado con Biel. ¿Por qué entonces quería ocultar su ubicación?, ¿y a quién?

Su mensaje me llegó enseguida.

10
El padrino
171
5
Adrià
Besòs

La cuestión es que algo se despertó dentro de mí, una pequeña

llama encendida por la ilusión, al darme cuenta de que podía escaquearme de la reunión con Sosa y hacer lo que tenía en mente. Ahora lo complejo era atreverme a dejarme llevar o, por el contrario, seguir en el mismo plano ausente en el que me había mantenido durante años.

Odiaba convencerme de que existían muchas opciones cuando yo ya había elegido una.

Entré en la habitación de Ikram y rebusqué entre su pila de libros amontonados y desordenados. Tras unos minutos, encontré *El padrino*. Fui directo a la página 171 y guiándome con el dedo me detuve en el párrafo cinco.

—Sonny, estoy en el hospital —dijo Michael, en voz apenas audible—. Aquí no hay nadie. No hay ni rastro de los hombres de Tessio ni de los policías. Nuestro padre no cuenta con protección de ninguna clase.

El interés por la lectura me lo despertó él. Casi siempre leía en el primer café de la mañana y en el último antes de acostarse. «Leer es hablar otro idioma, uno que solo la gente realmente inteligente llega a aprender», me había dicho sin mirarme un día que le pregunté qué le veía a pasar los ojos sobre las letras.

Después, nos enseñó esa técnica de comunicación, nuestro propio idioma a partir de ese momento, que consistía en indicarte un libro, una página y un párrafo concreto. Ahí había información. Al principio y al final del mensaje se encontraba la ubicación. El Pepitas y Axel odiaban el método. El primero decía que no le gustaba tocar un libro ni por obligación, no fuera que se le pegase algo bueno y culto, y Axel pasaba de ello. No veía el peligro en los mensajes directos y dichos por teléfono, lo que prácticamente lo llevó a ser algo exclusivo de Ikram y mío, como también el compartir lecturas y opiniones sobre ellas.

Por lo tanto, mi compañero se encontraba en el número diez de Sant Adrià de Besòs y quería darle protección a la sueca. ¿Por qué? Pronto lo descubriría.

—Gabriela, soy yo —anuncié cuando entré en la habitación.

Acto seguido, la puerta del baño se entornó y Gabriela apareció tras ella. Sultán la seguía con las orejas tiesas y alerta. El que llegó siendo un cachorro, ahora tenía las orejas compensadas con su cuerpo y sobrepasaba las rodillas de su dueña.

—¿Cómo lo encontraste? —Miré al perro, que ladeó la cabeza en mi dirección como si supiera que hablaba de él—. Me dijiste que lo viste cerca del puerto cuando escapaste de la furgoneta, pero nunca te he

preguntado por qué lo acogiste, si ni siquiera tenías adónde ir.

Ella se encogió de hombros mientras se acercó a mi cama, en la que se sentó con los pies cruzados sobre el colchón, y miró con curiosidad lo que traía en las manos.

—Más bien me encontró él a mí. Estaba sentada en una esquina, oculta y pensando qué hacer, cuando apareció y posó sus patitas sobre mi rodilla. Estuvo conmigo hasta que tomé la decisión de seguir. Me despedí de él y caminé por otro lado, pero aquel tipo comenzó a perseguirme y, cuando empecé a correr, el perro apareció de nuevo y corrió conmigo. No quiso despegarse de mí.

Habíamos hablado con anterioridad de aquel tío que la hizo galopar por las calles de Barcelona hasta toparse con el lugar donde posteriormente la encontró Kerstin. No era uno de los hombres de Biel; al menos ella no lo reconoció como los de la furgoneta, y en La emperatriz nunca se escuchó que alguien persiguiera a una chiquilla. Puede que solo fuera un malhechor que la encontró a su paso.

—¿Vos creés en la rencarnación? —me preguntó de repente.

—No.

—¿Y en los ángeles? Porque creo que él es mi ángel.

Me encogí de hombros.

—No creo en nada más que en lo que veo, Gabriela.

—¿Y qué ves?

Lo medité un momento mientras miraba mis manos. Después lancé sobre el colchón todo lo recopilado en los vestuarios de las chicas.

—Veo un vestido, zapatos, maquillaje y una peluca. Póntelo todo.

Abrió los ojos, no pude descifrar exactamente si con impresión o miedo.

—¿A… Adónde vamos?

—A celebrar tu cumpleaños.

Ahora sí, las pestañas se elevaron tanto que parecían acariciar sus cejas. Descruzó las piernas y se sentó sobre sus rodillas, con las manos apoyadas en ellas y la mirada viva, más viva que nunca, enfocando su objetivo.

—Pueden vernos al salir de acá —susurró muy bajito, presa del pánico y la emoción que le producía algo tan simple.

—Lo sé.

—Y levantar sospechas.

—También lo sé.

Al fin giró el rostro del vestido de color rojo y me miró.

—Lusco… Es peligroso.

—¿Y acaso no lo es no vivir?

Al sonreír con amplitud, una risita nerviosa se escapó de sus labios. Entonces miré sus ojos claros y vi en ellos la humedad, la emoción, el pánico. Una mezcla explosiva que saltaría en breve y que no le

pertenecía a ninguna niña de dieciséis años.

Me di la vuelta; no estaba dispuesto a permitir que aquello me afectara y, mucho menos, que ella lo notara.

—Tienes veinte minutos.

—Pero ¡eso es imposible! No puedo ducharme, maquillarme, peina…

—Apáñatelas —la corté—. Volveré en veinte minutos.

Cuando lo hice y la informé de que era yo, Gabriela salió del baño de manera atropellada, caminando con un zapato puesto y el otro en proceso de ser colocado. No eran muy altos, de hecho los más bajos que había encontrado y con forma de bota de caña corta, pero tampoco es que esperara unos deportivos en el vestuario, y entrar en las habitaciones de las chicas tras el registro y sin ninguna excusa convincente iba a ser raro.

—No hay derecho a esto, que lo sepás —se quejó—. Casi no me ha dado tiempo a maquillarme, y hace como remil años que no me pinto la raya del ojo.

Terminó de abrocharse la bota y alzó el rostro. Choqué visualmente con una mujer joven, de pelo corto, por debajo de las orejas, negro como la noche y con un flequillo que enmarcaba sus ojos claros. Estaba guapísima con el vestido rojo, ceñido y a la altura de las rodillas, y aquellos zapatos que realzaban lo que hasta hacía poco había parecido un saco de huesos.

—Ché, ¿qué mirás? —me preguntó con una ceja alzada.

—Que estás muy guapa. Te sienta bien ese pelo.

Se ruborizó visiblemente y vertió su vergüenza sobre la cabeza de Sultán en forma de beso.

—Volveré pronto. Portáte bien, chico. No ladrés, por favor. —Después se giró y, casi sin mirarme, preguntó—: ¿Y ahora qué?

—Ahora saldremos de aquí como si nada.

—Pero ¿vos estás loco?

—Es mejor así. Solo eres una amiga que acaba de salir de mi habitación.

Me miró de soslayo, con los labios convertidos en una fina línea.

—Un día esa poronga se te caerá al suelo si sigues trayendo *amigas*.

—Ya, pero otros días no, y hay que aprovechar mientras siga en el lugar que le corresponde. Vamos. —Le ofrecí mi mano y ella la aceptó, entrelazando la suya—. No dudes y camina con naturalidad, no pasará nada.

—Eso es muy fácil de decir cuando llevás las plantas de los pies a ras del suelo.

—Si alguien te pregunta algo, no contestes. Yo me encargaré.

—Vale. ¿Algo más?

—Sí. —La miré—. Feliz cumpleaños, argentina, aunque sean un

poco atrasados.

Las comisuras de sus labios se elevaron, pero no fue capaz de decir nada más que un *gracias* susurrado. Tragó saliva con fuerza y apretó mi mano.

Abrí la puerta y juntos salimos por aquel pasillo largo tras el que Gabriela llevaba oculta semanas. Cuando me enfrenté a la gran escalera, el nudo de mi estómago creció.

¿Era buena idea? No.

¿Era peligroso? Bastante.

¿Estaba en riesgo su vida?, ¿nuestras vidas? Sí.

¿Lo haría de todos modos, a pesar de las consecuencias? Lo haría.

¿Por qué? Eso prefería no cuestionármelo. Solo sentía que debía arriesgarme, que una chica de dieciséis años tenía derecho a pasar su cumpleaños fuera de aquellas cuatro paredes que se habían convertido en su celda.

No es que a mí me importara cumplir años, es algo que deja de tener relevancia en la vida de alguien que ha convertido sus días en fotocopias, pero hubo un tiempo que aquel acontecimiento implicaba felicidad, nervios y expectativas.

A mi mente llegó el recuerdo de uno, en concreto, en el parque de atracciones. Creo que cumplía once años. Mis padres les habían dado pases gratis a todos los chicos de mi clase y habían preparado una mesa larguísima con batidos, sándwiches y varias tartas. No éramos tantos, pero mi madre aseguró que no dejaría a ningún chiquillo que hubiera entrado al parque sin chuches o tartas en caso de querer, aunque no lo conociéramos de nada.

Rememoré, como el acontecimiento más importante de aquel día, la sonrisa tímida de Eva al entregarme su regalo. Era una caja de zapatos forrada con papel de dibujos de Batman, estilo comic. En el interior, una piruleta pegada al papel como si hubiera pasado diez años en la tienda, una bolsa de chuches y un cuadro pintado a mano —después me enteré por las voces enfadadas de Vanora que fue una mezcla de témperas y las lacas de uñas más caras de su madre—, y dentro una foto de nosotros juntos en bañador, riendo a carcajadas mientras nos refrescábamos con la manguera del jardín en pleno verano, justo el segundo verano después de mudarse. Más bien, yo la fastidiaba con el chorro a presión y ella intentaba alejarse en el momento en el que mi madre nos capturó.

No entendí el regalo. Le di las gracias y le sonreí con afecto, eso lo recuerdo perfectamente, pero me gustaron mucho más otras cosas útiles. Ahora entendía que me regaló su amor y su tiempo, y que no hay nada más caro, complejo, sencillo y útil a la vez.

—Adán.

Miré hacia mi derecha. Gabriela me observaba con preocupación.

—¿Qué?

—¿Qué hacés? Te quedaste ahí parado.

—Pensaba en… Nada. Vamos.

Tiré de su mano y comencé a bajar los escalones, anotando de forma mental que aquella quincena debería apañármelas para encargarme de nuevo de la revisión de las cámaras. No podía eliminar las grabaciones, eso solo lo hacía Biel, pero con decirle que todo estaba en orden le servía y nunca se molestaba en comprobar lo contrario. Me había salido bien la jugada con las dos quincenas anteriores, en las que Gabriela se veía en varias ocasiones por los pasillos, y ahora tocaba en la que extrañamente se vería salir de mi habitación a una chica que nunca entró y en la que descubriría quién osaba irrumpir a tocar mis pertenencias.

El recibidor estaba desértico y, esperanzado, lo crucé con la argentina de la mano. Pero la suerte no ha sido nunca una de mis compañeras de viaje, y lo confirmé cuando la significativa voz de Susana pronunció el sobrenombre que ella misma escogió para mí:

—Lusco.

Apreté la mano que tenía sujeta y que había empezado a temblar de manera instantánea y giré el rostro.

—Dime.

—Sosa llega pronto y has de estar para su recibimiento —me recordó.

—Ikram ocupará mi lugar.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad, dando unos pasos en nuestra dirección que se asemejaron a un felino cauteloso a punto de atacar—. La situación de nuestro amigo es delicada y es necesario que todo el equipo lo escolte.

—No creo que te importe. Y si lo hace, las preguntas a tu dueño, que es quien decide qué se hace aquí, quién se va y quién se queda.

Sus labios se fruncieron y la maldad los convirtió en un muro de resentimiento.

—También se pone de muy mal humor cuando deciden alterar sus planes.

Que era justamente lo que había sucedido. Por suerte, yo no estaría para seguir contemplando cómo le gritaba a todo el mundo, se pegaba tirones de la chaqueta y se soltaba y recogía la lamiosa y pobre coleta hasta que apareciera Sosa. Entonces se calmaría, o lo fingiría, y lo atendería como si todo estuviera bajo control y no llevara horas desgarrándose la garganta y maldiciendo la existencia de todo ser viviente.

—Después tendrá con quien desfogar tensiones. Para eso estás tú —le solté—. Y, ahora, tengo que irme.

—Sí, ya veo que tú tienes organizados los planes. —Caminó

despacio hasta rodearnos y colocarse frente a Gabriela, haciendo resonar sus tacones por el recibidor—. Una suerte la compañía, ¿eh? —le preguntó, y me dedicó una fugaz mirada para dejarle claro a quién se refería.

Gabriela mantuvo el silencio, aunque cada vez temblaba más. Susana alzó la mano y la dirigió al flequillo ficticio de mi acompañante para tocarlo con un fingido interés, pero la argentina la apartó de un fuerte manotazo que consiguió impresionar a la bicha.

—No me toqués.

Susana entrecerró los ojos, ladeó la cabeza hacia el lado izquierdo con su mirada clavada en la de Gabriela y, después, muy despacio, la dirigió hasta mí.

—Cuánto carácter para ser tan jovencita. Porque pareces jovencita. —Como Gabriela no le respondió, continuó jodiendo con su presencia —: No sabía que te gustaban recién salidas de la cuna, Lusco. Te tenía por un chico de gustos maduros, experimentados…

—Hay manzanas maduras que ya se han caído del árbol y no asumen que cualquiera no se come las cosas del suelo. —Le sonreí mientras pasaba por su lado con la intención de marcharnos—. Soy más de arrancarla de la rama y comérmela, porque aunque esté algo verde, también está durita.

Ella elevó las comisuras con la falsedad más visible que había visto nunca y habló para cambiar de tema radical e intencionadamente:

—¿Has cogido paraguas? —De nuevo se interpuso en nuestro camino con el único objetivo de que la viéramos sonreír y mirar al exterior, del que nos separaban escasos pero interminables metros—. Creo que va a llover.

—Está despejado —apreció.

—Pero me ha parecido ver una nube gris a punto de descargar.

Nos retamos con la mirada.

—Vámonos, Gabriela —le dije sin quitarle los ojos de encima a Susana.

Tras un último e intencionado repaso, se alejó hacia la sala principal de la izquierda y me dejó allí clavado, recordando sus palabras: «Esas tinieblas que te acompañan siempre tienen nombre de mujer. Esa nube gris que te envuelve lloverá cada día de tu vida sobre tus hombros si no aprendes a gestionar».

Maldita bruja del demonio.

11

Hemos sido, somos y seremos nunca gente corriente.

Eva

Es una sensación extraña saber que sigues dentro de tu cuerpo y notarte completamente alejada de esa realidad que es el existir.

Sigo en pie, no me explico cómo, observando la agilidad de Gabriela mientras inmoviliza las manos de la chica negra, que no se resiste a nada, como si aceptara sin más que eso es lo que le ha tocado y no pensara usar sus fuerzas en cambiar el destino. Continuamente gastamos energías en cambiar nuestro sino cuando el hecho de forzarlo está llevándote a lo escrito.

—No le ates los tobillos. Deberíamos salir de aquí —opina Adán.

Gabriela hace tres fuertes nudos y de la misma cuerda tira para que se levante.

—¿Cómo te llamás? —le pregunta a la chica de mirada perdida y pecho hueco.

No quiero imaginar cómo debe sentirse con el cuerpo inerte de alguien que ama tirado a su lado, y sin ser conocedora de lo que le espera a ella.

—Sarah.

—Pues andáte, Sarah.

La chica obedece, se levanta y se deja guiar por Gabriela, todavía sin mirarnos a ninguno a la cara. Debe tener poco más de veinte años y parece una muñeca de piel brillante, pelo afro y labios carnosos. Pero una muñeca, al fin y al cabo. Vacía, sin nada que la motive a caminar hacia Dios sabe si su último respiro. Ni siquiera hay rabia u odio, como si no les guardara rencor a quienes la han separado para siempre de alguien importante para ella. ¿Su pareja, quizá? ¿Su verdadero amor?

Puede que sepa que la muerte va implícita en su mundo de violencia, pero ¿está exenta de dolor por ello?

Como si no necesitaran comunicarse con palabras, Adán mira a Gabriela, quien recoge el arma del tipo muerto que ha estado a punto de acabar con él, y caminan hacia la salida por la que mi hermanastro ha aparecido antes. Mira una sola vez atrás para indicarme que los siga. Es lo último que me apetece en este momento, pero quedarme aquí sola no es una opción y mentiría si dijera que no me acojona irme sola de vuelta a casa, existiendo la posibilidad de que nos haya seguido más gente y vengan a por mí, por lo que camino en silencio y atenta a mi alrededor. Sultán, para mi sorpresa, se mantiene a mi lado. No sé si sentirme alagada por su presencia u ofendida por resultar ser el eslabón más débil de esta cadena; tanto que el perro ha decidido ser mi protector.

Cruzamos el enorme salón principal, que se encuentra en el mismo estado lamentable que el resto de la gran casa. Al salir, tengo la sensación de que hace días desde que estuve fuera, espiando a escondidas, y no apenas minutos. El aire entra en mis pulmones un instante, efímero pero pleno, y aprovecho su aliento para continuar caminando.

Estamos en un patio rodeado por la extraña L que forma el edificio, pero se ve que nuestro objetivo está enfrente, hacia donde comenzamos a caminar. Al andar, veo el coche de Adán, el antiguo camping, camino y árboles.

Son nuestros pasos certeros la música de fondo hasta que nos internamos en los pinos que se encuentran en el lateral izquierdo, a apenas cien metros.

—No tenemos tiempo —dice Gabriela de repente, lanzando con poco amiguismo a la chica contra el tronco de un árbol cualquiera que parece el elegido para ello—. Ya sabés cómo va esto: tenés la opción de que sea productivo para nosotros y rápido para vos, o hacerte de rogar y, entonces, querida Sarah, yo misma me encargaré de enviarte por paquetería al asqueroso de tu jefe y certificada por mí.

»Le hará mucha ilusión ver mi firma. Es algo que siempre lo puso muy cachondo de sus exclusivas: que firmáramos su cuerpo después de hacer con él todas las asquerosidades imaginadas, para terminar él firmando el nuestro y creando su obra de arte. —Extiende los brazos hacia los lados y da una vuelta sobre sí misma.

Me mantengo apartada, mirando a mi alrededor en todo momento, pero sin perder detalle de sus palabras y del daño y el asco que llevan implícitas cada una de ellas.

Gabriela tira la escopeta al suelo para dejar las manos libres. Con una alza la camiseta negra y con otra se baja levemente las mallas por la parte delantera lo suficiente para que se vea su pubis. No me pasa desapercibido cómo Adán, con las manos sujetas por delante de su cuerpo, aparta la mirada y traga saliva. Lo que le enseña no puedo verlo desde donde me encuentro. Sarah sí, y sus ojos se humedecen visiblemente al descubrirlo.

—«He leído muchos libros, *petita*[2], muchos… Tengo una vasta biblioteca de los mejores ejemplares, de los más deseados. Pero tú, mi niña chiquita, tú eres mi libro favorito, mi edición especial», me decía mientras me grababa su firma sobre la concha. Por suerte, estaba lo suficientemente reventada sobre su glamurosa cama y a punto de perder el conocimiento cuando quemaba la punta del punzón y me firmaba. Podría haberlo hecho de una, acabar con el sufrimiento, pero no era esa su intención. En cada encuentro, como él los llamaba, en cada cita un palito, y así hasta completar la palabra deseada.

Se da la vuelta, todavía con la zona despejada, y me lo muestra a mí.

Ahogo un quejido cuando veo la palabra *Atrapasueños* grabada en el trozo de carne que debería estar limpia o cubierta de vello.

—Gabriela, tenemos que acabar. Los coches son visibles y pueden relacionarnos después —le informa Adán con la voz tomada y dolida. Por lo que lo conozco, deduzco el daño que puede estar causándole la escena.

—Y vos —Gabriela se gira de nuevo hacia Sarah, ignorando a Adán — venís a por mí para llevarme de vuelta con ese engendro malnacido, ¿eh? Ahora, dame un buen motivo para no enviarte con tu jefe. ¿Qué te ha prometido a cambio?

—Mi libertad —le responde la chica. Las lágrimas de nuevo han asomado silenciosas en sus ojos y parece conmovida por lo que acaba de ver en Gabriela.

Me pregunto qué habrá padecido esta chica a manos del Atrapasueños para ser capaz de empatizar con la persona que le ha rebanado el cuello al tal Luca, quien, al parecer, era importante para ella.

—Tu libertad —repite la argentina. Se acerca de un paso, sujeta su pelo con fuerza y le alza el mentón para que la mire—. ¿Creés que soy estúpida? ¿Me viste cara de estúpida? Biel nunca mandaría a ninguna de sus chicas para algo tan importante. Somos sus putas, no su equipo. De los verdaderos asuntos se ocupan sus hombres, los capacitados para dicha misión y no nosotras —teatraliza con tono jocoso, gritando cada vez más.

—Está reclutando nuevos hombres de confianza para que se unan a él —responde Sarah con entereza, aceptando que su única salida es hablar y hacerlo rápido. Gabriela la suelta, pero se mantiene cerca—. Necesita a los de siempre a su lado para que le cubran el culo mientras se recupera y a otros muchos para buscaros a vosotros. Os quiere vivos y está haciéndolo saber. Le has tocado con fuerza las pelotas, Lusco. —Mira a Adán—. Las cosas han cambiado bastante por allí desde tu huida, y ya nadie confía en nadie. Él no confía en nadie —recalca, y se seca el rostro con ambas manos atadas por delante del cuerpo—. Pero no puede prescindir de los suyos porque está hecho polvo. La recuperación es lenta y, mientras vuelve, no puede permitirse bajar la guardia.

—¿Quiénes están con él? —la interrumpe Adán.

—Axel, Ikram, el Pepitas, y ahora también Libra y los hombres de Sosa, aunque no se han dejado ver más por allí después de comprobar que sigue vivo. Biel está ofreciendo mucha pasta, o en casos desesperados, como el mío, la libertad.

—¿Por qué te la cedería? —quiere saber Gabriela—. Biel nunca

dejaría en libertad a alguien de su propiedad.

Los ojos de la chica brillan con fuerza y no me pasa desapercibida la tensión que se instala en su mandíbula.

—Luca, el chico al que has matado, es mi hermano —le dice con rabia—. Cuando se enteró de lo que daba a cambio Biel, fue a La emperatriz para ofrecerse como uno de los que os buscaran. Pero él no quería su dinero, sino la libertad de su hermana. Y el Atrapasueños aceptó.

—¿Por qué? —le pregunta de nuevo, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Por qué no? No tenía nada que perder en caso de que mi hermano os llevara con él y a cambio tuviera que darle lo que quería. Después de todo, solo soy una de sus putas, como tú bien has dicho. Me remplazaría antes de que hubiera puesto un pie fuera.

—¿Y el otro tío que venía contigo?

—Otro de los nuevos. No tenemos nada en común más que encontraros con vida y llevaros con él.

—Ahora también tenés el día de vuestra muerte. —Gabriela sonríe con malicia.

—¿Qué más debemos saber? —inquiere Adán.

—No sé nada más. Os he dicho lo poco que he ido captando durante estas semanas.

—¿Cómo sabíais que estábamos justo aquí? —continúa preguntando él.

Sigue un paso por detrás de Gabriela, en la misma posición, sin soltarse las manos y sin mover un pelo. Siempre he admirado la capacidad de mantenerse erguido sin tambalearse ni un centímetro ni despegar los pies del suelo. Recuerdo esa imponente postura desde pequeños. Yo siempre lo intentaba, pero aunque pretendía mantenerme quieta, no podía estarlo del todo durante mucho rato. No me movía, pero era consciente de mi equilibrio y de cómo luchaba por permanecer estable.

—Rumores. Unos decían que te ocultabas en Sevilla; otros, que lo hacías aquí, trabajando para una actriz. Empezamos buscando esa información y descubrimos que era verdad. No ha sido complicado, teniendo en cuenta que tu cara —me mira con intención y comienza a dirigirse a mí— ha estado en todas las noticias, y nosotros pendientes de cada acontecimiento en Huelva y Sevilla. Primero el asesinato de tu compañera, después el asesino pirado que estaba enamorado y te retuvo con él… —De nuevo mira a Adán—. También te digo que es de tener muy poco talento por tu parte mostrarte públicamente después de haberte vuelto loco a balazos.

Adán no responde ni, cómo no, se mueve.

—Una última cosa —interviene Gabriela—. ¿Cómo está Kerstin?

Sarah suelta un suave bufido mezclado con una sonrisa irónica.

—Todo lo bien que puede estar alguien en las manos de ese cabrón. Y ya se le nota bastante.

—¿El Atrapasueños lo sabe?

Sarah asiente y Gabriela imita su gesto antes de, sin pensárselo, sacar el cuchillo oculto en la parte trasera de su pantalón. Se acerca el escaso medio metro que las separa. Mi corazón se desboca, pero frena con rapidez al descubrir que su intención es soltarla sesgando la cuerda.

Sarah gira sus muñecas, como si hubieran estado aprisionadas toda una vida, y traga saliva.

—¿Ahora qué? —le pregunta.

La argentina mira atrás y asiente. Adán, ante la señal, saca la pistola y apunta la cabeza de la chica.

—No, por favor —pido, dando un paso adelante. La desesperación comienza a invadirme.

¿Cómo son capaces, habiendo escuchado lo mismo que yo?

Los dos me ignoran.

—Joder. ¡¿No la habéis oído?! ¡Cualquiera habríamos entregado a un extraño a cambio de nuestra libertad!

Sultán ladra, puede que dejándose llevar por los nervios que se respiran en el ambiente.

—No si tu cárcel es La emperatriz y vos has vivido dentro. —Gabriela se agacha a por la escopeta y la extiende en dirección a Sarah. A mí me falta el aire—. Cogéla.

—¿Vas a condenarme? —le pregunta la muchacha mientras sujeta la escopeta.

Gabriela niega.

—Vos te condenaste sola. Pero ahora tenés la opción de escapar para intentar ser libre.

Suspiro aliviada. Ahora entiendo que Adán solo está apuntándola por nuestra seguridad, por si se vuelve loca con la escopeta que lleva en la mano y decide acabar con nosotros.

Inesperadamente, Sarah niega y el chocolate de sus ojos brilla.

—Gracias. Ahora entiendo lo ruin que ha sido desear mi libertad a cambio de la tuya. Pero no quiero vivir sin mi hermano, la única persona con la que sería capaz de luchar contra Biel. —Le entrega la escopeta de nuevo—. Hazlo tú —le pide.

—No —niega Gabriela antes de repetirle—: Vos te condenaste sola y yo no pienso cargar con tu muerte.

El grueso labio de Sarah tiembla con inercia mientras observa el arma de su hermano. Tras un silencio que me corta la respiración, la mira con detenimiento mientras la lleva a su cabeza, sujeta con ambas manos para poder aguantar su peso.

—No lo hagas —le ruego, dando un paso hacia a ella con las manos al frente, en busca de su atención—. Puedes huir, esconderte, empezar una nueva vida. Eres muy joven, eres…

Pero no me deja continuar:

—Nadie escapa del Atrapasueños. Y no seré yo quien viva huyendo de él y dándole espacio en mis pesadillas. Me toca descansar.

Cierro los ojos con fuerza justo antes de que el disparo truene y los pájaros salgan espantados de las copas de los árboles.

Me giro con rapidez para no verla, todavía con los ojos cerrados. Mi respiración se dificulta y mi pecho sube y baja desbocado. Un gemido de horror escapa de mis labios.

La mano de Adán se posa en mi espalda en un intento de proporcionarme aliento. Sé que es la suya por la fuerza que me transmite, por lo que mi cuerpo siente ante su contacto. Aun así, me mantengo quieta en el lugar, luchando por acompasarme y no pensar en lo que acaba de ocurrir.

—Dirígete al punto dos —escucho decir a Adán—. Yo pasaré primero para dejarlo todo listo. En una hora, todo estará preparado y podrás quedarte allí. Me encargaré de tus cosas y de avisar a Ignacio, pero necesito unos días por si vigilan la zona o a nosotros. Solo lo necesario, Gabriela. Después buscaré la manera de mantenerte segura fuera de aquí.

—Dejálo, Adán. No te acerqués, no te involucrés más. Tu familia está en peligro y podría ser peor. Me mantendré en el punto dos unos días y me las tomaré[3].

—¿Adónde? —le pregunta, y aunque no sube el volumen, noto la irritación en su tono.

—No lo sé, y lo mejor es que tú tampoco.

—No —se niega, rotundo—. Vas a esperar, voy a conseguirte los papeles cueste lo que cueste y vas a salir de España con seguridad.

—Pero ¡vos querés la chancha y los veinte![4] Y ya sabés que es complicado.

—Pues buscaré a alguien que te consiga una nueva identidad. Solo necesito unos días.

Al abrir los ojos y girarme, descubro que están abrazados.

—Prométeme que no te alejarás sin decirme adonde. Prométemelo, Gabriela —le pide Adán con la voz firme pero amortiguada en el cuello de la joven.

Esta asiente débilmente y yo me desquebrajo un poco más ante esa afinidad que comparten y ante el cariño que se tienen, puede que incluso amor.

—Dale, Lusquito, tomátelas de una vez o tendremos que comunicarnos a través de las celdas. Y vos entre rejas sos un lindo caramelito tatuado.

Adán le sonríe mientras se aparta y le seca las lágrimas que se han deslizado por su rostro.

—Te escoltaremos hasta Huelva. ¿Tienes munición?

—Acá no, pero sí en el hostal. En el armario hay una caja de zapatos plateada camuflada entre las demás. Allá están todas mis armas.

Él asiente mientras Gabriela se agacha a abrazar a Sultán, quien la lame con tanto ímpetu que da la sensación de saber que de nuevo sus caminos se separan. Tras unos conmovedores segundos, se aparta de él.

—Nos vemos en unos días. Ten mucho cuidado.

Tras besar la pálida mejilla de la chica morena, esta se limpia la tristeza con el brazo y, al apartarlo de su cara de un brusco movimiento, parece otra persona; una cargada de fuerza y arrojo. La segura de sí misma que he visto todo este tiempo y no la joven niña que en realidad es.

De reojo observo cómo se hace con la escopeta que hay junto al cuerpo de Sarah, en el cual no reparo intencionadamente, y comienza a caminar. Adán, con su pistola en la mano derecha, extiende la izquierda hacia mí y me invita a sujetarla. No lo hago. Soy incapaz de aferrarme a una mano cubierta de sangre. Una sangre invisible pero real. Me limito a seguirlo un paso por detrás sin dejar de observar por dónde piso.

Cuando estamos a punto de salir de los pinos que nos ocultan, Adán repasa la zona con la mirada, pero no conforme con ello, nos informa:

—Daré una vuelta por el interior y los alrededores para asegurarme de que estamos solos. Esperad aquí, no tardaré.

Se aleja bajo nuestra atenta mirada y el entorno se enrarece de repente. Gabriela, que no está dispuesta a dejar correr este silencio, se da la vuelta y me mira.

—Mirá, pelirroja, no tengo mucho tiempo para decirte esto, así que seré breve. Durante una larga temporada te admiré. Adán veía cada noche esa serie tuya y a mí me fascinaba contemplarte en la pantalla y que después él me hablara de ti, de vosotros cuando erais pequeños y os convertisteis en adolescentes. Era como sentir que sos de carne y hueso, ¿sabés? Después te odié y envidié. —Ríe con pesadez—. Puede que todavía te odie y envidie un poquito, porque aunque él lo negara, siempre supe que estaba enamorado de ti.

—No sé por dónde vas, pero… —«Pero me da igual lo que tengas que decirme, no me interesa», quiero añadir, aunque no me lo permite.

—Jamás he visto esos ojos azules brillar de la misma forma como cuando él te recordaba o hablaba de ti. Ni siquiera por mí.

—¿Por qué me dices esto? —le pregunto descolocada e intentando

evitar inútilmente que esta información que me está dando se acumule en un rincón de mi mente para analizarla después.

—Porque sospecho el miedo que tenés ahora y los pensamientos negativos que se pasean por acá —se toca la frente—. Pensás que ese que lleva la pistola en la mano no es tu amigo, ni tu hermano, ni el chico del que te enamoraste. Pero estás equivocada. ¿Conocés los diamantes de sangre? —Trago saliva y asiento—. Adán es uno. Duro, como otro cualquiera, solo que la vida lo llevó a un lugar equivocado, a unas manos equivocadas que lo llenaron de ese maldito líquido rojo que nos permite vivir. Pero sigue siendo un diamante, valiendo y brillando como un diamante.

—No te entiendo.

Me sonríe, y en su gesto veo años y años de sabiduría, como si hubiera vivido tres vidas y no apenas unos años.

—Es el tipo más leal que conozco.

—Bueno, déjame que lo dude… Intentó matar al hombre al que debía proteger.

—Intentó matar a su carcelero. Regresar no era una opción, Biel nunca se lo habría permitido.

—¿Y por qué se ha enfrentado a él ahora y no en diez años?

Sus comisuras se elevan con más amplitud, como si hubiera estado esperando exactamente esta pregunta.

—Porque es el tipo más leal que conozco —me repite—. Y solo entregaría su vida a cambio de las personas que ama.

—No entiendo entonces por qué debes envidiarme u odiarme. Ha condenado su vida a cambio de la tuya. —Me cruzo de brazos.

—Estás a la defensiva… —murmura con ese acento suyo tan marcado en el que las palabras bailan mientras se alargan.

«¿Yo, a la defensiva?».

Vale, puede que un poco.

Descruzo los brazos para fingir que no me importa ella, ni Adán, ni los diamantes ni lo que haya hecho por salvarla.

—No estoy a la defensiva. Solo digo que me envidias, cuando supongo que arriesgarse para salvarte a ti es una prueba inequívoca de su amor.

—No, pelirroja… Él arriesgó una parte para salvar mi vida y la otra para volver a casa y salvar la suya. —Frunzo el ceño, sin entender, y ella se apresura a explicármelo con rapidez al observar que Adán ha saltado por una de las ventanas hacia el exterior y se acerca a nosotras —. Lejos de vos, su corazón había estado en pausa durante diez años. Después tu recuerdo avivó y prefirió arriesgarse a venir acá e intentar que latiera. Yo solo fui el impulso, ¿entendés? Él me quiere, muchísimo, pero nunca lo hará de la misma manera que a vos. Ojalá algún día se atreva a demostrarte todo lo que te ama. Mientras, cuida

de él. También lo necesita, aunque nunca lo reconozca. Ya sabés, los pibes y su orgullo. —Pone los ojos en blanco.

Noto cómo la expresión de mi rostro se relaja y mi sonrisa aflora de repente; es pequeña y cauta, pero verdadera.

Veo en ella una muchacha enamorada de un príncipe que la rescató de las manos de un ogro y que, poco a poco, va dándose cuenta de que es una guerrera por cuenta propia.

—Limpio —nos informa Adán al llegar a nuestra altura—. Podemos irnos.

Gabriela y yo seguimos conectadas por la mirada cuando asiento, no sé si a la sugerencia de Adán o a la petición directa de ella, pero solo me giro y me dirijo al coche, aparcado fuera, no muy lejos de los suyos. Recuerdo entonces los dos vehículos que pasaron por mi lado en el camino de tierra. El rostro de la chica que me miró de soslayo, sin duda, es el de Sarah. Del otro hombre mayor, ni rastro.

—Seguiremos todos juntos hasta aproximarnos a casa —dirige Adán, mirándome fijamente desde su coche, ya con la puerta abierta y apoyado con un brazo en él—. Después acompañaré a Gabriela al lugar donde debe permanecer estos días. ¿Puedes llevarte a Sultán?

Estoy a punto de exclamar que yo voy; no obstante, cierro la boca y me monto en el coche. No tengo energía en este momento para discutir con él, y de sobra es sabido que Adán no aceptará que me involucre más y conozca el nuevo paradero de Gabriela. Con unos golpecitos le indico a Sultán que suba, pero no mueve un pelo.

—Chico, ve —le indica Gabriela, y el perro salta de manera automática al interior, cruza por entre medio de los asientos y se coloca en la parte trasera.

—No te molestes en acompañarme, mejor encárgate de ella —le pido a Adán—. Hay cinco minutos de aquí a Huelva y el itinerario es el más concurrido. No me pasará nada.

Lo último que veo es la ceja alzada de Adán y la mirada profunda de la argentina, unos metros más allá, ya subida en su coche.

Cierro la puerta del mío, arranco y conduzco a toda velocidad los escasos metros de camino, dispuesta a ahorrarle el viaje al escolta.

12

Y todas las noches me acuerdo de ti, y te olvido cada día.

Adán

Ha salido derrapando delante de mi puta cara. Podría arrancar el coche, acelerar y alcanzarla, pero ¿para qué? Una persecución inútil que no me llevaría a otro lugar que a chocarme con el muro de hormigón que Eva ha levantado entre nosotros. Y tiene razón: el itinerario es el más concurrido, mucho más a estas horas de comienzo de las jornadas laborales.

—Ché, Lusquito —me llama Gabriela.

Giro el rostro para encontrarme con su sonrisa ladeada y burlona. Está apoyada en la puerta del coche, con los pies cruzados, al igual que sus brazos, y observa la escena con interés.

—Qué —le pregunto de mala gana, sabiendo lo que viene.

—Vaya carácter gasta la pelirroja, y vaya autocontrol que habés desarrollado… Te recordaba más… ¿impulsivo?, ¿agresivo?, ¿irreflexivo?

—Amplio conocimiento en el ámbito de los sinónimos.

Ríe con fuerza, con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás. Hace tanto que no la veo así de distendida, a pesar de lo que acaba de ocurrir, de que su vida se ha trastocado de nuevo, que su risa me contagia. Por dentro, pero me contagia.

—No me cambiés de tema… Los dos sabemos que por dentro rabiás de coraje y que ahora mismo lo romperías todo a tu paso —extiende los brazos, efusiva—. Acaba de tomárselas en tu cara. —Ríe con fuerza.

Me conoce lo suficiente para saber que la fachada calmada de fuera nada tiene que ver con el caos de mi interior. Como dice, lo rompería todo a mi paso. Estoy enfadado, muy enfadado. Puede que no recuerde la última vez que tuve tantas ganas de enfrentarme a Eva. Noto un descontrol en forma de ira que sube y baja por mi estómago.

—Lo rompería —reconozco, hecho que ensancha su sonrisa—. Pero es que tenemos que irnos y no puedo permitirme destrozar lo poco que queda en pie de este lugar.

Suspira con fuerza, borrando todo rastro de felicidad de su rostro, y tras descruzar las piernas y los brazos camina hasta mí.

—No querés involucrarla en esto, y es lo que debés hacer. No ha tenido la mala suerte de nacer condenada a esta vida que a otros nos ha tocado vivir, y no merece que seás vos quien lo haga. Pero no te vayas de su lado, o terminaréis condenados ambos. —Toca el cuello de mi camiseta con suavidad y alza los ojos claros para mirarme. Unas veces son grisáceos, otras, verdosos, pero nunca tienen un color definido—. Habés estado encarcelado diez años. Ya es momento de

vivir, ¿no creés?

—¿Y tú? —No puedo evitar alzar la mano y acariciar su mejilla. Gabriela cierra los ojos ante el contacto.

—Yo me iré y encontraré la manera de salir de acá. A un sitio con mar, por supuesto. —Me muestra una sonrisa que pretende ser alegre, pero que no llega a sus ojos.

—Y yo te ayudaré.

Niega.

—Ya me ayudaste bastante. Ahora me toca a mí dejarte libre. Venga, acompañáme hasta el lugar, y después tomátelas a buscar a la chica de los ovarios gigantes. —Me hace sonreír, contagiado por ella —. Pero no seás muy duro, ha visto muchas cosas hoy y debe estar un poco sobrepasada. Más que eso, diría yo.

—Es complicado no ser duro con ella. Es la mujer más impulsiva y testaruda que conozco. No te sorprenda que sea ella la que esté enfadada conmigo, y no al contrario.

—Eso tenés que contármelo cuando nos veamos alguna vez. Ahora hay que irse, o querrán cargarnos el muerto —señala con la cabeza el lugar que refugia los cuerpos.

—Los muertos —recalco.

No retengo las ganas de abrazarla con fuerza y estrecharla contra mí.

No se lo diré para evitar la negativa, pero no pienso abandonarla, por supuesto que no. Buscaré la manera de sacarla de aquí y la de comunicarnos. Total, ¿qué van a descubrir que ya no sepan? Solo jugamos con la baza de que Biel, muy probablemente, no conoce nuestra localización exacta. Pero sus hombres volverán a casa, y corro el riesgo de ser seguido por ellos y que, a raíz de mí, la encuentren. Y a mi familia, pensamiento que me hace tragar saliva con fuerza mientras me separo y la miro.

¿Qué será de Gabriela en manos de Biel de nuevo? Un Biel resentido y obsesionado, puede que más cruel que nunca.

¿Y de Eva?, ¿de mi madre?, ¿de Natalio?

—Todo saldrá bien. —Las pequeñas manos han subido a mi rostro y lo acunan, conscientes quizá de mi preocupación.

Yo solo asiento, ocultando el miedo.

«Vos no tenés miedo. Sos algo así como un superhéroe lleno de tatuajes y de niebla», me dijo un día la Gabriela joven e inocente, fascinada por mi presencia.

Nunca le conté, y ahora es el momento menos indicado para hacerlo, que el miedo, a pesar de no haber existido en mi vocabulario durante muchos años, volvió un día. Exactamente, ese en el que me di cuenta de que algunas personas empezaban a importarme, y por esos entonces ella ya me importaba lo suficiente para estar aterrado.

Ahora no solo tengo miedo, estoy cagado. Todo a mi alrededor se tambalea y los daños colaterales de mis decisiones son las personas a las que quiero.

Sin más, se da la vuelta y se dirige a su coche.

—Por cierto —le digo antes de montarme en el mío—, me gusta tu pelo.

Sonriendo, se aparta de la mejilla una lágrima que ha debido caer en algún momento.

—Algún día me verás de rubia, con una melena eterna. Ese día, ambos seremos libres.

Cuando llego a casa, el enfado y la preocupación no han menguado; al contrario. El trayecto en el coche, el ver a Gabriela caminar oculta entre la gente de camino al nuevo hostal, el recordar lo que ha ocurrido y pensar en lo que podría haber pasado… lo ha empeorado todo.

Al entrar, Sultán me recibe como si no me viera desde hace días y no apenas media hora. Su presencia me hace suspirar de alivio porque significa que Eva está en casa.

Mi madre y Natalio desayunan en el salón. El olor a café y tostadas recién hechas hacen crujir mi estómago, pero no tengo tiempo de detenerme para comer. En La casita de campo le he dicho que más tarde hablaríamos de su presencia allí, y ha llegado el momento.

—Hola, cariño —me dice mi madre nada más verme entrar—. ¿Qué tal el paseo? Ya nos ha dicho Eva que habíais ido a sacar a Sultán.

Miro al perro sin saber qué decir para justificar que ella haya vuelto acompañada por él y sin mí.

—Sí… —murmuro, impreciso.

—Que tú madrugues, vale, pero ella, que le gusta tanto dormir… —Sonríe, gesto que se aplaca de repente justo antes de añadir—: Sobre todo ahora, con esa medicación que toma.

Natalio me observa en silencio mientras le da un bocado a su tostada cubierta con una sábana de jamón y lo mastica muy despacio.

—Más extraño es que se hayan ido juntos.

Mi alarma interna se activa al escuchar el tono tranquilo y pausado de este.

—¿Por qué? Eva no podía dormir, yo estaba despierto, a punto de salir, y le he ofrecido acompañarme. No entiendo qué ves de raro. —Intento que mi voz sea neutra, como siempre que hablo con él.

—Pues eso… Que tú nunca le pedirías compañía y ella jamás te la daría deliberadamente. Me preocupa esa pasividad; otro hecho que demuestra que no es la Eva de siempre.

—No puede ser la de siempre después de lo ocurrido —interviene

mi madre, enfrascada en la tarea de cubrir su tostada con tomate natural—. Ahora solo nos queda intentar recuperarla, pero no como la chica que era, sino la nueva versión.

—¿Nueva versión? —A Natalio no parece gustarle el término.

—Sí, nueva versión. Todos cambiamos. Cada día somos una versión diferente a la del día anterior, pero es una transición progresiva y casi imperceptible. A ella le han ocurrido muchas cosas, muy graves y en poco tiempo; es normal que se encuentre desubicada. Necesita nuestra ayuda y nuestra comprensión, pero también nuestra exigencia. No podemos permitir que se encierre en ese agujero —señala el techo con la cabeza, refiriéndose a su habitación—, a base de pastillas y lamentos. Hay que darle una patada en el culo para que coja impulso. Así que me parece genial que Adán haga el esfuerzo de intentarlo. —Me mira con un pequeño brillo de esperanza en los ojos.

Más esfuerzo me cuesta no darle literalmente esa patada en el culo de la que habla.

—Tienes razón —acepta él con resignación y un halo de preocupación en los ojos—. ¿Cómo la ves? —me pregunta—. Hoy la he notado mejor, más despierta. Dice que se ha vuelto del paseo porque ya estaba cansada de caminar y que le has dejado a Sultán para que no volviera sola, pero creo que miente.

—Eso sí es verdad. Es buena actriz, pero no tanto cuando se trata de nosotros —añade mi madre—. Y hoy se le veía un poco alterada.

Busco una explicación rápida y creíble que me saque del aprieto.

—Bueno, puede ser que su huida en dirección contraria sea porque hemos discutido por el tema de las pastillas. Yo no quiero que se las tome y ella asegura que las necesita. Me ha contestado que no soy nadie para meterme en su vida, me ha mandado un poco a la mierda, se ha dado la vuelta a mitad del camino y me ha dejado tiradísimo, llevándose al perro con ella —miento, sagaz. Ambos se miran y asienten con cansancio, puede que diciéndose en silencio que esta versión encaja más con lo que ha podido pasar que la que ella les ha narrado—. Pero ahora reconozco que he podido ser un poco duro, teniendo en cuenta la situación. Me gustaría disculparme. ¿Está en su habitación?

—No. Está en la casa, seguramente haciendo alguna de sus reformas, aunque ha salido sin cambiarse de ropa, y siempre se cambia primero —me informa Natalio.

—Iré a comprobar a ver si se le ha pasado el cabreo. Y si no, siempre puedo enfadarla un poquito más.

—Adáááán… —pronuncia mi madre con tono de advertencia.

Natalio niega, rendido. Están más acostumbrados a este comportamiento que al que extrañamente empezamos a dejar ver. Y cuanto menos sepan de todo lo que está ocurriendo, mejor. El corazón

de mi madre no lo soportaría, estoy seguro de ello.

—¿Qué? ¿No la queréis despierta? Pues voy a espabilarla. Para que luego digáis que no pongo de mi parte.

Sonriente, me doy la vuelta y salgo del salón. De un rápido vistazo compruebo al entrar en el pasillo que no hay llaves de repuesto. Sé que ha sido la pelirroja quien se ha encargado de quitarlas de mi vista. Ni que eso fuera un impedimento para entrar en su casa.

Tardo apenas un minuto en cruzar, plantarme frente a su puerta y llamar.

Al poco, sus pasos se escuchan al otro lado, después, la cadena del pestillo y, por último, la maneta de la puerta. Una vez abierta parcialmente, sus grandes ojos verdes se asoman para inspeccionar quién es. Su cautela me gusta. No está la situación para ir abriéndole a cualquiera.

El verde intenso desaparece y su lugar lo ocupa un blanco hartible al elevar los ojos al cielo.

—Pero mira que eres pesado. ¿Qué quieres ahora? —me pregunta con un tono seco y borde que no deja lugar a dudas de la ilusión que le causa mi presencia.

—¿Cómo que qué quiero? Me parece que tenemos un asunto que tratar.

—¿Uno? —Ríe con falsedad—. Hay tantas cosas que tratar que se me han hecho bola aquí —se toca la garganta— y lo único que me apetece ahora es vomitártela encima. No es buen momento para hablar, Adán, así que lárgate.

Intenta cerrar la puerta, pero adelantándome a su propósito, planto la mano y un pie para que lo impidan.

—Fíjate que a mí también se me hace bola cuando actúas como una niña caprichosa, inconsciente y desconsiderada que me sigue para meterse en mis asuntos.

Forcejea desde atrás para cerrar y yo sonrío con diversión al apreciar que no consigue mover la puerta más de dos centímetros.

—¡Joder, Adán! —murmura, dejando de hacer fuerza—. Está bien, hablaremos. Y después me dejarás en paz de una vez. No sé cómo pedírtelo ya.

—Tú no dejas de pedirlo y yo lo habría hecho encantado si pararas de meter esa nariz en cada asunto.

—Pues menuda peste a mierda tienen tus asuntos.

Dedicándome un gruñido, abre la puerta. Vencedor y sonriente, quito la mano y el pie y me dispongo a entrar. Pero el galardón imaginario se me cae al suelo en cuanto Eva, de un movimiento veloz, cierra con energía y la madera me golpea en la cara con tanta fuerza que durante un par de segundos necesito cerrar los ojos y apoyarme con una mano para controlar el equilibrio.

—¡Joder! ¡Maldita sea! —Me llevo la mano a la nariz con rapidez para comprobar si hay sangre o indicios de estar partida. No, no los hay, pero duele horrores, tanto como si me la hubiera desviado de un puñetazo—. ¡¿Qué coño haces, Eva?!

—Mandarte a la mierda estratégicamente. Más vale maña que fuerza. Ale, ¿por qué no te vas al gimnasio a machacarte un poco para conseguir abrir puertas y de paso alivias todo ese dolor que debe suponerte dejar a tu amiga atrás?

Ahora quien gruñe soy yo. El enfado anterior aumenta para recordarme que seguía dentro de mí, aparcado, y todo resto de broma se evapora. No hablo, la rabia y el dolor me lo impiden, pero visualizo en la mente lo que haré en el próximo minuto y, antes de meditarlo, estoy cruzando de jardín y llamando al timbre para que me abran. Con las prisas he dejado mis llaves dentro.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta mi madre con preocupación al advertir, imagino, mi cara de pocos amigos y la mano cubriéndome la nariz.

—Se ve que sigue enfadada conmigo —me limito a responder mientras paso por su lado.

Casi trotando, cruzo la cocina y entro en el patio. Hecho un vistazo hacia arriba para calcular la distancia del muro que separa ambas casas, empujo la mesa principal en la que comemos en verano hasta pegarla a la pared y, teniendo en cuenta la poca estabilidad del plástico duro, aprovecho solo el impulso de poner un pie encima y colgarme.

—¡Chiquillo, por Dios! Que vas a matarte. Pero ¿adónde vas?

A horcajadas, con una pierna mirando hacia mi patio y la otra hacia el de Eva, evalúo el salto.

—A hacerle una visita a la vecina.

Paso la pierna izquierda al otro lado y me tiro. Caigo bien, con las piernas flexionadas y los tobillos rígidos, los únicos que se han resentido levemente debido al impacto.

Mi madre sigue protestando de fondo, pero no la escucho. Por suerte, Eva tiene la puerta del patio abierta, algo con lo que contaba, teniendo en cuenta que todavía puede aprovechar que es temprano para ventilar la casa y no asarse de calor ahí dentro. Y si no hubiera sido así, me las apañaría para abrirla.

No me detengo a mirar alrededor, pues el deterioro del lugar se me clava un poquito en el pecho y los recuerdos se me agolpan, dejándome claro que solo son eso: momentos vividos que no volverán con personas a las que no veré jamás.

Tras recorrerme con sigilo la parte inferior, descubro que Eva no está aquí y subo a la segunda planta intentando que mis pasos no suenen. Ayer estaba galopando por estos escalones, con el miedo

instalado en cada parte de mi cuerpo, y hoy lo hago con calma y disfrute, dispuesto a joderla por su comportamiento.

Prefiero mil veces tener que reprenderla a ella por inconsciente que martirizarme cada minuto de mi vida por haberla expuesto ante el peligro y haberla perdido. Solo necesito que entienda eso.

Me sorprende encontrarla en su cama, tumbada bocarriba sobre una colcha clara y limpia que destaca con los polvorientos y apagados muebles de alrededor. Suena de fondo una letra que conozco. Desvío mis ojos un segundo hacia la mesita de noche donde siempre reposaba algún libro empezado de Eva o sus cartas de colores, esas que olían bien. Ahora está su móvil, y de él sale la voz de Fito Fitipaldis comenzando la canción, lo que me hace saber que acaba de ponerla y solo ha escuchado la instrumental. Tampoco es que haya tenido tiempo de mucho más desde que me ha cerrado la puerta. Pero la música pasa a un segundo plano cuando ella mueve la cabeza con sigilo al son de los acordes.

Ahora que todavía no me ve, aprovecho para disfrutar de la visión de la mujer relajada y pensativa con las manos cruzadas sobre su abdomen y la mirada clavada en la lámpara gigante con forma de girasol, esa que solo mueve un pie y la cabeza, como si fuera inevitable mantenerse estática con semejante tema de fondo.

Sigue con la misma ropa que esta mañana ha presenciado una pequeña masacre, y sus ojos verdes, esos que nunca deberían haber visto cómo las balas atraviesan tu cuerpo y en un microsegundo te arrancan la vida, parecen perdidos en algún lugar lejano. Su pelo es una cortina de sangre que ocupa parte de la cama, adornado parcialmente por la pequeña gasa que cubre los puntos de la frente, y mi enfado no me impide recrearme con el contorno abultado de su pecho. Es inevitable mirarla y no desear arrancarle la ropa más que a nada en el mundo.

Quien tiene el placer de ver y tocar esa piel suave y pálida, quien tiene la suerte de subir su temperatura y sentir entre los dedos cómo sucede, jamás puede contemplarla sin desearla.

La recuerdo hace años, al pasar por el quiosco azul y pequeño de la esquina. Siempre frenaba la bicicleta en seco, o los patines, y miraba las cajitas de metacrilato llenas de chuches. Todas eran llamativas, pero sus ojos vivos se perdían en los tochos refrescantes, esos mitad rosa y mitad blanco, con forma de ladrillo, o tiza, como muchos los llamaban. Si tenía alguna moneda suelta, lo compraba sin dudar. Si ella no llevaba dinero y yo sí, me tocaba los bolsillos del chándal y fingía tenerlos vacíos. Cuando pensaba que esa tarde no se lo comería y la decepción cruzaba su rostro, yo se lo compraba a escondidas y se lo regalaba. El brillo de sus ojos era el doble de intenso cuando se llevaba la sorpresa, y a mí me encantaba presenciarlo.

«Es mi chuche favorita —decía con los ojos cerrados tras darle un pequeño bocadito y dejarlo en la punta de la lengua—. Notar cómo se deshace en la boca despacio y, después, comérmela a bocados grandes». Y se relamía los dedos colmados de azúcar.

Ahora, ella era mi chuche favorita. Me encantaba darle bocaditos pequeños, lamerla y sentir su sabor en la punta de mi lengua hasta que se deshacía en pedazos para, después, comérmela entera a bocados y terminar lamiéndome los dedos colmados de su esencia.

Qué caprichoso es el destino.

De repente, en mitad de mi intenso escrutinio, repara en mi presencia y con un brusco movimiento se incorpora, como si la hubiera pillado haciendo algo malo. Puede que pensando algo malo.

—¡¿Qué haces aquí?!

—Buenos días, vecina. ¿Tienes café?

13

Quiero ser tan duro como el hierro, pero me derrito con tu olor.

Eva

Veo su silueta en el umbral de la puerta de mi habitación y el corazón se salta un latido. O dos, no lo tengo muy claro, porque parece no querer recobrar su ritmo natural. Lo segundo que visualizo, aparte de sus fuertes brazos cruzados, es el brillo de diversión que centellea en sus ojos.

—¡¿Qué haces aquí?! —le grito, siendo lo único que se me ocurre después del sobresalto.

—Buenos días, vecina. ¿Tienes café? —Me sonríe con intención.

Durante unos segundos se me pasa por la cabeza la absurda idea de haberlo invocado. Estaba pensando… justo en él, para variar. Y ahora me lo encuentro ahí, devorándome con los ojos, porque es exactamente lo que estaba haciendo.

Lo contemplo con enfado desde mi posición.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a por café, ya te lo he dicho.

—¿Cómo has entrado, Adán? —le pregunto, cansada de su tono jocoso.

—Es un secreto.

—Ya. —Ahora sí, me levanto ofuscada de la cama y le doy rienda suelta al cabreo que me carcome desde que me he montado en el coche, de vuelta y fuera de la ecuación, cómo no—. Se te da genial eso de guardar secretos, ¿eh? Yo creo que es un *hobby* tuyo. Martes y jueves, de cinco a seis, clase de Incógnita y Misterio. En el tema de hoy daremos cómo ocultar cerca de casa a una chiquilla a la que está buscando un matón peligroso y obsesionado con ella, a la vez que ponemos en riesgo a toda la familia. En la siguiente, nos encargaremos de perfeccionar la técnica de ocultación.

—Eso no es…

No lo dejo hablar.

—¿Puedes irte de mi casa? No te quiero aquí. A lo mejor que no te haya dejado entrar hace tres minutos y que te haya estampado la puerta en la nariz ha podido darte una pequeña pista.

—No voy a irme de tu casa —me aclara—. Vas a escucharme, porque si alguien debe estar enfadado aquí soy yo y no tú, así que no me toques las narices, Eva. ¿En qué coño pensabas para seguirme?

—En averiguar lo que ocultas y que deberías haberme contado anoche mientras me pedías que confiara en ti, o las otras… hum…, ¿dos?, ¿tres veces? que te he preguntado si sabías dónde estaba Gabriela y lo has negado.

—Precisamente por evitar esto —alza la voz con seriedad mientras

recalca sus palabras con el dedo índice señalando al suelo. Ni rastro de la sonrisa inicial ni de sus brazos cruzados; ahora está rígido y circunspecto.

Enarco las cejas.

—¿Evitar qué?, ¿que me enfade? Porque parece otro de tus *hobbies*.

—Evitar ponerte en peligro.

—¡Ya estaba en peligro! ¡Desde el minuto uno en que llegaste, mi vida ya estaba patas arriba! —le grito, sin saber exactamente a qué peligro me refiero.

—¿En serio vamos a hacer esto de echarnos en cara cosas y gritar uno más que el otro hasta que alguno gane?

Me cruzo de brazos y cierro la boca en busca de calma, porque tiene razón en que así no llegamos a ningún lado, aunque no pienso dársela ahí me la saque a navajazos, que teniendo en cuenta su historial… La postura me dura poco, pues, cuando quiero darme cuenta, los dedos índice y pulgar me presionan el puente de la nariz y tengo los párpados apretados con el objetivo de perderlo de vista un segundo y rezar para que aparezca una pizca de sosiego.

—¿Cómo has entrado? —le repito, un poco, solo un poco, más calmada. Al menos mi voz lo aparenta.

—Por el patio. Vía libre hasta la cocina.

—Oh, genial —bufo.

—Como consejo, deberías reforzar la seguridad.

Giro el rostro con brusquedad y lo enfoco.

—¿En serio, Adán? ¿En serio estás diciéndome esto? ¡Y tú no deberías entrar en mi jodida casa sin permiso! Además, para qué quiero seguridad, si esos matones vendrán y llamarán al timbre. ¡Me sacaron por mi propia puerta y sin resistencia!

Su mandíbula se tensa. Sé que esto lo hace sentir culpable, y que la situación se escape de sus manos lo empeora. Tengo ganas de decirle que ojalá no hubiera vuelto, pero no soy capaz de provocarle tanto daño. Yo, al contrario que él, jamás habría hecho algo que lo pusiera en peligro. Por otro lado pienso en su madre, en su vida. Es normal que en algún momento necesitara retomarla, salir de ese mundo de mierda que lo envolvía. ¿Cómo le reprocho que haya vuelto a su hogar?

—Me encargaré de ellos —me asegura, arrancándome del lugar de mis pensamientos y devolviéndome a la estancia en la que compartimos aire y rabia.

Como exponer el dolor y la inseguridad que siento en este momento no es una opción, sigo mostrándome mordaz.

—¿Sí?, ¿cómo? ¿Un viajecito a Barcelona y pum pum con tu pistola?, la que, por cierto, debe tener el gatillo gastado, porque menuda facilidad de tiro, chaval. ¿O entregarás a Gabriela a cambio

de nuestra libertad? La cual, teniendo en cuenta los antecedentes de tu jefe y la manera en la que todo el mundo habla de él, está claro que no va a darnos.

—Mataré a Biel, esta vez de verdad, y todo se acabará.

La ironía de mis palabras desaparece y me pongo seria.

Escucharlo decir eso me eriza la piel. Pensar en ello me hace imaginarlo de rodillas en mitad de un campo de batalla, con la camisa abierta y el pecho descubierto para que no fallen el tiro.

—Debe haber otra solución.

Niega.

—Muerto el perro, se acabó la rabia.

—¿Y si no lo consigues? ¿Y si mueres tú?

Impasible, se encoge de hombros.

—Dejarán de perseguiros a vosotros, que es lo que quiero, y Gabriela ya se habrá ido sin dejar rastro.

—¡Pero morirás tú! —le grito—. Maldita sea, Adán. ¿Tanto te importa esa niña para hacer todo esto?

—Sí. Y si dejaras tus estúpidos celos a un lado, lo entenderías. Tú jamás entregarías una vida a cambio de otra, ni siquiera permitirías que le pasara nada habiendo visto su cara de cerca.

—¿Celos? —le pregunto, obviando la parte restante de su comentario, la cual es totalmente cierta.

—Sí, celos. Estás celosa, celosa perdida. No dejas de preguntarme cuánto me importa Gabriela. Mucho, me importa muchísimo, y lo sabes, por eso insistes e insistes, porque necesitas escucharlo de mi boca. Estoy aquí, en parte, por ella. Pero la quiero como a una hermana, y si no estuvieras ciega de rabia lo verías.

Rio, sarcástica. Mis pies se mueven nerviosos de aquí para allá, distancias cortas pero continuas.

—Já. Déjame cuestionar cómo quieres a tus hermanas.

El intenso color azul de sus ojos de repente se encuentra a un palmo de mí. Ha dado un paso que ha detenido mi caminata en seco, inmovilizándome en mitad de la polvorienta habitación. Su mirada es fulminante.

—Tú no eres mi hermana.

—A ratos, según te pille —le digo con una falsa seguridad que lo encoleriza.

—¿Estás insinuando que me he acostado con Gabriela? ¡Por el amor de Dios, Eva, es una chiquilla!

—¿Y qué se yo de lo que el nuevo Adán, el asesino, es capaz de hacer? Tampoco te veía capaz de dispararle a alguien cuando jugábamos al escondite en el parque, y mírate.

Asesino.

La palabra lo ha hecho dar un paso atrás y la decepción a cruzado

su pecho y su rostro, pero solo un segundo, el mismo que tarda en recomponerse. Sé por sus hombros rígidos y su mandíbula prieta que está a punto de devolverme el dardo envenenado.

Tres, dos, uno…

—¿Y qué se siente al estar perdidamente enamorada de un asesino, pecadora?

Da un paso adelante.

Retrocedo uno hacia atrás.

—Yo no… —No me deja desmentir lo indesmentible.

—¿Cómo jode intentar sacar a un monstruo de tu cabeza y que cada vez se clave más y más en ella?

Otro paso de él hacia adelante.

Otro paso mío hacia atrás. Pero, para mi mala fortuna, las piernas me chocan con el filo de la cama y me quedo sin espacio para huir.

Está cerca, muy cerca, y siento más peligro, bastante más, que al verlo hace apenas un rato, adueñándose de vidas que no le corresponden. Hay un imán en mis ojos atraído por otro en su cuerpo que me hace repasar su cuello tatuado, su pelo corto, casi rapado, su flequillo negro despeinado hacia delante, a la altura de los ojos, y sus labios voluptuosos que se mueven despacio para captar mi atención. O puede que no, que no sea esa su intención, y él tiene razón: estoy enamorada de un monstruo. Nada queda ya del chico que se fue.

De un monstruo que me eclipsa con la intensidad de su mirada y la particular sonrisa ladeada y chulesca.

—Jode, ¿eh? —continúa, altivo. Su boca está apenas a un centímetro de la mía—. Toda la vida intentando buscar motivos para odiarnos, diez años separados, y basta estar dos minutos juntos, aunque sea a voces, dañándonos y peleando para desearnos con fuerza.

Atrapa mi mano, gesto que casi no aprecio debido a los nervios, y la lleva hasta su pantalón vaquero. Es ahora cuando noto una dureza que me hace abrir mucho los ojos. No es su empalme lo que me asombra, es que consiga ponérsela dura en una situación tan tensa como esta.

Con avidez atrapa mi otra mano, sin quitar la derecha de su pantalón, y la lleva hasta su abdomen de hierro. El tacto bajo mi palma es cálido, placentero. Y lo que experimento con solo rozarlo, ni siquiera intencionadamente, me asusta tanto que aparto ambas manos de su agarre, lo que provoca que en el brusco movimiento pierda la estabilidad y caiga hacia atrás.

El sobresalto dura la milésima que tardo en notar el colchón debajo de mí. Desde aquí vislumbro una sonrisa de lobo asomada a su rostro que muestra las ganas de comerse a su caperucita.

Con una seguridad que desintegraría a cualquiera y como preludio a lo que ocurrirá, se desabrocha el botón del pantalón como si

necesitara dejar respirar a la bestia que palpita y se aprisiona dentro de él.

«¿En serio vas a permitir que te coma, así, sin más, después de todo lo que ha hecho y tú has presenciado?», me pregunto en tono acusatorio, como si no pudiera creer que con ese sencillo gesto mi cuerpo ya esté preparándose para él.

«Y tan en serio».

Y si no, que venga la guapa que pueda resistirse a semejante hombre y me lo cuente. No solo es él, su impresionante porte y su masculinidad; es lo que me hace sentir al rozarme, al pasar sus labios con calidez por los míos, al mirarme con esa hambre insana.

Es haber probado el más exquisito manjar jamás soñado y que, nunca, en mi edad, haya encontrado otro semejante siquiera. ¿Cómo estar a solas con mi plato favorito y no hincarle el diente?

—Deja de pensar, Lentejas. Si hay algo bueno de nosotros juntos solo sucede cuando no lo hacemos. Cuando las ganas pueden más que los contras. Y no sé tú, pero yo te tengo unas ganas tan irrefrenables que no pienso dejarte debatir más contigo misma.

Me muerdo el labio inferior cuando aparto de un manotazo el último pensamiento que estaba abordándome, ese que me dice que yo puedo, que soy capaz de resistirme a él. Es curioso: una vez le dije que podíamos resistirnos a esto, y lo tenía clarísimo. Ahora me digo que sí, que puedo, pero ¿durante cuánto tiempo? Siempre hay una fecha límite para caer en la tentación.

Alargo el brazo a la vez que me incorporo sobre un codo en la cama, sujeto la cinturilla de su pantalón y tiro de ella hasta mí.

Ante mi gesto, Adán cierra los ojos un segundo, mira hacia arriba como quien da gracias al cielo, suelta por la nariz el aire retenido y se deja llevar, cayendo sobre mí con cuidado. Cuando sus párpados se elevan, un quejido ahogado muere en mi garganta. Sus ojos son tan azules ahora mismo, y el aro que los envuelve tan oscuro, que dan miedo.

—Quiero ser tan duro como el hierro, pero me derrito con tu olor —canturrea de repente, a la vez que Fito pronuncia la frase a través del altavoz.

Durante un momento me he olvidado de que *Whisky barato* se reproduce en bucle desde mi móvil. Sonrío, porque tener la suerte de escuchar a Adán canturrear no es para menos. Pero él omite el momento acercando sus labios y haciendo eso que justo he anhelado un minuto atrás: los roza con los míos sin moverlos, pidiendo permiso, sabiendo que se lo daré y me devorará. Esta vez soy yo quien saca la lengua, me humedezco la boca y muevo el rostro suave y concienzudamente para provocarlo.

Gruñe con desesperación, y una de sus manos, con la que no está

aguantando su peso, viaja hasta mi cintura para pegarse a mí.

Adiós al entorno.

Adiós a la música.

—Me gustas tanto —murmura—, me pones tanto, que no sé cómo puedo mantener las manos y la boca alejadas de ti si lo único en lo que puedo pensar teniéndote cerca es en tocarte y comerte.

Solo puedo mover la boca para sonreír, porque prefiero invertir mis ganas en besarlo, que es lo que hago a continuación. Sus labios me esperan cuando muevo los míos. Es lento a la par que ansioso. Es una necesidad controlada. El anhelo irrefrenable de hacer por fin lo que llevamos mucho tiempo deseando.

No puedo hablar para contarle que el pensamiento es recíproco. Odio que lo sea, pero lo es. Porque si uno de los dos fuera fuerte para pararlo, no estaríamos aquí.

En cuanto nota que mis pensamientos se disipan, me sujeta con fuerza y, sin soltarnos, da una vuelta que lo sitúa sentado en la cama y a mí encima, a horcajadas.

Separa nuestras lenguas ávidas, pega su frente a la mía y, respirando agitado, me pregunta:

—¿Estás bien? —Asiento, en silencio—. Me gritas tanto, que cuando te veo callada pienso que me he llevado un trozo de lengua pegada a la mía.

Sonrío.

—Supongo que me prefieres así, calladita y dócil.

Niega.

—Me pones cardiaco cuando te comportas como la fiera que eres.

—¿Con el objetivo de domarme? —Alzo una ceja.

—Jamás, mocosa. Con el objetivo de que siempre estés dándome guerra.

—No soy así —me señalo, sin romper el contacto de nuestras frentes—. No soy tímida, retraída ni callada, pero cuando eres tú… No sé qué me pasa. —Quiero confesarle que es superior a mis fuerzas, que su imponente presencia me bloquea.

Se aparta levemente hacia atrás y sonríe con amplitud.

—¿Estás diciéndome que eres una gata con otros tíos y que conmigo te cortas y no me muestras esa parte de ti que tantas ganas tengo de ver?

—Algo así —lo pico—. Me gusta llevar el control, solo que tú me haces perderlo. —Deslizo un dedo por su mejilla y, cuando voy a llegar a sus perfectos labios cincelados, que ya me esperan entreabiertos para lamerme, desvío la dirección y subo hasta el lateral de su cara. Mi dedo baila por el mandala tatuado en el lateral de su cabeza y sigue el ritmo hasta el cuello de la camiseta blanca.

—Venga, pecosa, fóllame con toda esa rabia con la que me has

sepultado antes.

Le sonrío con chulería, tomando la batuta de la que estoy haciendo gala.

Las manos viajan ahora hasta su abdomen, el que toco de manera superficial, pues no es ese mi objetivo. Todavía. Me aferro a la tela y la subo despacio. Él endurece el cuerpo para poder soltar las manos sin caerse, alzarlas y permitirme desnudarlo.

Cuando se dispone a hacer lo mismo con mi camiseta, le aparto las manos con brusquedad.

—Otras de mis virtudes es poner nerviosos a los hombres con la espera mientras me recreo.

Ya sí, despojado de la parte superior, toqueteo su duro abdomen, cuadradito por cuadradito, y subo hasta su pezón izquierdo, el cual acaricio en círculos sin que sus ojos hambrientos pierdan detalle.

—No me gusta ese plural —protesta con un gruñido al echarme hacia delante para lamer su cuello y morderlo.

—Seguro que el plural no te molesta tanto cuando se trata de mujeres y que tú te has follado. Así que, shh —lo silencio con mi boca sobre la suya. Esta vez no es suave ni pausado, sino fiero y desbocado.

Vuelve a gruñir, ahora debido a la intensidad de mis dientes, y yo decido que he llegado a ese límite en el que caigo en la tentación.

Se acabó.

Voy a caer duramente.

Y sin un solo remordimiento.

Nos invitan a creer.

Crecemos creyendo.

Religiones, entes superiores que guiarán tu vida, karma, equilibrios. Creemos creer con firmeza lo que está bien, lo que está mal, lo que es natural, lo que no lo es. Creemos en el destino, en las historias que nos cuentan, en las que nos inventamos… Pero no nos enseñan a creer en nosotros mismos, en confiar.

Supongo que no puedo culparme por no creer en un *nosotros* cuando ni siquiera lo hago en mí, y supongo también, que no puedo culparte a ti por el mismo hecho.

Pero he vuelto. Y lamento decirte, a pesar de todos los obstáculos que tendré que sortear para llegar hasta a ti, que ahora estoy aquí. Y no concibo un mundo en el que no podamos ser.

14

Puede ser que la respuesta sea no preguntarse por qué.

Adán

No soporto lo que me hace sentir solo con el roce de sus manos mientras me desprende de la camiseta, o el de su lengua sucia, esa que siempre tiene un comentario ácido para mí, que ahora lame cualquier parte de mi anatomía. Se escapa de mi control. Necesito tocarla, sacar sus tetas de la fina camiseta verde y agarrarme con fuerza a sus cachas desnudas. Adoro amasarlas a mi antojo. Adoro que gima cuando lo hago. Adoro su boca entreabierta que pronuncia mi nombre pidiendo clemencia cuando la hago mía. Y ahora no puedo, no me lo permite, lo que me hace desearlo con mucha más fuerza.

Tengo que cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás cuando siento cómo mi pezón pasa a un segundo plano y el pelo de color sangre comienza a descender en busca de mi pantalón. Está dispuesta a encargarse de mi dureza. Más dispuesta que nunca. No sé si esa determinación me encanta o me abruma. Ella cree que es la primera vez que tiene el control, no sabe, no obstante, que lleva toda la vida poseyendo el dominio de mis cuerdas y que yo solo soy una marioneta que puede mover a su antojo.

—Eva… —Su nombre es solo un susurro en mi boca cuando siento la suya besar ahí donde está el filo de mi pantalón; estaba, mejor dicho, porque comienza a bajarlo y, para su sorpresa, mi polla salta incontrolada, dura y deseosa.

Alza las dos esmeraldas verdes hasta mi rostro con sorpresa, puede que por la falta de ropa interior, puede que por el deseo que nubla sus pupilas al descubrirme libre de ella.

He tenido mujeres ahí, agachadas, con sus ojos clavados en los míos, provocadores y seguros, y he disfrutado de todas y cada una de ellas, pero nunca ha precedido este nerviosismo que se me anuda en el estómago y hace de mi cuerpo un recipiente de sensaciones que no sé identificar.

Su lengua se asoma.

Mi respiración se detiene.

Estoy sentado sobre la cama, con las manos apoyadas en el colchón, con Eva entre mis piernas, su lengua exhibiéndose y su pequeña mano rodeando mi dureza. Se acerca peligrosamente. Sus ojos no se desvían y yo no quiero hacerlo tampoco, pero cuando noto el roce frío sobre mi caliente falo, no puedo evitar que los ojos se cierren y el aire contenido busque mi boca como toma de salida en forma de jadeo.

Pero nada más.

Un lengüetazo. Otro. Su boca cerrada a través de mi longitud que sube y baja, haciendo un recorrido hasta mis testículos, los cuales

lame con pericia hasta empaparlos.

Pero nada más.

Y necesito con urgencia que se la meta en la boca o me volveré loco.

—Eva, por favor.

—¿Por favor, qué, Adán? —Se recrea en mi sufrimiento halando hacia atrás mi piel mientras pronuncia con intención mi nombre. Muy despacio. Provocadora. Caliente. Su voz aguda y suave me estremece.

—Chúpamela. Métetela en la boca.

—Umm. —Me lame la punta de nuevo, sin acceder a mi petición—. ¿La palabra mágica?

—Maldita sea —gruño, atrapando su pelo y envolviéndolo en mi puño—. Métetela en la boca, por favor.

Sonríe, lobuna.

—Sabía que disfrutaría de verte rogar, pero no tanto.

Aprieto la mandíbula cuando mueve la mano hacia abajo y, muy despacio, hacia arriba.

—Pecadora… No juegues conmigo.

—Eres tú quien lo ha pedido. Ahora no hay marcha atrás.

Entonces, y sin previo aviso, la introduce en su cálida cavidad, arrancándome un gruñido gutural. Acompañada de su mano y lengua, chupa sin dejar de meterla y sacarla de su boca. No es progresiva, no… Es bestial. Rápida, certera, profunda. No puedo reaccionar más que a morir de gusto, sujetar su pelo rojo entre mis dedos e implorar que no pare.

—Mierda, Eva, sí.

La insto a seguir y seguir. Creo volverme loco cuando la mano libre se posa en mis huevos y los masajea a un ritmo pausado que no casa con el frenético movimiento de su cuello. En breve, sus manos dejan de tocarme para posarse a ambos lados de mi cadera y una pelirroja hambrienta me engulle. Soy consciente de lo que porto, del poder que mi tamaño me ha otorgado siempre con las mujeres, pero en este caso, ella, aparte de conocerla de primera mano, no solo no se deja impresionar, sino que la hace desaparecer por completo en su garganta.

La voz de Fito, que hasta ahora ha sonado en bucle, se detiene. Acto seguido, en su móvil suena una llamada. Por suerte, ha cortado del todo la canción. No quiero nada que nuble este momento, ni siquiera música de fondo.

—No —me dice cuando miro hacia atrás—. Ignóralo.

Sigue entonces ensimismada en la tarea de volverme loco y yo me olvido del estúpido cacharro que osa interrumpir este momento que dura apenas segundos.

—¿Eva? —La voz de mi madre en la lejanía me hace dar un repullo

hacia atrás y apartarla con mis manos—. ¿Adán?

Está abajo, en el recibidor, y si no respondemos no tardará en subir a buscarnos. Ha debido entrar con las llaves de Natalio, preocupada por mi allanamiento a través del patio.

Al escucharla, Eva sonríe con amplitud mientras se acerca de nuevo.

—¿Qué coño haces? —le pregunto con nerviosismo—. Quítate. —Pero la fuerza que emplea no me lo permite, y que siga tocándome como si nada me debilita.

—¿No te ponen las mujeres malas? Pues encárgate de que tu madre no suba mientras yo sigo siéndolo.

Casi no la reconozco. Sé que en parte sigue movida por la adrenalina de lo ocurrido hace un rato, he pasado por eso muchas veces, pero la otra mitad es ella, la cara de una Eva decidida que hasta ahora se ha mantenido en segundo plano. No quiero imaginar cuánto se puede sacar de este comportamiento sexual con solo trabajarlo un poco.

—¿Adán? —repite la voz de mi madre, y temo que haberla escuchado con tanta nitidez sea porque ya esté en el hueco de la escalera.

Mi instinto es apartarla, pero por algún motivo la polla palpita entre sus manos, endureciéndose como nunca.

—¿Qué? —le pregunto escueto, ya que Eva me engulle de nuevo, esta vez con fiereza para que no pueda hablar.

Me tenso bajo su boca.

—¿Está todo bien? No quería entrar, pero estoy llamando a Eva y no me coge el teléfono.

—¡Sí, todo bien! —exclamo más fuerte de lo que pretendía—. Estamos hablando.

—Ya… —susurra la maliciosa pelirroja mientras me mira y mueve la lengua en círculos sobre mi glande para después depositar un suave bocado que me hace tragar saliva—. Hablando…

—¿Puedo subir? —pregunta mi madre—. Me he quedado un poco preocupada y…

—No, mejor no —me apresuro a responderle—. Estamos hablando, y Eva prefiere hacerlo a solas.

Para mi sorpresa, se levanta, se da la vuelta para quedar de espaldas a mí y, tras desabrocharse el vaquero, muy lentamente lo baja, llevándose a su vez las braguitas e inclinándose hacia delante en el recorrido, lo que deja su hermoso coño expuesto delante de mi cara.

—Joder —murmuro al ver cómo gira el rostro para sonreírme mientras toca su coñito por detrás, recoge su calentura en forma viscosa y deliciosa y se lo lleva a los labios para comprobar si sabe tan rica como parece.

—Está bien —claudica mi madre, por suerte—. Encárgate de ella,

por favor.

Como si fuera una niña pequeña y desvalida y no la gata provocadora que da unos pasos hacia atrás, acerca el dedo a mis labios para compartir el manjar y, una vez su sabor me llena la boca, y sin esperarlo, se sienta sobre mi polla y se ensarta en ella.

Un gruñido muere en su cuello en un intento por no ser descubiertos.

—Respóndele a tu madre —susurra muy bajito—, o va a pensar que estás encargándote de mí de otras maneras más impuras.

Su voz calmada, susurrada y caliente acelera mi pecho.

Eva sube y baja. Yo sigo enterrado en su pelo de olor dulce, con olor a limpio y a ella.

Sube y baja.

Lento.

En círculos.

Nuestros sexos suenan al chocar y yo creo perder el sentido.

—Contéstale —me exige.

—Lo haré, mamá —le digo al fin—. Tranquila.

Y el sonido de la puerta principal cerrándose llega a nuestros oídos.

—Maldita seas —le digo, acelerado y nervioso, mientras me hago con sus caderas y busco la profundidad con fuerza para soltar los nervios acumulados, esos que me corretean por las manos, el pecho y las piernas.

Un gemido agudo escapa de su garganta y yo la acompaño con otro al sentirla.

Adiós al entorno.

Adiós a la música.

Adiós al mundo, si es necesario, que el mío lo tengo aquí, piel con piel.

Estoy tan caliente, tan ido, que solo puedo ver su cuerpo a medio vestir y encima del mío meciéndose con furia.

—¿Quién iba a decirlo? Un matón sin miramientos al que parece que le ponen un tanto nervioso las chicas malas —me provoca divertida.

Aferrado a ella, suelto una sola mano para azotar su culo mientras rebota encima de mí.

—Cuidado, pecosa, me gusta castigar a las chicas malas.

—¿Sí?, ¿cómo?

Suspiro con los ojos cerrados en busca de un momento que me deje analizar lo que está pidiéndome.

—No deberías provocarme, estoy muy enfadado contigo. —Y no miento, aunque mi voz suene tan excitada que esto parezca un juego sexual y no una realidad.

—¿Por qué? —quiere saber con tono de niña buena.

Mira hacia atrás sin dejar de montarme. Su labio inferior mordido y su ceño fruncido son el aliciente para alzar mis caderas y follármela desde aquí con vehemencia sin dejar de pegar cachetazos que comienzan a marcarse en su pálida piel.

—Sí, sí, sí —gime.

Sin salir de ella, sujeto su pelo y tiro con intención para que su rostro se junte con el mío. Entreabre la boca y yo la lamo desde mi posición.

—Porque eres una inconsciente y una desobediente que no para de meterse en problemas y no me permite quitarle los ojos de encima ni un segundo.

—Que no puedas quitarme los ojos de encima es problema tuyo, no mío.

Y ya no puedo hablar más. Sé que no aguantaré demasiado con ella entregada a mí de esta manera, así que me levanto, todavía en su interior, y la giro en un cambio de posiciones que la deja a cuatro patas, con las manos sobre el colchón y su voluptuoso y precioso culo desnudo y expuesto para mí. Me aparto solo unos centímetros para disfrutarla con los ojos, pero, avaricioso, impaciente y muy enfadado, me agacho y abro sus pliegues para gozarla desde atrás y con la boca.

Su humedad me empapa. Su coño chorrea para mí. Por mí. Me pierdo en ella y lamo hasta que la escucho gemir con fuerza. Entonces añado dos dedos al interior y el pulgar lo posiciono sobre su clítoris para estimularlo hasta que las rodillas le fallan y su abdomen toca el colchón en busca de un apoyo que la sujete mientras el orgasmo la invade, y hace de la almohada una mordaza que acalle su placer.

Todo es rápido, encolerizado, necesitado.

—Dios, Adán… —Suspira, todavía contra la colcha.

—Aclárate. Los dos no podemos ser la misma persona.

Me levanto sin intención de dejarla reponerse y, tras rozar mi glande por su abertura y prepararla para la intrusión, me meto en ella, hasta el fondo. La abrazo por detrás para levantarla y acercarla a mí. Ahora sí, con los brazos apresados por los míos y la espalda pegada a mi pecho, las tetas salen de la camiseta y por encima del sujetador y bambolean frenéticas debido a mis envites.

«Una vez más», me digo, soportando las irrefrenables ganas de explotar. Pero antes necesito escucharla deshacerse de nuevo, otorgarme el regalo de verla caliente, corriéndose para mí.

No sé de dónde sale la contención, pero consigo con fuertes acometidas que sus músculos se tensen y toda la expresión de su cuerpo me grite que está volando muy alto para, en segundos, caer en picado.

—Por favor —jadea. Y aunque no puede decir más, sé que ese ruego lleva implícita la orden de que no me detenga.

Cuando se desvanece hacia delante y su sexo se encharca, acelero el ritmo. Las primeras gotas de sudor aparecen en mi frente y se deslizan sigilosas; todo lo contrario a mí que, duro y frenético, entro y salgo, entro y salgo. Y, entonces, abandono el lugar más plácido del mundo y me dejo ir sobre su trasero, todavía exhibido para mí.

Mi última visión es de los chorros de placer acumulados cayendo como una fina lluvia por la abertura, ahora cerrada debido a la postura, de su precioso coño. Y como si me hubieran arrancado los músculos y solo fuera un saco inservible, caigo a su lado, exhausto, más de complacencia que de cansancio.

15

Me jugué a una carta la felicidad.
Nunca pensé que la pudiera perder.

Un tiempo atrás

Tras el altercado con Susana, intenté que el ambiente volviera a la normalidad. Le expliqué a Gabriela quién era esa bruja y la explotación laboral a la que sometía a sus cartas, le dimos voz a la radio y, observando con disimulo cómo la argentina cerraba los ojos y bailaba en silencio moviendo sus hombros con lentitud y ritmo, recorrí el camino que nos llevaba al hospital privado en el que cuidaban a Kerstin.

—Esto cuenta como tomar el sol con los ojos cerrados, ¿no?

Al escuchar mi voz los abrió con suavidad y miró alrededor hasta que los posó sobre mí.

—¿Qué?

—Estás tomando el sol con los ojos cerrados, como decía en esa lista tuya de cumpleaños.

—Ah, todavía te acordás —me dijo sin emoción alguna. Yo decidí no hacer más referencia a ello—. ¿Adónde vamos? —me preguntó acto seguido.

Sus pies seguían el movimiento de *Una historia con las manos,* de Poncho K. Incómodo por partes de la letra que nunca me habían afectado delante de nadie, carraspeé mientras la cambiaba con disimulo.

—Ahora lo verás.

Hizo una mueca de fastidio con los labios y arrugó la nariz.

—Odio que hagás eso —me reprochó.

—¿El qué?

—Que te hagás el interesante para sorprenderme. No es necesario. Con haberme sacado de aquellas cuatro paredes ya lo conseguiste.

—Vaya. Si llego a saber que era así de fácil, no me esmero tanto.

Sus ojillos, aquel día más vivos que nunca, brillaron.

—¿Acaso te esmeraste?

—Más de lo que acostumbro, teniendo en cuenta que hoy es un día importante en el *pub* y era casi imposible escaquearme como lo he hecho.

—No hay nada imposible para Adán Saavedra cuando se lo propone

—bromeó, haciéndome sonreír.

—Abre la guantera.

No lo hizo enseguida. Me observó unos segundos, después a la pequeña puerta y de nuevo a mí. Dubitativa, abrió la guantera de la Hummer H2 y cogió el regalo de color naranja.

—Está forrado como si lo hubiera hecho un señor de ochenta años con párkinson, pero se ve que no vine a este mundo para envolver regalos en el Corte Inglés.

—¿Es para mí? —me preguntó estupefacta.

—Era para otra, pero no lo quiso y he decidido reciclarlo.

—¿Para la mina del pelo azul? ¿A esa que te comiste en el pasillo?

—Ábrelo —le pedí, casi le exigí.

—También odio que hagás eso de cambiar de tema como si fuera boluda —me recriminó, pero la impaciencia por ver que había debajo del tarugo de papel anaranjado la hizo mover los dedos de uñas roídas con nerviosismo hasta rasgarlo y olvidarse de la mina, como ella la llamaba.

Se quedó muy quieta, contemplando el libro que había caído con suavidad sobre sus piernas. Yo esperaba una reacción que no llegaba. O puede que no decir nada, no moverse, fuera el comportamiento más inesperado y real a la vez.

—Gabriela —la llamé al cabo de más de un minuto de estricto mutismo donde solo se escuchaba la música de fondo.

Al fin me enfocó.

—*¿Hay alguien ahí fuera?* —murmuró, como si no se creyera que lo tuviera entre sus manos.

—Solo es un libro —comenté para restarle importancia cuando vi que sus ojos comenzaban a humedecerse.

Negó, arrastrando las lágrimas con su brazo como si no le importara estropearse el maquillaje, y sorbió por la nariz.

—Es el libro de mi lista de deseos. Es… —Tragó saliva, incapaz de continuar—. Una vez alguien habló de la autora y dijo que siempre reservaba sus libros para cuando tocaba fondo, cuando no podía más con lo que tenía alrededor. Descubrió esta edición de Marian Keyes en la biblioteca por casualidad, y lo describió como la historia más triste que había leído a la vez que se reía carcajadas. Dijo que las lágrimas de alegría se le mezclaban con las de tristeza. —Sonrió—. Creo que es lo más difícil del mundo: hacer reír de pena y llorar de felicidad, y parece que me define un poco ahora, ¿no creés?

—¿No has leído nunca a la tal Marian?

—Nooo —alargó mucho la vocal—. Allá es muy difícil reunir plata para conseguir libros, al menos para mí.

—Cógelo —le dije mientras aparcaba a unos metros de la entrada del hospital—. Estaremos un buen rato ahí dentro y puede que Kerstin

todavía no esté para charlar durante horas.

Alzó la vista de la cubierta verde por primera vez y su sonrisa se intensificó.

—¿Vamos a ver a Kerstin?

Asentí, contagiado por la alegría que le había cubierto el rostro de repente.

El lugar era pequeño y discreto. Un edificio cobrizo de dos plantas. En la puerta principal me esperaba Ikram. Estaba apoyado en la pared, con una pierna flexionada mientras se fumaba un cigarro y con aires de impaciencia miraba el reloj como si las manecillas fueran a escapársele y salir corriendo. Aun así, mantuvo la calma cuando nos vio aparecer, a pesar de extrañarle sobremanera la presencia de Gabriela, pues algo de ropa sofisticada, maquillaje y una peluca no era suficiente para engañarlo. Muy típico de él eso de mostrarse sosegado; siempre lo hacía, hasta cuando portaba un machete y estaba a punto de dejarlo caer con la fuerza exacta para romper un hueso humano.

—¿Cómo la has sacado de allí? —se limitó a preguntar cuando llegamos a su altura.

—Por la puerta principal.

—Muy astuto por tu parte —ironizó.

—Nadie la conoce. Puede ser una chica que está acompañándome. De todos modos, me encargaré de las cámaras, por si acaso.

—Deberías. —Miró de nuevo su reloj y después a la chiquilla—. Kerstin se alegrará mucho de verte. No deja de preguntar por ti.

Gabriela sonrió.

—Yo también tengo muchas ganas de verla.

—¿Cómo está? —quise saber.

—Mejor. Débil pero mejor.

—¿Qué ocurrió? —intervino Gabriela.

Ikram se encogió de hombros.

—No lo sabemos con certeza. Creen que ha habido una leve hemorragia baja, no muy visible, que ha ido aumentando la anemia que ya de por sí provocó la pérdida de sangre inicial. Le han hecho otra transfusión, esta vez más pequeña pero necesaria, y le han añadido más hierro. Por eso quería que estuvieras aquí, aunque sea un par de horas. Le han hecho la transfusión esta mañana y está respondiendo bien, pero estoy más tranquilo si estás tú.

Me limité a asentir mientras lo observaba con atención. Su preocupación por la sueca iba mucho más allá de lo estrictamente reglamentario en él, saltaba a la vista. Solo con haberme mandado la ubicación encriptada, podía hacerme una idea de su instinto protector. Pero ¿de qué la protegía exactamente?, ¿de quién?

—¿Algo más? —le pregunté.

Negó con seriedad y miró hacia la acera de enfrente, donde había visto aparcado su coche, exactamente igual que el mío, pero de color blanco, y que el de Axel, el Pepitas y Biel. Excentricidades de este último. Donde cualquier persona relacionada con asuntos turbios quería pasar desapercibido, a él le encantaba que los demás supieran que su pequeño ejército estaba llegando.

Ikram palmeó mi espalda con firmeza en un gesto silencioso de agradecimiento y, por último, me dijo:

—Segunda planta, habitación catorce. Te debo una grande, Lusco.

—Dirás que estamos en paz —lo corregí.

—Soy hombre de cuentas pendientes. Así siempre tengo pegados a los míos. —Me guiñó un ojo y esbozó una leve sonrisa que pretendió mostrar tranquilidad y que, para mi sorpresa, me transmitió todo lo contrario.

Ikram era de los pocos del equipo que nunca perdía los nervios. Daba igual la tesitura, la tensión, las horas sin descansar, a los contrarios que tuviéramos que enfrentarnos… Parecía haber nacido con la situación bajo control. No obstante, aquella tarde algo había cambiado. Algo que nos afectaría a todos y tambalearía nuestras vidas mucho después, aunque en ese instante él no lo supiera y para los demás fuera insospechable.

Él desapareció y Gabriela y yo nos internamos en el hospital.

—Ascensor, por favor —me pidió—. Me matan los pies con estos zapatos.

—Pero si acabas de ponértelos.

—Lusquito…, hace como remil años que no me ponía unos.

De un vistazo encontré el ascensor a nuestra derecha, el cual se abrió con rapidez para nosotros.

—¿Te encontrás bien? —me preguntó poco después.

Miré a mi acompañante. Durante la subida y todavía pensando en Ikram, me había olvidado de su presencia.

—Sí. —Asentí para sonar más convincente. Las puertas del ascensor se abrieron—. Vamos.

Un corto pasillo nos llevó a la habitación indicada. Llamé con suavidad a la puerta y abrí despacio. Kerstin, pálida y visiblemente más delgada, se encontraba postrada en una cama de sábanas blancas. Giró el rostro y nos enfocó.

Insté a Gabriela a pasar primero y la sueca frunció el entrecejo unos segundos, analizándola con desconfianza. No me pasó inadvertido el gesto disimulado pero rápido de su mano bajo la sábana. Supe que ahí guardaba su defensa, y que Ikram, posiblemente, era quien se la había proporcionado. Después me miró a mí, a la espera de una explicación.

—Es Gabriela —le aclaré, pero ella parecía desubicada todavía—.

La chica muda.

Los ojos de la rubia se abrieron, y Gabriela alzó el rostro para mirarme. Sus cejas muy juntas mostraban su enfado.

—No soy muda.

—Desde luego… Todo lo que callaste durante esos días en su presencia —señalé a Kerstin con la cabeza—, lo soltaste en la mía.

Me dio un codazo en las costillas, que de no haber sido por mi orgullo me habría hecho aullar de dolor, y se acercó a la cama.

—Me alegra saber que no eres muda —le dijo la sueca.

—Y a mí que estés viva.

—Y que Lusco haya cuidado de ti.

—No lo ha hecho tan bien como parece.

—Yo creo que sí —insistió Kerstin, esta vez desviando sus apagados ojos azules hasta mí—. Para ser un duro matón sin sentimientos como siempre nos ha hecho creer a todas, tú sigues viva, y muy guapa —añadió con una sonrisa sincera.

—Bah. Un matón de pacotilla. —Gabriela hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. En realidad es más blando de lo que parece. Regala libros y celebra cumpleaños.

—Me encantaría que no os comportarais como si no estuviera presente —intervine.

Ambas rieron y siguieron ignorando mi presencia.

Habían hablado durante un buen rato y yo había admirado desde un rincón de la habitación cómo dos personas completamente ajenas, de diferentes partes del mundo, estaban unidas por una desgracia en común. Gabriela, llorando, le dio las gracias por salvarla casi sin conocerla, por anteponer la vida de una desconocida a la suya. La rubia le pidió que no llorara, que se le correría el rímel y estaba muy guapa. Después, la argentina la dejó descansar y se acomodó en el sillón para empezar a leer su nuevo libro. Yo me hice con una silla y permanecí en un segundo plano, sumido en mis propias cavilaciones, hasta que Ikram me indicó a través de un mensaje que podía marcharme, que él ya estaba a punto de llegar.

Unas cuantas horas más tarde, estábamos entrando en una discoteca de Barcelona. Habíamos merendado gofres con chocolate. Mucho chocolate. Demasiado chocolate. Habíamos ido de compras. Gabriela se negó a aceptarlo y se excusó en que no necesitaba ropa para vivir metida entre cuatro paredes. Yo insistí, por si podíamos repetir aquella salidas de manera esporádica, y al final aceptó. «Con tal de comprarme unos zapatos planos…», había dicho.

Agotado de esperarla entre perchas y arrepintiéndome por momentos de mi decisión, terminamos cenando en el McDonald's

como dos cerdos que no han probado alimento en su vida.

—Podemos cenar donde quieras —le había repetido hasta la saciedad.

—Pero es que quiero ir al McDonald's —me insistió, aunque a mí me pareciera de lo más cutre para una celebración de cumpleaños.

—¿No te apetece otra cosa? ¿Marisco, carne a la brasa, italiano, japonés…?

—¿Te sentís mejor por pagar más? ¿Es eso? Pues tranquilo que no saldré barata. Total, constará que me trajiste a cenar, así que…

Entendí más tarde que su excesivo interés por aquella comida basura tenía un motivo: durante su infancia, su economía la había condenado a mirar las hamburguesas de la franquicia desde lejos y rara vez las probaba. Para mi aflicción, exactamente ocurría cuando sacaban la basura antes de cerrar el establecimiento y dentro había cajas con comida. Saberlo me hizo pedir lo que no seríamos capaces de comernos ni aunque nos hubiera faltado sustento un mes. Lo opinaba yo, los demás clientes que nos miraban de reojo mientras señalaban nuestra mesa y la chica de la caja que nos atendió con las cejas alzadas de sorpresa al entregarle una hoja completa de cupones que había sobre el mostrador y decirle que los quería todos.

—¿Cuántos sois? —había preguntado la mujer.

—Dos.

—Pe… pero, señor, aquí hay veinte cupones. —Me señaló la ristra de diez de la izquierda y los otros diez de la derecha.

—Lo sé. —Le sonreí—. Sé contar.

—Ya. A ver si están entendiéndolo bien. En casi todos los cupones entra un refresco, hamburguesa y patatas. En otros, incluso dos menús juntos. Y combos, que son cubos llenos de comida. —Asentí. De reojo miré a Gabriela, que reía con disimulo—. Y, en otros, complementos como aros de cebolla, *nuggets, chicken bites*…

—Sí.

—Además de varios helados.

—Lo sé.

Gabriela volvió a reír por lo bajo.

La chica, muy despacio y vocalizando en exceso, nos aclaró:

—Lo que sumaría varios refrescos, hamburguesas, patatas, complementos y helados para cada uno. —Alzó mucho las cejas y asintió repetidamente, como si estuviera explicándole algo muy complejo a personas de dudosa capacidad.

—Veo que nos hemos entendido. Póngame todos los cupones.

Extrañada, al fin aceptó. Cuando el tique salió de la máquina, la chica se acercó con él y me dijo con sorpresa y recelo:

—La cuenta sería de noventa y cuatro euros.

No una cantidad desorbitada en comida, pero sí en una

hamburguesería, habiendo usado los cupones de descuento y para dos únicas personas.

Le entregué un billete de cien euros.

—Quédese con el cambio de propina, por lo bien que nos ha explicado el funcionamiento de los cupones.

Divertidos, comenzamos a trasladar bandejas colmadas hasta la mesa que elegimos.

El numerito mereció la pena con tal de ver a Gabriela perdida entre hamburguesas, *nuggets,* patatas, aros y bolitas de pollo mientras se pringaba de salsas sin dar abasto.

—Creo que no podré comer nada más en años —adjudicó tirando el recipiente vacío del único helado que había podido comerse.

Caminábamos por la misma calle del McDonal's.

—Pues espero que hayas dejado un huequecito, porque ahora toca beber.

Se detuvo en seco cuando yo lo hice, justo delante de la puerta de una discoteca elegida al azar en Google Maps.

Sus ojos verdes se abrieron impresionados, pero se mantuvo estática.

—Dijiste que no puedo beber.

—A veces digo muchas tonterías. Vamos, entra.

—Soy menor de edad. Y aunque lo fuera, no tengo identificación.

—No habrá problema ni te pedirán nada.

Y no lo hubo, porque para bien o para mal, y aunque no era el ambiente en el que solía moverme, todo el mundo nos conocía en la ciudad, sobre todo a mí, que era un mapa andante fácil de identificar gracias a mis tatuajes.

Al principio, se mostró recelosa, pero con el paso de los minutos y dejándose envolver por el ambiente y la música, Gabriela bailó. Y aunque rogó que la acompañara, me mostré inflexible en ese aspecto y permanecí en la barra, tomándome una copa. No obstante, me abandoné al disfrute de contemplarla feliz, pletórica y libre. «Durante una noche», me recordé mientras ella exprimía los minutos de albedrío.

¿Y después?, ¿qué vendría después?

«En principio, cantar en un antro», me recordé, oteando el reloj. Era otro de sus deseos de cumpleaños.

Y así lo hicimos. La argentina terminó cantando horripilantemente mal en un karaoke medio hundido de un polígono, a las tres de la mañana. Canción tras canción, conmigo observándola desde la barra y el desagradable camarero con cara de preferir estar sacándose todas las muelas sin anestesia, ella era más libre y yo más consciente de la realidad.

Cada letra que gritaba, cada gallo que soltaba, era una sonrisa mía

que camuflaba la verdadera quemazón.

Cada vez que me señalaba con brío y con el micrófono pegado a sus labios, dándolo todo, era un minuto más y uno menos de libertad.

Mientras se acercaba a mí con pasos bailarines, canturreó:

—*Miii destino es el que yoo decido, el que yoo elijo para míií. ¡¿A quién le importa lo que yo haga?! ¡¿A quién le importa lo que yo diga?! Yo soy así, y así seguiré, nunca cambiaréé*…

Entonces, jadeante como si hubiera corrido una maratón, soltó el micrófono, que el señor deprimido recogió con suma rapidez, y se hizo con su refresco —me había negado a que se bebiera más de dos copas de ron, ya que no habíamos encontrado aquel licor de su país— y le dio un sorbo para humedecerse los labios.

La miré con detenimiento.

Un minuto más de libertad.

Uno menos.

Al saborear el ron, sus labios se curvaron en una sonrisa pequeña pero muy real. Yo no perdí detalle de cada gesto.

—Voy a sacarte de ahí —dictaminé de repente y sin pensar, o habiéndolo pensado sobremanera durante aquel día, sin quitarle los ojos de encima.

Ella sopló hacia arriba en un gracioso gesto para despegarse el flequillo ficticio de la frente y se apoyó sobre la barra de forma desenfadada mientras soltaba el vaso.

—¿De dónde?

—De La emperatriz.

Su rostro cambió por completo. La mano dejó de rodear el vidrio y los brazos cayeron a cada lado de su cuerpo para quedarse ahí, estáticos y rígidos, como cada músculo de su cuerpo.

—¿Qué decís, loco? —me cuestionó.

—Que voy a sacarte de allí.

Nos miramos. Ella, dubitativa y expectante; yo, con toda la entereza que me fue posible para que supiera que estaba diciéndole la verdad.

La sacaría de allí. Claro que la sacaría de allí. Ahí me costara la vida en el intento. Total, ¿qué perdería? Solo era la muerte, y estaba acostumbrado a vivir esperándola.

Fue rápido e inesperado, puede que la última reacción que habría imaginado jamás, pero Gabriela se acercó de una zancada y, cuando fui consciente de lo que estaba ocurriendo, sus manos habían enmarcado mis mejillas y sus labios estaban pegados a los míos.

No se movieron, a la espera de una reacción por mi parte que no llegó. No respondí a su movimiento, no pude. La sujeté de los hombros con suavidad y la aparté unos centímetros, sorprendido aún.

—Gabriela —le susurré.

Sus ojos chispearon al percatarse de lo que ocurría. Mi rechazo se

reflejó en ellos.

—Lo siento, yo… Creía que… Lo siento —se disculpó, intentando dar un paso atrás, pero yo no cedí en mi agarre.

Pegué mi frente a la suya y cerré los ojos durante un instante, reparando en la equivocación.

¿Cómo había pasado? ¿Cómo no me había dado cuenta? Era una niña, joder. Y yo su único contacto masculino. Era normal que hubiera ocurrido.

—No tienes que sentirlo. No pasa nada.

—¿No te gusto? —Su labio inferior tembló. Mi inseguridad por miedo a dañarla, también, así que elegí mis palabras con detenimiento.

—Eres preciosa, Gabriela, y fuerte. Rebosas alegría, imaginación y ganas de vivir, a pesar de todo lo que te ha pasado.

—Pero… —Sonrió con desgana.

—Pero tienes diecisiete años, y te has convertido en alguien muy especial para mí. Te… te aprecio. Y hacía muchos años que no sentía nada por nadie. Que no sentía, en general —le confesé. Durante un instante ese sentimiento se me atragantó. ¿Cuánto hacía que no me quemaban aquellas palabras?—. Pero como a una hermana.

—Diosito —se golpeó el pecho con el puño reiterada y exageradamente mientras su lengua asomaba de manera cómica—, eso ha sido peor que el *como amigos*.

Sonreí, agradecido por que bromeara y le restara importancia.

—Bueno —se encogió de hombros—, al menos cumpliste todos los deseos de mi lista. Este era el último.

—¿Qué? —le pregunté, confuso.

—Nada de beber fernet con cola. Fue la primera mentira que se me pasó por la cabeza cuando preguntaste. —Chascó la lengua—. *Be* de besar a Adán.

—No te entiendo.

—Besarte era mi deseo real y el último que anoté porque me parecía el más inalcanzable. —Mudo, no pude más que observarla—. Se quedó a medio escribir porque escuché un ruido en el pasillo que me llamó. Y, aunque sabía que no debía, la curiosidad me pudo y me asomé. Entonces te vi con esa piba del pelo azul y casi me muero de los celos y de las ganas de ser yo esa a la que te comías con ardor, por eso nunca terminé de escribirlo. Pero después llegaste con la sorpresa, hiciste todas estas cosas por mí —señaló alrededor—, y ahora me decís que vas a sacarme de ahí y… —Se tapó la cara con las manos—. Dios, me siento tan tonta… He sido tan boluda… ¿Cómo podía pensar que tú y yo…?

La abracé.

—Tranquila.

—Por favor, decime que no va a cambiar nada.

—Claro que no va a cambiar nada. —Me aparté para observarla y recalcar—: Nada.

Pero había cambiado todo, solo que aún no éramos conscientes de ello.

Media hora.

Media hora y nuestra vida, tal y como la conocíamos, se daría la vuelta y nos dejaría bocabajo.

Desubicados.

Desolados.

16

Lo más lejos, a tu lado.

Eva

Jadeantes, le arañamos un par de minutos al reloj. Yo bocabajo y Adán bocarriba. Uno al lado del otro, escuchando únicamente las respiraciones descompasadas del contrario, conscientes de lo que acaba de pasar entre nosotros.

En silencio, se levanta, se sube los pantalones y desaparece por el pasillo sin molestarse en abrochárselos.

«Ahí viene», me digo cerrando los ojos para encajar el golpe.

La huida.

La desilusión.

El pinchazo indescriptible en el pecho al notar su ausencia.

Siempre ocurre cuando sucumbimos a la tentación. Y si él no se marcha por su cuenta, ya me encargo yo de echarlo.

Siempre menos hoy.

Tengo que alzarme sobre mis codos y girar el rostro para observar cómo, apenas un minuto después, Adán entra de nuevo en la habitación con aire despreocupado y papel en la mano. Estupefacta por su presencia, me recreo con su cuerpo. Es inevitable no hacerlo con esa altura compuesta de una belleza exquisita, músculo y tinta. La firmeza de sus pasos impresiona.

—No hay toallas —me informa mientras se acerca como si nada y comienza a limpiarme el resto de su placer del trasero y el inicio de la espalda.

El mimo que emplea y la confianza que se ha creado de repente me abruman. Durante unos instantes me da la sensación de que somos dos más, una pareja que acaba de mantener sexo espontáneo y rápido y que se limpia mutuamente después de ello. No somos Adán y Eva, los prohibidos, los hermanastros. Y, lo más increíble, no me importa que en realidad lo seamos.

Hoy no.

Busco dentro de mí, rasco en profundidad, pero no está; el remordimiento hoy no existe. La culpa no me ahoga.

Me pongo de pie para subirme los pantalones y recolocarme la camiseta y el sujetador bajo la atenta mirada de Adán, que vuelve a tumbarse en la cama bocarriba. Su vaquero ya abrochado me indica que se ha limpiado en el baño.

—No te has ido. —Es lo primero que le digo.

—Y tú no me has echado.

—No.

Sonríe levemente y sus ojos azules me analizan con curiosidad, puede que intentando deducir mi próximo paso.

—Ni me has dicho esas cosas dañinas que tan bien se te dan, lengua sucia.

—Es verdad —me limito a comentar, sin poder evitar la sonrisa que aflora.

—No me gustaría hacerlo, pero si quieres que me vaya, lo entend…

—No quiero que te vayas —lo interrumpo.

Me observa fijamente durante unos segundos, puede que analizando la nueva situación, una en la que, por primera vez, ninguno huye. Alarga la mano, se hace con la mía y tira de ella para tumbarme sobre su cuerpo. Con rapidez y maestría se gira conmigo encima y cambia de posiciones.

Mi visión ahora es inigualable. Pasaría cada día de mi vida contemplando esos dos cielos oscuros que tiene por ojos y esos labios que parecen dibujados; un pensamiento que se ha repetido en bucle año tras año. Me pregunto si alguna vez se marchará o si sería buena idea empezar a comprender que esto que me recorre de pies a cabeza cuando está cerca no expirará jamás, que nadie podrá remplazarlo. Es increíble el cosquilleo que nace en mi estómago y la debilidad que se apodera de mis extremidades inferiores solo porque sus manos atrapan las mías y las elevan por encima de mi cabeza.

—Creo que te has portado… regular —pronuncia con intención muy cerca de mi boca— y que te mereces, cuanto menos, unos buenos azotes que dejen ese bonito culo colorado. Pero…

—¿Hay un pero para eso? Qué lástima… —lo provoco arrugando la nariz y él la muerde con delicadeza.

—Pero acabas de reconocer que quieres que me quede, y creo que eso nos iguala.

—No te entiendo.

—Teniendo en cuenta lo que te cuesta reconocer las cosas, que me hayas pedido quedarme…

—¿A mí? —Abro mucho los ojos e intento soltarme de su agarre, pero su abdomen firme se aprieta contra el mío como si se hubiera anticipado a mi reacción.

Con una sola mano se encarga de afianzar las mías en la misma posición y la otra la deja libre para viajar hasta mi rostro y repasarlo con los dedos hasta llegar a la herida de la frente, la cual toca con mucha delicadeza.

—Bueno, te dije en la puerta del hospital que llevo toda la vida enamorado de ti, que me marché de aquí huyendo de eso que sentía, y en vez de responderme saliste corriendo en dirección contraria.

—Lo que tocó bastante tu ego masculino.

—Bastante —reconoce fingiendo estar muy escocido, y no dudo que sea verdad—. He tardado un tercio de mi vida en reconocérmelo a mí mismo, otro en que alguien se diera cuenta y me lo dijera en voz alta,

y otro más para tener los huevos suficientes de ponerme delante de ti y confesarlo. Y cuando por fin lo hago, sales corriendo. No es que tuviera grandes expectativas y pensara que todo sería coser y cantar, pero lo imaginaba diferente.

—¿Y qué querías que hiciera? —le cuestiono, dejando la broma a un lado y sin poder fingir durante más tiempo que esta declaración de intenciones no tiene mi pecho oprimido. Que no siento ahora mismo cómo el corazón se me ha salido y colocado sobre las manos para que sea yo misma quien se lo entregue.

Pero ¿qué voy a entregarle si lleva siendo su dueño toda mi vida? Digamos que yo he sido el cuerpo que lo ha portado y resguardado de la frialdad de otros y él quien ha controlado sus estados de ánimo.

—A esto me refiero —sigue acariciándome la piel con devoción. Sus yemas han pasado a mis mejillas y recorren el itinerario de mis pecas de izquierda a derecha, pasando por mi nariz—. ¿Puedes no ponerte a la defensiva conmigo? ¿Podemos estar más de dos minutos en la misma habitación sin pelear? —«O sin tirarnos uno a la boca del otro», pienso—. No quiero irme, Lentejas. Quiero quedarme. —La determinación de su voz me indica que esa frase significa mucho más de lo que dice literalmente—. Pero necesito que hablemos.

—Me da miedo —reconozco en voz alta por primera vez. Mi voz es un hilo de inseguridad, pero el hilo más sincero con el que he cosido en mi vida.

Puestos a mostrar sentimientos, que salgan todos y nos llenen por completo o nos dejen vacíos como nunca. Es un riesgo que estoy dispuesta a correr. Creo.

—¿Qué te asusta?

Roza sus labios entreabiertos con los míos y su aliento me pide a gritos abalanzarme y callarlo de la mejor manera que puede callarse a alguien.

—Escuchar de tus labios lo que llevo esperando toda la vida.

Arruga el entrecejo.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿Qué haré después con todo eso, Adán? Primero, porque es una información que me servirá solo para martirizarme, ¿qué si no pretendes con confesarlo?

Decide interrumpir mi pequeño discurso, y con mucha seriedad, me aclara:

—Luchar por ello.

Ahora sí, me suelto de su agarre y él facilita el movimiento. Me lo quito de encima sin brusquedad pero con firmeza, y me siento. Él lo hace a mi lado. Necesito este pequeño espacio para pensar con claridad, ya que sus labios pegados a los míos no me lo ponen fácil.

—¿Qué significa eso? —le pregunto con voz débil. Me percato de

mis manos temblorosas, de mi cuerpo en sobre aviso.

Sé lo que significa, claro que lo sé. Y si toda mi vida he sentido dolor por el rechazo y la indiferencia de Adán, ahora el miedo de su presencia y de esas palabras esperanzadoras me dan mucho más pánico. Quizá es más cómodo regodearme en mi desgracia de no tenerlo. Puede que me haya acostumbrado a verlo como un imposible y lo contrario me aterroriza. Soy como ese preso amoldado a su falta de libertad a base de años que cuando sale al mundo exterior y debe cuidarse a sí mismo y retomar su vida, desea regresar a la celda que lo educa.

Se masajea la frente mientras se toma unos segundos, lo que me hace saber que esto es igual de complicado para él.

—Sé que después de lo que ha ocurrido me ves como otra persona diferente, como un desconocido, un monstruo. Pero sigo siendo yo, y he vuelto con un propósito, Eva.

—Con el de salvar a Gabriela —le recuerdo, y mi tono lo enerva. Lo intuyo por la rigidez de su mandíbula.

—No. Volver a por ti era una necesidad, y dejar a Gabriela allí no era una opción.

—Esa chica está enamorada de ti —le informo, porque ahora que el tema ha salido quiero llevarlo hasta el final—. He visto cómo te miraba, y esa devoción solo aparece en los ojos de una persona enamorada.

Lo dice alguien que lleva toda la vida viéndose a través del espejo azul que conforma los ojos del chico que tengo delante.

—Lo sé. No es ningún secreto. Pero es que resulta que yo no estoy enamorado de ella, lo estoy de ti.

Su sinceridad me enmudece. Está empezando a enfadarse, y algo más que no logro descifrar cuando tras restregarse el rostro con parsimonia, lo alza y veo que el cansancio lo ha cubierto de repente. Me da la sensación de que esta conversación de confesiones improvisadas está cayéndole encima como un jarrón de años.

—Adán… —Alargo el brazo para tocarlo, pero él se aparta con tacto y me mira abatido.

—No es tan difícil de entender, Eva. Siempre ha sido fácil, de hecho. Nosotros, ciegos e imbéciles, lo hemos complicado todo. ¿Sigues enamorada de mí?

—No es tan senci…

—¿Sigues enamorada de mí? —me repite con tono duro.

Sé que no está dispuesto a ceder o a correr en dirección contraria, así que suspiro y me preparo para enfrentarme a ello.

—Por supuesto que sí, joder. —Dejo caer la mano con fuerza sobre la colcha y después la llevo hasta mi rostro, el cual cubro parcialmente para que esto me resulte un poco más fácil—. Esta jodida almohada te

lleva impreso en forma de lágrima. Siempre he sido transparente para ti y llevas siendo consciente de mis sentimientos desde que me conoces.

—¿Entonces? ¿Qué nos frena? Y agradecería que no volviéramos atrás, a mi marcha, a todo lo pasado… Porque así no avanzamos. Me fui, lo sé, y no estoy orgulloso de ello. Pero ahora estoy aquí.

—Pensando en volver a Barcelona para matar a un tipo.

—Ni que se tardara otros diez años en llenar una cabeza de plomo… Solo se necesitan unos segundos. Un viaje de ida y vuelta.

Alzo el rostro y le propino un guantazo en el brazo que lo hace reír.

—No bromees con eso —lo regaño—. Muero de miedo solo de pensar que no regreses.

—Regresaré.

—No lo sabes.

—Claro que lo sé. Si tú estás aquí para esperarme, no perderé la oportunidad después de todo lo luchado. Además, siempre puedo llevarte con una moldura de escayola, por si se me complica la situación.

—Por Dios… —Intento no pensar en esto último sin reírme. ¿Cómo puede bromear con algo tan serio? Y lo peor…, ¿cómo puede hacerme gracia? Me fustigo interiormente—. ¿Dónde está mi Adán, el egocéntrico borde de siempre?

—¿Has dicho *mi* Adán? —Sonríe, aunque la sonrisa no llega a sus ojos, los cuales siguen pareciéndome muy cansados—. Si lo prefieres, te aseguro que me es mucho más fácil así. No te imaginas lo complicado que está siendo esto —nos señala—. Que yo… me abra. Pero cada vez te noto más lejos y apagada, y no me perdonaría en la vida permitir que eso ocurra.

Suelto todo el aire que al parecer han ido guardando mis pulmones y le pregunto:

—¿Y nuestros padres?

Tema delicado donde los haya. Sus hombros se yerguen.

—Desayunando los he dejado.

—Adán —le reprocho con voz cansada. Sé que cubrirlo con una capa de indiferencia y humor lo facilita, pero no es el momento. Esto es muy serio.

—¿Qué?

—No podemos salir ahí fuera y gritar que… que… —nos señalo— de repente queremos estar juntos. —Pronunciarlo en voz alta me parece inverosímil.

—No ha sido de repente.

—Ya, pero eso no lo sabe nadie —le rebato.

«O casi nadie».

Sé que estoy sacando todo el arsenal de contras y que, en realidad,

solo hay un pro: amarnos. Porque eso ha quedado claro, ¿no?

¿Puede acaso el amor con todo? Quiero pensar que sí, aunque esté siendo la voz razonable de este conflicto. Aunque por dentro salte, cante, grite, de vueltas, ruegue para que él desmonte todas mis teorías y me pida «Deja de decir gilipolleces y bésame», o algo de eso que yo diría en una de mis series.

—Solo piensas en los demás. ¿Acaso pensaron ellos en nosotros cuando decidieron quererse?

—Eso no se decide. No seas infantil.

—Pues parece que a ti sí te corresponde hacerlo —me contradice enfadado, aunque sigue manteniendo un tono de voz calmado.

Barre la estancia con la mirada y, cuando la encuentra tirada en un lateral de la cama, se hace con la camiseta y se la pone con rapidez, como si fuera un escudo contra mis argumentos y no un trozo de tela.

—Ellos nos informaron un día de que se habían enamorado —me recuerda entre dientes—. Poco después, estabas traspasando el umbral que separaba ambas casas. ¿Alguien pensó si esa adolescente que había perdido a su madre solo dos años atrás estaba preparada para dejar su vida aquí o para desplazarla a unos metros?

Alza ambas manos y señala la estancia.

Quiero rebatir sus argumentos, pero no me lo permite y continúa hablando:

—¿Pensaron en si yo estaba preparado, o lo había estado alguna vez, para aceptar que mis padres no se querían y llevaban años divorciados pero intentando que esa brecha entre ellos no me afectara? No, Eva. Ni tampoco se preocuparon por lo que sería de nosotros siendo hermanos, o lo que mierda nos tocara ser. Pensaron en ellos, única y exclusivamente en ellos, y nosotros lo seguimos como Sultán y Venus nos siguen a todas partes. ¿Puedes, entonces, pensar en nosotros y que sean los demás quienes se amolden por una jodida vez?

Tiene razón. Tiene tanta razón que me agobia sobremanera quedarme sin argumentos en contra de esto que un día empezó a írsenos de las manos y ahora se ha ido del todo.

Lo noto en cuanto empieza. O puede que ya hubiera empezado mucho antes y hasta este momento no he sido consciente: las pulsaciones de mi corazón han aumentado. Ya no siguen su ritmo natural. El aire no entra en mis pulmones con la naturalidad que debería.

Odio que ocurra, que llegue de la nada, pero sé que no soy yo quien puede controlarlo.

Pum… Pum… Pum.

Se sobreponen los latidos.

Pumpumpum.

Me restriego con disimulo las palmas de las manos y noto la fina

capa de sudoración en ellas.

«No, por favor —suplico—, ahora no».

No en este momento de felicidad y pánico, quiero decir. En el más esperado de mi vida y, a la vez, el más temido.

Adán está confesándome su amor, sus intenciones, y yo solo tengo que confiar en él. Y, después, sentarme a hablar con mi padre y Elena y contárselo. No es tan difícil ni tan grave. No llevamos la misma sangre. No somos nada, por mucho que ellos se hayan empeñado en que sí.

«Pero no es quien pensabas que era», me dice una vocecilla.

¿Importa eso cuando solo teniéndolo cerca me siento viva y segura, a pesar de que *seguridad* es la última palabra del mundo que definiría a este hombre?

«Solo confía». Las palabras de mi madre en el sueño del carrusel vuelven con fuerza.

Pumpumpum.

La capa de sudor, casi invisible pero muy pesada para mí, aparece en mi rostro. La boca se me reseca y las piernas me hormiguean.

—¿Eva? —me pregunta Adán y yo lo enfoco en un intento por disimular lo que ocurre. Puede que se me pase enseguida, así que le sonrío, o eso intento al menos.

Diego viene a mi mente, y me pregunto enfadada por qué lo dejo entrar ahora. El cuchillo en mi cuello, la puerta abriéndose, el sonido del disparo, tan seco y estrepitoso como mi corazón en este mismo instante. Mi cuerpo desnudo. El charco de sangre en el suelo.

Pumpumpum.

Mi mente me juega una mala pasada y doy saltos en el tiempo, a desgracias de antaño que ahora están tan presentes…

Me visualizo saliendo del coche y buscando a mis padres con la mirada y el pecho cubierto de miedo. De repente, veo su cabello largo y anaranjado sobre el asfalto. Debajo, la sangre lo enrarece, como si mi madre fuera un cuadro, una obra de arte, tirada en un vertedero y no expuesta en un museo.

El hueco de mi pecho ahora está vacío de miedo y lleno de dolor.

Pumpumpum.

El tiroteo ocurrido hace apenas una hora. Los cuerpos cayendo. El agujero en la frente de aquel hombre, provocado por una bala de la pistola de Adán. La escayola descendiendo a toda velocidad. Sultán ladrando. Gabriela degollando a Luca. Sarah contra el tronco del árbol, pidiendo la muerte. El último tiro.

Pumpumpum.

—Eva —escucho mi nombre, pero es una melodía distorsionada, como el rostro de Adán, el cual encuentro muy pegado al mío, aunque me cuesta diferenciarlo. Está desfigurado, lejos y cerca a la vez.

—¡Eva!

17

El mejor de los pecados: el haberte conocido.
Tú no eres sin mí…, yo solo soy contigo.

—En… en el bolso —atino a decirle, recordando que metí el blíster antes de salir de casa para seguirlo.

Me falta el aire y lo busco a grandes bocanadas en un intento por llenar mis pulmones. Mi mano está sobre mi pecho, el cual vibra debido al bombeo descontrolado, lo que me pone aún más nerviosa.

—¡¿Qué hay en el bolso?! —exclama Adán, asustado, sujetando mi rostro.

—Las… las pastillas.

No noto cuando se aparta y vuelve, tampoco el procedimiento posterior o si le explico el funcionamiento. Solo sé que tengo la pastilla debajo de la lengua, la cual me recetó el doctor Belmonte. Pensar que algo va a controlar la situación, me alivia.

—Tranquila —me susurra Adán, y su voz fuerte y segura ahora parece un nudo de miedo. No me toca, no se acerca a mi cuerpo, pero me guía—. Respira hondo, que se te mueva la barriga —me dice colocando una mano encima de la zona pero sin llegar a tocarla.

Por muy loco que parezca, creo notar la energía que me traspasa, así que, necesitada de paz, le hago caso.

—Túmbate en la cama —me pide, y yo me muevo como un autómata—. Es un ataque de ansiedad y va a pasar enseguida si me haces un poco de caso. Ahora, vas a inhalar tres segundos y exhalar otros tres. Eso es, con calma. Otra vez. Coge aire con profundidad y suéltalo.

Sigue narrando y yo obedeciendo.

—Relaja el rostro. El entrecejo, las mejillas y la mandíbula. Eso es. Despeja la lengua del cielo de la boca y déjala descansar… Ahora, los hombros.

Poco a poco, me hago consciente y dueña de mi respiración, tanto que desaparecen las desagradables diapositivas que me han traído a este estado sin avisar. El corazón ya no galopa, solo trota; me atrevería a decir, incluso, que comienza a caminar despacio. Y yo vuelvo a la habitación muchos minutos después mientras mis músculos engarrotados comienzan a soltarse y sigo la melodía que Adán me dicta con mucha paciencia.

Cuando todo parece estar acabando, miro hacia la izquierda y me encuentro con el temido y estrepitoso cuerpo de mi hermanastro

arrodillado, con los codos sobre el colchón y mirándome con preocupación pero aparentando estar calmado. Su vulnerabilidad ante mí me hace quererlo un poco más.

Con mi mano, busco la suya para entrelazarlas y las observo juntas. Su tinta acapara mis dedos blanquecinos y de uñas largas y rojas. Sin soltarla, asciendo mi mirada hasta sus ojos.

—Estás asustado —adivino por el brillo de estos.

—¿Yo? Ni que fuera de carne y hueso —bromea bajito y yo sonrío con sinceridad.

—Gracias. Si hubiera estado aquí sola…

Aprieta mi mano con un cariño difícil de explicar y muy fácil de sentir.

«Ojalá un ataque de ansiedad tuviera como consecuencia quedarte pegado a la mano que te ayuda», pienso y sonrío como una tonta.

—También podría haberte dejado morir sin aire, que teniendo en cuenta los dolores de cabeza que das, lo entrometida y lo desobediente que eres…

Me rio, y al hacerlo unas lágrimas involuntarias se escapan de mis ojos. No son de alegría ni de tristeza, simplemente de nervios. Él las captura con su mano libre y el entorno se enrarece a nuestro alrededor cuando chocamos las miradas. No, no las chocamos; por una vez, las unimos sin miedos y sin rencores. Una burbuja invisible que siempre nos ha acompañado cuando hemos creado contacto, pero que ahora me parece más estable que nunca.

—Acabo de ser obediente —le recuerdo en el mismo tono de guasa. No sé dónde ha aprendido a controlar estos ataques, pero lo hace de maravilla y me alegra haberme dejado guiar.

—Porque se te iba la vida en ello, que si no… —rebate, y yo río y lloro a la vez.

—Esta ansiedad… Llegó cuando el accidente de mi madre —me atrevo a contar por primera vez.

—Y nunca le contaste nada a tu padre.

Niego sin apartar el contacto visual.

—Bastante tenía encima. Creía que la controlaba, pero, ahora… ha vuelto con más fuerza.

—Pero yo estoy aquí —me dice—. Y aunque ya no me paguen por ello, pienso seguir cuidándote. Y deja de protestar —añade con cansancio cuando me dispongo a abrir la boca—, que sé que no necesitas a nadie que te cuide y todas esas gilipolleces. No está mal ser cuidado, Eva. No está mal dejar que otros se preocupen por ti igual que tú por ellos.

Y aunque a la estúpida y borde de Eva ahora le tocaría soltar un contrataque, para mi sorpresa solo me limito a decir lo que pienso en realidad, lo que deseo:

—¿Puedes venirte aquí conmigo?

Mi petición lo ha noqueado. No era, ni de lejos, lo que esperaba. Pero sé por su rictus que está agradecido por el esfuerzo invertido en apartar un poco al personaje de mí misma que creé en mi adolescencia y que he mantenido hasta ahora, para darle paso a mi verdadero yo.

Se sube a la cama y se tumba junto a mí, de lado, rostro con rostro. Omito comentar lo ridícula que parece mi cama de noventa con su gran cuerpo encima que se esfuerza por no caer hacia atrás.

Su mano viaja hasta mi cara y la toca de nuevo como hace un rato, como si nunca hubiera tenido la oportunidad de acariciarla sin miedo.

—Quiero confiar en ti —le digo de repente y trago saliva para lo siguiente que soltaré—: En nosotros. Pero necesito que tú lo hagas en mí. Que me cuentes quién eres y qué te ha llevado a serlo. Siento que… no eres un monstruo —reconozco en voz alta—. Puede que hayas hecho cosas…

—Indefendibles —completa por mí—. He hecho cosas indefendibles, y no tienes por qué omitirlas o justificarlas.

—Pero, igualmente, aunque por fuera eres otro, si miro dentro te veo a ti, al de siempre. Cuéntamelo todo, Adán.

—No soportaría que me odiaras —susurra, y de repente su casi metro noventa de altura, músculos y fachada desaparece.

—Eso no es posible.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque llevo intentando conseguirlo desde hace diecisiete años.

Y, tras un profundo suspiro, Adán comienza a narrarme quién fue y en quién se ha convertido.

El móvil no ha dejado de sonar y yo me he permitido silenciarlo. Sandra, David, Andrés, mi padre… Es un no parar desde que ocurrió todo. Entiendo su preocupación, pero ahora yo tengo la mía propia.

Hemos estado bocarriba, con las manos sobre el abdomen y sin mirarnos. El techo desconchado, la habitación polvorienta y yo hemos sido testigos de la historia de un chico que creyó que la opción de marcharse lejos era la adecuada y se quedó atrapado en esa decisión. La libertad, no obstante, saldrá cara.

Descubro unas lágrimas silenciosas que han estado ahí todo el relato, fluyendo sin hacer ruido. Pensaba que me asquearía escucharlo y aceptar que una de las personas que creía conocer con más exactitud es otra; una que tortura, dispara, mata. No pasa. Intento sorprenderme, repasar la historia y buscar esa aversión, pero no llega. Al igual que la culpa, la incertidumbre se ha ido.

Pienso en Gabriela y me siento miserable. Mis problemas de chica estúpida y celosa me pisan ahora mismo las pestañas. La realidad de

millones de niñas, jóvenes y mujeres me atormenta. Calcular cuántos Atrapasueños existen me martiriza. Mi mayor miedo, perder a Adán, se materializa, y aun así, con los labios temblando de desasosiego, susurro:

—Tienes que acabar con él.

Gira el rostro y me contempla. No llora, puede que su orgullo de chico duro no se lo permita, pero veo sus iris cargados de turbios recuerdos, de nombres propios que durante años han sido importantes en su vida: Gabriela, Axel, Kerstin, Sergio, Ikram. Otros no tanto, como el de Susana, Biel y algunos enemigos, pero son parte significativa de su historia. Al principio de su relato, me preguntaba cómo podía querer a según que tipo de personas, ahora entiendo que esa ha sido su familia cuando la verdadera ha faltado. Una peculiar y muy oscura, pero suya, al fin y al cabo.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea? —me cuestiona.

—Saber sobre las vidas de esas chicas. Ponerles nombres.

Adán asiente con lentitud.

—Lo haré y todo acabará. Te lo prometo.

Busco su mano y la entrelazo con la mía, como antes.

—¿Cuándo?

—Necesito unos días para pensar. No puedo llegar a La emperatriz y hacerlo sin más.

—No puedes hacer eso solo.

—Es lo que necesito saber primero, si en realidad estoy solo o tengo una mínima ayuda.

—¿Por qué la tendrías?

—Porque el Pepitas y Axel no han dicho nuestro paradero exacto, ya escuchaste a la chica.

—¿Cómo estás seguro de que no te mintió? Después de todo, sabía que iba a morir.

Ríe sin ganas.

—Biel levantaría la última piedra de este mundo y lo recorrería a trote si fuera necesario con tal de encontrarme y matarme él mismo. Nadie lo ha traicionado sin salir escaldado por ello. Y no sabemos las consecuencias de que sea un hombre de su plena confianza quien lo haga, pero ya te digo yo que leves y piadosas no serán.

—Adán… —susurro, presa del pánico que me adormece las extremidades de nuevo—. Eso suena feo. Muy feo.

—Tranquila, Lentejas. No estoy dispuesto a averiguarlo. Pero no quiero pensar en eso… Tengo algo mucho más importante que hacer ahora mismo.

—¿El qué?

—Comerme esos labios de caramelo y hacerte el amor hasta que me pidas clemencia.

No me da tiempo a protestar cuando ya lo tengo pegado a ellos y su lengua invade mi boca. El jadeo que se nos escapa es instantáneo.

Debería estar calmada, incluso desfogada, pero siento todo lo contrario. Probar a Adán y no repetir es como comerte la primera onza de chocolate y pretender mantener el control de no seguir y seguir hasta acabar con ella. Imposible.

Llevo toda la vida resistiéndome y ahora quiero pecar, comerme la tableta entera sin remordimiento y sentirme genial por ello. Voy a hacerlo.

Pero el timbre nos interrumpe de nuevo, así que mi dulce vicio tendrá que esperar.

18

Es igual que nuestra vida que, cuando todo va bien, un día tuerces una esquina y te tuerces tú también.

Adán

Un tiempo atrás

La celebración de su cumpleaños fue, contra todo pronóstico, lo último que haría Gabriela antes de que le robaran por completo la libertad. En un impulso de valentía, le aseguré que la sacaría de allí, y en ese momento, llegando al aparcamiento privado de La emperatriz, un escalofrío me advirtió de que mi promesa caería en saco roto o, de atreverme a cumplirla, sería costosa.

Aún no imaginábamos cuánto.

Desmontamos del coche. Como solo ocurre en las películas, las primeras gotas comenzaron a caer y elevé el rostro con preocupación. Las palabras de Susana, de las tormentas y la lluvia, vinieron a mi mente con rapidez. No es que yo creyera en los desvaríos de aquella loca, pero después de lo sucedido… comenzaba a tener mis dudas.

—Hacía demasiado tiempo que la lluvia no golpeaba mis mejillas —comentó Gabriela de repente. Cuando me giré, comprobé que también había elevado el rostro y disfrutaba de las mismas gotas que a mí me molestaban—. Ahora me arrepiento de todas las veces que me refugié de ella.

Después abrió los ojos y los posó sobre mí en un repaso de arriba abajo que, pasando lo que había pasado un rato antes, me hizo verla con otros ojos y consiguió hacerme carraspear con cierta incomodidad.

—Sé que esos labios fruncidos de preocupación tienen dueña, por mucho que lo negués, y sé, por el brillo de tus ojos al contemplar la pantalla, que es esa actriz pelirroja de la que siempre me hablás en la noche mientras vemos la serie. ¿Qué te preocupa?

Responderle que me preocupaban las palabras de una supuesta bruja sonaría muy majara, así que solo negué e intenté cambiar el rostro a uno menos inquieto, y de camino evité darle la razón a esta última observación que había hecho sobre Eva, de repente y sin venir a cuento.

—Me lo he pasado muy bien. Me da pena que la noche acabe.

Sonrió.

—Gracias, Lusquito. —Se acercó, abrió sus brazos envueltos por la sudadera enorme rescatada del fondo de mi maletero y me envolvió con ellos. Apenas me llegaba al pecho—. Ha sido el mejor cumpleaños de mi vida. Nunca pensé que un matón tatuado tuviera un corazón tan

enorme y blandito.

—No me idealices.

—No es necesario, vos lo hiciste solo. —La rodeé y la apreté fuerte contra mí—. ¿Sabés? —Apartó la cara de mi pecho para mirarme—. Creo que te quiero un poquito, y hace mucho que no me pasaba con nadie. No desde mi viejito —susurró, refiriéndose a su abuelo.

Tragué saliva, incómodo. Incómodo por el nudo de emociones dispares que se agolpaban en mi garganta, rogando por salir en forma de «yo también creo que te quiero un poquito», pero que, por motivos desconocidos, se quedaron ahí robándome el aire y la humanidad.

—No tenés que decirme nada…, no sea que se te caiga la pinga al suelo y dejés de ser un macho —me comentó con ironía, todavía con sus brazos rodeándome—. Y tampoco tenés que decir nada sobre la pelirroja. A veces no hace falta. —Se apartó y golpeó mi pecho con la palma de su mano de manera amistosa—. Pero estás perdiendo tu vida acá. Querés sacarme a mí, pero nunca te preguntaste qué deseás vos.

—Cuando no te queda más remedio que acatar órdenes, desear pasa a un segundo plano.

—¡Echále huevos, Lusquito! ¿Sos capaz de atravesar el corazón de un tipo a balazos y no de tirarle los galgos[5] a la pelirroja que quieres o de decirle a Biel que te las tomas?

Sonreí mientras negaba, porque aquella chiquilla sabía más de lo que le correspondía.

—Los que tenemos que irnos rápido somos nosotros. Estamos empapándonos, y Sultán te echará de menos.

—Es la primera vez que nos separamos —advirtió, refiriéndose al perro, sin imaginar, ni por asomo, que también sería de las últimas que estaría con él.

Refugió las manos en los bolsillos de la sudadera blanca, alzó el rostro al cielo una vez más y comenzamos a caminar hacia la parte trasera del local, por donde decidí entrar. Si la reunión con Sosa había salido bien, en ese momento debían estar festejándolo en las salas principales del *pub,* y nadie que no fueran las chicas tenía por qué encontrarse en la zona trasera.

Le di indicaciones mientras entrábamos. Si por casualidad nos cruzábamos con alguien y nos veía juntos, puede que le sorprendiera el hecho de que una mujer me acompañara a dormir, pero no harían preguntas personales, ni siquiera Biel. No obstante, y para evitar contratiempos, si entablaba conversación con cualquiera de los chicos, ella se mantendría al margen.

Estaba asintiendo a mis órdenes cuando cerré la puerta detrás de mí. Al girarnos ambos, la imagen de Biel me impactó de lleno.

Nos quedamos paralizados. Los pies, rígidos, se me anclaron al suelo como si le hubieran echado plomo a mis rodillas. Sentía mi

miedo y el de Gabriela corretear por mis terminaciones nerviosas. Olía el peligro en cada rincón de aquella estancia solitaria. Y, a pesar de todo lo que vendría, porque vendría, me dije que tenía que mantenerme frío y ser, ahora más que nunca, Lusco y no Adán. Por el bien de los dos.

Se encontraba de pie, apoyado en la baranda de la estrecha escalera y alumbrado por la tenue luz de emergencia, que en ese momento era la única encendida. Con la oscuridad de fondo y envolviéndonos, su rostro me pareció más tenso que nunca, a pesar de la pequeña y maquiavélica sonrisa que mostraba.

Llevaba viéndolo muchos años, cada día de todos ellos, pero no fue hasta ese instante que reparé en el deterioro que había sufrido su físico. Siempre había sido delgado, ahora era escuálido. Su pelo, falto de cantidad por la parte superior, le llegaba a los hombros. Debía ser una ocasión muy especial si no estaba recogido en aquella enjunta coleta, detalle que me alarmó sobremanera.

—Buenas noches, Lusco. ¿Me presentas a tu amiga y así puedo saludarla también? —Sonrió más, y supe de inmediato lo que esos malditos dientes escondían—. Ah, no, espera… —Sin mirar, sacó algo de la parte trasera de su pantalón y lo abrió deliberadamente para que lo viésemos. Era, sin duda, un pasaporte. Y yo sabía a quién pertenecía. Mis manos se convirtieron en puños y el filo de las uñas y la impotencia se me hincaron en la piel—. Gabriela Acevedo Rivas. Diecisiete añitos de amor recién cumplidos. —Se lamió el labio inferior con intención y en un acto reflejo me hice con la mano de Gabriela.

Temblaba, y nada tenía que ver con el leve aguacero anterior, sino con el interior. Intenté infundirle con ese apretón de mano una tranquilidad que no existía.

Ambos, en silencio, continuamos presenciando el teatro de Biel, que se había sacado algo nuevo del pantalón. Esta vez se trataba de un papel mal arrancado de una libreta y doblado con un solo pliegue.

—Pero hoy me han dado información más relevante y de buena mano que seguro que Lusco no conocía y le encantará saber. ¿Te suena el nombre de Adriol Sosa, *petita*? —le preguntó directamente a Gabriela, y ella se tensó más bajo mi sujeción. Yo me enervé al escuchar el nombre de su mejor y desconocido socio. ¿Qué tenía que ver Sosa en todo aquello?

—¿Qué tiene que ver Sosa con ella? —intervine en voz alta.

El Atrapasueños borró la sonrisa.

—Si lo supieras, no estarías sujetando esa mano ahora mismo. Porque no lo sabes, ¿verdad?

De manera automática la solté y la miré con seriedad, en parte, porque no entendía nada y, por otro lado, porque no podía levantar

ningún tipo de sospecha en él. Biel nunca debía enterarse de todo mi conocimiento sobre la verdadera identidad de Gabriela. No si quería seguir vivo para mantenerla con vida a ella.

—No sé de qué me hablas.

—Cuéntale tú, preciosa, quién es Adriol Sosa.

Ella calló, no supe si por mi advertencia anterior de no hablar con nadie o porque el miedo la bloqueaba.

—Veo que trae la lengua poco desarrollada. Con lo que os gusta hablar a los argentinos… —Alzó un brazo exageradamente y en un movimiento seco y teatral abrió la hoja—. Pues te lo cuento yo, Lusco, ya que tu amiga tiene poco apetito hablador. Este dulcecito nació en una familia desestructurada: papá drogadicto y mamá puta, aunque siempre pensó que era bailarina, lo que le contó su abuelo, un viejo con más años que una montaña y pobre como una rata al que le tocó cuidar de nuestra joyita hasta que la palmó de hambre y falta de medicamentos para su neumonía. ¿Voy bien o se me escapa algo? —le preguntó con sorna a Gabriela.

Para mi sorpresa, y sobre todo la de Biel, la niña muda y escondidiza le escupió con saña en la cara. El Atrapasueños cerró los ojos de manera automática y los mantuvo así mientras la saliva descendía desde la ceja izquierda hasta su mejilla.

—Antes de hablar de mis padres y de mi viejito te limpiás esa boca torcida que tenés, hijo de la remil puta.

Ahora el que cerró los ojos fui yo, esperando el desenlace de aquella fatídica escena. Gabriela acababa de cavar su propia tumba. Si algo le volvía a loco a Biel eran las muchachas, sobre todo si eran menores, pero solo había algo que podría excitarlo todavía más: una con carácter, tanto que tuviera que ser él quien la sublevara.

—Mira por dónde, mi amigo no me ha hablado de ese carácter tuyo.

Biel se apartó con la manga de la chaqueta de cuero el escupitajo, y de un movimiento inesperado, con esa misma mano, sujetó a Gabriela y la atrajo hasta sí. Rodeó su cuello con el brazo completo, y con la que le quedaba libre sacó la pistola y la giró para acabar abriéndole la boca con el cañón.

El temblor de Gabriela se hizo tan notable que no supe cómo resistí con los pies anclados al suelo y el impulso de sacar la mía para llenarle a aquel cabrón de plomo su minúsculo cerebro.

—Biel, es una niña —le dije en tono neutro.

—Una niña —repitió con voz de majara mientras apretaba el arma en el interior de la boca—. Una niña de apariencia sumisa pero carácter de gata. Como a mí me gustan. —Se relamió, lascivo—. Y va a salvarse de que no convierta su preciosa cara en un boquete hueco porque, según mi información, está sin estrenar. A no ser… —me miró con dureza— que hayas tenido el placer de hacerlo tú.

—No me gustan las niñas —le espeté furioso—. Me gustan las mujeres con decisión propia y poder de elección.

Biel puso los ojos en blanco.

—Si no fuera porque te conozco, diría que estás juzgándome, mi pequeño subalterno.

Cerré la boca, porque dejar clara mi posición de inferioridad respecto a él era una evidente muestra de enfado.

Unos pasos me indicaron nuevas presencias. Ikram y Axel aparecieron con rictus serio y se colocaron a ambos lados de su jefe. El primero, a la izquierda, ni siquiera me miró. Su rostro no cambió un ápice cuando descubrió que era Gabriela la persona atrapada por el brazo de Biel y a la que le estaba llenando la boca de metal. «Pero si descubre a esa chica y es de su interés, ni yo estoy metido en esto ni tú moverás tu puto culo para impedirlo», me había dicho al otro lado de la barra aquel día que Biel le dio la paliza a Kerstin y él se involucró de manera directa. Y eso estaba haciendo.

—Entonces, la pequeñita sigue sin tocar —continuó Biel, centrando su atención en Gabriela, a quien le sacó el arma de la boca, lo que solo dejó paso a que las lágrimas asustadizas y silenciosas cayeran con fluidez por su rostro, ahora más pálido que nunca—. Es bueno saberlo, porque me pagarán una buena pasta por tu flor, bella chiquita. O, pensándolo mejor, me la quedaré yo. A veces el dinero no lo es todo en la vida, ¿sabés? —se recochineó, imitando su acento.

—Prefiero que me hagás ese boquete hueco en la cara a sentir un solo y asqueroso dedo encima de mí —habló ella con los dientes apretados y las lágrimas aterrizando en su pecho.

Biel arrugó la nariz.

—No, *petita*… No me gusta la muerte. Quién lo diría, ¿eh?

Nos miró a todos, riendo. Después la carcajada se cortó y solo quedó una inquietante sonrisa que mostraba sus dientes perfectos y alineados y se extendía a la vez que aumentaba la presión del brazo sobre el cuello de Gabriela. Ella llevó las manos hasta el arma de carne que la ahogaba e intentó zafarse, sin éxito. Sus ojillos asustados me buscaron a la vez que sus pies se elevaron de puntillas debido a la presión, y mi alma, si tenía de aquello, se convirtió en una piedra agrietada que crujió con fuerza al no poder mover un dedo.

—Más que la muerte en sí, me gusta el morbo que me proporciona el miedo que le tenéis los simples humanos. Y el dolor —añadió, inspirando aire con intensidad como si pudiera oler su pánico—. Adoro el dolor. Los grados a los que el cuerpo está dispuesto a aguantar, al arte de convertirlo en placer. Un latigazo que abra tu piel puede ser desgarradoramente doloroso o increíblemente placentero, *petita.* Y tú vas a descubrir ambas. Porque si la información de Sosa no falla, y dudo que lo haga, eres parte de mi mercancía perdida. Uno de

mis portes más valiosos. Y ahora voy a saber cómo has llegado de nuevo a mis manos. —Me miró, en busca de la respuesta.

Disminuyó la presión y Gabriela buscó el aire a grandes bocanadas. No obstante, no la soltó.

—La he conocido en la puerta de un bar —le dije, sin más. Esperaba que los nervios de la argentina no le jugaran una mala pasada y más tarde pudiera recordar mi versión.

—¿En un bar? ¿Tú solo? —Asentí—. ¿Y te has traído a tu casa a una niña a la que no vas a follarte, teniendo en cuenta que nunca traes mujeres que tengan cualquier otra intención que no sea la del arte de amar?

Lo miré fijamente. Si algo había admirado Biel de mí desde que nos conocíamos, dicho por él, era mi firmeza. Si no llevaba razón, nunca se la daría como a los locos, fueran cuales fueran las consecuencias. Y mi fidelidad, de eso también había alardeado siempre.

—Claro que pensaba follármela —le argumenté—. Me encontré a un perro abandonado en la calle que he decidido quedarme. Se acercó para verlo y comenzamos a hablar. Hasta hace un momento, que tú lo has dicho, no sabía que era tan joven ni virgen, mucho menos de tu propiedad. De lo contrario, no habría perdido mi tiempo con ella.

—¿Dónde está ese perro? —me preguntó.

—En mi habitación.

Biel miró a su derecha y le hizo un gesto a Axel con la cabeza.

—Comprueba lo que dice. Y, si es cierto, tráeme a ese chucho.

Entre los brazos de su nuevo dueño, los ojos asustados de la niña, ahora más que cuando ella corría peligro directo, me miraron suplicantes para que hiciera algo que le impidiera a Axel ir a por el perro. Prefería salvarle el culo a Sultán que salvárselo ella. Me pregunté si había un puto acto de bondad más grande que aquel. Y, sin embargo, haciendo gala de mi sobrenombre, del hombre que había sido durante años y al que ella apenas había conocido, le dediqué la mirada más gélida que nunca le había dedicado a nadie.

Axel giró sobre sus pies y se dirigió a la estrecha escalera metálica, por la cual se perdió junto con el sonido de sus pasos secos y pesados.

—Si no fuera porque te conozco, diría que dudas de mí, jefe. —Sonreí levemente, con intención.

Él me devolvió la sonrisa.

—Me conoces, Lusco, y sabes que no me gusta hacerlo. No de mis hombres, que sois mis ojos, manos y pies. Pero ya sabes lo que me enseñó mi padre…

A desconfiar de él mismo. Siempre contaba que, cuando tenía ocho años, estaba tranquilamente jugando en la puerta de su casa a construir un coche con cajas de cartón cuando alguien le pegó un guantazo en la cabeza con tanta fuerza que lo tiró de boca sobre la

acera. Al recomponerse y girarse hacia atrás con lágrimas en los ojos, su padre lo esperaba con mirada severa. Cuando el niño le preguntó por qué le había hecho aquello sin motivo, este le contestó: «Para mostrarte que en esta vida no puedes fiarte de nadie, ni de tu propio padre ni de tu sombra, pues en la oscuridad más absoluta hasta esta te abandona».

Ese golpe fue el primero de muchos, y el niño comenzó a dejar de serlo para convertirse en alguien desconfiado, astuto y despiadado que ya había crecido, dejándole a la humanidad alguien como al espécimen que yo tenía enfrente aquella álgida noche de noviembre.

Axel volvió con las manos vacías y la cara blanca.

—¿Y? —le preguntó Biel con impaciencia.

—Dice la verdad. El perro está en su habitación.

—¿Y por qué no lo has traído?

El grandullón le dedicó una mirada escurridiza desde su posición.

—Es un rottweiler, y no muy amigable, precisamente. Casi me arranca una mano al intentar acercarme.

Sonreí para mis adentros.

—¿Por qué no has dicho nada de ese perro? —inquirió Biel, mirándome.

—Porque no sabía que tenía que notificar hasta las pajas que me hago. Si es así, dímelo.

Nos retamos con la mirada durante segundos que resultaron una eternidad, hasta que Biel me sonrió, ahora de verdad, se acercó a palmear mi espalda sin soltar a Gabriela y dijo:

—Está bien. Me alegra haber descubierto a esta mocosa a tiempo, justo antes de que la tocaras. Si no, mi querido Lusco…, habría tenido que matarte. Y me sentiría fatal por ello.

Ese era el valor de sus hombres. Podía defendernos a capa y espada, anteponernos a cada uno de sus adversarios, pero no osaras interferir en su vida, en sus negocios ni con sus mujeres, porque entonces no le temblaría el pulso a la hora de atravesarte la garganta.

—Y ahora llevaos a esta gatita de uñas afiladas y que comience la doma.

Para mi desgracia, Biel la empujó en dirección a Axel y no a Ikram, quien sabía que, aun manteniéndose al margen de la situación, no sería capaz de hacerle nada malo. No podía decir lo mismo del grandullón. Hasta ahora no tenía constancia de que hiciera con las mujeres nada que estas no aceptaran, al contrario del Pepitas, que no tenía reparos ni escrúpulos, pero tampoco sabía cómo se comportaría con ella. Solo conocía una única verdad: nadie osaría marcarla o mancillarla por el incalculable valor que tenía para el jefe. Y eso era lo que más miedo y tranquilidad me daba a partes iguales.

Gabriela posó sus ojos en mí mientras Axel se la llevaba a

trompicones y el Atrapasueños los seguía. Ya no era una mujer segura con zapatos de tacón, volvía a ser una niña con peluca, maquillaje de más y un vestido que no le correspondía. Era el rímel dibujando los cauces del miedo en sus mejillas. Los labios atrevidos que me besaron y ahora temblaban incontrolados. Y fueron las únicas palabras que salieron de ellos mientras se alejaba:

—Tranquilo, a veces no hace falta —me susurró con dureza para que el mensaje oculto de sus palabras fuera únicamente nuestro.

«A veces no hace falta decir nada», me había comentado minutos antes cuando reconoció que me quería, y yo, cobardemente, me guardé mis sentimientos en la punta del miedo. «Ahora me arrepiento de todas las veces que me refugié de ella», había dicho al sentir la lluvia caer sobre su rostro. Cuando la vi desaparecer por la escalera, de camino a un futuro incierto, yo me arrepentí de haber sido cobarde y no haberle dicho que también la quería un poquito, que había despertado a un chico que creí muerto durante años. Era el poder de la ausencia. A todos en la vida nos llegaba al menos una vez para recordarnos todos los *te quiero* que habíamos desperdiciado en un rincón de nuestra cobardía.

—Vamos. —La voz de Ikram me hizo apartar los ojos de la escalera vacía y posarlos sobre él.

Solo asentí mientras me giraba. Su mano en mi espalda y la palmada amigable fueron un intento de consolar lo inconsolable. Por primera vez en mucho tiempo me sentía abatido. Destrozado. Perdido.

Desde la parte trasera de La emperatriz, accedimos al pasillo superior de las habitaciones. En mitad de este, justo en la linde invisible que separaba el lateral de las chicas del nuestro, me detuve a preguntarme cuál sería el cuarto de Gabriela a partir de ese momento. Las entrañas se me revolvieron al pensar que, muy posiblemente, aquella noche fuera el del propio Biel.

Entré en el mío como si llevara dos ladrillos sobre los pies, y lo único que latía en el interior de mi cuerpo por motus propio se convirtió en uno más rígido y pesado al encontrarme con Sultán. El animal se levantó de la cama al verme. Su rabo incontrolable mostraba la alegría que sentía ante una cara conocida, pero sus orejas tiesas y la cabeza ladeada mientras miraba hacia la puerta evidenciaba a quién esperaba en realidad.

Al cerrar tras de mí sin que nadie más entrara, para su disgusto, Sultán se bajó del colchón de un salto y caminó para acercarse.

Me agaché a su altura y le acaricié detrás de las orejas, mimo que aceptó con gusto pero sin apartar sus fieros ojos del trozo de madera tras el que, esperaba, estuviera su dueña. En pocos segundos me descubrí rodeándolo con mis brazos para consolarlo a él y puede que a mí mientras le susurraba una única verdad:

—No volverá, chico. Gabriela no volverá…

Esa era mi única certeza. Porque lo que Biel declaraba de su propiedad, lo era hasta el final de sus días.

¿Cuánto tiempo transcurrió hasta que la puerta de mi habitación se abrió sin que nadie tocara para pedirme permiso? No lo supe. Ni siquiera me giré a comprobar de quién se trataba.

Me encontraba tumbado en la cama y a mi lado estaba Sultán, metido entre las sábanas. Desde el primer momento le reproché a Gabriela que metiera al perro donde yo dormía, pero ella nunca me hizo caso. Decía que ahora dormía ella y no yo, por lo que no había problema. Y tenía razón.

Sultán gruñó débilmente, aunque no se movió; solo alzó las orejas, puede que seguro de mi protección.

—Adán. —Era Ikram—. Sé que estás despierto —comentó ante mi pasotismo.

—¿Cómo lo sabes? —fue lo único que le pregunté.

—Porque yo tampoco podría dormir después de lo que ha pasado. Solo vengo a contarte lo poco que sé. Adriol Sosa es la mano derecha de Biel en los negocios.

—Has descubierto América —lo interrumpí. Sultán gruñó de nuevo, como si hubiera captado el desdén y la ironía de mi tono.

—Pero supongo que no sabes que es quien le proporciona las chicas. La mercancía que se perdió era suya, por eso estaba aquí.

Me incorporé con rapidez y lo miré. Hasta entonces no sabía qué negocios compartían Sosa y el Atrapasueños, y tampoco me había importado nunca. No interfería en los negocios de mi jefe, a no ser que me involucraran directamente. Cuanto menos supieras de su mundo, menos daba la sensación de estar metido hasta el cuello en él.

—¿Qué se sabe de la mercancía? —le pregunté.

—Nada. No hay rastro de ninguna chica. Parece que todas consiguieron escapar. Y tampoco habría sabido de Gabriela de no ser por Susana.

De un movimiento, me puse de pie.

—¿Susana?

Asintió, austero.

—No sé cómo se ha enterado, pero le contó que había visto a una chica joven salir contigo y que era parte de su mercancía perdida. Le dijo que no tenía pruebas, pero tampoco dudas, y ya sabes lo que confía en ella y en sus pálpitos. Al parecer te escuchó llamarla por su nombre. Adriol se encargó de revisar la documentación de todas las chicas y, efectivamente, había una tal Gabriela entre ellas.

Me toqué el pelo con nerviosismo, me giré con la misma premura y

cogí de debajo de la almohada mi pistola.

—Maldita bruja del demonio.

—Adán, ni se te ocurra hacer ninguna gilipollez. ¡Adán!

Pero Ikram no pudo cortarme el paso. Lo aparté de un empujón, abrí la puerta que él no había cerrado del todo y salí disparado, sin importarme estar medio desnudo y descalzo.

Los pasos de Ikram me persiguieron apresurados, pero la furia, la ira incontrolada que recorría cada recoveco de mi cuerpo, me proporcionaban una velocidad inhumana mientras me enfrentaba al pasillo oscuro. Parecía interminable. Nunca veía el momento de abrir la antepenúltima puerta, encontrarme a aquella zorra y volarle los sesos.

No me importaba que no sufriera, que su agonía no se alargase, solo quería perderla de vista para siempre y que su último recuerdo fuera mi rostro. La miraría a los ojos y me regodearía en mi venganza a pesar de lo que aquello significaba: perder la humanidad. Pero ¿qué rastro de compasión merecía alguien que condenaba a una niña inocente al sufrimiento perpetuo a manos del mismo hombre que estaba proporcionándoselo a ella?

Llamé a la puerta con varios golpes secos. Dormía sola, privilegio del que solo disfrutaban ella y Kerstin por ser las *mujeres* de Biel. Pronto, por su maldita culpa, sería también el único privilegio del que dispondría Gabriela.

—Te meterás en un puto lío.

Ikram me alcanzó justo en el momento en el que Susana abrió la puerta. Intentó sujetarme por el brazo, pero me deshice con rapidez del agarre.

El rostro adormilado y confundido de Susana se convirtió en la más absoluta definición del pánico cuando empujé la puerta, la sujeté por el cuello con una mano con toda la fuerza de la que disponía y con la otra apunté a su jodida y perversa cabeza.

—Adán, para —me exigió Ikram, y noté que lo hizo con un tono neutro y bajo para no llamar la atención de Biel, que seguramente estaría en su habitación, a pocos metros.

—No te metas donde no te llaman —le espeté. Si no había hecho nada por Gabriela antes, no tenía por qué hacerlo ahora por mí.

A Susana no le quedó más remedio que soltar la bata que cubría su cuerpo para aferrarse a la mano que la aprisionaba y le quitaba el aire que la mantenía con vida; aunque durante poco tiempo, me dije.

—Adán —me repitió Ikram—. Te arrepentirás de esto.

—¿Tú crees? —Sonreí con maldad cuando la zorra valiente y segura de sí misma boqueó como un pez, reducida a una simple humana que sobrevive gracias a lo mismo que cualquier otra y a la que le quita la vida lo mismo que a ti—. Lo mismo nos hace un truquito, un hechizo

de los suyos que le dicen sus cartas, y se salva.

La alcé más y sus pies buscaron la toma de tierra que le otorgaba la poca fuerza que le quedaba. Después, la lancé sobre la cama de un movimiento y me subí sobre ella para evitar que se escapara. El arma no temblaba sobre su frente, era ella quien provocaba el movimiento descompasado.

—Eres una ruin hija de la gran puta. ¿Cómo puedes hacerle eso a una niña inocente?

Con las manos en el cuello buscando alivio, tragó saliva y me miró. Para mi sorpresa, sonrió con maldad.

—¿Por… qué te importa tanto esa ni… ña?

—¡¿Y qué ganas tú con condenarla?! —le grité.

La mano de Ikram se posó sobre mi hombro.

—Adán, calma.

—¡Contesta, maldita sea! —Presioné más la pistola. Ella gimió de dolor, aunque sin borrar la sonrisa de los labios.

—Porque la condena de otra puede reducir la mía. Y aquí estamos para sobrevivir, Lusco. Tú mejor que nadie lo sabes.

—No a cambio de joder a otros —intervino Ikram.

—¿De verdad me dices eso tú? —Lo miró fijamente, y se creó un silencio incómodo y retador.

—Si tienes algo que echarle en cara, que sea rápido —la insté.

—Lo siento, Adán, pero no puedo dejar que lo hagas.

Escuché cómo Ikram quitaba el seguro de su arma y, acto seguido, la noté contra mi cabeza.

Susana contuvo el aire, mirándonos a ambos desde la cama, siendo apuntada por un tío al que, a su vez, lo apuntaba un compañero.

—No lo harás —le dije a Ikram a la vez que presionaba con suavidad el gatillo de mi pistola.

—No me pongas a prueba.

—Pues hazlo.

—Lusco.

—¡Vamos, hazlo! —grité desgarrado, apretando más mi cañón sobre la carne de aquella furcia a la que le habría atravesado la frente sin necesidad de disparar.

—No me dejas otra alternativa.

Un golpe seco en la cabeza me hizo perder el agarre de Susana. Cuando quise darme cuenta, estaba tumbado bocabajo en el suelo. Aturdido, no alcanzaba a calcular si acababa de caer o llevaba allí un tiempo. Solo me afané en abrir los ojos con dificultad y me llevé la mano a la parte más dolorida de la cabeza, donde Ikram me había dado con la culata de la pistola. El simple gesto de entornar los ojos dolía horrores. Barrí la estancia buscando la mía, pero no la encontré. Al parecer, Ikram estaba seguro de que iba a llevar a cabo mi

cometido, porque se había hecho con ella antes de que pudiera recuperarla.

—Por la cuenta que te trae, mantendrás la boca cerrada y nadie se enterará de lo que ha pasado aquí, si no seré yo quien te la cosa estando en todo tu conocimiento y después te entierre viva —escuché decirle a Susana—. ¿Lo entiendes, o tienes que consultarlo con el oráculo para que te lo aclare?

Si aquella zorra asintió, no pude verlo. Seguía luchando por recobrar la consciencia plenamente.

Acto seguido, Ikram se agachó para mostrarme que tenía mi arma, me cogió sin dificultad por un brazo para levantarme del suelo y me empujó hasta salir de la habitación.

—No abras la puta boca esa que tienes —fue lo único que me dijo, enfadado pero igual de firme que siempre, mientras me conducía hasta mi dormitorio.

Sentí la necesidad de obedecer. Su pelo largo recogido en un desordenado moño no se había movido ni un milímetro, pero la tensión de su mandíbula poblada de una cuidada barba lo hacía parecer ese hombre fiero que en casi todas las ocasiones salía indemne, a pesar del riesgo. La situación vivida hacía segundos no era comparable a ningunos de sus trabajos, pero por algún motivo lo alteraba más que cualquier tiroteo.

Sus ojos grises me taladraron cuando de un empujón seco me internó en la habitación. Cerró la puerta con brusquedad a su espalda y colocó ambas manos en su cintura, como una madre a punto de regañar a un hijo. Yo seguía mareado y algo desubicado.

—¿Se puede saber qué coño haces, tío? —me preguntó con tono acusatorio.

—No. La pregunta es qué coño haces tú. —Busqué un rastro de sangre en mi cabeza, pero no lo encontré—. ¿Quién te manda meterte? ¿Por qué le has salvado el culo a esa zorra?

Las manos se despegaron de su cintura y los brazos cayeron a ambos lados de su cuerpo.

—No se lo he salvado a ella, te lo he salvado a ti, maldito inconsciente.

—¿A mí? —inquirí señalándome.

—A ti. La matas, sí, y te quedas a gusto. Bien. Y después, ¿qué? Biel pedirá explicaciones de tu arrebato, descubrirá la verdad y terminará matándote. Gabriela seguirá bajo sus órdenes y sin ti, sin nadie que vele por ella aunque sea en la distancia. ¿Es que no lo entiendes? Para que esa chiquilla quede libre tendrías que matarnos a todos. Te tenía por un tío inteligente, de mente fría y que sabe anteponer la razón a los sentimientos, pero veo que me equivoco. Acabas de actuar por impulso. ¿Es eso lo que se te ha enseñado aquí, acaso?

Me moví nervioso por la estancia, suspiré con profundidad y me detuve para mirarlo fijamente. Tenía razón, toda la del mundo. Ikram siempre la tenía. Lo que me ocurría desde hacía un tiempo a entonces era algo que se escapaba de mi entendimiento. Pero, como había dicho él, se trataba de sentimientos. Esos desgraciados que aparecían de repente, sin permiso, para joderlo todo.

—Vale. Tienes razón.

—Menos mal —bufó—. Pensaba que tendría que pegarte otro culetazo para que volvieras a centrarte.

Lo fulminé con la mirada, recordando eso.

—Tendré que encargarme de las cámaras del pasillo para que Biel no se entere de nada de lo que ha ocurrido.

Ikram negó mientras yo seguía dando vueltas, pensando y pensando.

—Seguramente en este momento estén apagadas. Y deja de moverte, estás poniéndome histérico.

—¿Apagadas? —Asintió—. ¿Por qué?

Desvió la mirada un segundo hacia la pared de su izquierda y volvió a posarla en mí.

—Porque no querrá pruebas de lo que pase con Gabriela. Nunca las quiere cuando está con sus mujeres.

Ahora la argentina era una de ellas.

Entrecerré los ojos, analizando la postura incómoda de Ikram, que dejaba entrever que había dicho más de lo que pretendía en un primer momento. Ahora que lo pensaba, en mis revisiones de seguridad nunca había visto una sola grabación del Atrapasueños con Kerstin, Susana ni ninguna de las chicas.

—¿Tú cómo sabes eso?

Se encogió de hombros.

—Las paredes tienen oídos.

Yo no lo creí, claro, y él supo que no lo había hecho.

19

No es nada fácil cuando estas perdido
buscar la música entre tanto ruido.

IKRAM

Un tiempo atrás

Kerstin sonrió al verme aparecer por la puerta de la habitación del hospital, pero la magullada sonrisa se apagó levemente cuando apreció que mis manos estaban vacías.

—Hoy no hay bandeja. —Torció los labios en una mueca de fastidio.

—No tienes permitida la comida, mínimo, hasta mañana. Ni siquiera deberías tener apetito… Has sufrido una nueva hemorragia.

—Pequeña. Además, la pérdida de sangre gasta energía y necesito reponerla —objetó—. Pensaba que no volverías hoy. Ya no están permitidas las visitas.

—Pues ya ves que para mí sí. Aunque apenas tengo unos minutos.

Puso los ojos en blanco.

—Claro, cómo no. Perdone por cuestionarlo, dios de la llave de oro, amo de las puertas del mundo. —Me quité la chaqueta del traje y la tiré sobre el reposabrazos del sillón. La sueca me repasó de arriba abajo en silencio mientras tomaba asiento—. Vaya. Qué elegante.

—Es lo que tiene la honorable visita de Adriol Sosa.

Hacía poco que había terminado la reunión y, a pesar de que Adán y Gabriela habían estado con ella y el primero me había asegurado que se encontraba bien, me quedaba más tranquilo si comprobaba su estado por mí mismo.

—¿Órdenes de Biel?

Asentí.

—Nos quiere a todos de punta en blanco.

—Ya. Matones pero elegantes. Sicarios con clase. —Sonrió y yo intenté devolverle el gesto, pero sospechaba que el cansancio no me permitía hacerlo con demasiada transparencia, así que me limité a tirarme hacia atrás, reposar la cabeza y cerrar los ojos unos segundos.

Tras un leve silencio y un carraspeo, me preguntó:

—¿Por qué has vuelto?

—Porque traigo información.

Y porque tenía ganas de verla, de saber cómo se encontraba después de aquel duro día de complicaciones, transfusión de sangre y la visita sorpresa. Pero eso era algo que no estaba dispuesto a reconocer.

Era normal que me preocupara, me decía. Después de haberla visitado durante casi tres semanas, haber sobornado al personal del

hospital para que sus bandejas del almuerzo y de la cena llevaran los alimentos de la mejor calidad —dentro de lo que yo sabía con seguridad que podía comer sin ser dañino para ella—, llevarle crucigramas para que se distrajera y estar atento de cada informe médico, lo más lógico era que la integridad de aquella muchacha me importase.

«Y que la mires de otro modo», me susurró una voz que aparté de un manotazo. Y lo hice porque tenía razón: ya no era únicamente la chica de Biel, motivo más que suficiente para mantenerla a kilómetros de mí, es que era Kerstin, la rubia, la sueca.

Con un pasado.

Con un incierto futuro.

La observé. Las marcas casi habían desaparecido y su piel volvía a ser clara y, en apariencia, como la seda. Los labios habían tomado su forma natural, gruesos pero no debido a los golpes. Y el pelo rizado y rubio aquella noche estaba recogido en un moño alto y muy estirado que marcaba sus facciones finas.

Normal que el Atrapasueños la hubiera escogido en exclusiva.

«De su propiedad», me recordé.

«Problemas».

—Cuéntame —me pidió, lo que me obligó a retomar la conversación.

«¿Por dónde iba? Ah, sí, por la información».

—Sosa es el gran socio de Biel.

Alzó una ceja y con el tono agudo de una niña pequeña, pretendiendo jactarse, me soltó:

—Anda, qué descubrimiento taaan importante. Como sabes que soy sueca, me repites lo evidente, ¿no?

Mis cansadas comisuras se elevaron y cabeceé, divertido.

—Todos tenemos claro que son socios, pero ¿acaso sabías que es el tipo encargado de conseguirle las chicas? Principalmente, las menores.

—No, eso lo desconocía, aunque lo imaginaba.

—¿Por qué? ¿Alguna información que deba saber?

Negó.

—Por descarte, en realidad. Sabemos que Zacarías era quien le conseguía la droga hasta que Palenco lo reemplazó, que las armas siguen llegando del mismo tipo de Galicia con el que ha trabajado siempre, y conocemos a las chicas que él se busca por sus propios medios, sus venganzas personales o sus exquisitos y extraños gustos. ¿Qué pintaba Sosa en todo esto y por qué es tan importante? ¿Por qué todos sabemos quién es pero nadie le ha puesto cara nunca? ¿Cuál es el bien más preciado del Atrapasueños, su negocio más fructífero y el que más fortuna le deja? Las menores. Por descarte, ese tema le pertenecía al gran ente omnipotente.

—Pues ya está confirmado, y como pensabais, una de esas menores es la muda. Gabriela. —Los ojos celestes se abrieron con terror. Supuse que, a pesar de sospecharlo desde el primer momento, había albergado la esperanza de que no fuera cierto y que su presencia en La emperatriz tras la pérdida de la mercancía fuera mera casualidad.

—Pero entonces, Gabriela… —Dejó la frase en el aire.

—Lo siento, Ricitos de Oro, pero creo que esta vez no correrá suerte. Susana ha asegurado que era ella, desvaríos de esa jodida loca, y Adriol Sosa lo ha confirmado en el listado de identidades de su mercancía perdida. Por eso ha viajado a España, para encargarse de la pérdida. Todo lo que está cociéndose no me huele bien. Además, Susana ha conseguido que el Atrapasueños dude de Lusco, aunque yo creo que ya llevaba un tiempo haciéndolo.

—¿Por qué lo crees?

—Porque el jefe ha requerido la presencia de todos sus hombres después de la cena, por eso te he dicho que la visita durará apenas unos minutos, pero no ha pedido que avisemos a Adán y no ha contactado con él. Al menos no en mi presencia. Y que yo sepa, está en algún lugar con esa chiquilla. No sé qué ocurrirá con ellos cuando lleguen. Bueno, en realidad no sé lo que hará con él; con ella, es más que evidente.

—Joder. —Con ambas manos se frotó la cara, desesperada—. Dime que la protegerás, Ikram, dime que…

—No —sentencié antes de que lo planteara—. No permitiré que asuntos externos entorpezcan mi cometido. Ya avisé a Adán de que no movería un dedo en caso de que esto sucediera, y sabía que pasaría. ¿En qué puta cabeza cabe esconder a alguien de Biel en su propia cara, bajo la vigilancia de sus cámaras y delante de su gente? Se lo tomará como una burla, una ofensa. Y todos sabemos qué ocurre cuando osas reírte de él.

—Y Adán y yo pagaremos las consecuencias, porque atará cabos y descubrirá el verdadero motivo por el que no le permití entrar en mi habitación a follarme. Si es que Lusco no se lo cuenta antes…

—No va a involucrarte.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo conozco. Además, ¿para qué?, ¿de qué le serviría? Si lo descubre a él, saber que tú también estás al tanto del asunto no le restará penitencia. Aunque eso ocurriera, sé que no contaría que tú estás en el ajo.

—No. Yo sembré el puto ajo y fui quien lo metí a él —me espetó, incorporándose con dificultad en la cama—. Y ahora va a matarnos a los tres.

Negué.

—Nunca mataría a la niña. Sabe de sobra que puede sacarle mucho

provecho.

Me mostró con una mirada cargada de rabia y asco lo que ese comentario le producía. Después perdió la mirada al frente, en ningún punto en concreto, y meditó durante unos silenciosos segundos hasta que expuso lo que su mente maquinaba:

—Si quiero salvarme, tengo que acabar con él antes de que él lo haga conmigo. Él o yo.

—Pero primero necesito mi información —le recordé con firmeza, sin opción a réplica.

—Lo sé. Pero poco puedo hacer postrada en esta cama —refunfuñó —. Cuando pensaba que me darían el alta, todo se complicó de nuevo, y ahora…

—Si la hemorragia no vuelve a repetirse, pronto estarás fuera de aquí.

—Sí, con un pase directo al matadero. —Chascó la lengua—. Necesito ayuda, y tú no me la darás hasta que consigas tu propósito. ¿Crees que Adán estará de mi parte?

—Tendrá que estarlo si lo descubre y quiere seguir respirando. — Coloqué la pierna izquierda cruzada sobre la rodilla derecha y ella siguió el movimiento con pausa—. Y yo no he dicho que no vaya a ayudarte, solo que antes neces…

—Sí, lo sé. —Soltó aire de manera abrupta por la nariz—. Antes necesitas tu dichosa información —me dijo con desdén—. ¿Piensas contarme en algún momento qué buscas, Pantene? ¿Vas a contarme quién eres? Quiero confiar en ti, pero tú no lo haces en mí.

—Nadie tan interesante como piensas.

—Si pretendes así que mi curiosidad disminuya, estás consiguiendo todo lo contrario.

Ocultando una sonrisa, me puse de pie, cogí la chaqueta y me la coloqué. Ella desvió la mirada, la clavó al frente de nuevo y tragó saliva.

—Es hora de irme.

Asintió, ausente.

—¿Crees que podrás volver mañana para informarme de lo que suceda esta noche, cuando Adán vuelva con Gabriela?

—Lo intentaré. Me gustaría hablar con el médico para que te repitan algunas pruebas y comprobar que de nuevo todo va bien. Procuraré persuadirlo para que te den de comer.

Mi último comentario cayó en saco roto, pues Kerstin no regresó de aquel lugar en el que fuera que se hubiera perdido. En otro momento, habría tenido una rápida respuesta que proporcionarme. Percibí el vacío de sus ojos y me acerqué a la cama hasta que mis piernas frenaron con el filo del colchón. Desde mi altura podía ver su rostro ausente que no me miraba y oler la incertidumbre que la consumía,

puede que preguntándose qué sería de ella. Suelen hablar del sexto sentido de las mujeres, pero poco se dice sobre ese sentido que desarrolla alguien que tiene el gañote de la muerte entre el dominio de sus dedos. Dicen que los perros te huelen el miedo, y yo confirmo que los sicarios también. Podía hacerlo desde muchos años atrás. Sin embargo, y a pesar de notar su inquietud, no olía el de Kerstin, por lo que me animé a preguntarle:

—¿Tienes miedo, Ricitos?

—No —me respondió sin titubear pero todavía ausente.

—Vaya, qué valentía.

Ahora sí elevó el rostro, buscó el mío y sonrió de manera triste. El gélido color azul de esos pozos vacíos se clavó con intensidad en mí y me zamarreó con tanta fuerza que consiguió aturdirme. Solo fueron unos efímeros segundos; acto seguido su mirada regresó a la pared de enfrente.

—No, no es valentía. Solo que siento el miedo como una sensación que aparece de manera puntual. ¿Sabes esa inquietud que se te clava dentro cuando un trozo de techo está medio derrumbado, a punto de caer sobre tu cabeza, y tú tienes que estar justo debajo obligatoriamente, mirando hacia arriba, sin poder pensar en otra cosa que no sea el fatal desenlace que sufrirás cuando caiga? Eso que te obliga comprobar el estado del techo cada pocos minutos es el miedo. Y cuando naces en una casa derruida y vives cada día debajo de ella, llega un momento que no elevas los párpados. El ser humano está capacitado para olvidar que va a morir en cualquier instante. De otro modo, no podríamos vivir por culpa de la incertidumbre.

Asentí despacio y sin dejar de observarla. Era conocedor de sus emociones.

—Solo esperas mirando al frente a que el techo caiga —añadí.

—Y aunque sé que lo hará pronto y que sería mejor que ocurriera de una vez, una parte de mí se niega a rendirse y aceptar que no merezco una casa firme. Un hogar.

No. Nadie debería pensar que no merece un lugar al que pertenecer de manera natural. Ese sitio al que volver, sabiendo que alguien te espera, ya sea un amigo, una pareja, un animal, un familiar… Todo lo contrario a nuestro día a día en la jodida Emperatriz.

Pero me guardé la opinión, me agaché hasta que mis labios tocaron su mejilla y, con un inusual resquemor en la garganta y en la boca que había rozado su piel, salí de la habitación.

20

Quisiera haber querido lo que no he sabido querer.

Eva

El almuerzo está listo, todo dispuesto sobre la mesa y Elena y mi padre nos esperan ultimando los detalles. Para eso habían llamado de nuevo al timbre de casa, ruido que nos ha interrumpido.

Justo entramos por la puerta del salón cuando mi padre le da un cariñoso azote en el culo a ella, que se inclina en ese momento para colocar un plato en el lado contrario. Elena se gira y, sonriente y divertida, le golpea el brazo. Adán aparta la mirada y se introduce en la estancia como si no hubiera visto nada. Yo disimulo no haberme percatado de su reacción esquiva. Elena y Natalio, como dos adolescentes descubiertos por sus padres y no por sus hijos, se despegan unos centímetros y siguen con los platos, con una pequeña pero significativa sonrisa en sus rostros.

Algo capta mi atención y saco a la pareja de mi campo de visión. Observo la mesa puesta y me percato entonces de un detalle insignificante a simple vista pero relevante para mí. ¿Cuántos días hace que no colaboro en casa?, ¿que no hago de comer con mi padre o limpio mi dormitorio? Soy consciente en este instante de que he perdido mi rutina. He permitido, más bien, que un incidente en mi vida la descoloque por completo. Nada de darme codazos con mi padre para hacernos con el mayor hueco posible de encimera, discutir con Elena por haber dejado algo fuera de lugar, salir con Sandra o hablar con mis amigos. Entiendo de inmediato qué es lo que ha querido decir Adán esta mañana con eso de volver a ser la de siempre. Todos están modificando su vida para que vuelva a serlo, y me lo permiten sin rechistar, lo que, siendo dura conmigo misma, me hace sentir débil.

—Eva, bonita —me dice mi padre con tonito burlón—. Sé que no tienes ganas de móvil ni de charlar, pero ¿puedes al menos hablar con Sandra y David, decirles que estás bien pero aislada, y que no te ocurre nada? Es que no paran de llamar al fijo de casa porque tú no les contestas.

Los cuatro estamos tomando asiento en ese instante; Adán frente a su madre, y yo frente a mi padre.

—¿Al fijo? —pregunta Adán mientras se sirve un poco de arroz en el plato para acompañarlo de salchichas, tomate frito y huevo—. ¿Todavía tenemos de eso? Pero si el teléfono fijo solo sirve para que te llame a medianoche alguien desconocido de la familia y te diga que se te ha muerto tu tía del pueblo con ciento diecinueve años.

Mi padre, que está sirviendo agua en los cuatro vasos, se ríe.

—Venía con el ADSL, y ya que lo pagamos, no vamos a rechazarlo

—le contesta Elena encogiéndose de hombros.

—Ahora hablaré con Sandra y David para tranquilizarlos —comento.

—Y deberías tomarte un café con ellos —agrega mi padre—. Te hará bien.

—Puede que lo haga —me limito a responder—. Aunque en realidad tengo ganas de volver a casa y seguir reformando y pintando.

O puede que de meterme en la cama con Adán y que no me permita salir de ella, cosa que me avergüenza pensar sentados a la mesa, delante de nuestros padres.

Lo miro de reojo, a mi derecha. Centrado en su plato mientras trocea el huevo frito con el tenedor, el muy cabrón parece haber adivinado mis pensamientos, porque sonríe de lado. Y yo conozco esa sonrisa. Su sonrisa traviesa. Si no me ha leído la mente, ha pensado algo parecido.

Se le cae el tenedor en uno de los movimientos y ambos nos disponemos a recogerlo de debajo de la mesa, pero él es más rápido y se agacha con agilidad. Por un momento me recuerdo muchos años atrás, en un mismo gesto, cuando se le cayó la cartera y descubrí la foto de aquella desconocida que desencadenó todo lo que vino después y que, muy posiblemente, nos ha traído a este mismo instante.

—Deja, yo lo cojo —me dice mientras se agacha un poco más y, a la vez, yo lo dejo estar y me incorporo.

—¿Qué falta por reformar en la casa? —me pregunta mi padre mientras se hace con el mando y enciende la televisión.

—Pues… —Me detengo al notar la intencionada mano de Adán subiendo por mi pierna, paseando por mi rodilla e internándose en mi muslo.

—¿Pues? —me insiste mi padre, desviando momentáneamente la vista hacia mí para volver a fijarla en la pantalla.

Adán se incorpora con el tenedor en la mano derecha y sigue comiendo, pero la izquierda continúa debajo de la mesa; exactamente, sobre mi coño. Trago saliva, confusa, nerviosa y excitada a la vez. Ni siquiera me atrevo a mirarlo para reprocharle lo que está haciendo. Pero ¿cómo se atreve? Por el amor de Dios, estamos en casa.

—Pues… poca cosa. Los muebles están casi listos y voy a empezar con la pintura de las habitaciones —consigo responder, a pesar del aturdimiento.

—¿Has elegido color? —Adán me mira, curioso. Como si el tono de las paredes de mi casa fuera un tema apasionante. Mientras, busca y ubica el centro de mi placer, el cual frota de manera concienzuda. La tela vaquera y rígida me presiona sobre el clítoris.

Me atrevo a mirarlo también y veo en sus ojos la diversión y el morbo.

—To… todo blanco —titubeo, pero enseguida me recompongo—. Quiero luz y tranquilidad, y eso no me lo proporcionan los colores.

—Ya sabes que si necesitas ayuda…

—Lo sé —interrumpo a mi padre.

Elena se centra en su plato, consciente de la incomodidad que me genera el tema de mi hogar y la existente reticencia a que alguien colabore en él. Tras carraspear, cambia de tema:

—Por cierto, también ha llamado Mónica.

Mi ceño se frunce. La maldita mano de Adán, aprovechando mi desconcierto, sube hasta el filo de mi fina camiseta, se pierde por mi abdomen y sus dedos acarician la zona alrededor de mi ombligo. «Es solo la barriga», me digo, en la búsqueda de la tranquilidad, pero me miento; es su piel con mi piel, ¿y qué hay más provocativo que eso?

—¿Qué Mónica?, ¿Mónica, Mónica? —le pregunto.

Elena asiente.

—¿Mónica Robocop? —indaga Adán sin parar de bailar en mi ombligo.

—¡No la llames así! —protesta su madre, que siempre odió que nos pusiéramos motes entre los de la pandilla. Mónica tenía aparato por aquellos entonces, y Adán y su grupito le decían que le había comido la polla a Robocop.

Es extraño. Llevo años sin saber de ella más que el trato cordial que nos mantiene en contacto cuando nos cruzamos por la calle como dos simples conocidas, a pesar de lo importante que fuimos la una para la otra. Ella descubrió mi secreto, yo descubrí el suyo, y el miedo y el tiempo hicieron que nos pudiera más el pánico a ser desenmascaradas ambas que la amistad que nos unía.

—¿Y qué quería?

—Me dijo que hablar contigo, pero no tenía tu móvil y probó a llamar al teléfono fijo. —Miró con intención a su hijo—. ¿Ves como aún es útil? Y espero que no te importe —me mira de nuevo— pero le di tu número para que podáis hablar si os apetece.

—No, tranquila —le digo.

La mano de mi hermanastro baja de nuevo, muy lentamente, y se centra en el epicentro de mi placer, justo donde se encontraba antes.

Y con mi padre de frente mirándome con un atisbo de pena todavía por la breve conversación mantenida sobre nuestra casa, Adán masturbándome por encima de la ropa y Elena ensimismada con el arroz con tomate, escucho algo de fondo que llama mi atención. Es esta última quien alza la cabeza, se hace con el mando y le da voz a la tele.

—A ver, a ver, callaos un momento.

Gracias al cielo por la interrupción, pues unos segundos más frotándome y me hubiera corrido. Estoy sensible y receptiva debido a

las atenciones anteriores, y unos roces intencionados me bastan para dejarme ir.

—… *Se trata de tres cadáveres, al parecer recientes, según los cuerpos de seguridad, hallados en la conocida Casita de Campo, antiguo prostíbulo perteneciente al municipio de Aljaraque, Huelva*…

Aparto la mano de Adán con brusquedad por debajo de la mesa y me giro muy despacio en mi silla para enfocar la televisión. Durante un instante no escucho, solo veo una reportera rubia y joven a las afueras del prostíbulo abandonado en el que nos encontrábamos hace unas horas. Está justo en la entrada, desde donde se visualiza un plano alejado de la fachada roja y la puerta principal vallada, con una clara señal que prohíbe el paso.

—… *Pedro, un vecino del municipio que asegura pasear por aquí a diario, testifica en exclusiva para esta cadena que visualizó a lo lejos a una chica tumbada junto a un árbol. Preocupado, se acercó. Para su sorpresa, se trataba de un cadáver. Una joven de aparentemente unos veinte años, según nos cuenta, con una mortal herida de bala. Todo apunta a un posible ajuste de cuentas entre bandas*…

En la pantalla aparece la imagen de un señor mayor. Lo identifico con rapidez como el octogenario que pasó por mi lado con su coche cuando estaba aparcada y que me saludó.

—Por Dios, ¡qué horror! —exclama Elena, compungida, lo que me hace volver al salón de inmediato—. Ha ocurrido aquí, a cinco minutos de casa.

El pánico se apodera de mí al percatarme de que soy cómplice directa de un asesinato y, encima, estoy encubriéndolo. El terror debe reflejarse en mi rostro, porque Adán coloca la mano sobre mi pierna, esta vez sin ningún signo sexual de por medio, y la aprieta para que centre mi atención en él.

«Tranquila», consigo descifrar en sus labios en movimiento, que no emiten ningún sonido. Sus ojos me observan con mucha preocupación, como si temieran que en cualquier momento explote y suelte todo lo que sé.

Comienzo a hiperventilar.

«Otra vez no, por favor».

—El mundo se ha vuelto loco —escucho decir a mi padre. Cuando lo miro, está bebiendo de su vaso mientras cabecea de lado a lado, incrédulo—. Pensamos que las cosas no nos pasan a nosotros, hasta que pasan. ¿Cuántas veces habré paseado por esa zona? Podría haber sido yo el que me encontrara el percal.

—Tú o cualquiera. —Ahora la que cabecea es Elena, centrada en la tele con apariencia preocupada mientras voces entremezcladas siguen narrando lo sucedido.

«O podía ser tu hijo el causante y tu hijastra su cómplice, los que se

sientan a tu mesa cada día y duermen bajo el mismo techo cada noche», pienso para mí.

—Asuntos turbios de bandas, mejor dejarlos al margen —opina Adán.

—La vida está corrompida. Poco más de veinte años. ¿Qué hace una niña de veinte años metida en asuntos tan graves para terminar con un tiro dado?

Los tres siguen comentando lo sucedido, nuestros padres sin apartar la vista del televisor y creo sentir que los ojos de Adán sobre mi persona. Yo no consigo alzar el rostro sin que se note cómo me tiembla la mandíbula de pánico y mis dientes se escuchen castañear. Solo visualizo el rostro de esa chica que se han encontrado, su voz agrietada por el dolor, el temblor de sus cuerdas vocales debido al pánico.

—¿Te parece bien? —me pregunta Adán, y soy consciente de que me habla a mí porque me da una pequeña pero rápida patada por debajo de la mesa.

—Eh…, sí.

—Bien. Pues vámonos ya.

«¿Irnos adónde?», pienso. Pero no lo pregunto en voz alta, porque sea adonde sea que vayamos, lo prefiero antes que estar aquí, aguantando el tipo delante de nuestros padres, sintiéndome una farsante.

—Pero ¿no coméis más? —nos pregunta Elena.

Adán colma su tenedor de una manera muy exagerada, abre muchísimo la boca y traga con esfuerzo. Es un instante, pero sonrío al verlo. Mi madre nunca soportó que hiciera eso, y él lo hacía la mayoría de las veces para sacarla de sus casillas. Parece que estoy viéndola con las manos en la cintura mientras el pelo largo y naranja se mece hacia los lados al negar con la cabeza, incrédula, a la vez que le recrimina a un Adán niño que así la comida no se disfruta.

—Yo no quiero más, y Eva no deja de darle vueltas al arroz. Nos llevaremos algo para después. Vamos —me insta Adán—, recoge tu plato.

Obediente, me levanto, cojo mi plato y salgo del salón con su cuerpo apremiante empujándome con sutileza. Al mirar de reojo hacia atrás, compruebo que los comensales restantes nos observan con desconcierto. Mi padre mira a Elena, tuerce los labios en una mueca y se encoge de hombros, como si nos diera por imposible. Normal, nunca se sabe en qué puede derivar un almuerzo entre los cuatro, pero no en una huida de Adán y mía sin cuchillos de por medio, eso desde luego.

—¿Qué haces? —le pregunto entre dientes a Adán para que nadie nos oiga mientras vuelco en la basura al completo el contenido de mi

plato, acto que odio, pero en el que hoy ni reparo. Ayudada por el tenedor a camuflar un poco nuestra conversación, lo golpeo con fuerza sobre el plato de cerámica.

—Sacarte de ahí. Estás pálida, temblando y empantallada. Se escuchaba más el tembleque de tus dientes que la tele —me informa con seriedad.

—¡Perdona por asustarme al escuchar hablar sobre tres cadáveres de nuestra propiedad! —mascullo en susurros y él chasquea la lengua mirando hacia el pasillo que dirige al salón—. De… deberíamos ir a la policía y contarles la verdad. Que querían hacernos daño, que fue en defensa propia. Les hablaremos de Biel, del Pepitas y Axel, les contaré que me secuestraron, así también ayudaremos a Gabriela…

—Eva, escúchame.

—Ese hombre me saludó, Adán, me hizo un gesto con la cabeza. ¡¿Lo entiendes?! —exclamo entre susurros, comenzando a moverme con desesperación—. Puede… Puede reconocerme, decir que vio a una chica allí con mis características. ¡Y tengo el pelo rojo! Jodidamente rojo. Y me conocen de la tele. ¿Y si ese hombre me conoce?

—Eva, Eva, tranquila.

Suelta el plato sobre la encimera, se acerca unos pasos y se mantiene frente a mí. Alza ambas manos para enmarcar mis mejillas, las cuales atrapan también parte de mi pelo, y su calidez me hace dejar de balbucear antes de que él hable de nuevo, esta vez muy bajito para que nadie nos escuche, mientras sus ojos profundos me traspasan.

Es la firmeza de sus manos la que me dice que todo irá bien.

Es el brillo de sus pupilas el que me hace creerlo.

—Escucha, nadie irá a la policía. Es absurdo. En breve la prensa dirá que ha sido un ajuste de cuentas entre bandas organizadas y les pondrán etiquetas a las víctimas: ella una puta, y ellos dos sus chulos o sus acompañantes, qué más da. Dos simples delincuentes, al fin y al cabo. ¿Sabes lo que le importa a la sociedad una chica sin nombre que vende su cuerpo y dos tipos que supuestamente están de acuerdo con ello? Nada. ¿Y Gabriela? No podemos hacer nada por ella con la policía. Es una inmigrante sin papeles, también puta.

—Esclava sexual —lo corrijo.

—Eso lo dices tú, que sabes parte de su historia. Detrás de la pantalla solo vemos lo que quieren contarnos, y nos quedamos con la imagen de la escoria que ha salido a balazos y no a las personas y sus motivos. Créeme, sé de lo que hablo. Y también sé que Biel se aprovecha de ello para encubrir sus crímenes. En poco dará el aviso y sus contactos lo solucionarán. Estos cuerpos no son de nuestra propiedad, Eva.

—Sí que lo son —discrepo—. Esos hombres… Tú has disparado.

—Eran ellos o nosotros, no hay más.

—Eso es reducirlo todo a blanco o negro.

—No lo entiendes. No hay matices cuando se trata de sobrevivir.

Suspiro.

—Vale, nada de policía.

—Eso es —asiente despacio, sin apartar las manos de mis mejillas.

Yo muevo la cabeza, buscando más contacto, ese que me tranquiliza y me promete de nuevo en silencio que todo va a estar bien, a pesar de que el mundo, mi mundo, ahora mismo es un caos.

—¿Y ahora qué?

—Ahora vamos a salir de aquí y vamos a olvidarnos por un momento de lo que ha pasado.

—No podemos olvidarnos de esto como si se tratara de un encontronazo con el vecino porque la basura ha chorreado por nuestra parte de la acera, Adán.

—Mataría a ese señor si su basura ensuciase mi acera —dice muy serio, reprimiendo una sonrisa.

—Dios. —Sonrío mientras lo aparto, puede que debido a los nervios. Es la primera vez que su humor negro me encoge el pecho—. No bromees con eso.

—Te prometo dejar de hacerlo si tú te olvidas durante un rato de lo que ha pasado hasta que las aguas se calmen, que lo harán. —Su sonrisa desaparece y el chico serio vuelve—. Pronto me iré a Barcelona, y me gustaría aprovechar el tiempo contigo. No todos los días se encuentra uno con la Eva Ayala receptiva que no te tira cuchillos recién afilados a la tráquea.

—¿Por qué me da la sensación de que todo va a salir mal?

Y no lo digo claramente, porque pronunciarlo lo hace más real, pero es una sensación de las de verdad. De las mías, esas que no fallan nunca, a pesar de que yo ruego porque lo hagan.

Acabo de tener a Adán de la manera que siempre he soñado: dispuesto a todo por mí, y, sin embargo, lo siento tan efímero…

—Bueno, nunca has sido la optimista de la familia.

—Estáis asustándome con tanto secretismo. —La voz de Elena me hace dar un paso atrás de manera instintiva.

Acaba de entrar en la cocina y nos observa como si no nos reconociera. En realidad, puede que ese sea el motivo que le ha abierto los ojos de par en par. Pero la que los abre de manera desmesurada soy yo cuando Adán se gira y habla:

—¿Por qué? Solo estábamos discutiendo un tema y tú puedes ayudarnos a resolverlo.

—Claro, dime. —Elena avanza por entre medio de ambos, a los que ya nos separa un par de pasos, y llega hasta el mueble, del que saca un pequeño plato de postre.

Está de espaldas cuando Adán suelta la bomba que me deja clavada

en el lugar.

—¿No habéis pensado en casaros Natalio y tú? En celebrarlo de verdad.

La mano de su madre se queda estática en el aire con el plato todavía sujeto.

—Estamos casados oficialmente —dice, pero su voz es apenas un hilo de inseguridad, como siempre que ese tema sale a relucir.

—Pero no lo celebrasteis ni disfrutasteis del momento.

No entiendo lo que pretende con esta conversación repentina, pero sé de sobra que es su manera de abrir la veda para comenzar una charla a la que le ha tenido pánico durante muchos años. Lo que, de algún modo, me deja claro que no se perdonaría irse sin hablarlo con su madre y, por ende, teme no volver, al igual que lo hago yo.

Un nudo de miedo me oprime la garganta.

Elena se gira y mira de frente a la persona a la que le dio la vida para hacerle el mayor y doloroso reproche. La sonrisa que la caracteriza no está y la mirada tierna que siempre tiene para Adán ha desaparecido; en su lugar, aparece una expresión dura, exigente y autoritaria.

—Estábamos avergonzados. Muchos nos hicieron creer que amarnos estaba mal, solo porque un lazo en común nos unía a las personas que nos quisieron primero. Cuando caminábamos juntos por la calle, nos reprochaban tanto con las miradas, que creímos un sacrilegio demostrarle ese cariño al mundo. Teníamos suficiente con querernos nosotros en la soledad de nuestro hogar.

—Lo siento. Nadie debería amar a escondidas —le responde Adán, atragantado por sus propias palabras—. Ha debido ser duro, mucho más de lo que imaginaba.

Es casi imperceptible, pero su mirada viaja un nanosegundo hasta mí, que estoy a la izquierda de su madre, y después vuelve a ella, quien asiente emocionada y sonríe de nuevo. Esta vez una sonrisa dedicada única y exclusivamente a él. A su manera, pasándolo muy por alto, sí, le ha pedido disculpas.

—Pero el amor es una fuente inagotable, cariño. Y además parece que muy potente y constante, porque puede con todo, aunque sea poco a poco. Fíjate, después de tantos años, que vengas a decirme esto.

—No te hagas ilusiones… Solo he dicho que podríais plantearos casaros de nuevo, o al menos celebrarlo.

—También creo recordar que has tenido unas bonitas palabras para mi padre —malmeto, aprovechándome del momento.

Adán me dedica un gesto huraño que me hace reír interiormente.

—Sí. Puede que haya reconocido que he cancelado el encargo de cianuro de Aliexpress.

Pongo los ojos en blanco y Elena golpea su hombro con humor.

—Y algo más —le insisto. Me fulmina con la mirada—. Lo de darte cuenta de lo bien que la ha cuidado todos estos años y…

—Y que empiezo a tolerarlo. Vámonos, Eva, o llegaremos tarde.

—¿Adónde? —le pregunto, lo que comienza a sacarlo de quicio.

—A por esa sorpresa que voy a darte por ser tan maravillosa y espontánea. Vamos —me ordena rudo, y sale de la cocina.

Antes de seguirlo, miro a Elena, quien me guiña un ojo mientras una sonrisa enorme alumbra su rostro y consigue que la estancia se ilumine.

21

Las cosas importantes aquí son las que están debajo de la piel.

La música no me deja pensar. A veces me da la sensación de que sus letras se entrelazan, se internan a través de mi piel y ocupan toda mi capacidad para que no quepa una pizca de preocupación. Una transfusión de paz.

Le he dado voz a la radio para cumplir mi promesa de olvidar durante un rato la cantidad de acontecimientos vividos. Me he sumergido en esos cantantes desconocidos para mí y que Adán parece escuchar de manera simultánea, aunque no mueve un centímetro de su cuerpo mientras tanto ni canturrea. Me parece increíble que alguien pueda escuchar música sin expresarla de ningún modo.

En la búsqueda de distraerme con algo más, observo el vehículo. De reojo miro a Sultán y Venus, colocados en el trasportín que hemos situado en los asientos traseros. El grandullón está acostado, con cara de preferir estar siendo perforado por un centenar de alfileres, mientras la pequeña duerme enroscada muy cerca de su hocico.

—¿Crees que se harán amigos? —le pregunto a Adán.

—Sultán se acostumbrará a su presencia, y puede que con el tiempo incluso le guste. —Me mira de soslayo y sonríe ladeado.

«Le lamía hasta el perfil».

Dios, qué perfil tiene conduciendo. Siento ganas de sumergir los dedos en su brillante cabello negro y despejar ese mechón de flequillo desenfadado que se atreve a caer hacia delante y acariciar su rostro.

—Siempre he pensado que mi presencia te incomodaba.

—No hablo de ti, creída.

Sonrío.

—Mentiroso.

—Y tu presencia me incomodaba. Ese era el problema.

No le respondo, porque entiendo perfectamente a qué se refiere.

De pronto detiene el coche y descubro que lo hace frente al burguer.

—¿Vas a comer de nuevo?

—Vamos a comer —me corrige.

—No tengo hambre, y tú ya has almorzado.

—Apenas. Puedo hacer el esfuerzo de comerme una hamburguesa. Y tú no has comido nada en todo el día y has tomado pastillas. El plato de arroz lo has tirado entero a la basura y necesitas meter algo

en el estómago.

Elevo los ojos al techo.

—Creo que prefería al Adán pasota y déspota que al nuevo papi que me he buscado.

Frunce el ceño y yo sonrío para mis adentros. Es pronto para reconocer en voz alta que su preocupación es un regalo sin precio.

—Sé de un lugar en el que puedes llamarme *papi* sin que me ofenda, pero no es aquí. ¿Qué vas a querer?

—Nada, ya te lo he dicho. Tengo el estómago cerrado.

—Perfecto, unos *nuggets* y un menú irán bien —adjudica, a pesar de mi negativa—. Una vez leí en un libro que una sábana de cuadros, un paisaje bonito y un menú de dos hamburguesas por siete euros se convirtió en una cita digna del recuerdo entre dos personas que no se soportaban.

—Ah, ¿sí? —Todavía me resulta extraña esta faceta suya lectora, recientemente descubierta—. ¿Y recuerdas el título?

—*Lo que la mafia ha unido, que no lo rompa el Gonorrea,* o algo así. Creo que era la tercera parte de una serie de humor. —Lo miro sorprendida y él ríe—. No preguntes, no podría definirte una historia así. Son de esas que solo entenderías leyéndolas, tan peculiares como su título. Pero a lo que voy, ¿qué vas a querer?

—¿Entonces no comeremos aquí?

—No. Y podrías dejar de responder a mis preguntas con más preguntas.

—¿Y por qué no pedimos por la zona de los coches? —persisto con intención cuando se dispone a salir del vehículo. Él suspira exageradamente.

—Porque he visto que no hay apenas gente dentro y sí muchos coches en la cola. Tardaré menos así. Ya te he dicho que quiero aprovechar el tiempo contigo.

Sin más, cierra la puerta y desaparece con ese aire seguro que obliga al mundo a girarse para contemplarlo.

Sonrío cuando se detiene en las inmediaciones de la playa del Arenosillo, una de las tantas a las que veníamos con nuestras familias a pasar el día juntos.

—¿La playa? —Lo miro, todavía con la sonrisa en la cara. Sabe lo mucho que me gusta, y puede que también sea consciente de los grandes recuerdos que me trae el lugar—. No he traído bañador.

—No lo necesitarás.

Tiene razón. Puede que todavía el agua esté demasiado fría para eso. Amante del agua, pero no de los resfriados innecesarios.

Hay pocos vehículos, y mientras paseamos por el precioso camino

que nos sumerge en el corazón de la naturaleza, descubro que tampoco muchos transeúntes. Hace calor, buena temperatura para un día de playa, pero el verano no ha llegado de manera plena y se nota. Además, suele ser una zona tranquila, por lo que no tendremos problemas con la presencia de Sultán y Venus.

Cuando nuestros pies tocan la arena y creo que nos detendremos justo en la desembocadura del camino de madera, Adán sigue avanzando hacia la izquierda, dejándome unos metros por detrás. Tras la labor de descalzarme, alzo la cabeza y veo la determinación de sus pasos, aún con los zapatos puestos. Claro, a un chico duro nunca le importaría llenar sus calcetines de diminutos pero molestos granos de arena.

—¡Eh! ¿Adónde vas? Esa es la zona nudista.

—A la que vamos —me responde sin girarse.

—¿Qué dices, loco?

—Culpa tuya. Haber traído bañador.

Me rio como una estúpida, parada en el sitio, con Venus en brazos y los pies enterrados. Sin protestar, lo sigo.

Para mi suerte, hay poca gente en el lugar. Todos sin sombrillas, salpicados aquí y allí sobre sus toallas, a unos cuantos metros. Detrás, delante, a la derecha y a la izquierda, casi todo son parejas de edades variadas. Un par de ellas son de chicos, y otras dos de mujeres y hombres. Lo sé porque analizo sus rostros con rapidez; no soportaría encontrarme con algún conocido, un vecino, un seguidor que me reconozca y verme en la tesitura. ¿Cómo se saluda a alguien que llega a tu altura con el cacharro al aire?

Adán se detiene y con él mi estúpido pensamiento.

En silencio, lo observo colocar la toalla gigante redonda, en la que cabemos de sobra, poner la bolsa de comida encima y comenzar a deshacerse de su ropa con una tranquilidad pasmosa. Primero la sencilla camiseta blanca. Al levantarla para sacarla por su cabeza, cada preciado músculo de su espalda y brazos se tensan, al igual que mi garganta reseca y mi sexo. En la distancia, sus movimientos superiores activan de manera involuntaria los míos inferiores en pequeños y placenteros espasmos. Me parece increíble, y a veces incluso injusto, que pueda provocar esto en mí sin tocarme ni mirarme. Después les llega el turno a los zapatos y al pantalón, el cual ya se ha bajado un par de veces hoy ante mis ojos. Y puede hacerlo todas las que quiera, no seré yo quien ponga impedimentos. Al menos no en la intimidad. Pero aquí…

—Adán.

—¿Qué? —Agachado y llevando a cabo su labor de joderme la existencia con su desnudez, gira el rostro para mirarme.

—¿En serio vas a desnudarte aquí?

Alza una ceja, juicioso.

—¿Vas a ponerte recatada ahora, después de haberme provocado con mi madre a unos metros?

—Tú me has tocado por debajo de la mesa —le recuerdo—. Con mi padre enfrente.

—Estamos en paz. Si te da vergüenza verme, puedes mirar para otro lado.

—No me da vergüenza verte a ti, pero podría reconocernos algún desconocido.

—¿Y?

—Y que se preguntará qué hacen aquí los hermanastros en cueros.

—Pues comernos una hamburguesa, que no has almorzado apenas.

Sin contar con que mañana podría estar la foto hasta en las puertas de los colegios, pero suspiro y decido guardar silencio. Nada de lo que diga podrá hacerlo cambiar de opinión. Refuerzo mi teoría cuando el pantalón termina en sus manos, doblado, y su escultural cuerpo ante la vista de los pocos presentes. Miro a mi alrededor para comprobar que no hay un solo par de ojos, ni femenino ni masculino, que no estén traspasando la piel aceitunada y cubierta de tinta de este dios. ¿Cómo culparlos?

—¿No vas a quitarte la ropa?

—No. —Me siento sobre la toalla y suelto a Venus para que toque la arena. Tras unos segundos de indecisión y reconocimiento, sale a la búsqueda de Sultán, que corre en la orilla, entrando y saliendo, esquivando las olas con pericia.

—Si estás perezosa, puedo hacerlo yo. Y a ver qué resulta más extraño.

—Ni se te ocurra. —Lo señalo.

No sonríe y sé que no bromea.

—Tú pruébame.

—Adán, no.

Ahora sí, la comisura izquierda toma vida y me muestra una mueca canalla justo antes de que la lengua asome por entre los labios gruesos y los lama con malicia.

—No, por favor —le suplico, a sabiendas de que no me servirá de nada.

Me levanto con rapidez e intento correr; acto no muy digno, teniendo en cuenta la dificultad que suma la arena, que Adán está desnudo corriendo detrás de mí y con todo el asunto saltando por los aires, mis ruegos a gritos que alertan a todo el mundo, y los perros, que se suman a la persecución cuando nos escuchan.

Probablemente no ha pasado ni un minuto cuando sus brazos rodean mi cintura y me siento atrapada entre ellos. Su cálido cuerpo pegado a mi espalda y su boca cerca de mi oreja me crean estragos

irreparables. Jadeante, me rindo. Él está tal cual, como si el *sprint* no le hubiera supuesto nada. Sultán salta intentando apartarlo y Venus estira sus pequeñas patas para imitarlo, lo que me hace sonreír.

—Sucio traidor —le susurra al perro al ver que intenta defenderme de él.

—Muy bien, chico. —Yo acaricio su cabeza, pero rápidamente Adán bloquea el movimiento apresándome con más fuerza.

—¿Te da pereza quitarte la ropa pero no pegarnos esta carrera, Lentejas? —susurra, y el halo de su aliento en el hueco de mi cuello me estremece—. Pues, venga, me haré cargo.

—No —me niego—. Lo haré yo.

—¿Segura? Porque ahora se me ha antojado hacerlo a mí y que todo el mundo lo presencie.

Resuelto y sin darme opción a apartarme gracias a la sujeción de su brazo izquierdo que casi me rodea los brazos pegados al cuerpo y la cintura por completo, baja la mano contraria hasta el cierre de mi pantalón.

—Pueden vernos —le recuerdo con tono duro, aunque mi cuerpo no se muestra tan autoritario como desearía.

—Me da igual. De hecho, me pone pensarlo. —Me suelta lentamente, a la espera de una reacción por mi parte que no llega; es imposible si su aliento sigue aterrizando con esa seguridad en mi piel. No, no me muevo, lo que aprovecha para descender lentamente su otra mano, ayudarse para desabrocharme y bajar mi pantalón, incluyendo mis bragas—. No sabes las putas ganas que tengo de ser libre, de dejar de vivir escondido. Llevo toda la vida escondido. Y hoy quiero que te corras, aquí. De hecho, voy a hacerlo.

Me gira con decisión y quedo frente a él. Su mirada burlona se ha transformado en una hambrienta que me come, aunque unos centímetros nos separen de poder hacerlo de forma literal. Sin embargo, en los últimos tiempos me ha quedado claro que Adán es profesional en el ámbito de acortar distancias para volverme completamente loca. Su miembro se alza presuntuoso entre sus ingles, visible para todos. Y a él no le importa en absoluto.

Lo desafío con un alzamiento de pestañas.

Lo provoco con mi lengua levemente asomada.

Lo incito a más cuando me hago con el filo de mi camiseta y, muy despacio, para que se recree, la alzo sobre mi cabeza.

Con lentitud, le doy la espalda de nuevo para ofrecerle la guinda del pastel. Él gruñe mientras desabrocha el sujetador y noto cómo su respiración se paraliza cuando desliza los tirantes por mis hombros hasta que sus manos aterrizan en mis pechos y la tela cae sin más.

En un breve lapso de cordura, miro al frente. Una pareja, ambos tumbados bocarriba en sus toallas y apoyados sobre los codos, nos

observa con atención y una sonrisilla provocadora en los labios.

—Están mirándonos —prácticamente lo jadeo.

—Lo sé.

—Pero no los conozco —me descubro diciendo.

«Aunque puede que ellos a ti sí —me recuerdo—. Y si te descuidas, mañana estás en todas las portadas, imbécil».

Pero ¿qué es un desliz con tu hermanastro en una playa nudista teniendo en cuenta mis recientes antecedentes? Además, no parecen reconocerme; solo se trata de dos personas compartiendo morbo visual.

Adán no me contesta, aunque siento que sonríe en mi cuello mientras deja bailar sus dedos sobre mis pezones en una dolorosa caricia que los excita y despierta.

—Así me gusta. Que respondan ante mí —murmura, caliente y exigente.

Su erección se pega en mi trasero desnudo, y sus dedos, como tortuosas pinzas, pellizcan mis erectos botones.

El hombre de la pareja sonríe un poco más al observar que su chica ha reaccionado del mismo modo, y ahora ambos pezones miran al cielo con altivez. Él se coloca de lado, sobre su mano, y con la otra acaricia el contorno femenino desnudo y tostado por el sol.

Seguimos de pie, dando el espectáculo, viendo a quién tenemos delante pero no detrás. No quiero pensarlo, y tampoco es que pueda hacerlo con el movimiento de esos dedos que comienzan a danzar hacia mi ombligo hasta rozar mi pubis depilado.

—Me encantaría follarte aquí mismo, Pecadora, pero nuestros espectadores tendrán que conformarse con algo menos.

Su dedo se ha esfumado, y lo ha hecho solo durante un par de segundos, pero maldita sea la ausencia que deja su caricia en mis poros. Reparo ahora que ha desaparecido para ser humedecido y facilitar el roce. Vuelve a mí. A mi coño, exactamente, sobre mi clítoris excitado.

—No deberías —le recomiendo—. Estoy…

—Muy caliente. Lo sé.

Su dedo sube y baja, una vez, otra, otra. Hasta que, persistente, me arranca un gemido.

—No tardaré…

—En correrte. Lo sé.

Me muerdo el labio, reprimiendo el placer que los círculos de sus dedos están proporcionándome. En un acto involuntario levanto un brazo y, desde mi posición, delante de él y pegada a su espalda y su enorme polla, rodeo su cuello para aferrarme a él cuando desfallezcan mis fuerzas, porque lo harán.

No tarda en suceder. La presión de su yema aumenta y la velocidad

de la estimulación se acelera. Yo me aferro con más fuerza y apoyo la cabeza en su pecho.

—Gime —me pide al ver que me muerdo el labio, conteniéndome —. Jamás te reprimas conmigo.

Entonces me dejo ir, y gimo con fuerza. En un acto de valentía, abro los ojos y me corro mirando a esos desconocidos a la cara. Apenas a cuatro metros, visiblemente excitados, sonríen. Él está duro, ella, receptiva; yo, a punto de desvanecerme, y Adán respirando agitado.

No puedo creer que haya hecho esto y aquí. Pero ha pasado y reparo en ello justo cuando termina, como todo lo que tiene que ver con Adán.

—¿Por qué le has dicho lo de la boda a tu madre? —Rompo el sonido de las olas, las voces entremezcladas y lejanas, los pequeños gruñidos de Sultán para que Venus deje de lamerle la nariz.

Se encoge de hombros. Lo noto porque estoy apoyada en su pecho despojado de ropa mientras él me acaricia el pelo y me despoja del miedo. Piel con piel, con los ojos cerrados y el corazón muy abierto, en mis oídos se funde el mar con sus latidos y creo ser consciente de estar viviendo un momento único en mi vida.

—¿Por qué no?

Alzo el rostro para mirarlo.

—Porque hasta hace poco te resultaba una aberración que tu madre pudiera estar enamorada y odiabas a mi padre, y de repente le preguntas por la boda.

—No odio a Natalio, Eva.

—No odias a mi padre, no me odiabas a mí… Deberías haber sido tú el actor y no yo.

—Lo admiraba. —Su mano sigue el movimiento rítmico y suave sobre mi cuero cabelludo, pero noto que sus músculos se han tensado —. Su decisión me dolió tanto como la muerte de tu madre, la marcha definitiva de mi padre y la traición de mi madre.

—Yo… —No sé muy bien qué decir. Nunca lo he escuchado sincerarse sobre él.

—No es excusa para haberme comportado como un capullo inmaduro. Al menos no durante tanto tiempo.

—Y ahora…, ¿qué sientes?

Se encoge de hombros.

—Eso da igual. Pero al menos he comprendido que a ellos tampoco debería importarle mi opinión. A mí no me importaría la suya si se enteran de lo nuestro.

—A mí sí. No querría a mi padre en contra, no soportaría su negativa, ni la de Elena.

—¿Y sí soportarías volver al mismo punto conmigo?

Lo medito unos segundos.

—No me gustaría elegir.

—Nos toca hacerlo constantemente. La vida trata de eso: elegir y apechugar con lo elegido.

Suspiro.

—La mitad de tus días estás tomando decisiones y la otra mitad arrepintiéndote de ellas.

—Hay decisiones que traen graves consecuencias y de las que no me arrepentiría jamás.

Besa mi pelo con fuerza y se mantiene ahí, confesándome en silencio que yo soy su decisión más arriesgada.

Sus dedos siguen recorriéndome. El itinerario comienza en mi pelo, continúa por el lateral izquierdo de mi rostro, baja por mi cuello y deambula hasta mi costado desnudo, estremeciéndome a cada paso con forma de caricia.

Muchos minutos después, Adán rompe el sosegado silencio:

—Y dime, ¿qué ha sido de ti?

—¿A qué te refieres?

—A estos diez años. Sé de tu éxito y todo lo que la prensa se encarga de publicar sobre la gente de la serie, el maquillaje que usas y la ropa que te gusta. —Sonrío con esto último. Sé que con la *gente* se refiere a mi supuesta relación con David, pero lo conozco lo suficiente para saber que no romperá este momento con tal de saciar su curiosidad—. Pero ¿qué ha sido en realidad de ti?, ¿de la verdadera Eva?

—La verdadera Eva también es la que actúa, se maquilla y luce vestidos con liguero.

—Pero yo me refiero a la otra.

—¿Y quién es esa otra? —quiero saber, curiosa y divertida.

—La de la boca sucia, la terriblemente cabezota que siempre tenía la razón y la que sacaba las uñas a la mínima de cambio, pero, a veces, también era una cagada. Como en el Cocodrilo, cuando te enganchabas a mi brazo como un monillo a su madre.

—¡Eso no es verdad! —Me incorporo para mirarlo. Está riéndose abiertamente, y su risa suena en mis oídos como esa respuesta que llevas esperando años y se presenta positiva.

—Claro que lo es. Agarrando al becerro, se agarra la vaca.

Le doy un guantazo sobre el pecho, el cual se mueve arriba y abajo debido a su risa. Cuando intento asestarle otro golpe, él sujeta mis manos, me mantiene a cierta distancia y, acabando con las carcajadas de manera instantánea, me contempla muy despacio, con hambre. Sus gruesos labios se entreabren, seguros de lo que van a soltar a continuación:

—Pecadora… Estás desnuda y enfadada, y esas tetas se mueven pidiéndome a gritos que me las meta en la boca y lama y muerda tus pezones hasta que me supliques que pare o, peor, que siga. Déjame decirte que llevo tanto tiempo haciéndote tantas cosas en mi imaginación que ahora sería incapaz de contenerme. Necesito recuperar todo el tiempo perdido y me da igual dónde estemos. Así que mejor céntrate y céntrame —Mira hacia abajo haciendo una mueca, y no puedo evitar reírme al observar su miembro duro y muy receptivo, a la espera de alivio—. Creo que hemos tentado demasiado a la suerte estando aquí, sin ropa.

—Y acariciándome —añado.

—Y acariciándote.

—Y masturbándome.

—Y masturbándote. —Asiente despacio, igual de lento que repite mis palabras—. Y si no te limitas a contarme qué ha sido de ti durante estos años, también follándote.

Trago saliva y me deshago de su agarre de muñecas sin dejar de mirarlo.

—Hay poco que contar —le confieso, todavía aturdida por su repaso visual y su última frase—. He estado tan centrada en el teatro y las artes escénicas, tan alejada de la sociedad, que no he vivido grandes emociones.

—¿Y el amor? —Alza ambas cejas, y aunque camufle las palabras con ese tono bromista, sé que es la verdadera pregunta que quiere hacerme—. La Eva del pasado era enamoradiza, romántica, se le encendían las mejillas cuando veía al chico que le gustaba y escribía cartitas de olor.

Trago saliva y él desliza sus ojos por el movimiento de mi garganta.

—No ha habido tiempo para el amor.

«He estado demasiados años queriéndote a ti».

—Pero ha habido otros —comenta con la mandíbula tensa.

—Claro que ha habido otros, Adán. A ver si crees que soy una chica casta y pura que hizo el amor contigo y guardó el coño en una cajita para que nadie lo tocara hasta tu regreso.

La rigidez de su rostro va menguando poco a poco y en su lugar aparece una sonrisa pequeña pero juguetona.

—Eso me quedó claro el día que llegué y ese coño estaba en la boca de tu amiga.

—No vas a olvidarlo nunca, ¿verdad?

—Joder. Ni aunque me arrancaran los recuerdos a golpes.

—Pues ya sabes lo que querías saber. Yo no me enamoro. Y es una suerte, porque así disfruto muchísimo de probar a unos y otras. —Le guiño un ojo.

—O lo mismo no te has enamorado porque no puedes vender lo que

ya ha sido comprado.

De un movimiento rápido estira los brazos, se hace con mi cintura con tanta posesión como sus últimas palabras y me acerca para estampar su boca con la mía, dejando bien claro que él es mi comprador.

Al poco rato, decidimos marcharnos.

«No te pongas la ropa, solo envuélvete en la toalla», me pide, y yo obedezco, conocedora de sus pretensiones.

Al llegar al coche y colocar a los perros en su lugar, se monta en el asiento del copiloto, tira de la toalla y después de mi muñeca para subirme encima de él, cerrar la puerta del coche y, a plena luz del día, sin importarle de nuevo quién pueda vernos y olvidando eso de que ya nos hemos arriesgado demasiado, me exige que le haga el amor.

—Querrás decir que te folle.

—No. Yo siempre digo lo que quiero decir, Lentejas. Hazme el amor.

—Hacer el amor y aparcamiento público no son dos conceptos compatibles.

Sonríe.

—Comienzo a comprender que contigo el amor es compatible en cualquier parte.

Y me besa mientras me ensarta en él y baja mi cuerpo a la vez que mi mente se eleva junto con el placer más absoluto. Porque Adán está aprendiendo a confesar lo que siente, pero todavía le cuesta no avergonzarse de ello.

Yo, cautelosa, me dejo guiar por sus labios. No me atrevo a gemir que lo quiero, que con él cualquier situación es compatible con el amor.

¿Qué hago si no perdiéndome un poco más en la locura de un hombre al que he visto hace apenas unas horas empuñando una pistola que no ha dudado en usar?

He faltado a mi promesa de pensarlo, pero ha sido inevitable. Más cuando mi cuerpo sigue vibrando en sintonía con el mal presagio de que algo se acerca. Y no soy conocedora de lo próxima que estoy. A sesenta minutos, exactamente, de mi destino.

—¿Este era tu coche? —le pregunto de camino a casa. De repente caigo en la cuenta de que, de ser así, seríamos fácilmente identificables por cualquiera.

—No. —Ríe—. ¿Me ves cara de estúpido? ¿Cómo voy a venirme con la misma matricula con la que he escapado? Biel ya no era un peligro, pero no sabía hasta qué punto podría estar en la diana de sus hombres más cercanos.

—Hombre… Has dejado que tu careto salga en todas las revistas del corazón, así que déjame cuestionar lo de estúpido.

—Ahí no contaba con que tu seguridad se tambaleaba. Además de que, debo reconocer, tu presencia me vuelve un poco idiota y hago cosas sin pensar.

Lo miro sorprendida.

—¿Acaso unas supuestas fans locas eran más importantes que tu vida?

—Pues ya ves que sí. Y no eran unas fans locas, era un puto desquiciado que estaba obsesionado contigo, Eva. Sé de lo que es capaz un hombre enfermo que se encapricha con una mujer. Sé las barbaridades que hubieran podido ocurrir si no llegamos a tiempo. Lo he visto demasiadas veces. —Sujeta el volante con fuerza y lo masajea con nerviosismo—. Todos nuestros vehículos eran propiedad de Biel, una especie de sello identificativo. Él se encargaba de todos los lujos que puedas imaginar.

—¿Y aparte te pagaba? —Asiente—. Supongo que con ese dinero te compraste este.

—No. Todo mi dinero *real* se quedó en La emperatriz, el lugar donde vivía y trabajaba casi todo el tiempo. Solo pude traerme parte del que tenía en mi habitación y otra que cogí prestada. El coche lo compré con lo que tenía en la cuenta corriente.

—Vaya, cuenta corriente. Qué legalidad la de tu empresa. ¿También tenías nómina de trabajador o eras un *freelance*? Sorpréndeme… ¿Cuál era el epígrafe de tu actividad?

Una pequeña sonrisa ladeada aparece en su rostro mientras gira el volante con esa destreza con la que suele hacerlo todo. Sus manos, grandes y cubiertas de dibujos interminables, parecen nacidas para manejarlo a su antojo.

—Ganadería, posiblemente.

Mi sonrisa se borra y yo sola me reprendo. Quien pregunta lo que no debe…

—¿Cómo cogiste la otra parte del dinero? —indago, curiosa, tras carraspear.

—Lo cogí de la caja de la barra principal —me aclara—. Mi huida no fue premeditada, fue demasiado espontánea para poder subir a por mis cosas y mi dinero. Me marché solo con Gabriela, Sultán, algunas armas y el dinero que pude sacar del local esa noche.

—¿Le robaste al Atrapasueños?

Alza las cejas.

—Y le disparé tres veces, pero parece ser que te impacta más que metiera la mano en la caja. Qué malote, ¿eh? —De repente, sonríe—. A la mañana siguiente de haber llegado a casa, me viste en calzoncillos y me preguntaste enfadada si me había dejado la maleta

en Galicia. —Lo recuerdo. Fue el día después de la pelea con Javiela en la discoteca—. Jamás reconocerás que estabas encantada con la ausencia de mi ropa.

—Eso no es verdad.

—Tu orgullo no te lo permitiría.

—Es que no es verdad. —Reprimo una sonrisilla que quiere manifestarse traidora.

—Está bien, mentirosa. —Gira el volante y descubro que estamos entrando en nuestra calle—. Te dejaré en casa, iré a hacer un recado y volveré. ¿Puedes bajar a los perros?

—¿Un… recado? —indago sin querer preguntarle directamente. El amago de sonrisa es catapultado.

Una súplica crece en algún lugar de mi pecho y sube hasta mis pensamientos en forma de esperanza. Necesito que me diga la verdad, que confíe en mí. Que los secretos que nos separan desaparezcan.

—Iré a contarle mis planes a Gabriela. No puedo marcharme sin decirle adónde voy y sin…

—Despedirte —termino por él—. Por si nunca más tienes opción de hacerlo.

Detiene el coche con suavidad justo delante del jardín de casa y me recorre las pecas con la mirada. Su mano viaja hasta el lateral de mi rostro, del que aparta un mechón de pelo que acaba tras mi oreja mientras me inspecciona como un cartógrafo descubriendo los enigmas de un nuevo mapa.

—No vas a deshacerte de mí, tranquila. No ahora.

«No ahora que te he encontrado».

Cuando desmonto del coche, parece que todo lo vivido entre granos de arena se ha diluido con la potencia de esa ola inesperada que te tumba el castillo, a pesar de creerla lejos e incapaz.

En silencio y bajo el potente influjo de sus ojos, me hago con los perros y camino hacia casa. Me siento torpe cuando me observa, como si no llevara toda una vida sabiendo colocar un pie detrás de otro para desplazarme.

No lo miro antes de que se marche.

Y a pesar de todo lo vivido en estas últimas horas, todavía me pregunto si ha sido correcto haberle dado espacio en mi nueva y tranquila vida a lo que tengo a mi espalda. A quien tengo a mi espalda.

22

En el barro me encontré el amor.
Y allí dejaré mi corazón.

IKRAM

Un tiempo atrás

Una enorme sonrisa emergió al ver aparecer la bandeja incluso antes de que mi cabeza lo hiciera detrás. Kerstin se encontraba sentada en la cama, con las piernas cruzadas y, al parecer, leía algo hasta que yo la había interrumpido.

—Me creía más interesante que una bandeja de comida, la verdad. —Despegó la mirada de su objetivo con olor a sopa y me observó con la duda en el rostro. Mientras soltaba el gran recipiente sobre la mesita, le aclaré—: Te han brillado los ojos al verla y se han apagado ligeramente al elevarlos hasta a mí.

Después dejé sobre el sillón la bolsa de cartón que traía alrededor de la muñeca, llena de ropa sencilla y útil que había comprado.

—Lamento dañar tu ego de niño guapo, Pantene, pero no eres comparable a un buen festín después de dos días a base de suero y uno entero a zumos. ¿Qué traes?

—Sopa, así que no te ilusiones tanto —le dije en tono dolido—. Y pescado, creo.

—No finjas desconocimiento, ambos sabemos que el doctor Ikram Hasbún ha elegido cada alimento premeditadamente.

Me guardé la sonrisa.

—Puede ser. Me gusta elegir mi comida.

—Pero esta no es para ti.

—No me refería a eso.

La repasé despacio, pero no fue un gesto deliberado. Ni siquiera había querido sonar provocativo, pero por su mirada huidiza y sus mejillas ligeramente sonrosadas sospechaba que no lo había conseguido. Llevaba el pelo recogido en un moño desordenado y sus ojos ya lucían abiertos del todo. Solo unas marcas esparcidas por el rostro manchaban su nívea piel. Me percaté de que quizá me había deleitado demasiado con mi visión cuando al llegar a sus piernas cruzadas, las estiró con rapidez y carraspeando cambió la postura.

—¿Cómo te encuentras? —me vi obligado a preguntar con tal de cambiar de tema.

—Bien. Con mucha más fuerza y ganas de salir de esta cama. La tele me aburre, los crucigramas me aburren, y este libro, que me ha buscado el doctor con tal de que deje de preguntarle por mi alta cada vez que pasa —me lo mostró con desgana—, me aburre.

—Me alegra escucharlo, porque hoy nos vamos.

Sus pestañas se alzaron hasta las cejas rubias con ilusión.

—¿De verdad? —Pero de repente sus ojos tomaron un matiz oscuro, y supe que era debido al miedo de regresar a La emperatriz.

—Hoy nos tomaremos el día libre, pero después tendrás que volver. Es inevitable.

Tragó saliva.

—Lo sé.

—Biel no sabe nada de ti ni de Adán respecto a Gabriela, puedes estar tranquila. Solo es una muchacha con suerte que consiguió escapar, ha vuelto a sus manos y, por casualidad, en ese tiempo transcurrido se cruzó una vez con Lusco. Además —carraspeé, porque era evidente que la siguiente información no sería de buen gusto para ella—, con la llegada de la chiquilla está demasiado entretenido, por lo que no serás su foco de atención cuando regreses.

La argentina llevaba solo tres días en el *pub,* pero todavía no la habíamos visto fuera de la habitación del Atrapasueños. Todos sabíamos que estaba jugando día y noche con su nuevo regalo, como un niño los primeros días tras la llegada de los Reyes Magos.

—Eso no me alivia —espetó molesta—. Ni siquiera puedo imaginar por lo que debe estar pasando Gabriela. Sí, sí que puedo —soltó el libro con fuerza sobre la cama—, y puedo porque yo también lo pasé.

De repente y para mi sorpresa, se alzó el camisón sin importarle encontrarse sin ropa interior, a pesar de la timidez que había mostrado segundos antes cuando la había inspeccionado con calma. Su expresión era tan dura y dolida que no reparé en aquella parte de su anatomía más de lo debido, aunque lo suficiente para calentar mi sangre. Solo unos vellos rubios y sutiles comenzaban a cubrirle el sexo, por suerte para mi integridad. De haberlo visto descubierto, expuesto…

—Ricitos… —Carraspeé. Iba a suplicarle que se cubriera cuando su siguiente movimiento me cortó el habla.

Se señaló una cicatriz en lo alto del abdomen y me obligué a fijar la vista ahí.

—¿Sabes qué es esto? —Negué, todavía afectado por la visión de sus piernas descubiertas que, por suerte, cerró para ponerse de pie, aunque seguía libre de tela. ¿Por qué me afectaba ahora si la había visto tantas veces ligera de ropa o sin ella?

—No sé lo que es —atiné a responderle.

—La firma de ese cabrón. Le gusta marcarnos para que toda la vida seamos de su posesión; y lo seremos, porque si algún día conseguimos salir de ese puto infierno, seguiremos señaladas como vacas por su ganadero. Jamás tendré una vida normal. Jamás podré enamorarme sin tener que contarle a esa persona quién fui. Jamás dejaré de ser una

puta que pasó su juventud ensartada en un degenerado que jugaba con su vida, mudándola de una mano a otra como una pelota.

»¿Crees que quiero esto para una niña por la que he sacrificado mi cabeza, Ikram? Prefiero seguir viviéndolo yo, al menos ya estoy acostumbrada. Pero su miedo estos primeros días es inimaginable. La incertidumbre del qué vendrá después, qué atrocidad querrá hacerte mañana.

—Sé que no deseas esto para ella. Yo tampoco, no soy un jodido monstruo, pero ya sabemos de qué va este juego: o tú o los demás. Debes mirar por ti y dejar de preocuparte por otros.

—¿Y qué haces aquí, entonces, eligiendo mi comida y trayéndome crucigramas para matar el tiempo? Preocúpate por ti y deja de hacerlo por mí. Llevo sobreviviendo desde que nací —sonrió con cinismo—, sin necesidad de ningún hombre que venga a pedirme que le tire la trenza por la ventana para subir a salvarme a mi torre sin puertas. Yo ya me he cansado de ese egoísmo que rodea nuestra vida de mierda, de mirar solo por mí y de pasar por encima de quien haga falta a cambio de un día más respirando. No tengo ganas de seguir haciéndolo. No me importaría morir en este momento, pero sí me aterra volver con él.

Una lágrima silenciosa salió de su ojo izquierdo y se deslizó tan sigilosa como su presencia. Yo no pude más que guardar silencio, repasando sus palabras en mi mente. Tenía razón, ¿qué hacía allí, cuidando de ella?, ¿por qué no estaba en La emperatriz, con mis quehaceres?, ¿por qué los tres días anteriores que no había podido ausentarme para ir a visitarla había estado tan irascible?, ¿por qué había pensado en su estado a cada instante?

Dos golpes secos en la puerta me hicieron apartar los ojos de ella, que se había mantenido de pie, ya con el camisón bajado, y dirigirlos a la puerta por la que el doctor entraba en ese instante.

Nos miró con expresión confusa, puede que respirando el ambiente cargado.

—Lamento interrumpir, pero es importante que hable con la paciente antes de darle el alta.

Kerstin fue a hablar, pero me adelanté. Sabía que una noticia misteriosa de última hora no era nada positivo.

—¿Qué ocurre?

—Si no le importa, preferiría hablar primero con la señorita y…

—No se preocupe, puede hablar. Total, lo informará de todo en cuanto cruce el umbral de la puerta. Es lo que suele pasar cuando tu amo paga. —Me dedicó una mirada compuesta de toda la dureza que fue capaz y yo se la mantuve, rígido y con ganas de que aquel doctor no estuviera presente para poder decirle lo injusta que estaba siendo —. Así se ahorra de repetirlo dos veces —le dijo Kerstin con aire

cansado mientras se sentaba en la cama.

Yo me mantuve de pie, a la espera.

—Verá… —El médico me miró de reojo y carraspeó con nerviosismo. Se quedó ahí, estancado y sin poder pronunciar otra palabra.

—A día de hoy no me he comido a nadie de un bocado, doctor. He dado bocados —sonreí— y también he podido incrustar una que otra bala de manera limpia en los sesos, pero comer por comer, nunca. Así que hable de una vez o pondré en marcha lo de los sesos, que últimamente estoy falto de práctica.

—Eres único tranquilizando —añadió Kerstin.

—Verá… —repitió el doctor, esta vez centrado de manera falsa en sus informes—. No tengo muy claro cómo se nos ha podido pasar por alto algo así, pero la cuestión es que al leer su expediente para redactar el alta hospitalaria, he reparado en algo. Cuando llegó en ese estado tan grave solo recogimos restos de su sangre para analizarla, pero posteriormente lo hicimos de orina, ¿recuerda? —Kerstin asintió, sin entender. Pero yo sí entendí. Lo hice a toda velocidad—. No… reparamos en los resultados.

—No le prestasteis la debida atención —lo corregí—. Y creo que te he pagado lo suficiente como para que leyeras los resultados de un análisis de orina; de hecho, te he pagado tanto que deberías beberte un vaso diario de esa orina y analizarla tú mismo. ¿Me equivoco?

—Señor, la paciente estaba grave. Teníamos otras prioridades.

—Mírame cuando te hablo —le exigí, pues a pesar de haber conseguido unir varias palabras en una frase sin balbucear como un niño pequeño, no alzaba los ojos. Comenzaba a nublarme, y lo sabía. Necesitaba mantener el control, así que respiré con profundidad y me centré en lo importante, porque reventarle la cabeza contra la pared de mi derecha no solucionaría nada—: ¿Qué riesgos hay?

—Hemos realizado muchas pruebas, entre ellas tacs, resonancias magnéticas, placas…

—Bastante riesgo, quieres decir.

El hombre asintió y se recolocó las gafas con un gesto nervioso, a la espera de represalias por parte de Biel que no llegarían, y no lo harían no por falta de ganas, sino porque era consciente de que tenía razón con la prioridad de las actuaciones cuando Kerstin llegó tan grave, y porque el Atrapasueños no debía enterarse de aquello, o la sueca estaría perdida. Más.

—¿Alguien puede explicarme de qué habláis? —intervino Kerstin con expresión preocupada—. ¿Ocurre algo, Ikram?

Y que me preguntara a mí no me dejó otra opción que responderle. Además, prefería ser yo quien le diera la noticia que cambiaría su vida para siempre.

Esperaba que aquellas ganas de respirar un día más que había perdido volvieran, porque iba a necesitar fuerza para lo que venía.

—Estás embarazada.

Kerstin se tocaba la parte superior del brazo izquierdo con la mano derecha, ahí donde le habían hecho una incisión para quitarle el anticonceptivo que, sin duda, había fallado. Cuando lo vi, me pareció un pequeño chip incrustado. En un principio pensé que se trataba de cosa de Biel, ese tarado era capaz de controlar a las chicas como si fueran perros. Pero el doctor me explicó su función y suspiré tranquilo. Al parecer, la sádica mente de mi jefe no había llegado hasta ahí. Todavía. Y yo tenía que ponerme al día en cuanto a avances anticonceptivos.

La taza de chocolate humeaba, pero ella, con la frente apoyada en el gran ventanal de cristal de la cafetería, observaba el ir y venir de la gente sin hacerle caso. Ni siquiera sabía por qué se la había pedido, si al preguntarle si le apetecía algo había negado con un gesto rotundo de cabeza que no dejaba opción a discusión. Puede que pretendiera entibiar su interior, en apariencia frío como un glacial.

No había abierto la boca desde que le di la noticia. No había llorado. No pronunció una sola palabra mientras el médico recibía un buen fajo de billetes por mi parte y le pedía que guardara silencio, que nadie debía enterarse de la noticia y que yo me encargaría. Si tenía miedo de lo que sucediera después, no lo demostró. Nada. Hueca. Unos ojos azules sin contenido. El problema era que sí había algo en su interior: un hijo de Biel, concretamente. Porque había dado por hecho que era suyo.

—Se te enfriará el chocolate —le dije con la intención de entablar una conversación, pero creo que ni siquiera me escuchó. Yo, que había necesitado algo más fuerte para encajar la noticia, le di un sorbo a mi *whisky* y, sin más rodeos, le pregunté—: ¿Es de Biel?

Ahora sí que me enfocó. Despegó la frente del cristal, se envaró en la silla y me taladró con una mirada que antes había carecido de vida y ahora estaba copiosa de rabia, justo como la había visto discutiendo en la habitación del hospital, cuando me pidió que dejara de preocuparme por ella y me marchara a encargarme de mí. ¿Y dónde me encontraba yo?

No hay más preguntas, señoría.

—Pues claro que es suyo, ¿de quién si no? Vivo encerrada entre aquellas paredes y cuando salgo lo hago con él o con cualquiera de sus hombres. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Por eso. Podría ser de cualquiera de nosotros.

Apretó la mandíbula.

—¿Por quién me tomas? —Su labio inferior tembló, pero lo controló con una rapidez asombrosa—. Soy su zorra porque no tengo más remedio, pero mi profesión soñada no es ser puta, te lo aseguro.

Dos mujeres de unos cincuenta años, situadas en la mesa de mi derecha, se giraron con brusquedad sin soltar las pequeñas tazas de café.

—¿Qué? —les espetó Kerstin al salto—. Si no sabéis el significado, puedo daros una *master class,* que de zorras y puteros sé un rato.

Tan rápido como nos habían mirado, desviaron los ojos y fingieron seguir con el tema que su curiosidad había interrumpido.

—No te confundas, no me refería a eso —continué con seriedad—. No sería raro que te relacionaras con los pocos hombres que vivimos allí. Creía que tenías buena relación con Adán…

—Relacionarme y acostarme no es lo mismo —me cortó, hosca—. Y no, no tengo nada con Adán, ni con Adán ni con ninguno. Ni siquiera hablaba con él antes de aparecer Gabriela, si es lo que te preocupa. Porque te preocupa —me inspeccionó con detenimiento—, y sigo sin entender por qué. —Yo tampoco lo entendía, pero eso no iba a verbalizarlo—. Ni sé qué hacemos aquí, con un chocolate delante, por qué has sobornado al doctor ni qué pretendes al ocultarle a Biel el embarazo. ¿No había que preocuparse por uno mismo? Si tu jefe descubre que lo hemos engañado, nos cortará a pedazos. Se nos acumulan los castigos.

—Solo quiero tiempo para pensar.

—¿En qué?

—En cómo hacer para que Biel no se entere, cómo acabar con todo antes de que se te note el embarazo y que puedas ser libre con tu hijo.

—No pienso tenerlo —me dijo con seguridad, y sus palabras mostraron la aversión que cualquiera sentiría sabiendo que la criatura que está formándose dentro de ti ha sido creada por un monstruo, a golpe de odio y maltrato—. Ni siquiera deberían haberme quitado el anticonceptivo. Podrían haberse encargado del aborto en la clínica antes de marcharnos.

—Ese niño no tiene culpa de nada.

—¿Y yo? ¿Acaso tengo culpa yo?

—No. Pero lo mismo ha ocurrido por algo. Lo mismo ese niño es tu esperanza, tus ganas de vivir y de volver a respirar.

Apretó los dientes, plantó las manos sobre la mesa con energía y se acercó mucho a mi rostro.

—No podré mirarlo a los ojos ni amarlo, ¿no lo entiendes?

—Podrás. De hecho, lo harás en el momento en el que lo veas por primera vez. Puede que antes, cuando escuches su corazón.

—¿Y tú que mierda sabrás? —me espetó rabiosa—. ¿Qué eres, un provida?, ¿antiabortista?, ¿predicador de la palabra y defensor de la

vida a toda costa? Porque te he visto arrancarle el alma a hombres con más facilidad que abrocharte la chaqueta —dijo entre dientes, y con toda la furia contenida tras esos cuadraditos pequeños, blancos y alineados, repitió—: Qué mierda sabrás.

Me hice con el vaso redondo y ancho, me bebí todo su contenido de un amargo trago y, antes de que la potencia de su sabor desapareciera de mi garganta y la valentía me abandonase para aparecer en su lugar la lógica que me pedía a gritos callar, solté el vidrio de un golpe seco y la miré.

—Sé bastante más de lo que crees. Lo sé porque mi madre sonrió con sinceridad y volvió a tener ganas de vivir cuando escuchó mi latido. Y era la primera vez que lo hacía en dos años, exactamente desde el día en el que un tipo que decía estar enamorado de ella la engañó siendo una chiquilla y la prostituyó en exclusiva hasta dejarla embarazada.

23

Yo me fui. No sé hacia dónde. Solo sé que me perdí.

Eva

—Eva, creo que Mónica ha vuelto a llamar un par de veces mientras estabas fuera. Ha insistido en que es importante que la localices cuando puedas. —Mi padre está a punto de subir las escaleras cuando entro en casa.

Al mirar atrás, compruebo que Adán ya se ha ido.

Mónica de nuevo. ¿Qué ha podido suceder para que después de años aparezca con esta inusual insistencia?

—Te ha llamado al móvil, pero al parecer no contestabas.

Mierda, mi móvil. Ni siquiera he cogido mi bolso antes de salir. Me dirijo al salón, donde lo dejé, y al sacarlo lo veo colmado de notificaciones que ignoro para centrarme en el número desconocido que me ha llamado y enviado reiterados mensajes diciendo que es ella y pidiéndome que la llame, que es importante. Sin más.

Lo hago con rapidez. Algo parecido a un nudo de nervios atenaza mi estómago. Mi mente es invadida por el confort del último abrazo. La mirada de esa chica joven que partió con lágrimas en los ojos me desmorona. Pero, sobre todo, siento el resquemor de la tristeza que me hizo entender que aquel era nuestro último día de amistad. Uno nunca sabe cuál fue esa tarde que salió por última vez a la calle a jugar con sus amigos de siempre, el último escondite o la última comba. Nosotras, en cambio, tuvimos la evidencia clavada en las baldosas de mi cocina.

Al segundo toque, su voz aparece al otro lado del altavoz y con ella un tsunami de recuerdos que me hacen sonreír, a pesar de la ausencia.

—¿Mónica?

—¿Eva?

—Hola.

—Esto… —duda—. Sé que ha pasado mucho tiempo, y que puede sonar extraño que te pida algo, pero… Esto, sí… ¿Podríamos vernos? Es importante.

—¿Ha pasado algo? —Me envaro con rapidez ante su tono dubitativo.

—No, pero me gustaría verte. Es importante —me insiste.

—¿Ahora?

—Si es posible, sí. —Se hace un breve silencio que rompe con un carraspeo—. ¿Qué te parece en media hora en la avenida del parque? —Sé que se refiere al de Elena. Cada encuentro que no era en su casa o en la mía, se daba en ese punto intermedio de la ciudad.

—Dame diez minutos más. —Necesito con urgencia una nueva ducha rápida—. Nos vemos ahora.

Desconcertada todavía por la conversación, cuelgo. Al hacerlo, un mensaje de David entra y yo lo abro sin querer al darle con el dedo, lo que me obliga moralmente a leerlo y responderle, aunque tenga prisa.

David:
Tengo una buena noticia.
Una gran noticia.

Eva:
¿De qué se trata?

David:
Mejor en persona.
Eva:
No tires la piedra y escondas la mano.
¡Ahora me lo dices!
David:
Te invito a cenar cuando tengas ánimo.
Lleva un boli, hay algo importante que firmar.

No le contesto más que un emoticono con carita indignada. Me anoto llamarlo y descubrir más tarde lo que tiene que decirme. Sé que le encanta crear ese halo de misterio y que no voy a sacar nada más por WhatsApp.

Me dirijo con rapidez a la planta superior a prepararme. Terminando estoy cuando Elena me informa desde abajo que Sandra está en casa.

—¡Que suba! —Asomo la cabeza por la puerta para que se me oiga.

—Ya estoy haciéndolo. A ver si te piensas que necesito tu permiso.

Su tono enfadado aumenta con cada peldaño que va dejando atrás y me hace entender que me espera una buena reprimenda, algo que sucede en cuanto mi amiga se asoma a la puerta por la que he desaparecido de nuevo y me mira con los ojos entornados.

No, claro que no necesita mi permiso. No lo ha hecho estas semanas atrás, cuando me encontraba en el lodo, cada vez que se ha personificado en mi habitación, cargada de comida, de esperanza y de buenas intenciones, a pesar de que le he pedido por activa y por pasiva que se marchara, que no había nada que hacer.

«Me quedaré aquí a no hacer nada, entonces».

Y eso había hecho: quedarse como solo hacen los amigos.

Se ha rizado el corto pelo en desenfadados tirabuzones que caen hacia el lado izquierdo y sus ojos están cubiertos por una sensual sombra oscura que le concibe una mirada más felina.

Coloco la cabeza hacia abajo sintiendo su intensa mirada.

—Mira, pelirroja, sé que no estás bien, que necesitas tu tiempo, que todo esto es un proceso…, pero ya es hora de que espabiles. Estoy

aquí y no pienso consentir que me ignores deliberadamente. ¿Lo entiendes?

—A la perfección. —Me froto el pelo con la toalla para quitarme la humedad, sumerjo los dedos para darle algo de forma a los rizos y al alzar la cabeza de nuevo me encuentro con su expresión confusa.

—¿Qué te pasa?

—A mí nada —le respondo.

—Estás… diferente. Te has puesto algo de maquillaje y tienes brillo en los ojos.

Enarco una ceja.

—Si lo prefieres puedo llorar un poco.

—¿Qué ha cambiado? —inquiere, recelosa.

Yo me encojo de hombros mientras guardo los enseres en el mueble inferior.

—Estoy intentando aceptar que no puedo hacer vida debajo de las sábanas, empastillada y apática.

—Dicho así tampoco suena tan mal. No recuerdo cuánto hace desde la última vez que yo pasé un fin de semana entero en modo hibernación sin importarme un carajo que el mundo se derrumbara. Pero supongo que de todo se cansa una, y que ya no hay nada que yo pueda hacer por el mundo. —Chasquea la lengua sin dejar de recorrerme con la mirada—. Entonces, ¿estás apta para un café de cuatro horas que nos ponga un poco al día de lo que esa cabecita tuya ha cocido bajo el edredón?

—Tengo que hacer un recado antes. Después, estarían bien un par de botellas de vino.

—No seré yo quien se niegue a una buena copa de vino, pero no creo que tu drogui sea muy compatible.

—He dejado las pastillas.

—¿Cuándo?

—Hoy lo haré.

—Con tiempo de que se limpie ese organismo, sí señor. Médica no soy, pero que dejes la medicación por tu cuenta y lo celebres con alcohol suena a la típica búsqueda de Google que tendrá que hacer tu amiga para poder sacarte la lengua de la boca un rato después.

Pongo los ojos en blanco, añado unas gotas del perfume diario en mi cuello y le indico con la cabeza que me deje paso.

—Está bien, dejamos el vino para otro día. Ahora tengo que visitar a una antigua amiga, pero cuando llegue te llamaré.

—He cancelado mi cita con Leo, ¡qué digo cita!, el polvazo, porque eso tiene pinta de ser un meneo de los que duran hasta la noche y te obligan a pedir *pizza* para reponer el tembleque de las piernas. Y ahora tú me dejas colgada por una amiga que… ¿Por cierto, qué amiga?

—¿Quién es Leo?

—Pam.

—¿Pam, nuestro Pam, el siamés de Pim?

—Sí, ese Pam. Y me haría un sándwich con él y Pim, aplastadita entre ambos cuerpos, pero todo se andará. Primero voy a probar a uno y después a ver cómo lo hago para zumbarme al otro. —Sonríe de lado en una mueca pillina.

No sé cómo no me sorprende. Recuerdo el día que los encontré charlando en la puerta del estudio de grabación con familiaridad.

—Eso tienes que contármelo en nuestro café.

—¿Qué amiga es esa? —me insiste ella, restándole importancia a su tema.

—Mónica.

Entro en mi habitación, me hago con una mochila más práctica que el bolso, en la que meto mis pocas pertenencias con rapidez, y salgo con Sandra siguiéndome como un lagotto en busca de trufa.

—¿Mónica, la de la infancia? —Asiento, bajando las escaleras. Alguna vez la he mencionado. Sus pasos apresurados y muy marcados me siguen—. ¿Y qué quiere?

Su tono me hace girar la cabeza.

—¿Celos, amiga tóxica?

—Curiosidad, amiga subnormal.

Sonrío.

—No lo sé, pero vamos a comprobarlo. Porque vienes, ¿verdad?

La música suena a toda voz en la radio. La ventana bajada se encarga de que la escuchemos nosotras y Huelva a nuestro paso. Sandra, sujeta al asa superior de la puerta, canta como si celebráramos el fin de un apocalipsis zombi y no mis ganas de resurgir. Sus rizos se mueven a un lado y al otro, y desafina de una manera tan exagerada que el mundo me agradecería que apretara el botoncito y el cristal se subiera de nuevo.

—David me ha hablado —le comento de repente, recordando su misterioso mensaje de antes.

—Ya debe ser importante para que le quites voz a este temazo —protesta—. ¿Qué se cuenta?

Me encojo de hombros a la vez que giro hacia la avenida principal.

—Poca cosa. Una buena y misteriosa noticia. Pero me ha dicho que mejor me lo cuenta en persona. Ya sabes cómo es. Y algo de firmar. —Su silencio y la manera de rehuir mis ojos me dan a entender que no le pilla por sorpresa—. ¿Qué sabes?

—Nada.

—Sandra —la advierto con el dedo.

—No. —Mira hacia delante, como si viera por primera vez la ciudad.

—Yo nunca te lo ocultaría.

—No te hagas la *vistima*.

—Venga, dime algo. Sabes que no me gusta esperar, y seguro que no es para tanto y…

—Júrame que te harás la sorprendida, y que lo pensarás.

—Lo juuuro.

Por suerte es de adjudicación fácil y no tengo que trabajarme mucho el chantaje emocional.

—Un contrato en Londres. —Freno de golpe con tanta brusquedad que mi amiga tiene que estirar los brazos y mantenerse rígida para no estamparse con el salpicadero. Eso le pasa por su mala costumbre de no abrocharse el cinturón—. ¡Eh, cuidado, chiflada!

—¿Qué?

Suspira recolocándose el flequillo ondulado.

—Que tengas cuidado.

—¿Qué has dicho sobre Londres?

—Que te han ofrecido un contrato para una miniserie de misterio, en Londres. Es una productora española, pero la mayoría de las secuencias se grabarían allí y en Portugal habría otro mes de rodaje. Os quiere de protagonistas a ambos y creo que es muy buena oportunidad.

El coche de detrás toca el claxon con insistencia y me obligo a reaccionar y seguir. Todavía impactada por la noticia y asimilándola, me veo en la tesitura de tener que buscar aparcamiento, algo complicado en la zona.

—Seguramente nos quieren por la polémica que se ha levantado con Javiela y Diego.

—Y qué más da. Aquí la cuestión es que salgan oportunidades y ha salido una. Creo que deberías aprovecharla.

—¿Desde cuándo lo sabéis?

Esta vez coge aire.

—Yo desde hace dos semanas, que fui quien recibí la llamada de Alicia Rodríguez. Se enteró de que estoy intentando moverte y buscó mi contacto. —Alicia es una agente bastante reconocida en el país, sobre todo por su carácter seco y su poco tacto, *cualidades* que hay que obviar ante su gran profesionalidad y sus importantes contactos entre las productoras—. A David se lo dije hace unos días.

—¿Y por qué soy la última en enterarme?

—¿Crees que las veces que he intentado decírtelo estabas receptiva para aceptar irte a vivir a Londres unos meses? Te recuerdo que he estado hablando con un bulto que habitaba bajo sábanas y que solo respondía con monosílabos.

—Pues me hubieras preguntado si acepto y yo te habría dicho que no.

Pone los ojos en blanco.

—Pues por eso mismo no quería decírtelo hasta que esa cabeza tuya fuera capaz de sopesar pros y contras.

—No quiero dejar a mi padre y a Elena solos.

—¿Estás escuchándote? —Ríe con cinismo—. Que son dos adultos que tienen su vida hecha, y tú una que tiene que buscar su camino. Solo serán unos meses, no toda una vida, y sabes de sobra que tu carrera lleva implícita la pérdida del hogar. Además, estarás con David. Y conmigo —sonríe con efusividad—, porque yo voy dentro del paquetito.

—Lo pensaré —me limito a decir a la vez que enciendo el intermitente para señalar el hueco libre que acabo de encontrar.

No puedo decirle lo que realmente está paseándose ahora mismo por mi cabeza. No puedo hablarle de Adán, de lo que acaba de empezar y del tiempo que en silencio he soñado con que se hiciera realidad. Y, a pesar de hacerme ilusión la propuesta de Londres, la de las manos tatuadas acariciando mi pelo con el mar de fondo me hace sonreír mucho más.

Una vez aparcada a cierta distancia de la puerta principal del parque de atracciones, me centro en comprobar que Mónica no me espera. Miro el reloj. He sido puntual.

—No está —murmuro mientras toco hacia atrás en busca de mi bolso, que se encuentra en los asientos traseros.

—La gente suele llegar tarde.

—Mónica no. Bueno, al menos no lo soportaba antes. Es cuadriculada, extremadamente ordenada y responsable.

—Pues menudo aburrimiento.

Le mando un wasap, pero ni contesta ni se pone en línea, así que termino llamándola, sin éxito.

—Vamos a esperarla fuera. —Salgo del coche y Sandra me imita.

Caminamos los pocos metros que nos separan de la entrada principal y nos apoyamos en la fachada. La voz de mi amiga es el telón de fondo mientras saco el paquete de tabaco y el mechero. Estar aquí ahora mismo me trae el recuerdo vivido con los excompañeros de Adán abriendo la gran cancela mientras yo, sujeta por el tipo grande, me mantenía a la espera de saber qué harían conmigo. Después, el golpe, la llegada de Adán, la desesperación en su rostro. Dos días y, sin embargo, me resultan una horrorosa eternidad.

Quiero apartar el drama de mi cabeza, castigarlo en un rincón de mi subconsciente al que tendré que enfrentarme en algún momento, pero no ahora. No obstante, como una mala broma del destino, vuelve con fuerza. Los vellos se me erizan a la vez que la llama del mechero

prende. Alzo la cabeza, le doy la primera calada al cigarro, y el humo impacta en un rostro que acaba de personarse delante del mío.

No puede ser real.

Debe tratarse de mi mente jugándome una mala pasada.

—Te echaba de menos, encanto.

No.

Su voz es real.

Su maliciosa mirada es real.

Su estridente risa es demasiado real.

Me dedica una exagerada reverencia doblando su cuerpo hacia delante mientras se quita el sombrero invisible y, al volver a su posición, sonríe. Sus dientes de oro brillan. Al menos, más que mi futuro próximo.

24

El dinero que te salva es el mismo que asesina.

Adán

El último día

Nadie conoce el momento exacto en el que la vida gira con fiereza y te deja en mitad de la nada, sin saber qué pasos dar para seguir avanzando a través de ella o si ese pequeño avance te hará precipitarte por un barranco. No obstante, todos tenemos claro el desencadenante de ese momento. El mío fue Gabriela. La integridad de Gabriela, mejor dicho. Su salud. Su vida. Sus rodillas sobre el escenario. La lengua lasciva que le recorría la espalda. Las miradas hambrientas de los presentes. Me di cuenta en ese instante, esa noche en la que todo cambiaría, que dependía de mí. Si no la sacaba de donde estaba nunca podría salir, pues ya nada quedaba de la muchacha fuerte, viva y que inventaba historias tumbada en mi cama con un perro protector a sus pies.

Aquella noche Biel estaba especialmente contento y el enfado de Susana era proporcional, por lo que dejó de revolotear alrededor de su dueño en el momento en el que comprendió que él no la necesitaba para nada, ni siquiera dentro de unas horas para sujetarle los calzoncillos mientras se follaba al grupo más selecto de muchachas de su *pub,* que eran muchas, guapísimas y nuevas. A las residentes las había colocado detrás de las barras para hacer la función de camareras, o por las estancias, repartiendo copas, comida, pastillas y coca. Esa *inversión* no era una casualidad. El Atrapasueños solo agasajaba de dicha forma a sus clientes más influyentes, y en aquella fiesta había muchos. Casi todos, podría decirse, eran caras conocidas en nuestro ambiente. Grandes narcos internacionales, políticos, un par de eminentes cirujanos, músicos, actores… incluso Minerva, la esposa de Samux. Ambos regentaban un local inmenso de BDSM en la ciudad, aunque hacía unos años que se habían expandido por el país. Podría decirse que era la persona más sádica, sexualmente hablando, que había conocido en mi vida, y juntos eran explosivos. Acudían de manera esporádica, pero siempre con un motivo. No saber el de aquella noche, ni el porqué de la afluencia de personajes, me puso alerta.

—¿Por qué esta fiesta? —le pregunté a Axel, quien se encogió de hombros.

—No lo sé, pero la odio. Odio el olor a cuero y que estos imbéciles se crean con derecho a usar sus látigos sin pedir permiso.

Lo observé de reojo, extrañado. Él, desde su imponente altura, contemplaba el panorama. Las luces eran rojas y escasas con la intención de ambientar la fiesta. Todos, absolutamente todos, íbamos enfundados en cuero; nada de imitaciones, lo que hacía que, tal y como decía Axel, oliera con intensidad.

Había ciento diez personas contabilizadas rondando por las instalaciones, además de las chicas y los hombres del Atrapasueños. Raro era el tipo que no llevaba en la mano una fusta, una pala o una cuerda y, como había dicho mi compañero, los más insolentes, aquellos babosos ávidos de carne, se tomaban la licencia de usarla a su antojo cada vez que una de las chicas caminaba por las salas.

—Biel está sobrepasado —comentó Ikram, llegando a nuestra altura. Señaló con la cabeza su posición y los tres miramos hacia allí.

En el centro de la estancia, sentado a una gran mesa redonda de cristal y rodeado de altos cargos, el Atrapasueños se metía una raya detrás de otra y paliaba el amargor con un gran sorbo de su vaso.

—Si esnifara pólvora, ese cuerpo lo soportaría —alegué, deseando que fuera justo en ese momento en el que dejara de aguantarlo. Ojalá una sobredosis hiciera que aquel tipo raquítico de pelo lamido reventara de una vez como una jodida palomita y sus sesos fueran la decoración de la fiesta que las chicas y yo montaríamos para celebrarlo.

—Y Sergio lleva su ritmo —apuntilló Axel con tono serio al ver al Pepitas reír con fuerza, con una puta sentada en su pierna izquierda y otra sobre la derecha, a las que mecía como si fueran dos niñas pequeñas.

Si alguien podía preocuparse por otro, ese era Axel del Pepitas, y viceversa.

—Un cuerpo digno de donar a la ciencia —opinó Ikram—. Y después estoy yo, que si me fumo un cigarro con rapidez me mareo.

Todos reímos ante la realidad de un hombre que disparaba sin pestañear y después no era capaz de fumarse un mísero porro sin que su enorme cuerpo cayera desplomado, sin embargo, las risas sonaron tensas, tanto como el ambiente.

—¿Qué ocurre hoy? —inquirí sin perder detalle de todo lo que acontecía a mi alrededor, de la efusividad que acuciaba a los presentes.

—¿Por qué lo preguntas? —se interesó Ikram.

—Porque todos respiramos el ánimo de los asistentes y el de Biel. —La voz suave de Kerstin se abrió paso entre las masculinas.

Estaba bien. Había recuperado casi todos los kilos perdidos tras la brutal paliza y la hospitalización. Había vuelto sin represalias por parte de Biel, que después de hacerse con su nuevo juguete parecía no querer reutilizar los viejos y no le daba mayor importancia a la

presencia de la sueca. Cualquier otra estaría contenta de recibir un respiro, pero Kerstin se encontraba en extremo preocupada porque ese juguete por el que la había remplazado era Gabriela, y ahora se sentía culpable.

Aquella noche lucía un vestido de cuero muy pegado a sus recientes curvas y el pelo relamido en una cola altísima adornada con una especie de brazalete de la misma textura que la ropa, como llevaban todas las chicas del *pub,* incluidas ella y Susana, para que los clientes las diferenciaran. Pensé en Gabriela. ¿Llevaría también ese sello distintivo? No podía preguntarlo, al igual que Kerstin o Ikram, por mucha curiosidad o preocupación que sintiéramos. Solo quedaba esperar su aparición para comprobarlo.

Casi un mes había pasado. Menos de cuatro semanas eran suficientes para que la bondad de una niña desapareciera, sus ojos se vaciaran de emociones, su cuerpo cambiara y la idea de una vida digna y libre fuera impensable.

La veía arrastrar los pies por los pasillos y recordaba aquella muchacha que en su último día de falsa libertad calzó los tacones con determinación, la misma que usó para bailar en el boliche, como ella llamaba a la discoteca, para cantar con toda la actitud o para besarme como si fuera la más determinante de las mujeres. Me sonreía, una sonrisa triste y apagada, y seguía su camino; un itinerario marcado por las órdenes de su dueño.

En un par de ocasiones había podido hablar con ella a solas. En una de ellas cruzamos unas simples palabras caminando por el pasillo, sin mirarnos, pues ambos sabíamos que Biel estaba alerta. La segunda fue una mañana muy temprano. Iba subiendo las escaleras como quien tiene el peso del mundo sobre sus hombros, y al llegar arriba la increpé para saber cómo estaba. Insistí en saber qué barbaridades estaba haciéndole y por qué estaba tan delgada, si Biel se encargaba de que sus mujeres no perdieran un gramo y estuvieran bien alimentadas para que siempre fueran atractivas ante los clientes, que las querían llenas y con curvas, y no esqueléticas. Se negó a decírmelo. Tras mirar alrededor y hacia las cámaras, me vi en la obligación de sujetarla por el brazo y meterla en mi habitación. Ya me encargaría de las grabaciones más tarde.

—¡Estás loco! Podén vernos y tendrás problemas —exclamó mientras se zafaba de mi agarre y me empujaba.

Después, se giró y abrazó a Sultán, que sobre el colchón se movía como una culebra. Tuvo que calmarlo para que dejara de aullar de alegría, y se dejó lamer por él.

—Hola, mi pequeño, hola… —susurró con la voz quebrada por la emoción.

Desde el cautiverio de Gabriela, Sultán salía conmigo. Ya no tenía

por qué ocultarlo. Ella lo veía, y alguna vez se había acercado a tocarlo sin reparar demasiado en mí. No podía permitírselo, no si queríamos seguir con la falsa de los desconocidos que se encontraron en la puerta de un bar y que nunca llegaron a nada más.

La miré despacio. Ni rastro de la chica que cerraba los ojos mientras la lluvia le caía encima.

—¿Qué está haciéndote, Gabriela? —le pregunté, y mi voz sonó tan ronca y desesperada que incluso a mí me sorprendió.

—No querés saberlo, Lusquito. —Alzó el rostro y sonrió sin dejar de acariciar al perro detrás de las orejas, consiguiendo que se doblase de gusto—. No te preocupés, yo estoy bien. Solo tenés que saber que Biel duda de ti, que él fue quien entró en acá el día que yo estaba escondida detrás de la cama. Le he reconocido los zapatos que vi.

—No puede ser. Lo habría visto por las cámaras.

Su mirada se ensombreció mientras negaba.

—A veces las apaga.

Recordé entonces el comentario de Ikram el día que casi le vuelo la cabeza a Susana. Él me había dicho lo mismo, aunque no me reveló sus fuentes.

¿Qué querría Biel de mí que pudiera encontrarse en mi habitación?

—¿Qué veces? —le pregunté, dejando mis dudas aparcadas para analizarlas después.

Agachó los ojos y los fijó en Sultán para evitar los míos.

—Cuando hace cosas con sus mujeres que no quiere que los demás veáis.

—¿Qué cosas? —No respondió, no se movió. Me acerqué a ella y le alcé el mentón, comprobando que le temblaba—. ¿Qué cosas?

—Olvidáte de mí. Ya hiciste todo lo que pudiste, me ocultaste en tu habitación y me regalaste el mejor día de mi vida. Ahora, dejá de sentir que sos responsable de mi seguridad y seguí con tu vida tal y como estaba antes de que yo llegara para joderla un poco. Puedo soportarlo, Lusquito. No soy una niña desvalida. Mi viejito me enseñó a ser fuerte y afrontar lo que la vida me tiene preparada. Preocupáte por ti y descubrí por qué el Atrapasueño te mira de cerca.

Abrió la puerta de mi habitación, comprobó que no hubiera nadie en el pasillo y huyó despavorida.

Me desprendí de parte de mi impotencia golpeando la pared, con la necesidad de arrojarlo todo, de romperlo, de tirar aquel puto *pub* abajo, hasta que Sultán mordió despacio mi mano derecha y me hizo parar.

De repente, salí de aquellos recientes recuerdos cuando unas manos rodearon mi cintura por detrás, lo que provocó que me desprendiera de ellas de un movimiento brusco y me girara sobresaltado. De nuevo, me encontraba en La emperatriz, rodeado de perversión, drogas y

cuero.

Dulce parpadeó varias veces, desconcertada ante mi brusquedad.

—Perdona —suspiré—. No sabía que eras tú. No te esperaba aquí esta noche.

—Te noto ensimismado. Normal, menuda fiesta.

Sonrió ladina y se acercó cautelosa a darme un beso en la mejilla que recibí con gusto, mucho más cuando lo dejó con intención cerca de mi boca. La necesidad de apartar los punzantes pensamientos me hizo actuar como en cualquier otra ocasión no se me habría ocurrido, mucho menos delante de mis compañeros. Giré el rostro y atrapé sus labios. Con rapidez me correspondió y su lengua luchó con la mía, ávida y potente. Una guerra sin un claro ganador.

—Vaya. Me has echado de menos —me comentó entre besos, jadeante y sonriente.

No le respondí porque no tenía necesidad de mentirle para follármela. No, no la echaba de menos, ni siquiera me acordaba de ella si no aparecía por el local, pero ahora estaba allí, y yo me sentía alterado, irascible y con escasa capacidad de contención. Aún debía descubrir por qué, pero mientras tanto, tenía un foco en el que centrarme para distraerme.

—Tenía la intención de tomarme una copa primero… —murmuró cuando la sujeté de la cintura y la junté a mi pantalón para que notara la dureza de mi polla.

—Después.

Lamí su mentón y descendí para morder su cuello con ganas. Dulce jadeó, un quejido pequeño y excitado.

La música disminuyó, las luces se atenuaron y las voces se entremezclaron. Una parte de mi subconsciente fue testigo de dichas acciones, pero yo seguía ensimismado en la piel que lamía, en el cuerpo que manoseaba y en la cadera que se restregaba a conciencia.

—Dios mío… Adán… —fue un murmullo apenas audible por parte de Kerstin, no obstante, lo detuvo todo.

Solté a Dulce y me giré despacio, como si supiera exactamente hacia dónde tenía que mirar. Si a Axel le sorprendió el repentino comentario de la sueca, no hizo mención de ello. Puede que ni siquiera se percatara, pues él, al igual que cada puto presente, tenía los ojos sobre el escenario principal, donde Gabriela posaba desnuda y de rodillas, con los ojos clavados en el suelo. Lo único que envolvía su menudo cuerpo eran unas gruesas cuerdas colocadas y anudadas a la perfección desde los hombros hasta los muslos, de manera que parte de la piel se exponía y ambos pechos se veían a la perfección, hinchados por la presión de las ataduras. En la boca, una mordaza de bola que la mantenía semiabierta.

—Pero ¿qué mierda…? —susurré.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dulce, pero nadie le contestó.

Miré a Ikram en busca de alguna explicación. Este, con las manos cruzadas por delante de su cuerpo, permanecía imperturbable, al igual que Axel, al que no parecía sorprenderle el numerito. En cambio, los ojos azules de Kerstin destilaban horror. Ambos sabíamos que algo ocurría, que Biel jamás, bajo ningún concepto, expondría a una de sus chicas personales, mucho menos ante las importantes figuras que asistían a aquel evento, todas ellas con las cuentas corrientes y los bolsillos tan llenos que cualquier capricho que se les antojaran podía convertirse en una obsesión que conseguir a toda costa.

El público silbó eufórico cuando el Atrapasueños, con un traje de chaqueta de cuero hecho especialmente para él y que quedaba ridículo cubriendo el saco de huesos que componía su cuerpo, subió al escenario y extendió los brazos a ambos lados, para a continuación comenzar a hablar con teatralidad:

—Queridos congregados, hoy es una noche especial. Todas, en mayor o menor medida, terminan siendo únicas entre las sordas paredes de La emperatriz, pero hoy le añadimos un plus a nuestra ya reconocida diversión —frotó los dedos de su mano derecha como el que toca una delicada tela y después señaló a Gabriela, que seguía con la cabeza gacha—, y a las pruebas me remito. Esta, mi *petita,* mi mayor tesoro hecho mujer, será hoy de uno de vosotros o vosotras, para vuestro uso y disfrute, o puede que de varios. Pero, antes, y esperando que sirva de precedente, disfrutaré plenamente de ella, aquí, en vivo, como espectáculo principal. Pequeña y en apariencia delicada, os impresionará su resistencia bajo el influjo de mi látigo.

—¿Cuándo cuesta? —preguntó al salto una voz risueña del público que no reconocí, pero al que le puse rostro con rapidez, ya que se encontraba situado en primera fila.

Deseé arrancarle la cabeza al gordo cabrón que había pronunciado la cuestión.

—¡Por favor, Arnau! —exclamó el Atrapasueños con una gran sonrisa—. Me insultas. Sois mis invitados, mis mejores clientes, la alta alcurnia congregada en mi palacio.

La respiración se me cortó y me vi obligado a tragar saliva, a ver si así conseguía hacer desaparecer el nudo que se me había creado en la garganta. Odiaba los gestos de Biel, su cómica manera de hablar, la falsedad de cada sílaba pronunciada…, pero aquel día experimenté un cúmulo de sensaciones tan oscuras, tan cínicas y que me llevaban a idear situaciones tan extremas, que me asusté de mí mismo.

Los ojos brillantes de Kerstin me buscaron con disimulo y se encontraron con los míos a medio camino.

Una camarera se interpuso entre ambos con una bandeja en la mano, de la que cogí una copa sin saber qué contenía para vaciarla

acto seguido de un solo trago. La sueca repitió mi acción e Ikram la miró con desaprobación.

—¿Qué haces? —le preguntó.

Ella lo sujetó por el antebrazo y lo alejó lo suficiente de Axel para que el monólogo de Biel a través del micrófono impidiera que la escuchara hablar:

—Hay que detener esto —suplicó, mirándome.

—No —sentenció Ikram con rotundidad.

—No podemos permitir que…

—No —le repitió—. No saldréis vivos en el intento.

—¿Te preocupa que caigamos nosotros o que sea Biel quien lo haga? —le espetó con intención.

Los ojos de Ikram brillaron, impotentes.

—¿Cómo te atreves a preguntarme eso?

—La información es poder, ¿no? —Le sonrió cínicamente—. Y en este caso parece más poderosa que la integridad de una chiquilla inocente.

Axel se acercó y la conversación finalizó, aunque ambos se retaron con la mirada durante unos segundos más. Yo no entendí qué estaba pasando, y aunque era evidente que entre aquellos dos existía algo, no era de mi incumbencia, mucho menos en ese instante.

Me mantuve en silencio mientras dirigía la mirada de nuevo al escenario. Un latigazo en la espalda de Gabriela silenció el ambiente y mi pecho. Nada de erotismo; sadismo puro y duro. Dolor intencionado. Ella, aguantando, solo se encorvó un segundo para volver a su posición inicial. *Lovely* sonaba de fondo, en contraste con la situación, interrumpida solo por el látigo amenazante que en cada acometida parecía sacudirme a mí.

Intenté mantener el control, pero como ya había notado, aquella noche estaba especialmente incontenible.

El Atrapasueños abandonó el látigo a un lado y, situado detrás de ella todavía, sujetó la mordaza y tiró con fuerza para que la bola se introdujera todo lo posible en su boca y la especie de correa maltratara sus comisuras. Ni un solo lamento se escuchó por parte de ella, en cambio, los ojos mostraron el pánico más absoluto cuando, alentados por Biel, vio subir al pequeño escenario a Minerva y Samux.

Si no recordaba mal, Gabriela ya deambulaba por el *pub* cuando lo visitaron la última vez. Los había visto en acción, y por ello predijo lo que sucedería. Entonces mis dudas se disiparon: descubrí qué hacía la pareja allí, por qué la vestimenta elegida, el motivo de los látigos y las palas y la presencia de los grandes personajes.

Las manos comenzaron a sudarme y tuve que cerrarlas en puños para controlar mi ira.

Minerva colocaba en sus pezones unas pinzas que había sacado de

algún lugar mientras Samux vertía cera sobre estos. En el primer brinco de Gabriela descubrí que el aparato era eléctrico y que la zorra de Minerva estaba provocando descargas en ellos.

—Me encanta que lloren —dijo Biel en voz muy alta para ser escuchado mientras secaba desde atrás las lágrimas que empezaron a desfilar por las mejillas de Gabriela—. Y que supliquen clemencia. Pero lo que más disfruto es cuando no tienen opción a réplica y tienen que soportar lo que su amo le tenga preparado.

De un movimiento inesperado sujetó de mala manera su pelo suelto y tiró hacia atrás mientras Minerva lo hacía hacia el lado contrario con la cadena de las pinzas y pulsaba a su vez el mando que mandaba las descargas. Los pezones de Gabriela se tensaron tanto que temí que se los arrancaran.

Malditos bastardos hijos de puta.

Fueron minutos interminables en los que mi mente no funcionó con normalidad. Solo escuchaba la música, los latigazos acompasados que comenzó a propinarle Samux, y que sonaban uno detrás de otro con una leve pausa de por medio.

Zas.

Zas.

Zas.

Oí el quejido amortiguado por la bola de plástico que le impedía hablar, pero no gemir de miedo cuando Minerva, tras abandonar las pinzas en el suelo, se encendió un cigarro y, tras una calada en la que soltó el humo muy despacio, lo aproximó al pezón izquierdo de Gabriela. Ella, llevada por el pánico, intentó retirarse hacia detrás, chocando con Biel y cayendo de lado, atada e indefensa. Finalmente, la puta sádica logró su cometido; el grito desgarrado que emitió la garganta de la argentina me confirmó que la había quemado.

Me descubrí con lágrimas contenidas.

—Por favor —suplicó Kerstin desde algún lugar cuando Biel y Samux se bajaron los pantalones y se sacaron las pollas.

El palpitar de mi corazón se sintió como un impacto imparable dentro del pecho.

Pum. Pum. Pum.

«No saldréis con vida en el intento», había dicho Ikram. Y probablemente tendría razón, pero Biel caería conmigo.

Mis ojos recorrieron la zona y captaron la posición de cada uno de nosotros: Axel, a mi izquierda, Ikram, a mi derecha y un paso por delante, atento a cada movimiento de Biel, y el Pepitas acomodado frente a la mesa donde lo había visto anteriormente, acompañado de las chicas y alejado de nosotros y del escenario. No podían saber de mis intenciones, y si las averiguaban, contaba con que no disparasen, al menos hasta terminar mi cometido.

Calculé la distancia hasta la barra de la izquierda, la más pequeña de las dos, a un par de metros.

—¿Adán? —La voz de Dulce sonó a mi espalda, pero yo ya me alejaba sigiloso hacia la barra, tras la que entré sin titubear.

La camarera de aquella noche era una de las chicas, algo a lo que no acostumbrábamos, aunque alguna vez que otra habían servido en las fiestas. Todas debían valer para todo, o eso opinaba quien les pagaba. Aquella que me observaba de reojo mientras servía una copa era Sarah, si no me equivocaba. Negra, de pelo rizado y muy bonita, pero no demasiado sociable. Si a eso le añadíamos que yo no me relacionaba prácticamente con las trabajadoras… No obstante, aun sin tener relación con ella, no puso impedimento a mi invasión cuando me acerqué a la caja, pues todas sabían que La emperatriz era nuestro hogar y que los hombres de confianza nos movíamos por cada rincón sin ser cuestionados. De todos modos, que metiera la mano y sacara el enorme fajo de billetes la hizo alzar una ceja.

No podía estimar la cantidad, pero sabía que, de conseguir escapar de aquel lugar, me bastaría. Era una buena caja para haber empezado la noche recientemente, lo que no me extrañó. Siempre ocurría, más cuando los clientes poseían tanta pasta como aquellos. Sin dilación y no sin dificultad me acomodé el dinero en el bolsillo interno de la chaqueta y salí de la barra.

Después, todo fue rápido y determinante.

No lo pensé, como no lo hacía con ninguno de mis objetivos, como si fuera un encargo más y no un asunto personal. Como si el arma no me quemara entre los dedos mientras la sacaba de la parte trasera de mi pantalón y las piernas no me hormiguearan de camino al escenario. Mi foco, Biel, alumbrado por la única y centrada luz que resaltaba el brillo de sus prominentes entradas.

Lo vislumbré todo a cámara lenta, sumergiéndome por entre la gente, dejándome llevar por el silencio del público y la letra de la música. Las luces cambiantes, rojas, azules y blancas camuflaban mis intenciones. Solo veía a Minerva levantando a Gabriela para colocarla de nuevo de rodillas mientras Biel y Samux se acercaban con los miembros duros.

No.

No les daría tiempo a hacerlo.

No mientras me quedara un hilo de aliento.

Me faltaba poco para llegar. Demasiado poco. Un par de segundos que me otorgó el Atrapasueños cuando le indicó a Minerva que le quitara la mordaza de la boca. Ni esta ni su marido eran un peligro para tener en cuenta, ni siquiera un objetivo. Me habría encantado darles un buen escarmiento, pero no tenía tiempo y estaba solo. Afortunadamente. No hay cosa mejor hecha que por uno mismo.

Llegué al filo del escenario con la altura de un escalón de unos cincuenta centímetros, el cual subí de un paso, impulsado por mi pierna derecha, a la vez que ponía en el punto de mira la cabeza melenuda oscura.

Puede que disparar por detrás fuera de cobardes, pero no tenía opciones para ponerme a jugar a los superhéroes. Era uno contra… No lo sabía. Y aunque aquel era mi territorio y me lo conocía como la palma de mi mano, no dejaba de ser su casa, con su gente y sus hombres.

Para mi poca suerte, el griterío del público alarmó a Biel, quien, acabando de desabrochar la mordaza de Gabriela, giró el rostro y me vio.

Yo sería su último recuerdo, y saberlo me satisfizo con intensidad.

La adrenalina me arrolló cuando disparé. Una, dos, tres veces. En el brazo y en la espalda. No podía arriesgarme a tirar a la cabeza, no cuando la argentina se encontraba pegada a su cara.

La mordaza cayó al suelo y la bola de plástico negra al rebotar se me clavó en los oídos.

Plam. Plam. Plam.

El Atrapasueños se miró el hombro sangrante, elevó la mirada y la clavó en la mía mientras se desplomaba despacio. Sonreí al contemplar su cuerpo ensangrentado con la polla flácida sobre el escenario. Jamás se me olvidaría la imagen de sus zapatos con la puntera mirando hacia arriba. Me había preguntado una veintena de veces qué número calzaría. Era una extraña obsesión que se incrementaba con el paso del tiempo y de los cadáveres.

Calzaba un cuarenta y dos.

Y aquellos serían sus últimos zapatos.

La pareja de sádicos se tiró del escenario con las manos sobre la cabeza, abandonando a Gabriela, con quien me hice de un movimiento. La sujeté por las cuerdas, sin dejar de apuntar al frente con la pistola, y la ayudé a levantarse.

No podía soltarla, no había tiempo. Tuve que bajarla con rapidez y dificultad del escenario.

La gente gritaba y corría, y yo solo podía calcular los metros hasta la salida en mitad de la muchedumbre.

Necesitaba sacarla de allí, y si me mataban no contaba con nadie que lo hiciera. Por ella misma sería casi imposible, atada como estaba. A mi alrededor, entre rostros aterrados, descubrí el de mis compañeros, o puede que pudiera llamarlos amigos a aquellas alturas. ¿Qué menos después de lo que ocurrió? El Pepitas, de pie en la misma ubicación que antes y con los puños apretados me miraba muy serio, sin dar crédito. No pude reparar demasiado en él, debía continuar mi camino. Entonces Axel me cortó el paso, encañonándome. Parado

frente a mí, me contemplaba con el gesto endurecido y el brazo tenso. Yo, en la misma posición, lo apuntaba a él. Gabriela temblaba y lloraba a mi lado, puede que esperando su final.

—¿Qué cojones haces, Lusco? —me preguntó Axel, y supe que rogaba una respuesta que lo convenciera de no matarme.

—Dispárame o quítate de en medio.

—¿Qué has hecho? —insistió—. ¿Por qué lo has hecho?

—¡Dispárame o quítate, joder! Porque yo me llevaré por delante a quien haga falta, y no quiero que tú seas uno de ellos.

Puede que fuera por la fuerza de mis palabras o la verdad que había en ellas, porque Axel bajó el arma, dio un paso al lado y, sin añadir nada más, me dejó avanzar. Miré una vez atrás para comprobar que contemplaba el cuerpo inerte de Biel sobre el escenario.

Mientras buscaba a Ikram y Kerstin, la gente se empujaba hacia la salida con la pretensión de escapar de allí y alejarse de mí. Viendo la negativa de mi amigo cuando la sueca propuso acabar con aquello, esperaba que apareciera en cualquier momento para detenerme o quizá para terminar conmigo. Su fidelidad hacia Biel siempre había sido incuestionable. «Al igual que la de Axel y el Pepitas», me dije. Y, a pesar de ello, todavía ninguna bala atravesaba mi corazón.

Por fin me encontraba en el gran recibidor. La puerta, como un túnel de luz que guiaba nuestro itinerario, me parecía más majestuosa que nunca. Abierta de par en par, alumbraba nuestra inminente libertad.

Miré a Gabriela y la recordé unas semanas atrás, en ese mismo *hall,* ataviada con el vestido y la peluca, con esos ojos claros cubiertos de una sombra oscura que la hacían parecer una mujer. Ahora estaba desnuda, atada, asustada y llorosa. Su piel irritada en exceso mostraba los golpes recibidos, pero lo peor fue su mirada ausente, su martirizador silencio.

Unos valiosos minutos con los que no contábamos me tomé en hacerme con la pequeña pero afiladísima navaja que siempre llevaba colgada en el llavero y deshacerme de las cuerdas. A pesar de que era apta para dicha misión, las cuerdas eran gruesas y costó trabajo. Ella no se movió. Ni entonces, ni cuando la cubrí parcialmente con mi chaqueta de cuero ni cuando la guie hacia la salida con suavidad pero sin demorarnos. Solo reaccionó cuando unos ladridos resonaron en la gran estancia.

Al girarnos, Sultán bajaba a galope las escaleras, en nuestra búsqueda. Su dueña se agachó con los brazos abiertos para recibirlo y se abrazó a él, sollozando. Yo reparé en un trapo que el perro traía anudado al cuello y que antes no había estado ahí. Lo desaté con rapidez y descubrí que su misión era sujetar un calcetín relleno. Mi calcetín. Relleno de billetes. Siempre lo había ocultado en mi mesita,

entre la ropa interior. Ahí guardaba gran parte del dinero negro recibido por Biel. Se suponía que nadie lo conocía; nadie excepto Gabriela, que me había visto alguna vez manipularlo.

Miré hacia arriba, pero no visualicé en el pasillo más que a algunas de las chicas que corrían para esconderse en sus habitaciones.

Me pregunté quién sabía de mi escondite y se había encargado de hacérmelo llegar, y con él, a Sultán.

—No hay tiempo que perder. Debemos salir de aquí.

—¿Puede venir con nosotros? —me preguntó Gabriela con la voz rota.

—Claro. Nunca se abandona a tu ángel de la suerte.

Ya en el coche, unos veinte minutos después, comencé a tranquilizarme, aunque la adrenalina aún galopaba imparable por mi cuerpo. Debía pensar qué hacer a continuación. Puede que quedarnos en algún hostal de carretera en el que admitieran animales, descansar, curar las heridas de Gabriela y, después, ya vería. Ahora la prioridad era la chiquilla que miraba el exterior, agazapada en el sillón, escondida en mi chaqueta y aferrada a Sultán, que dormía en su regazo como si fuera un cachorro de tamaño pequeño.

—Pararemos en un hostal a descansar y a mirarte las heridas.

—¿Y qué vendrá después? —me preguntó sin mirarme.

—No lo sé. Tengo un conocido en Galicia que me debe un favor y quizá pueda ayudarnos.

—¿A qué?

—A escondernos.

—¿De quién? Biel está muerto.

—Del Pepitas, de Ikram, de Axel, de Sosa, de los socios de Biel… No lo sé con exactitud, pero cuanto más pasemos desapercibidos, mejor. Alguien puede coger el mando y nosotros seremos su objetivo.

—Ikram está de nuestro lado, o lo estará pronto.

Alcé una ceja y la miré con curiosidad.

—¿Qué lado?

—El de matar a Biel.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque está enamorándose de Kerstin, aunque él todavía no lo sepa, y ella está embarazada de Biel.

—¿Qué? —Aminoré la velocidad en un intento por mantener el control del coche—. ¿Cómo no me has hablado de esto antes?

—Porque me lo contó en confianza, como amiga, y las amigas no soltán los secretos. Querían acabar con el tipo pero no era el momento. No sé por qué, pero debían esperar un poco más.

—Tarde —susurré mirando al frente.

—Te adelantaste.

—Te prometí que te sacaría de ahí, y he cumplido mi promesa.

Posó la mano sobre mi pierna en un gesto cariñoso y yo posé la mía sobre aquellos dedos temblorosos y pequeños.

—Gracias, Lusquito. Arriesgaste tu vida por mí. Te la pegaste sin nada encima por mí. Vos sí que sos mi verdadero ángel de la guarda.

No mencioné palabra. No podía.

La había salvado a ella y puede que a mí, aunque en aquel momento no lo supiera.

Ahora solo quedaba mirar hacia delante y empezar de nuevo.

25

Todo se hizo tan grande… Y yo soy tan pequeño.

—Buenas tardes. —Miro alrededor para cerciorarme de que estamos solos. No hay nadie en la pequeña recepción del modesto hostal—. Vengo a por las pertenencias de una clienta. Gabriela Acevedo.

Ignacio asiente, impávido.

—Claro. Acompáñeme. Es por aquí.

Sale del mostrador y alarga la mano en dirección a la escalera, a mi izquierda. Mis pasos resuenan en la modesta estancia de color verde claro, y los suyos, cansados por el peso de los años y las vivencias, los siguen.

—¿Vas armado? —me pregunta peldaños arriba, cuando se cerciora de que el aparente peligro puede haber pasado. Asiento—. Han podido seguirte.

Ignacio es consciente de la gravedad. Aparecer sin Gabriela es el peor de nuestros presagios. Y él sabe de sobra cómo actuar en dicha situación para correr el mínimo riesgo posible, si es que estar a mi alrededor exime a alguien de acabar francamente mal.

—No me han seguido, me he asegurado de ello.

Al llegar a la planta superior, compuesta de un corto pasillo con cinco habitaciones y un baño en común para todos los huéspedes, el hombre se coloca delante de mí y me guía hasta la tercera puerta de la derecha.

La estancia es pequeña pero completa. Del mismo color verde de todo el edificio, cuenta con una cama de 1,35 m, una mesita pequeña, un armario y un escritorio de esquinera con su correspondiente silla. Repaso el que hasta hoy ha sido el hogar de Gabriela.

—En el armario debe haber una caja de zapatos plateada.

Alarga de nuevo la mano para darme permiso y que sea yo quien me haga con ella. Camino hasta el mueble, lo abro y, tras un rápido vistazo a las pocas pertenencias, busco entre las cajas.

—¿Está viva? —me pregunta, y a pesar del tono neutro atisbo en él esa gota de aprecio que la argentina vierte en la vida de quien entra.

—Sí.

—¿A salvo?

Me hago con la caja plateada, la apoyo sobre la cama y la abro. Efectivamente, hay munición, una pequeña pero útil navaja de unos diez centímetros y otra de mayor tamaño.

—Supongo que nadie está a salvo mientras el Atrapasueños respire.

El hombre se mantiene en silencio durante unos largos segundos que me obligan a alzar el rostro mientras cierro la caja.

Con los labios convertidos en una fila línea y los puños apretados a ambos lados de su cuerpo, inquiere:

—¿Acaso ese malnacido respira?

—Se ve que sí. ¿Puedo coger algunas pertenencias más? —Asiente despacio, dedicándome una mirada que roza el desprecio. Puedo entenderlo.

—¿Por qué respira?

—Ha burlado a la muerte.

—Es un simple mortal, Adán.

—Un simple mortal que ha sobrevivido a una puta ráfaga de disparos. Yo mismo vi cómo lo atravesaban.

Descuelgo unos cuantos jerséis y pantalones y me hago con ropa interior del primer cajón de la pequeña mesita.

—¿Tienes una bolsa para meter todo esto? —Al mirarlo de nuevo, compruebo que tiembla. Su mentón se mueve al compás de la rabia que inunda su cuerpo—. Voy a matarlo, Ignacio. Voy a acabar con él y voy a comprobar con mis putos ojos que ese cabrón cae a una zanja y la arena lo sepulta, o que se convierte en ceniza que yo mismo llevaré a un vertedero y tiraré sobre la maloliente basura, que es donde debe estar. Y tu hija será vengada como le corresponde.

—Escupe de mi parte sobre su cadáver antes de convertirlo en ceniza. Es mejor quemarlo. Déjame dudar de la idea de la zanja. No hay una lo suficiente honda para ese desalmado… —Traga saliva, incapaz de acabar.

—Lo haré.

—Y dile a Gabriela que me alegro de haberla conocido y que ojalá volvamos a vernos. La echaré de menos por aquí.

Palmeo su hombro al pasar por su lado.

—Se lo diré. Y, tranquilo, no creo que estés en peligro.

—Eso no me preocupa, muchacho. Pueden atravesarme el corazón, pero no podrán hacer nada con su latido ya inexistente. No se mata a un muerto. Así que encárgate de cubrir la espalda de esa argentina contestona. Ella sí merece vivir de verdad de una vez por todas, y ambos sabemos que no será posible mientras ese… —respiró profundo y se guardó el calificativo— siga vivo.

—Lo haré.

—Vamos. Te daré una bolsa para que metas todo eso.

Ignacio en su día fue hijo, marido y padre. Años después, tras una adicción a las drogas y el alcohol que lo consumió, solo padre. Cuando el Atrapasueños se cruzó en su vida, simplemente dejó de ser.

Su hija Martina fue el pago de sus deudas con Biel. No había

cumplido los dieciocho años cuando se la llevó al antiguo local en el que trabajábamos en Galicia con la clara amenaza de que, si denunciaba su desaparición, acabaría con ella. Ignacio intentó por todos los medios que su ya exmujer no diera el aviso a la policía aquella misma madrugada cuando la chiquilla no apareció, entretanto intentaría solucionar el problema de su deuda. Pero no pudo frenarla. «Hay cosas en la vida que un simple mortal no puede detener, y una de ellas es una madre desesperada», me había dicho el hombre.

La última vez vista fue saliendo de natación. La siguiente, siendo ya solo un cuerpo sin rastro de sus casi dieciocho años de vivencias, en el parque frente a la piscina municipal.

No sufrió ni fue entregada a ningún cliente. Biel no quería líos mayores, y alistar en sus filas a una niña, menor y española eran tres riesgos que no estaba dispuesto a asumir con tal de escarmentar a un simple borracho moroso, así que un golpe seco en la cabeza finalizó con su vida al día siguiente y uno de nosotros se encargó de llevarla hasta el lugar ordenado. Nadie supo nunca qué sucedió. Unos meses siendo noticia y después uno de los tantos casos cerrados en España.

Ignacio se recuperó y dos años más tarde vino en mi búsqueda. Según me dijo un tiempo después, el único motivo por el que me eligió a mí y no a otro fue porque le mostraba fidelidad a mi amo, pero no en el mismo porcentaje que mis compañeros. «De la camada, sospeché que eras el perro descarrilado». Solo quería saber qué había sido de su hija las menos de veinticuatro horas que había pasado en manos del Atrapasueños. No le conté nada, no tenía por qué. Eran detalles fuera de mi incumbencia y que solo me traerían problemas.

Con el tiempo y la gran insistencia de aquel padre roto por el dolor y la culpa, ese que esperaba cada día cualquier movimiento por mi parte fuera del *pub* para insistir e insistir, claudiqué. Informarlo de que su niña no sufrió ni fue sometida, que se mantuvo aislada en una habitación sin ser tocada, alivió un poco el peso de esa losa a la que cada día de ausencia se le añadía una tonelada. No acepté el dinero que me ofreció por la información, pero me quedé con su contacto. Nunca sabía cuándo necesitaría un favor. Mi mundo funcionaba así: para lo bueno, ojo por ojo, y para lo malo, hoy por ti, mañana por mí.

Casi cinco años después, tuvo que devolvérmelo escondiendo a Gabriela. Mi intención era llevarla a Galicia, pero él, que había subsistido gracias a un pequeño hostal regentado en Santiago de Compostela, vio la oportunidad de cambiar su vida, cruzar el país y bajar al sur con el mismo modelo de negocio en mente, pero buscando la redención en actos puros, como lo era ocultar y cuidar de la argentina hasta que pudiera sacarla del país. A cambio, ella trabajaría limpiando el pequeño edificio.

Era su forma de agradecerme el favor que me hizo en su día y el

haber *matado* al hombre de sus pesadillas, pues era consciente de que él solo no podría hacer nada contra aquel monstruo que arrancaba almas sin titubear.

Ahora, sospechaba que la argentina había ocupado un pequeño rincón de la habitación vacía en la que se había convertido su corazón y, de nuevo, el destino se la arrebataba.

Con precaución, llego al punto dos y me dispongo a aparcar lo más cerca posible del hotel donde se aloja Gabriela, pero intentando no ser visible para otros ojos.

El encuentro será breve: le daré sus pertenencias, le contaré mi propósito y me iré. Así debe ser. Sin despedidas desalentadoras.

Quito el contacto, me hago con la bolsa colocada en el asiento de mi lado, que contiene lo poco que la argentina ha dejado en el hostal, y alzo la cabeza cuando veo y oigo revuelo. Mi alarma interna me avisa de que algo está fuera de lugar. Un claxon suena y, tras él, otro, otro y otro; repetitivos y agresivos. No se trata del estrés diario urbano. Mis ojos se dirigen al foco del sonido y observan cómo un cuerpo menudo y ágil cruza peligrosamente los dos carriles sin importarle que la circulación siga en marcha. Gracias al pelo corto y negro reconozco a Gabriela, quien apoya ambas manos sobre el capó de un Citroën que casi la atropella. Detrás, una figura masculina la persigue a toda velocidad. Los conductores, irritados, gritan improperios.

—Me cago en mi puta estampa. —Sin dilación y con movimientos certeros, abro la guantera, cojo la pistola y casi a la vez abro la puerta.

El día no está dispuesto a darme una tregua, por lo visto.

Mis piernas, sin necesidad de una orden consciente, se ponen en funcionamiento veloz mientras mis ojos pierden de vista a Gabriela y mi mente recuerda posibles itinerarios. Pero parece que el mundo quiere burlarse de mí y recordarme que, cuando me marché, el tiempo siguió corriendo en cada calle y ahora no todo es como la última vez que lo vi.

Galopo a grandes zancadas a través de la carretera de la misma forma que ha hecho Gabriela y recibo idéntico concierto de conductores cabreados.

—¡Puto loco desquiciado! —escucho gritar a la vez que el tío que persigue a Gabriela cruza una esquina y lo pierdo.

Corro más y mis pulmones se quejan del *sprint,* pero no me permito aminorar.

Llego a la esquina y, al girar, necesito frenar en seco y ocultarme tras la pared que acabo de rebasar, porque el tipo está frente a la verja de hierro que da paso a un parque poblado de árboles, bancos y

transeúntes. Mira en derredor con todos los sentidos alerta. Sé que Gabriela ha conseguido despistarlo y que la presencia de niños disminuye el riesgo.

Mientras intento reconocer al hombre, acción que su ropa oscura dificulta, aprecio cómo el cuerpo ágil que busco sale de unos bajos matorrales situados a la derecha del tipo y cual pantera hambrienta se lanza a por él. Desde atrás y con una habilidad asombrosa, con una mano le tapa la boca y con la otra coloca un cuchillo en su gaznate mientras camina de espaldas tirando del tipo y lo esconde en la espesura verde, alejado de la vista de los demás.

Me acerco en cuestión de segundos. Cuando me sumerjo entre frondosos matorrales, de aproximadamente un metro de altura, ambos se revuelcan por el suelo en una lucha silenciosa que solo deja salir quejidos de esfuerzo y alguno de dolor. Él se encuentra abajo y bocarriba; ella, subida como una amazona, le lanza puñaladas en los brazos que el hombre usa para cubrir su rostro a la vez que se mueve con brusquedad para quitársela de lo alto, pero esas piernas delgadas y femeninas presionan los costados como lo haría con un caballo rebelde que pretende desprenderse de su jinete.

La sangre comienza a cubrirlo y los quejidos se intensifican. Gabriela, enloquecida, hinca el cuchillo una y otra vez con una energía desmesurada, gruñendo de rabia.

La imagen me impacta tanto que necesito intervenir. Piso la cabeza del tío con fuerza para que se mantenga estático y me guardo el arma en la parte trasera del pantalón, sabiendo que no la necesito.

—Gabriela, ya —le pido con calma, sin obtener resultado.

Gruñe con una frustración nacida dentro, y cuando los brazos heridos caen lánguidos a los lados, ella tira al suelo lo que me parece un cuchillo de cocina y golpea el rostro descubierto con sus manos. Los puñetazos suenan como si atizara una madera y no carne.

—Gabriela, para.

Pero continúa, obnubilada, sumida en su rabia.

—¡Gabriela!

Entonces se detiene y alza el rostro para mirarme, como si acabara de ser consciente de mi presencia. Y puede que así sea. Su bello rostro de niña está salpicado de sangre, sus pupilas dilatadas y sus iris claros hoy no son verdes ni grises, sino de un color indescifrable, vacío, sin vida.

—Lusco —murmura con una voz tan ronca que no parece suya. Traga saliva y, con su acento marcado, añade—: Quería acabar conmigo. Era él o yo. Era inevitable. Era… —De manera automática, las lágrimas llenan sus ojos y se desbordan mudas en dos líneas rectas que limpian a su paso las pintitas de sangre fresca.

—Vamos. —Me agacho a por ella para ayudarla a levantarse del

cuerpo aparentemente inerte al que a continuación le tomo el pulso—. Está débil pero vivo.

Ella lo contempla desde arriba.

—Morirá.

—Intentaremos que no. —Miro alrededor para asegurarme de que nadie nos ha visto en este rincón apartado y tiro de la pierna del hombre, al que ahora se con certeza que no conozco de nada, y lo dejo escondido pero con los zapatos del cuarenta a la vista de quien pase—. Alguien lo descubrirá y llamará para que se encarguen de él. Vamos, tenemos que pirarnos de aquí.

La sujeto del brazo y la guio hasta detrás de la esquina en la que me he ocultado antes. Apoyada en la pared con la mirada ida, le alzo la camiseta para poder limpiarle la cara con el filo y, ella, inmóvil, se deja hacer sin preocuparse por su parcial desnudez.

—Lo haría con la mía, pero es blanca y no vamos a llegar al hotel sin que nos arresten —comento para rebajar un poco la seriedad del asunto.

Sus ojos me enfocan mientras paso la tela por su cara y con severidad me cuestiona:

—¿Por qué lo dejás vivir?

—Porque no puedo dejar un rastro interminable de cadáveres por toda Huelva, Gabriela. No todo el mismo día. Han encontrado los cuerpos en la Casita de Campo. Ha salido en las noticias.

—El Atrapasueños se encargará de ellos.

—Ya, pero mientras tanto deberíamos calmar la situación, no empeorarlas.

—Ha entrado al hotel dispuesto a matarme. Nos han seguido. O intentaba matarlo, o el cadáver que habrías encontrado es el mío. Y prefiero que me coman remil gusanos ahí tirada que Biel se encargue de recogerme, ¿entendés?

Suspiro.

—No estoy recriminándote nada. Yo mismo lo habría matado si te hubiera puesto la mano encima.

—No quería… —murmura—. No quiero hacer esto, Lusco, vos sabés que no soy así. No quiero matar, no quiero…

La abrazo para acallar su verborrea. Su cabeza se apoya en mi pecho y se mantiene ahí unos segundos mientras llora, apenas unas lágrimas que la desinflan de la culpa. Después, se aparta, se limpia la humedad y me mira con determinación.

—¿Qué hacés aquí?

—He venido a traerte la munición. Pero vamos al coche y te cuento, no es conveniente rondar tan cerca.

Me sigue en silencio. Ahora nos situamos frente al paso de peatones y esperamos a que el semáforo cambie a verde para los transeuntes,

sin la licencia de cruzar la avenida como putos locos.

Intento aclararme. Necesito ir a Barcelona, pero no puedo dejar a Gabriela aquí, no ahora que saben dónde está y que corre más peligro que nunca. Tengo que asegurarme de que Ignacio está bien y que no conocen su ubicación. Y necesito que Eva, mi madre y Natalio estén al margen, a pesar de ser un objetivo para ellos.

La única certeza que tengo es la de que todo a la vez no puedo hacerlo.

La cabeza va a estallarme. Sé que tengo que acabar con esta mierda de una vez por todas, pero ¿en qué orden? Soy uno, solo uno, intentando frenar con dos manos un rio desbordado. Años atrás me creía invencible, indispensable para que Biel y los míos siguieran con vida, no obstante, ahora entiendo que solo soy el culpable de todo, que no estoy protegiendo a nadie y que lo único que puedo hacer es intentar que la mierda no salpique a quienes más quiero.

—¿Por qué suspirás? —me pregunta Gabriela.

Hemos llegado al coche, el cual he abierto de manera inconsciente. Nos montamos y, reprochándome no estar atento a lo que me rodea teniendo en cuenta la jodida situación, agudizo la vista. De reojo compruebo que ella revisa sus pertenencias.

—Solo te pedí la caja. No tenías que molestarte en traer nada más

—No ha sido molestia.

—¿Qué pasará ahora, Lusco?

La miro. Por un momento sus palabras repiquetean en mi cabeza como aquella noche que salimos despavoridos del *pub*. Algo me dijo que la escondiera, a pesar de creer muerto al causante de nuestro mal. Pensaba estar ocultándola de sus hombres, puede que de desconocidos aliados, y resulta que seguía haciéndolo de él. Me centro en la pregunta. La misma que me hizo en aquella ocasión, desnuda y temblorosa, con la diferencia de que entonces no tenía un plan, no como ahora, y de que la que se encuentra situada a mi lado no es una muchacha desvalida. Ha dejado de temblar.

Mi mandíbula se queja con un dolor punzante que me indica que debo relajarme.

—Pasará que iré a La emperatriz a acabar con Biel y con toda esta mierda. Venía a decírtelo y marcharme, pero no contaba con que estarías jugando al pillapilla con un matón en mitad de la ciudad.

Sonríe débilmente para luego contemplarme con fijeza. Ahí viene el reproche, el intentar quitarme la idea de la cabeza, reprenderme por mi impulsividad, asegurar que nada saldrá como espero…

—Me parece bien, pero yo voy —adjudica para mi sorpresa—. Y no hay nada que digás que me haga cambiar de opinión, primero, porque quiero hacerlo, y segundo, porque no tenés de otra. No hay un solo lugar donde dejarme a salvo. ¿Y dónde más segura que con vos?

—¡Ni hablar! —declaro con rotundidad—. Y por supuesto que hay algo que decir. —Me dispongo a argumentarlo, pero entonces mi móvil suena de manera repetida y capta mi atención.

El tono de los sms me pone la piel de gallina.

Saco el teléfono del bolsillo delantero del pantalón y abro los mensajes.

La imagen se me clava en el pecho como una ráfaga de disparos, todos en el mismo maldito lugar. La mano se aferra con fuerza al aparato, deseando desintegrarlo con mis dedos.

—Lusco, ¿qué ocurre? —La voz de Gabriela suena de fondo, distorsionada—. Adán, respondéme. —Me arranca el móvil de las manos y observa la pantalla—. Mierda. Joder —profiere—. ¿Quiénes son? Aparte de Eva.

—Sandra es su amiga, y la rubia no lo sé.

Escucho cómo chasquea la lengua y golpea el salpicadero con rabia una y otra, y otra vez, hasta que, jadeante y desesperada debido a mi mutismo, que no es más que la consecuencia del miedo que ocupa cada puto rincón de mi cuerpo, me mira con seriedad y me zamarrea.

—No pue… puedo respirar, Adán, no puedo. Maldita sea. —La observo. Con la mano sobre su pecho, se golpea con suavidad en búsqueda de aire—. Y no lo haré, no lo haremos, hasta que el corazón de ese malnacido deje de funcionar, ¿lo entendés? Ahora con más motivo, tenemos que ir allá y volarle la puta cabeza. Solo es un hombre, Lusco. Solo un hombre —repite, acelerada—. Si no podemos entrar a por él, esperaremos a que salga, a que vaya con pocos hombres, a que… ¡Maldita sea, no pensás decir nada! ¡Eva estará allí en unas pocas horas ¿y no pensás decir nada?! ¡Aaarg! —Golpea de nuevo el salpicadero.

—No es el momento de hablar, Gabriela, es el de acabar con todo de una vez.

Le quito el móvil de las manos y observo una vez más la foto en la que Eva, Sandra y una desconocida, sentadas en la parte trasera de un coche, posan con fingidas sonrisas, los ojos cubiertos de horror y los dedos alzados formando una v, como si fueran de viaje juntas y no directas al matadero. Solo un brazo sin dueño aparece con una pistola, apuntando desde el asiento del copiloto por entre los sillones. El mismo tipo ha realizado la foto y sé que también ha orquestado toda esa pantomima de los deditos y la sonrisa.

A continuación, otro mensaje, otra foto de una carretera concurrida.

Para finalizar, un último sms.

Empieza por B.
Ciudad Condal con más de un millón y medio de habitantes
y un único dueño.
Pista: ciudad y dueño, hermanados, comparten inicial.

26

Hay caminos que hay que andar descalzo.

Eva

Únicamente me ha dado tiempo de mirar alrededor un par de segundos antes de que el Pepitas me empuje para introducirme en el coche. La gente camina por la calle, por el mismo asfalto que día sí y día también me avasallan, me gritan, me paran para hacerme fotos… Pero hoy nadie se percata de las chicas aterradas que son introducidas en un vehículo a la fuerza. El mundo parece estar despierto solo detrás de una pantalla.

La primera imagen que contemplo es la de los ojos miel apagados de Mónica. Se encuentra en la parte trasera, al fondo de los asientos, con las manos entre las piernas a modo de protección y la mandíbula temblando.

—Yo no quería, Eva, me han obligado —dice con premura nada más verme—. No tengo nada que ver… ¿Qué es esto? ¿Qué está pasando? ¿Quién es esta gente tan…? Me han increpado a la salida del trabajo y… —Le hago un gesto de silencio con el dedo mientras me introduzco, buscando que se calme. No puedo explicarle nada porque no sé ni siquiera qué tiene que ver ella con todo esto.

—Andando. —El Pepitas empuja a Sandra con fuerza y, a su vez, a mí, provocando que casi caiga sobre Mónica.

—Lo siento —murmuro con sinceridad, muerta de miedo e incertidumbre. No por el embate, del que ella casi no es consciente; es que no consigo relacionar qué hace aquí, metida en mi mierda, que al fin y al cabo ni siquiera es mía.

Tras cerrar la puerta de atrás y con todas sentadas en la parte trasera, el Pepitas rodea el coche, toma asiento en la delantera y el vehículo se pone en marcha de inmediato, lo que me indica que hay prisa por marcharnos, y creo saber adónde. Un escalofrío me recorre por la espalda cuando el nombre del Atrapasueños llega a mi mente como una ráfaga esclarecedora.

Para mi sorpresa, y aunque solo hayan transcurrido unos segundos, Sandra ha acatado la situación sin mencionar palabra. Al mirarla, creo reconocer que está bloqueada. Solo observa a Axel, quien va al volante, y al Pepitas, que se gira en el asiento del copiloto y nos mira despacio y con curiosidad, hasta que, con una sonrisa enorme que se me antoja maquiavélica, se detiene en mí.

—Ha pasado poco tiempo, pero qué eterno sin tu presencia.

Vomitivo.

—¿Qué quieres? —le escupo con desdén—. ¿Qué tienen que ver ellas con todo esto? Déjalas irse y trata conmigo lo que tengas que tratar.

—No hay nada que tratar, pelirrojilla. El tiempo de los trueques ha terminado, y eso lo sabemos los dos. Los tres. —Corrige haciendo un gesto de disculpa hacia Axel, que no se molesta en mirarlo—. El que avisa no es traidor, y creo que dejé muy claras mis instrucciones.

—Déjalas irse, por favor —le suplico.

—¿Cómo voy a dejarlas ir? ¡Va a tener lugar un precioso rencuentro entre amigas de la infancia! Me encantan los rencuentros, me ponen nostálgico. —Ríe.

—¿Quiénes son estos personajes, Eva? —Sandra habla por primera vez, observando con el labio levemente alzado la actitud aparatosa de Sergio.

El Pepitas alza la pistola para señalarla con ella, y Sandra suelta una exclamación, pegándose todo lo que puede al asiento.

—¡Dios mío!

—Heme aquí. —Sonríe y se señala él con el arma para después volver a mostrársela a Sandra—. A ver, os explico. Tenemos algo de prisa y alguna decisión importante que tomar, así que hablaré yo y después os dejaré vuestro tiempo de ruegos y preguntas.

—Qué detalle por tu parte.

Me contempla con burla. Mis comentarios parecen no afectarle nunca lo más mínimo.

—Evita, vivimos en un país democrático. Qué menos que escuchar a nuestros iguales y dejarlos opinar.

—Para después terminar haciendo lo que te dé la gana.

—Exacto. Has definido perfectamente la verdadera democracia de este país. —Suelta una gran carcajada y su compañero ríe con él esta vez, sabiéndose absolutos dueños de la situación.

—¿Y qué harás con ellas?, ¿llevárselas a tu jefe para que te de una galleta como premio? Nos buscarán. Somos tres personas relacionadas, y para vuestro disgusto, españolas que no llevan el pasaporte encima.

—Vaya, cuánta información tienes sobre nuestras actividades, ¿no?

—Eva, creo que deberías callarte. Esta gente tiene una puta pistola —me recuerda Sandra exaltada.

—Yo creo que tu amiga tiene razón —interviene Axel.

—No me matarán —mascullo entre dientes, mirando al Pepitas con fijeza—. Me quieren viva.

—A ti sí, pero no a ellas —me advierte el Pepitas.

Mónica solloza, acurrucada en su asiento.

—Sería muy arriesgado dejar cadáveres por el camino, justo después de la noticia de La Casita de Campo. Un reguero de sangre desde Huelva hasta Barcelona. Mucha casualidad.

—Eva… ¿qué tienes tú que ver con eso? —cuestiona Sandra con asombro, quien al parecer es conocedora de la noticia.

—¿Has visto esos actores de teatro que aparecen varias veces con

caretas puestas y representan diferentes personajes? Digamos que tu amiga es algo así —comenta Sergio. Le cuesta apartar los ojos ladinos de los míos, que lo fulminan con furia, pero finalmente lo hace y los dirige a Sandra con fijeza—. Tu presencia me ha incomodado un poco porque no te tenía dentro de la ecuación de mis planes, pero de repente me hace ilusión. Flipada vas a quedarte cuando descubras quién es el hermanito de Eva.

—¿Adán? —le pregunta Sandra, y gira el rostro inquisitivo para observarme a mí con el ceño fruncido.

Yo miro al frente, entre ambos asientos delanteros, y con los dientes apretados observo en silencio que nos dirigimos a la autovía. No quiero perder detalle del itinerario. Y lo más importante y real: no soy capaz de enfrentar el momento que el Pepitas espera con ilusión.

—Adán para los amigos; Lusco para su verdadera familia. —Alza las comisuras con intención—. Otro que realiza varios papeles en esta obra de teatro llamada vida… El de hermanastro desaparecido, el guardaespaldas de nuestro jefe y, por ende, uno de sus matones, y el papel que más me gusta de todos. Trrr trrr trrr —imita un redoble de tambores, pistola en mano—: ¡El que se folla a su hermanastra famosilla en los ratos libres!

El coche se llena de silencio. Solo escucho mi respiración desacompasada, el llanto débil de Mónica, la risa del Pepitas y la turbación de Sandra.

—Eva… ¿es eso ver… verdad? —titubea Sandra.

—No los juzgues. No corre sangre igualitaria por sus venas. Cualquiera sucumbiría a semejante hembra y a ese semental. En el *pub* siempre ha sido muy reconocido —dice con intención—, aunque muy reservado con su intimidad. No ha tenido contacto con las trabajadoras, es más de buscar su comida fuera del bosque. Ahora me pregunto si no sería un loquito enamorado de aquella chiquilla de pelo rojo a la que veía cada día en las revistas de prensa rosa o por las noches en el capítulo diario de la serie.

Las lágrimas empiezan a deslizarse por mi rostro. Entiendo ahora que han llegado hasta mí vigilando los movimientos de Adán cuando todavía estaba en La emperatriz. La información me sorprende, aunque no puedo detenerme ahora mismo en ella. De reojo, observo a Mónica mirar al frente, seria y en silencio, en absoluto sorprendida por esta información que ella ya conocía. De hecho, era la única sabedora de la realidad.

—Pero eso tú ya lo sabías, ¿verdad? —le pregunta a mi antigua amiga—. Por eso te alejaste de ella: si su secreto se mantenía a salvo, el tuyo también.

—Cállate —le pide entre dientes. Las lágrimas aterrizan en sus labios gruesos y, de ahí, se deslizan hasta el pecho—. ¡Tú no sabes

nada de mí!

—¡Oh, por favor! Pero ¿en qué mundo vivimos? Te gustan los coños, ya. Fin del misterio —suelta el Pepitas, y ella llora un poco más.

—No llores, a mí también me gustan —añade Axel.

—Y a mí —dice de repente Sandra—. ¿Estás diciéndome que tu gran secreto, por lo que te apartaste sin más de Eva es que eres bollera? —Alza una ceja y me señala—: Comparado con el de esta, no hay color. ¿Con Adán, Eva?, ¿en serio?

Me noto a punto de perder los nervios. No, no puedo permitirlo por segunda vez en el día. Tengo que centrarme en el aquí y el ahora, aunque a mi mente le cuesta no crear tragedias en mi cabeza. Debo priorizar para ganar tiempo, y de momento solo quiero que ellas queden fuera de todo esto, que Adán me encuentre y regresar a mi casa de una vez por todas.

Con los dedos temblorosos, me hago con el bolso cuando siento que el corazón empieza a palpitarme con furia. Sergio me vigila con interés y una ceja alzada.

—Solo voy a coger un blíster de pastillas, lo necesito —le digo con voz ahogada.

Me da permiso con la cabeza pero sin apartar los ojos del bolso. No tengo nada con lo que defenderme, pero igualmente no me la jugaría estando frente a mí con un arma y acompañado por Axel. Hasta que no me introduzco la pastilla debajo de la lengua, el Pepitas no aparta sus ojos.

—No me puedo creérmelo… Que es tu hermano… —masculla Sandra, sumida en su descubrimiento.

—¡Hermanastro, joder! Y no creo que sea el puto momento de hablar sobre el tema —concluyo.

—No, no lo es. —Sergio niega mientras se moja los labios y saca el móvil del pantalón de su bolsillo. Entretanto, observo cómo nos desviamos dirección Sevilla—. Por cierto, ya que os gustan tanto los cotilleos, aclarar que su *gran* secreto —matiza burlón, señalando a Mónica con la cabeza— es que estaba enamorada de Eva, y un poco obsesionada, así que leyendo unas cartitas que la pelirroja escribía, descubrió el lío que se traía con Adán. Al parecer, Eva, acojonada porque el mundo descubriera que le había entregado la virginidad a su hermano, hermanastro o lo que coño sea, y Mónica, acojonada también porque su familia, estrictamente tradicional y católica, descubriera que estaba colada por su mejor amiga, que a la vez se follaba al hermano… Pues eso, que se dio el piro y dejaron de tener relación.

—¿Tú cómo sabes todo eso? —exclama la aludida, asombrada y enfadada.

—Pues porque he entrado en tu casa y he leído tu anticuado diario, ese escondido sobre el armario. ¿Cómo si no? Soy bueno y sigiloso, pero no mago, rubita.

—Serás… —masculla Mónica, dolida y sin querer mirarme, puede que reviviendo nuestra discusión de aquel día y todos los secretos que se alzaron entre nosotras y rompieron nuestra relación.

—No dramatices. No puedes juzgarme por leer tu diario cuando te enteraste del rollo de Eva con Adán leyendo sus cartitas de olor. Y, ahora, si no os importa… —coloca el móvil delante—, vamos a sacarnos una fotito para que tu querido hermanastro, como dices, tenga constancia de esta excursión tan chuli que vamos a hacer.

El malnacido nos obliga a posar como si fuera una foto común de tres amigas, con los dedos en alto y fingiendo una sonrisa. No podemos negarnos, no si sigue señalándonos con su pistola a modo de aviso.

—Me encontrará —le aseguro mientras contempla con una sonrisa la foto en su pantalla.

—Ay, gatita, esa es la intención. Y nosotros lo recibiremos con una calurosa bienvenida; después de todo, somos su familia.

—Déjalas aquí. Solo entorpecerán el viaje y vuestro propósito —intento convencerlo—. No sospecharán de mi ausencia si ellas se quedan e inventan algo.

—Por una vez tienes razón. Pero tendrán que acompañarnos un poquito más de trayecto. Confío en que tu hermanito esté entretenido con la argentina y los amigos que le hemos mandado…, pero necesitamos un margen de tiempo para que todo salga según lo esperado. Ya sabes… En lo que se encargan de los matones, él se entera de que estás con nosotros y pone rumbo a Barcelona, ellas todavía no han llegado a Huelva. Concordancia. —Ríe, como si todo esto tuviera una sola parte de gracia—. Que tú estés aquí ahora es porque él ha elegido asegurar la seguridad de Gabrielita. Eso lo entiendes, ¿verdad? —me inquiere con intención—. Ha sido cuestión de prioridades. Sabía que en cualquier momento apareceríamos y nos haríamos con Gabriela, o contigo, o con su mamá… ¿Quién sabe? Y ha elegido a la argentina. Lo siento.

—Biel la quiere a ella, no a mí.

Los ojos del Pepitas se alzan al techo.

—Bueeeno, Biel es taaan volátil en cuestión de prioridades… No entras en el rango de edad de sus favoritas, eso es cierto, pero esa cara bonita y conseguir corregirte los malos modales hasta que tu actitud sea obediente y sumisa puede ser algo muy atractivo para él. Ahora, si te quedas más tranquila, dejaremos a tus amigas en un lugar seguro y alejado de nuestro itinerario para que no entorpezcan la excursión y tú te vendrás con nosotros hasta que el príncipe azul venga a rescatar

a su princesa pelirroja.

Asiento, conforme. Todo lo conforme que puede estar alguien a quien el miedo le ahoga y el corazón le palpita a punto de explotar.

—Eva, no —habla Sandra.

Me giro hacia ella y le sujeto el rostro con las manos para captar su atención y conseguir que me mire solo a mí.

—Tendré la oportunidad de explicártelo todo. Ellos no me quieren muerta; solo soy su cebo.

Lo que harán conmigo una vez tengan a Adán en el punto de mira, es algo que no me permito pensar ahora.

—No, por favor…

—Sí. Todo va a salir bien.

—Me encanta tu optimismo —se burla Axel—. Seguro que tu cocina está llena de tazas de Mr. Wonderful.

Lo ignoro.

—Te lo contaré todo, pero, por favor —giro la cabeza levemente para mirar a Mónica también—, necesito que mi padre y Elena no se enteren de nada por ahora. Tenéis que ayudarme, inventar algo creíble, lo que sea. Y nada de policía. No de momento.

—Buen repunte —opina el Pepitas.

—No servirá de nada —las advierto con sinceridad—. Prometédmelo. Necesito que me lo prometáis.

Ambas asienten.

Lo último que veo son sus rostros asustados, el de Mónica cubierto de lágrimas y el de Sandra empapado de miedo, y tras esa imagen, el gritito de una de ellas que se me mete en la cabeza. El pepitas acercándome algo a la cara con fuerza, un forcejeo entre ambos, más gritos, manotazos, un leve mareo y oscuridad.

27

En medio del mar te sientes como en un desierto.
Primavera ven y cúrame el invierno.

Tomó asiento despacio sin dejar de contemplarme con escepticismo, la boca rosada entreabierta y los ojos desorbitados. Su cuerpo cayó sobre la silla con lentitud, al contrario de la velocidad con la que se había levantado para increparme.

—¿Qué? ¿Estás diciéndome que… que tu madre fue…?

—Pasó por lo mismo que tú, sí. Con la diferencia de que no le hacía falta el dinero ni fue engañada, no al menos de la misma manera que Biel os engaña a vosotras: convenciéndoos de que trabajaréis en su *pub* de camarera, bailarina o limpiadora. Ella solo estaba desesperada porque querían casarla con quince años, como marcaba su tradición. Ya te conté que era gitana. Pero se negó.

»No conocía a su futuro marido más que de vista cuando sus padres y los de él habían coincidido en algún almuerzo o cena. Además, estaba enamorada de un chiquillo poco mayor que ella que cada tarde visitaba el parque de su barrio, en el que se sentaba con sus amigas después de haber estado ayudando a sus padres en la pequeña tienda de comestibles del barrio.

»Comenzó algo en secreto con este chico que estaría de manera temporal en Andalucía. Viniendo de una familia adinerada que al parecer había viajado por motivo de negocios a Cádiz, le ofreció escaparse con él cuando volvieran a Galicia.

La tensión en los hombros de Kerstin al escuchar esto último se hizo evidente. Quiso preguntar, pero yo alcé la mano para detenerla. Si quería seguir contándole la verdad, mi verdad, no podía parar ahora. Era la primera vez en mi vida que aquella historia salía de mis labios. Le había dado vueltas de todos los colores en mi mente, analizando hasta el más mínimo comentario que pudiera decirme algo, una pista que a priori pareciera insignificante. Me había quitado el sueño infinitas noches, imaginando lo que tuvo que haber pasado la mujer, la chiquilla mejor dicho, que me trajo al mundo a pesar de todo. Pero exponerlo en voz alta…, jamás.

—Huyó dos meses después de la propuesta, cuando la familia de aquel joven tuvo que volver a su ciudad, y aunque se excusó en la desesperación del casamiento obligado, fue en realidad el amor adolescente y ciego lo que la impulsó a irse sin nada más que lo puesto. La familia de él le aseguró que no necesitaría ropa ni dinero, que ellos se lo proporcionarían todo cuando llegaran al hogar. Un hogar formado por un padre y dos hijos de una misma madre pero de distinto progenitor. Se ve que la misma sangre corrompida del padre corría por las venas de los hermanos.

—No era un hogar cualquiera —dedujo Kerstin en voz baja.

Alcé la mano y llamé la atención de la camarera, a la que le pedí que me rellenara el vaso, esta vez doble. La sueca rodeó su taza con ambas manos y le dio el primer sorbo al chocolate.

—Era un prostíbulo. De ahí el interés de que mi madre viajara con ellos. Era demasiado joven para replantearse el por qué un muchacho de diecisiete años querría comprometerse y por qué su familia apoyaba la causa, si ella solo sería una boca más que alimentar y una cama más que añadir. Lo dicho, demasiado joven, desesperada e inocente. —La camarera apareció con mi pedido y tras agradecérselo con un gesto me tomé un instante para beber—. Apenas tardaron unas semanas en mostrar sus verdaderas caras y el negocio que regentaban. Sé que lo que voy a decir es asqueroso, y más delante de ti, pero al menos tuvo la suerte, dentro de la desgracia, de ser su mujer en exclusiva y no de todos los clientes.

Asintió, solemne.

—Sé a lo que te refieres, y tienes razón.

—Su vida se convirtió en un verdadero infierno.

—¿Y por qué no volvió a Andalucía? Nosotras no tenemos donde ir, o sí, pero huyendo toda la vida y, para más inri, siendo ilegales. Ella podía refugiarse en su familia.

Moví la cabeza negativamente.

—Su familia renegó de ella. Con su huida, desapareció quien fuera su hija. Había sido una deshonra, y así se lo hicieron saber la única vez que alguien que pretendía ayudar a mi madre se puso en contacto con ellos.

—¿Quién era ese alguien? —me preguntó con curiosidad.

—Un apuesto pero tímido hombre divorciado, algo mayor que ella, que visitaba el *pub* en algunas ocasiones. Nunca se acostaban, ya te he comentado que era exclusiva y no la presentaba ante los clientes, pero la veía siempre pegada a uno de los hijos de Romario, el dueño del prostíbulo, y se interesó por ella poco a poco, por su mirada apagada y la desidia de los pies pequeños que se arrastraban por las zonas comunes.

»Con el paso de las semanas, buscó la manera de verla en los eventos del local y de hablarle, hasta que comenzó a ser más asiduo. Digamos que empezaron una extraña relación en la que se enamoraban sin mantener contacto más allá de sus escasas y breves conversaciones. Nada físico ni sexual, amor puro y duro. Él la escuchaba y la comprendía, y ella recuperaba una pizca de ilusión cuando se lo encontraba en la barra, esperando a verla pulular por el lugar.

—¿Por qué no la sacó de allí?

—Iba a hacerlo. Primero contactó con su familia, aunque ya

conoces la respuesta de esta. Después, le propuso irse con él bajo la protección que un hombre corriente podía ofrecerle. Nada de heroísmo, solo un tipo enamorado que no soportaba ver sufrir a la mujer que comenzaba a amar.

—Suena tan lejano eso de amar sin tocar.

Kerstin suspiró envuelta en el halo romántico que tenía una pequeña parte de aquella historia. Yo asentí, comprendiendo lo que quería decir.

—Nuestra sociedad actual es tan primitiva, tan apresurada y vivimos con tantas ganas de sexo, que no nos permitimos disfrutar de lo que antecede. De esos roces con la mirada, del lenguaje corporal ni las charlas interminables.

Ella me dio la razón con otro asentimiento de cabeza, todavía embelesada.

—Pero continúa, por favor. No quería interrumpir.

—¿Por dónde íbamos?

—Por la intención de huir.

Carraspeé y me concentré en lo que debía.

—Tenían mucho miedo, ya que ambos sabían las consecuencias de enfrentarse a según qué tipo de personas, pero les podía más la necesidad de ser libres. Y cuando mi madre por fin aceptó marcharse con él, se quedó embarazada.

Kerstin contuvo la respiración y descendió las manos hasta su abdomen en un gesto involuntario.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Carmen.

—¿El hombre divorciado la rechazó por ello?

—No. Ella se negó a tenerlo. No podría soportar que se pareciera y tener que ver durante el resto de su vida el rostro del hombre que tras engañarla se convirtió en su captor, violador y maltratador. No podría amar a ese bebé. —La sueca tragó saliva, viéndose reconocida en mis palabras—. Pero él le dio la opción de tenerlo, de cuidar al bebé juntos. Puede que no hubiera sido creado con amor, pero nacería y crecería con el más puro que pudiera existir.

»Mi madre decidió dejarme nacer y juntos acordaron al fin que saldrían de allí, pero antes de que pudiera escapar, el captor de mi madre se dio cuenta del embarazo y la relación que mantenía con uno de sus clientes, quien comenzó a ser seguido de cerca unos meses antes, ya que era extraño que un hombre como él, atractivo y todavía joven, fuera un asiduo y fiel visitante y que, encima, hubiera seguido yendo al prostíbulo día tras día y sin requerir los servicios de las chicas.

—Dios mío… Si a mí me ocurriera algo parecido con Biel… —Lo dejó en el aire—. ¿Qué… qué pasó con ella?

—La encerró y convirtió su vida, más, en un auténtico infierno. Dejó de acostarse con ella y la rechazó como exclusiva. Solo abría las puertas de su habitación para darle agua, comida y dejar entrar a hombres, vendiéndola al mejor postor en cada encuentro. Todos querían… —la voz se me quebró— *estar* con la mujer embarazada. Era la atracción más solicitada del prostíbulo, la fantasía más recurrente. —Kerstin se llevó una mano a la boca, horrorizada.

—¿Qué pasó con el hombre enamorado?

—Tenía prohibida la entrada en el *pub,* por lo que se fue de la ciudad a un pequeño pueblo, desde el que planeó con el tiempo cómo sacarla de allí. No fue fácil; estaba constantemente vigilada. Mi madre ya había parido cuando él consiguió camuflar a alguien profesional a cambio de una buena suma de dinero. Un tipo que se hizo pasar por un cliente con mucho poder adquisitivo durante unas semanas para conseguir entrar en la habitación de mi madre y planear junto a ella cómo saldrían de allí. Pero el día de la verdad la huida se complicó, mi madre no consiguió escapar y el hombre solo pudo llevarse al bebé.

Sumergí las palabras en un largo sorbo de *whisky*. Los recuerdos de la historia que solo una vez me contaron se entremezclaban en mi mente con la única foto que poseía de mi madre y que nunca me llevé conmigo por miedo a que la descubrieran y mis planes de toda una vida cayeran en saco roto.

—¿Qué ocurrió con ella?

—La mató. El hombre que me sacó de allí fue testigo de la bala que atravesó su corazón.

Los ojos azules brillaron de tristeza e impotencia. Nadie mejor que ella podría entender lo que quería decirle con todo aquello.

—¿Y qué pasó contigo?

Titubeé un instante antes de seguir y desvelar el final, el verdadero final. Dudé, porque me importaba lo que pudiera llegar a pensar de mí, a pesar de ser algo a lo que nunca le había tenido miedo y que únicamente había sido ocultado con la intención de llegar a la meta y concluir mis planes. Mi *secreto* solo me había aportado ventajas.

—Llegué a manos del divorciado doctor Hanbús.

—El divorciado enamorado de tu madre, quien te sacó de allí. El mismo hombre que te crio y que aparece en tus informes —adivinó, comenzando a atar cabos.

—Sí. Era un joven árabe que cometió la imprudencia de enamorarse de una desconocida a la que jamás pudo besar ni tocar, a la que, a pesar de sus esfuerzos por ayudarla a salir, perdió antes de tener. Y encima con una niña recién nacida a la que cuidar de por vida. No podía hacer otra cosa después de haber sido él quien insistió en que Carmen le diera la oportunidad de nacer. Así que, respetando el nombre que mi madre quiso para mí, se encargó de darme su apellido

y se las apañó para que el de ella estuviera donde tenía que estar. De ahí, Ikram Hanbús Cortés.

—Espera, me he perdido… Querrás decir niño. Un niño recién nacido al que cuidar de por vida.

Negué, sonriente.

—Sé lo que he dicho, y es lo que quiero decir.

Kerstin se tomó un instante para analizar la información y, tras ello, con rapidez y atropellando las palabras, me preguntó:

—¿Eres… eres una mujer?

—No. Pero nací siéndolo, eso sí.

—Vaya —murmuró sorprendida—. Vaya —repitió.

Vaya.

Solo eso.

En silencio aguardé el bombardeo de preguntas, pero parecían no llegar. Se había quedado estupefacta, y solo podía pasear sus ojos por cada rincón de mi anatomía con sorpresa, quizá buscando indicios de mi *feminidad.* Siempre pasaba.

—Habla —la incité con un gesto de la mano a que lo hiciera—. Sin miedo. No me incomoda la curiosidad, Kerstin, y ahora mismo te mueres por averiguar muchas cosas. Vamos, hazlo.

—Teniendo en cuenta que me amenazaste con matarme nada más verme, permíteme que tenga cierto reparo con incomodarte.

Su comentario me hizo sonreír.

—No voy a matarte por saciar tu curiosidad.

Asintió despacio, sin dejar de observarme con descaro.

—Pareces…

—¿Un hombre? —La comisura de mi labio se elevó—. Lo soy.

—¿En todos los… aspectos? —me preguntó avergonzada.

—Esa es una pregunta que me gusta responder con hechos, y a las personas que tienen un interés especial en comprobarlo, pero sí, tengo polla. No era algo que me preocupara especialmente, sin embargo tuve la oportunidad de hormonarme desde muy joven y poder operarme a manos de un buen cirujano, amigo de mi padre.

—Eres… enorme, y guapísimo, y esos músculos…

—Ricitos, es momento de parar. Comienzas a evidenciarte.

Mi comentario jocoso tiñó de rojo sus mejillas.

—Y supongo, desviando un poco el tema hacia algo más importante, que estás aquí porque Biel tiene algo que ver en toda esta historia.

Asentí.

—Si algo he aprendido en todos estos años es que todos estamos alrededor de Biel por algo, pero nadie deliberadamente.

—El Pepitas.

—El Pepitas se lo debe todo a Biel. Que siga respirando es obra

suya.

—¿Axel? —me cuestionó.

—Si Biel no lo hubiera recogido, ahora estaría muerto o tirado en cualquier cuneta. Lo sacó de la penosa vida delictiva que llevaba.

—¿Y tú? —me preguntó miedosa.

—Yo solo le debo quitarle su último aliento. Pero antes necesito saber si fue él quien…

—Si es tu padre —acortó ella.

—No. Yo ya tuve un padre, y no era él. Pero necesito descubrir quién fue el tipo que engañó, maltrató y mató a mi madre.

—Ese es tu cometido aquí —dedujo—. Por eso tu historial está incompleto desde los dieciocho años, tu padre o tú os encargasteis después del cambio de sexo. —Asentí—. Y no corres peligro porque de ser Biel el verdadero padr… la persona que te engendró, quiero decir, esperaría el regreso de una mujer y no el de un hombre, a pesar de compartir nombre.

Le guiñé un ojo.

—Chica lista. Pero creo que Biel no es mi hombre, de ser así, lo habría descubierto ya.

—¿Entonces?

Me encogí de hombros.

—Solo contaba con la información que te he dado a ti. Con ella y una vez murió mi padre, decidí investigar. Todo apuntaba a Biel. El prostíbulo donde estuvo mi madre era el antiguo, el de Galicia, aunque tenía el mismo nombre que ahora. No había lugar a equívocos. Pero creo que no di con el hombre correcto. Siempre he sospechado que pudo ser su hermano quien enamoró a mi madre.

—Son hermanos de padre, has dicho antes, ¿no? —Asentí—. ¿Y quién crees que es él?

—No lo sé. Es lo que sigo intentando averiguar a día de hoy. Biel jamás ha mencionado a nadie de su familia, ningún dato de su pasado. Solo he escuchado el nombre de Romario, su padre, en el local anterior, donde todo el mundo conocía al verdadero dueño. Le he preguntado de manera indirecta, pero siempre ha dejado caer con rotundidad que él no tiene ningún hermano ni familia. Y termina poniendo el broche diciendo que su familia somos nosotros.

—Eso quería preguntarte… ¿Cómo conseguiste entrar en su vida?, ¿trabajar para él?

—Llegué preparado. Cualquiera con manejo de armas, cuerpo suficiente para imponer y que sepa menear el rabo como un perro cuando Biel aparece puede trabajar para él. Luego, solo hay que mostrar fidelidad y lo tendrás todo hecho.

La camarera se acercó sigilosa a informarnos de que en breve cerrarían hasta el horario de tarde. La cara de disgusto de Kerstin me

dejó claro que la interrupción no era de su agrado. Acababan de sacarla de lleno de la novela romántica y detectivesca en la que estaba sumida, y con ello la habían devuelto a su compleja realidad.

Sin demorarnos, nos levantamos con rapidez, pagué la cuenta y nos dirigimos a la salida, en completo silencio.

Una vez el aire se topó con nuestro rostros, Kerstin me miró dubitativa, sin saber cómo proceder, así que hablé yo y expuse mis planes:

—He pensado que puedes tomarte libre una noche más. La necesitarás para reflexionar. Biel no sabe que te han dado el alta y yo puedo seguir haciéndome el tonto. —Sonrió y le devolví el gesto—. Iremos a ese hotel y pediré una habitación —señalé con el dedo el edificio de cristal, cuadrado y pequeño—. Después almorzaremos algo, en el mismo hotel o fuera, y haremos lo que quieras hasta la noche. Aunque lamento decirte que no puedo dejarte sola.

—¿Piensas que voy a escaparme?

—Lo pienso —le dije con sinceridad.

Ella rio con todo el sarcasmo que le fue posible.

—¿Sin dinero, sin papeles y embarazada? Un lujo de excursión.

—Pediré una habitación con dos camas —adjudiqué, y ella resopló, sin más remedio que claudicar.

—Qué remedio, Pantene.

Enfurruñada, se dispuso a cruzar la calle, pero la sujeté del brazo para detenerla y que me mirase.

—Prométeme que pensarás bien qué hacer con ese niño. No quiero incitarte a tenerlo, ni mucho menos, solo a que lo pienses con detenimiento y la decisión sea tuya y premeditada.

Sus ojos azules se clavaron en los míos mientras se mordía el labio inferior.

—Lo pensaré. Solo si tú me prometes que harás todo lo posible por acabar con Biel cuanto antes. Te ayudaré a conseguir tu información como sea, pero lo necesito muerto para seguir adelante.

—Si algo tenemos en común, Ricitos, es que lo queremos bajo tierra.

Ocurrió en silencio, tras las risas. Puede que aquella tarde de comida y paseo por Barcelona, la sueca se olvidara de quién era ella, por qué estábamos entrando por las puertas de un hotel cualquiera y adónde tendríamos que volver a la mañana siguiente. Puede que yo, mientras cruzaba el umbral y me desprendía de la chaqueta de cuero, me olvidara de quién era, por qué estábamos en un hotel cualquiera y adónde tendríamos que volver a la mañana siguiente.

Nos reíamos por algún comentario sobre el rarito botones que nos

había acompañado a nuestra habitación en un silencio sepulcral. Ni rastro de la chica preocupada de aquella mañana que se perdía en el ir y venir de la gente frente a una taza de chocolate.

—Me daré una ducha rápida —la informé mientras me hacía con unos folletos publicitarios de comida que reposaban sobre la enorme mesa de cristal cuadrada que había en un lateral de la ostentosa habitación de color blanco y negro—. Si no te apetece vestirte para salir a cenar, podemos pedir algo y que nos lo traigan aquí.

No me respondió.

Al girarme para comprobar qué hacía, la descubrí observándome, en silencio, con los brazos a cada lado de su cuerpo y seria. El pelo rubio, suelto y desordenado del aire enmarcaba un rostro digno de venerar. Siempre me había parecido atractiva, no obstante, ahora me resultaba bonita, deseable, adjetivos que borré con una pasmosa rapidez de mi cabeza.

«No, no y no».

Apartando mis pensamientos de un manotazo, alcé una ceja y le pregunté:

—¿Qué?

—Esta mañana he sido una gilipollas —soltó de repente, puede que expresando en voz alta lo que fuera que estuviera pensando—. Tú no tienes culpa de lo que nos ha pasado a mí ni a Gabriela, pero odio que te mantengas al lado de Biel a pesar de lo que hace y que seas uno de los escudos que impiden que deje de respirar de una vez por todas. Si vosotros no estuvierais…

—Habría otros ocupando nuestro lugar. Y tengo mis motivos para permanecer ahí.

—Ahora lo sé, y siento todo lo que te he dicho. —Desvió los ojos unos segundos y entrelazó las manos con nerviosismo. Sus dedos pulgares se movieron en círculos como lo harían los de una niña pequeña a punto de confesar una travesura—. Eres la única persona que se ha preocupado por mí en mucho tiempo, muchísimo. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que alguien lo hizo, y encima te trato como a una basura por ello. Pero, es que… —dudó, sus pestañas se alzaron y sus ojos se mantuvieron fijos en mí. Si algo le sobraba a aquella muchacha convertida en mujer eran agallas—. Es que me repatea que mi estado de ánimo haya dependido todo este tiempo de si aparecías o no en el hospital, si elegías mi comida de la bandeja o si me traías una sopa de letras o un aburrido crucigrama solo para que me sintiera mejor.

Su confesión me sorprendió. Si de algo estaba seguro era de su indiferencia hacia a mí.

La contemplé en silencio. Puede que me tocara decir que mi estado de ánimo había dependido últimamente de si ese día podía ir o no al

hospital, sin embargo, mis labios se abrieron y me descubrí soltando algo contrario a lo que pensaba:

—Fíjate que siempre he tenido una especie de radar para las mujeres que me avisa de la existencia de atracción física, y contigo no ha saltado.

Sonrió con timidez y, creí, una pizca de malicia.

—Puede que esté perdiendo facultades, doctor Hanbús. Tanto tiempo dado de baja sin explorar cuerpos le está afectando.

—¿Quién dice que esté dado de baja?

Se encogió de hombros.

—Rememorando, que he tenido mucho tiempo libre para esas chorradas, he percibido que hace bastante tiempo que no te veo con alguna de las chicas. Y teniendo en cuenta que no sales apenas de La emperatriz… Puede que algo haya caído, pero poca cosa.

—¿Y por qué a punto de pasar al otro barrio te has detenido a pensar con quién me acuesto?

Puso los ojos en blanco y soltó sus manos con hastío.

—Tienes razón: tu radar es una porquería. —Y se dio la vuelta, cansada de la conversación—. Si vas a entrar al baño, date prisa, quiero ducharme yo también.

Antes de que pudiera dirigirse hacia la terraza, que era su clara intención, la sujeté de la muñeca y de un movimiento la hice volverse.

Sus ojos azules y brillantes me gritaron que ella completa, desde quién era hasta en quién se convertiría dentro de poco, era un problema gigante. Pero qué labios tan tentadores tenía aquel problema y qué débil me sentía de repente. ¿A quién quería engañar? Siempre había sido niño de pisar los charcos. De toda la vida me había gustado asomarme al interminable barranco que había detrás de la casa de campo en la que me crie. Contemplarla a ella, con su piel quemando entre mis dedos, me hacía experimentar la misma sensación que cuando asomaba la punta de los pies al filo del precipicio. «Una simple ráfaga de aire te haría caer», me decía una y otra vez, sin embargo, no daba un paso atrás. Habría sido un lugar seguro, y lo seguro, lo estable, me resultaba aburrido.

Nunca un paso atrás.

Mi precipicio tenía un dueño, y este el poder de quitarme el sueño para siempre, pero ¿acaso dormiría pensando noche tras noche a qué sabía su boca?

Claro que no.

Nunca un paso atrás. Así que me acerqué de una zancada y, lo siguiente, sus rosados labios entre los míos. Su lengua asomando sigilosa hasta rozar la mía, hambrienta, como si hubiera vivido cada día de mi vida deseando comérmela de un bocado.

—Ikram… —susurró entre besos. Mordí su labio inferior para

hacerla callar; no quería escuchar vagas excusas que no servirían para nada.

Mordí y mordí, por su mentón, por su cuello, bajando hasta sus pechos. Suave, feroz, rápido, lento… Descontrolado. Mis manos se movieron deseosas al recordar el momento aquel en el que se subió el camisón y se expuso ante mí. Me había descolocado, y rara vez una mujer lo conseguía.

—Nada de lo que digas podrá apagar lo que acabas de encender, Ricitos.

Intentó apartarse y yo lo permití. Fueron unos centímetros, los suficientes para mirarme fijamente.

—Solo quiero que tengas claro quién soy —me recordó.

—Ahora tú también sabes quién soy yo, y sigues aquí. —Miré hacia abajo, hacia sus manos colocadas sobre mi pecho, que no se habían apartado—. No quieres irte.

—Tampoco tengo muchas otras opciones, un tipo grande con pistola me vigila —bromeó con una sonrisa que me comí al segundo siguiente.

Fui con cuidado, a pesar de la tensión de mi pantalón y de las ganas voraces de correr. Quería saborearla, pero a la vez necesitaba recrearme con su cuerpo. Contradictorio. Tenía razón: hacía un tiempo que no le dedicaba atención a las mujeres, pero en el *pub* todo había estado lo suficientemente movido para ello. Quizá mi descontrol era producto de la sequía.

Fuera como fuese, me encargué de su ropa con habilidad, primero su camiseta de manga larga y, luego, de los vaqueros. La senté en el filo de la cama para terminar la tarea con las zapatillas deportivas y sacar la prenda. Desde arriba, en bragas, me miró sonriente cuando mis manos se encaminaron por el interior de sus muslos hasta sumergirse por entre su ropa interior, la cual deslicé hasta desprenderme también de ella. Le abrí más las piernas. Ahora sí, expuesta completamente para mí.

—Esta mañana, en el hospital, me quedé con ganas de algo.

Acerqué mi boca despacio y, sin dejar de observarla fijamente, besé su sexo húmedo. Un beso, dos, tres. Y, después, mi lengua se paseó arriba y abajo con calma y deleite.

Kerstin se aferró a una de mis manos con fuerza y se retorció de placer cuando introduje un par de dedos y los moví en círculos pequeños.

—Oh, por Dios —gimió bajito.

—Sí, cariño. Mi intención después de esto es que cambies de religión y comiences a venerar a un nuevo Dios.

Detuve el movimiento circular, convertí mis dedos en un suave gancho y toqué donde debía para que el orgasmo la arrollara en

segundos. Cerró los ojos, abrió la boca y gimió con mucha fuerza a la vez que su espalda se arqueaba y las piernas me envolvían en un abrazo.

Que me aprisionara con su placer destruyó cualquier defensa implantada hasta ahora entre nosotros.

Fue indescriptible el gozo de su humedad en mis dedos, el de sus manos aferradas en busca de una salida a todo el placer y el de comprobar cómo su blanquecina y bonita espalda se arqueaba por mi culpa.

Cuando hubo explotado y sus ojos se relajaron sobre el colchón, me levanté para colocarme frente a ella y me desprendí de mi ropa ante sus ojos brillantes de deseo y sus labios todavía entreabiertos y jadeantes.

Desnudo y duro, dejé que me contemplara. Lo hacía con tiento, puede que intentando no incomodarme.

—¿Sientes… placer? —me preguntó con timidez y los ojos clavados en mi miembro—. ¿Sensibilidad?

—Tócala —le pedí. Alzó las pestañas para observarme y yo asentí, instándola—. Vamos, tócamela y comprobémoslo.

Su pequeña mano de uñas cuadradas sin pintar y perfectamente cortadas se alzó con lentitud hasta posarse sobre mi glande, el cual rodeó despacio, como si fuera de cristal.

—No voy a romperme, Ricitos. Tócala de verdad.

Noté la presión alrededor de ella y cómo su mano se movía, halándome hacia atrás. Un suspiro se escapó de entre mis dientes mientras la veía extasiada, concentrada en lo que hacía.

—Es sensible —la informé—. No sé si como todas las masculinas, pero al menos a mí me da placer. Mucho.

Tragó saliva.

—Y grande.

Sonreí.

—Toda para ti.

Atrás quedó la delicadeza cuando acercó su boca y me lamió. Tuve que sujetarme a su hombro con una mano y a su pelo con la otra para no desfallecer con la habilidad y precisión de su lengua.

—Vas a matarme —jadeé—. Si no paras…

—Entiende que se me dé bien —dijo de repente, apartándose unos centímetros para mirarme—. Estaría bonito que se me diera mal lo único que…

—Deja de decir esas cosas. —Con suavidad la levanté y tomé su lugar: sentado en el borde de la cama—. ¿Crees que me asustas con tus comentarios?

La insté a abrir las piernas, una a cada lado de las mías, y lento, muy lento, la bajé, deslizándome en su interior y acoplándome. No usé

protección y ella no me lo pidió. Lo peor fue no sentirme mal por ello. Quería notarla de verdad, piel con piel, su estrechez, su calidez. No me pesó en ese instante nuestra irresponsabilidad.

—No quería incomodart…

La sujeté por las caderas y marqué el ritmo, uno continuo, no muy rápido y que estaba a punto de deshacerme.

—Esto provocas en mí —la corté, ensartándola con vehemencia, moviéndome yo también desde abajo para buscar profundidad y follármela de un modo salvaje—. No me importa quién creas que eres, solo esto que provocas en mí.

Sus gritos en mi oído mientras se corría fueron el detonante para explotar casi a su vez. La llené de mí y, una vez me hube recompuesto, la quité de encima para tumbarla en la cama. Abierta de piernas, con el pecho descompasado y los ojos fijos en los míos, toqué la esencia que salía de su húmedo coño, mezcla de ambos, la esparcí por sus labios y dictaminé:

—Ha sido rápido, pero nos queda toda una noche por delante.

—Solo una noche —me recordó ella.

28

Nunca se para de crecer, nunca se deja de morir.

Eva

Siento que me ahogo. Me cuesta tanto respirar despierta que agradezco cuando la oscuridad vuelve. Me tambaleo entre el conocimiento y la somnolencia. Cada vez que he intentado abrir los ojos, distintas imágenes del Pepitas, Axel y algún rostro desconocido se han hecho presentes. Después, el bamboleo atrapante de un vehículo y, por último, una pelota que se alza al cielo, cae y suena, se alza, cae y suena. Pero solo son segundos. Cuando creo poder despertar, caigo otra vez. Y así, durante no sé cuánto tiempo.

Al fin abro los ojos y puedo mantenerlos un instante; el justo para visualizar a un hombre tumbado en una cama situada frente a mí. Es rubio y tiene el pelo largo recogido en una coleta. Lucho por enfocarlo con más precisión. Él, sin mirarme, se concentra en una pelota verde de plástico duro que lanza al techo y vuelve a recoger. El impacto seco del juguete sobre la palma de la mano es ese sonido continuo que he estado escuchando.

Como no se ha percatado de mi presencia, miro alrededor con disimulo para examinar una austera estancia rojiza, con dos camas, una ocupada por el gran cuerpo masculino que parece muy cómodo semitumbado y otra vacía. Yo me encuentro sentada en una silla, atada. Una mesita pequeña entre ambas camas completa el mobiliario.

Mi respiración se dificulta un poco más, hasta el punto de escucharse en la estancia. Mi intento de no ser visible se ve truncado cuando, tras salivar de manera abundante y muy rápida, un amasijo desagradable y amargo acude a mi garganta. Intento tragar, pero no puedo controlarlo; al contrario, solo consigo que todo salga de una. Me inclino lo posible hacia delante y vomito sin parar. Parte de lo expulsado ha caído en mis rodillas, sobre el pantalón, y los restos caen por el mentón sin que pueda evitarlo, porque noto la lengua dormida.

El tipo de pelo largo suelta la pelota sobre el colchón, se levanta con calma de la cama, se hace con un pañuelo de una caja que hay sobre la mesita, junto con otras cosas, y se acerca a mí. Retrocedo de manera automática, lo que parece no asombrarle.

—Exceso de cloroformo. —Chasquea la lengua y me muestra el pañuelo para indicarme que procede a limpiarme el mentón. Yo me dejo hacer sin mover un músculo. Con cuidado, lo retira todo—. El capullo del Pepitas se ha pasado. ¿Para qué escuchar mis indicaciones, pudiendo hacer lo que le dé la real gana? Te cuesta respirar, tienes la lengua dormida, náuseas y, evidentemente, vómitos. —Mira mi obra de arte abstracta sobre el suelo y yo intento fijar la vista en ese cuerpo gigante—. Y, a pesar de que es un cazurro que ha ido añadiendo

sustancia cada poco tiempo para mantenerte dormida, creo que el sueño te ha durado demasiado. ¿Has tomado algo que pueda intensificar la eficacia del somnífero?

—Me coloqué una pastilla debajo de la lengua justo antes —pronuncio por primera vez. Empiezo a sentir la lengua de la que hablo, pero sigue acolchada. Mi voz suena ronca y sale con mucha dificultad.

—¿Qué pastilla?

—Alprazolam —carraspeo, soportando a duras penas la fatiga que aparece de nuevo y, de nuevo también, sale disparada sin que pueda hacer nada para remediarlo. Él, audaz, da unos pasos atrás antes de ser salpicado—. Aparte del tratamiento diario para la depresión —consigo decir tras vomitar y alzar el rostro, gesto que viene acompañado de un mareo.

—Podría haberte matado.

Camina hasta el lateral derecho de la cama en la que lo he encontrado, se agacha y aparece con una botella de agua.

—Voy a soltarte. Te he sentado para intentar acelerar el proceso, porque de haberte tumbado, habrías empeorado.

—Gracias. Un detallazo —murmuro fatigada—. Y las cuerdas son para…

Alza una ceja, botella en mano.

—¿Para que no te caigas hacia delante?

Saca una navaja y la acerca a mí. Por instinto, retrocedo y la silla se tambalea. Él sonríe con burla.

—No voy a hacerte nada, Eva. De hecho, darías todo lo que posees por mantenerte aquí conmigo y no salir nunca ahí fuera.

Procede a cortar las cuerdas.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Aquí todo el mundo sabe quién eres. Tu llegada ha sido muy esperada.

Trago saliva cuando una gran cantidad de saliva amarga acude de nuevo a mi garganta.

—¿Dónde… dónde estoy?

El chico, agachado frente a mí, encargándose de las cuerdas, alza la mirada y unos grandes ojos grises impactan en los míos.

—En La emperatriz.

Bajo las pestañas y me mantengo así unos segundos. No estoy nerviosa, puede que debido a toda la sustancia que cargo en el organismo, pero soy muy consciente del peligro.

—El Atrapasueños me espera, ¿verdad?

Asiente con la cabeza.

—Supongo que Adán te ha hablado de él. Está esperando a que despiertes. Podríamos alargar vuestro encuentro algo más, pero cada

poco entra para comprobar cómo estás, así que será complicado.

—No me matará —digo en voz alta, más para mí que para él—. Quiere a Adán, y apuesto a que está al llegar.

—Bueno…, en realidad le llevas bastante ventaja. El viene en coche y tú has venido en avión.

—¿Qué?, ¿en avión? Pero ¿cómo…?

Me sujeta con una mano del brazo a la vez que se desprende de las cuerdas.

—Voy a ayudarte a levantarte, por si acaso. —Y me repite—: Sí, has venido en avión.

—¿Y nadie ha sospechado de una chica inconsciente sujeta por dos tipos con las pintas del Pepitas y Axel?

—Avión privado —me aclara conforme me pone en pie y me suelta levemente para ver si me mantengo. Lo consigo. Mareada pero estable. Todavía con él pendiente de mis movimientos, me acerco a la cama sin usar y me siento.

—Te aconsejaría que te tumbaras un poco. Puede que te duermas de nuevo y eso te ayude a eliminar con más rapidez los síntomas y el cansancio.

Obedezco sin dejar de interrogarlo:

—¿Por qué querrían toda esa ventaja respecto a Adán? Se supone que su objetivo es traerme para hacerlo venir a él, ¿no?

—Aquí tienes agua. Quizá no te venga del todo bien ahora mismo y te produzca más náuseas, pero puedes ir probando a sorbos pequeños.

—¿Por qué quieren toda esa ventaja de tiempo? —vuelvo a preguntar.

—Preguntas demasiado. Estoy aquí para comprobar que sigues viva, no para calmar tu curiosidad —me responde con tono seco colocando sobre la mesita de mi lado la botella que cogió antes. Tras ello, camina hasta la puerta y gira la maneta—. Volveré en un rato para comprobar cómo estás. Por cierto, soy Ikram.

He vuelto a dormirme y, al despertar, las náuseas comienzan a desaparecer, la lengua ya parece funcionar correctamente y respiro, aunque no con normalidad, sí mucho mejor.

Mirando al techo blanco me pregunto qué harán conmigo. Sé que en principio no me matará, pero he escuchado tantas cosas sobre este tipo que el miedo sacude cada parte de mi cuerpo.

«En principio», me recuerdo. Pero ¿y después? Si Adán viene y él lo captura, ¿qué ocurrirá?

Cierro los ojos con mucha fuerza en un vano intento por retener las lágrimas. No puedo evitar imaginar la tragedia, no estando donde estoy. No esperándome fuera quien me espera. El doctor Belmonte dice que esos tétricos finales que creo en mi cabeza son fruto de la

depresión y la ansiedad. Me encantaría saber qué pasearía por la suya estando tumbado sobre la cama de un prostíbulo, a unos cuantos metros del tío más sádico del que he escuchado hablar hasta ahora.

Pienso en Sandra y en Mónica. ¿Estarán bien?, ¿habrán hablado con Adán?, ¿sabrán algo Elena y mi padre?, ¿habrán avisado a la policía pese a mis advertencias?

Adán.

Vendrá a por mí.

Lo sé.

A pesar de la mierda que El Pepitas ha querido meter en mi cabeza con Gabriela, y a sabiendas de que no la dejará a su suerte, sé que a mí tampoco. Me quiere. Jamás me dejaría en manos de este individuo.

La maneta de la puerta se gira con fuerza, y yo, por instinto, me hago la dormida.

Los pasos de más de una persona resuenan mientras caminan hacia mí y mi corazón se acelera a su mismo ritmo.

«No tiembles, no tiembles, no tiembles…», me digo. Y me recuerdo eso de que el miedo es mental y la capacidad de controlarlo, en parte, funciona si te centras en el ahora y no piensas en el futuro, aunque sea muy próximo. Aunque te espere lleno de sangre a la vuelta de la esquina.

Pero en mi ahora siento una mano que se coloca justo debajo de mi nariz y otra sobre mi pecho, lo que me paraliza por completo. De pronto sé que comprueba mi respiración y ese tocamiento no tiene otra intención.

—¿Está viva? —pregunta una voz áspera.

—Sí —le contesta al que ya identifico como Ikram, y del que Adán me habló en una ocasión.

—Despiértala.

—Creo que no es buena idea. Todavía respira con dificultad y…

—¡Que la despiertes te digo!

Los pasos del otro tipo se acercan y puedo escuchar un sonido dispar en su caminar. De repente, gran cantidad de agua me cae en el rostro y me incorporo sobresaltada e intentando controlar el espasmo que me ha provocado el líquido al introducirse en mi nariz. De manera incontrolable, toso y noto cómo el agua, mocos y vómitos salen a la vez.

Me limpio con el filo de la colcha que sobresale de la cama y al alzar el rostro me encuentro con unos ojos oscuros que me observan lobunos. El tipo, apoyado en una muleta brillante y muy nueva, tiene el pelo lamido y negro, recogido en una coleta baja, a pesar de lucir casi calvo por delante. Es escuálido y parece peligroso.

—Al fin nos ponemos cara, diosa del fuego. Encantado, soy Biel. —Se acerca para sujetar un mechón de mi pelo, pero me aparto hacia

atrás y me desplazo de espaldas por la cama—. Mírate, das asco. Sudada, vomitada, sucia y llena de mocos. Tendré que valorar con una estrella al trasportista, porque este no es el paquete que había pedido. —Ríe con mucha fuerza, e Ikram, que mantiene una pose firme, con las manos cruzadas por delante de su cuerpo, alza la comisura de su labio con diversión—. ¿Qué piensas, Ikram?, ¿nos la llevamos y la preparamos para sacarle el partido que una dama como ella se merece? Creo que Adán nos lo agradecerá cuando llegue. Y, si no me equivoco… —mira su reloj de muñeca, colocado en la mano contraria a la que está sujeta a la muleta—, estará aquí en unas tres horas, aproximadamente. Tiempo de sobra.

—¿Tiempo para qué? —pregunto acongojada, pero nadie me responde.

Ikram me hace un gesto con la cabeza para que me levante de la cama.

—Andando —me ordena. Como no me muevo, sujeta mi brazo con fuerza y de un solo movimiento me hace ponerme de pie. Me guardo el quejido de dolor que sus grandes dedos producen alrededor de mi piel—. Mira, muchacha, aquí las cosas funcionan de dos maneras: a las malas o a las muy malas. De obedecer, conocerás la primera; en cambio, si intentas lucir como una valiente luchadora, te arrepentirás de haber conocido la segunda. Así que an-dan-do.

Me levanto enseguida, alertada por su amenaza.

—¿Quieres que la preparen? —le pregunta Ikram al Atrapasueños.

—Sí.

—¿Que me preparen para qué?

El apretón en el brazo por parte del tipo grande y la manera de incitarme a andar a la fuerza me recuerdan que no estoy aquí para hacer preguntas.

—Que se encargue Susana —le exige. Ese nombre consigue hacerme frenar los dos pies en seco y ambos me miran. El Atrapasueños ríe ante mi gesto, y puede que ante mi cara de puro espanto—. Vaya, veo que Lusco te ha puesto al día de los miembros del equipo. ¿Le temes a mi Susana? No tienes por qué. Una mujer firme, eso es cierto, pero dulce y muy entregada a sus quehaceres.

Da unos peligrosos y cojos pasos hasta mí. Su sonrisa taimada me avasalla y, aun así, me mantengo firme en mi sitio. No puedo permitir mostrar todas mis cartas, y no estoy haciendo otra jodida cosa.

Ahora sí, se hace con un mechón de mi pelo, lo entrelaza en sus dedos y se acerca mucho para aspirar su olor. Después, repasa mi frente, deteniéndose en los puntos.

Él apesta a alcohol y a tabaco mezclado con perfume caro.

—A ver, cachorra. Si te portas bien, no te pasará nada. Sentirás que estás en un camerino de esos tuyos, poniéndote preciosa, maquillada y

peinada, y encima será otra persona la que se encargue de todo, como en tu trabajo, el cual, por cierto, me encanta. Enhorabuena. He estado un tiempo de baja laboral y entre mis investigaciones he descubierto tu serie. Plana pero atrapante. Mis favoritas, las antagonistas: Dalia y Anika. Una pena que esta última la palmara. —Cierra los ojos y se muerde el labio—. Pero a lo que estaba, que me voy por las ramas… Si te portas bien, tú estarás bien. Aunque reconozco que me hace ilusión que te portes mal, que saques a pasear ese genio del que Sergio me ha hablado, y poder domesticarte.

No puedo evitar alzar el mentón con altivez y de un gesto quitarle mi pelo de su mano.

—Vaya. Lamentaré enormemente no darte el gusto y ser una dócil y obediente muchacha.

Le sonrío con toda la intención que soy capaz, y sus ojos, antes divertidos, ahora se entrecierran para escudriñarme con intención, sopesando posibilidades, analizándome. El momento es tenso y silencioso porque no aparto la mirada ni un segundo.

—¿Pelo trenzado? —le pregunta Ikram, que por un momento parecía no estar en la misma estancia.

—No, liso y suelto. Y con secador, por supuesto. —Carraspea con fuerza y, al fin, aparta la mirada de mí para posarla en su hombre—. Nada de planchas. Lo quiero sedoso, no hecho paja. Sería una pena no disfrutar de una melena así. Y nada de lencería sofisticada, ya sabes. —Chasquea los dedos y se da la vuelta para salir de la habitación—. Por cierto, que le quiten esos puntos de la frente. Le proporcionan cierto encanto, como a esa niña mala que se ha caído de la bicicleta por desobedecer a mamá, pero romperá la estética del *dresscode*.

—Vamos —me indica Ikram y, sin necesidad de usar la fuerza, camino a su lado.

Tras abandonar la estancia, derivamos a un pasillo largo. En el cortísimo trayecto hasta la habitación a la cual nos dirigimos me cruzo con varias chicas que me miran con curiosidad y lamento, como si fuera directa a la horca.

—¿Para qué me prepara? —le pregunto con toda la firmeza posible.

—No soy tu asistente ni tu informante. Prueba suerte con el siguiente al que veas.

—Adán me habló de ti. Y, por sus palabras, creía que tenía un aliado, no un enemigo.

—Menuda decepción enterarte de quiénes somos y a qué nos dedicamos en realidad después de jugar con tus pistolas descargadas en un set de grabación, ¿eh? —Se detiene justo delante de una puerta y la abre sin mirarme—. Entra.

El lugar parece, como ha dicho Biel, uno de mis camerinos. Es grande, pero no en exceso, luminoso y está colmado de ropa y

maquillaje que, aunque ordenados, dan la sensación de no estarlo de la gran cantidad que se amontona aquí y allí. Parada tras el respaldar de una de las sillas blancas colocadas frente al tocador, se encuentra una mujer guapa, elegante y de hombros rígidos. Su postura parece debida a un corsé rojo y muy distinguido que asoma el filo de sus grandes pechos. En la parte posterior, un pantalón negro que parece su segunda piel. El pelo, larguísimo y oscuro, está recogido en una coleta muy tirante que le da a sus ojos un aspecto felino más intenso. Creo que es la mujer más mayor que me he cruzado hasta el momento, no obstante, parece que lleve media vida en una lata de conserva.

Sus labios rojos me sonríen, pero puedo notar la vibración negativa desde el umbral de la puerta, o quizá esté condicionada por Adán y todo lo que me contó sobre ella. Porque sé quién es, y en parte, esto es su culpa. Puede que no toda, pero fue un eslabón importante de la cadena para que Gabriela fuera descubierta y, en consecuencia, todo lo que ocurrió después.

—Bienvenida —me saluda apartando la silla para que pueda tomar asiento—. Tú debes ser Eva. —Muevo la cabeza en silencio—. Acércate, no muerdo. Al menos, no sin permiso. —Sonríe un poco más —. Yo soy Susana. —Tras la breve pero significativa presentación, mira a Ikram y le pregunta—: ¿Alguna petición especial?

—Pelo liso y suelto, con secador —repite con desgana y sin darle mayor importancia a lo que a mí más miedo me da en este momento —. Y ya sabes, nada de lencería sofisticada, poco maquillaje… Ah, y quítale los puntos y la gasa de la frente.

Me pregunto por qué todo el mundo conoce el procedimiento sin que nadie lo mencione. ¿Por qué nada de lencería? Es algo que han repetido un par de veces y me alerta una petición tan expresa.

—Está bien. Pero antes debería darse una ducha. Da asco.

Me giro parcialmente para observarme en el espejo del tocador que tengo justo a mi lado y me contemplo en silencio. No es solo la suciedad, es el deterioro de mi cara, tan visible que de repente parece que me han caído diez años encima. Estoy pálida, muy ojerosa y con los pelos hechos una maraña roja. Me di una ducha antes de ir al encuentro con Mónica con la intención de quitarme del cuerpo todo lo que ha ocurrido desde la madrugada pasada, pero se ve que el agua no es capaz de llevarse con ella uno de los días más duros de mi vida.

—No se encuentra muy bien todavía. Puede marearse —le advierte Ikram.

—Entonces la ayudaré con esa ducha —dice Susana, y dejo de observar el espejo para mirarla a ella y descubrir la diversión en sus ojos.

—No es necesario. Estoy bien.

—No es una sugerencia, cariño. —Me sonríe de nuevo a la vez que

se retira de la silla y extiende la mano hacia su izquierda para mostrarme el camino—. Será rápido, no tenemos mucho tiempo.

Miro una vez atrás para comprobar que Ikram se mantiene en el sitio y me observa con fijeza. Al ser consciente de mi distracción y de que no camino en la dirección marcada, el repiqueteo de los tacones de Susana se detiene y esta se gira hacia él.

—Puedes irte, ya me encargo yo de ella.

—No. Me quedaré aquí. Llévala a la ducha o adonde tengas que llevarla, pero me quedo.

—No es necesario, puedo sola.

—No es una sugerencia, cariño —le responde él con seriedad pero algo de mofa en sus ojos.

Y, por alguna extraña razón, su presencia me tranquiliza.

Las duchas están en una estancia contigua. Son rectangulares, separadas por muros grises que no permiten apreciar nada de una a otra y cubiertas con una mampara de cristal opaca por la parte de delante, desde la que Ikram, que nos ha seguido el paso, podría verme, algo que prefiero, teniendo en cuenta que de otra forma me perdería de vista y esta mujer se metería conmigo a solas. Pero el tipo parece leerme el pensamiento y se da la vuelta para respetar parte de mi intimidad.

—No contamos con todo el tiempo del mundo, así que quítate la ropa. Puedes dejarla en el suelo, ahora se encargarán de ella.

Asiento sin mirarla y me despojo de las prendas sin demorarme demasiado. Quiero retrasar lo que sea que tenga que venir, intentar ganar tiempo para que Adán llegue, pero soy consciente de la gente con la que estoy y no puedo arriesgarme a enfadarlos.

Desnuda, me interno en el frío cuadrado de azulejos beis y negros. Solo hay un grifo, una esponja aparentemente sin estrenar y dos dispensadores negros en la pared: uno de gel y otro de champú. Cuando voy a pulsar este último, la voz de Susana interrumpe la acción:

—No. Lo haré yo.

Bajo los brazos, trago saliva y cierro los ojos ahora que no me ve. El agua helada cae sobre mi cuerpo sin que ese detalle le importe, aunque cambia de temperatura con rapidez y en breve la calidez cubre mi cuerpo, al menos por fuera. Noto su brazo pasar por mi lado derecho debido a un roce intencionado, escucho cómo pulsa el botón del dispensador y, un instante después, sus manos están sobre mi cuero cabelludo, el cual cubre de producto y comienza a masajear sin prisa, con movimientos premeditados y demasiado pausados.

—Ikram, necesito mascarilla o será imposible desenredar este nido. Está sobre el tocador. El bote morado.

—Creía que podías tú solita —lo escucho decir mientras se acerca.

Lo sé por sus pasos, porque aún no me he dado la vuelta.

Sin darle las gracias, abre el bote que el tipo le ha facilitado y reparte gran cantidad en toda la largura de mi cabello.

—¿Esponja o mano? —me pregunta de repente.

—Esponja.

—Cauta y recatada con tu privacidad. Me gustas.

Me entran ganas de decirle que no se trata de recato, es que prefiero que me frote con una lija antes que con sus manos directamente; no obstante, sigo pensando que callar es mi mejor opción.

La esponja entra en contacto con la piel de mis hombros poco después y muy despacio va ascendiendo por mi cuello. Sigo notando la intención de incomodarme en cada círculo marcado con ella, en la presión justa que ejerce para que sienta cómo me frota; sensación que se intensifica cuando, desde atrás, baja por mi espalda, me rodea, empieza con mis pechos y desciende por el abdomen. A punto de llegar a mi pubis, su mano se detiene.

—Date la vuelta —me ordena y yo obedezco en silencio.

Al girarme por completo, quedamos cara a cara. No le aparto la mirada. Sonriendo ladeada y lobunamente, coloca la esponja en el inicio de mis muslos y, cuando creo que va a ascender con ella, la deja caer al suelo y sube su mano libre hasta mi sexo. No me muevo, no pestañeo, no muestro el asco que me produce su humillación.

—Es por higiene. Los dedos llegan a lugares que con la esponja me resultaría imposible.

Toca mis pliegues con suavidad y yo trago saliva. Sigue explorando como quien masturba y no lava.

Me veo en la necesidad de apretar los dientes hasta que mi mandíbula se queja, porque solo una cosa se me pasa por la cabeza: lanzarme hacia su cara y arrancarle el cacho de un bocado que la haga gritar de dolor y acordarse de mí toda su maldita existencia.

Puedo frenar el impulso, pero no las palabras que me queman en la punta del orgullo:

—Da gracias a que estoy en clara desventaja, porque de no encontrarnos justo aquí, sería la última vez que esos dedos tocan un coño sin permiso —le aseguro.

Abre los labios rojos y suelta una gran carcajada mientras sigue tocándome de arriba abajo, hasta aproximarse a mi culo. Me dejo hacer, aunque la impotencia y la vergüenza estén taladrándome. ¿Qué otra opción tengo?

—Ya basta. —La voz de Ikram suena por encima de mis miedos y la mano de Susana se aparta, aunque no se da prisa en hacerlo.

—Empiezan a incomodarme tus interrupciones. —Se gira para mirarlo—. ¿No tienes trabajo que hacer?

—Mi trabajo es cuidar que nadie toque lo que es de otro. Si quieres te dejo en manos de Biel y le contamos por qué su paquete está demorándose.

—Bueno, es él quien quiere el paquete limpio. Yo solo cumplo con mi función.

—Limpio, no usado.

Yo, estática, desnuda y cubierta de espuma, contemplo la escena como si el asunto no fuera conmigo y ese *paquete* careciera de sensibilidad.

Ikram aparta la mirada severa de Susana y la dirige a mí, con la decencia de no reparar en mi cuerpo, al menos no intencionadamente.

—Enjuágate. Y tú —de nuevo le habla a la arpía de la coleta estirada—, prepara la ropa.

Ikram se da la vuelta de nuevo y la aludida sale de la sala con la altivez reluciendo y los tacones marcando su paso.

Ahora que no la noto cerca, me tomo unos minutos en dejar correr el agua a ver si con suerte mis miedos se deslizan junto a ella y se pierden por el sumidero. Para mi mala fortuna, al envolverme en el albornoz que Ikram ha dejado colgado cerca de mí y poner un pie fuera de la ducha, sigo sintiéndome igual de mal.

Susana aparece con prendas perfectamente dobladas en la mano cuando ya he tomado asiento frente al tocador y me he quitado el exceso de agua del pelo.

—Estaré en la puerta —le indica Ikram, ya saliendo.

Susana asiente y, en absoluto silencio, sintiéndose observada por mí a través del espejo, se hace con un cepillo ancho que comienza a deslizar por el pelo, mechón a mechón.

He visto el reflejo de este momento decenas de veces: en el teatro, en el set, en los eventos y, ahora, en un prostíbulo de Barcelona a la espera del siguiente y desconocido paso, y jamás se asemejará al tacto suave y el movimiento delicado de mi madre, que cada noche pasaba el cepillo con calma a través de mi larga melena naranja y luego lo trenzaba para que no amaneciera como un espantapájaros.

¿Qué pensará de mi si desde algún lado me observa?

¿Qué pensará de Adán, su Adán, si puede ver el trasfondo de su vida?

—Lo esperas. —La voz de Susana, a pesar de ser calmada como el movimiento de su mano, me sobresalta.

—No sé de qué me hablas. —La miro con fijeza a través del reflejo. No parece la misma que ha estado toqueteándome en la ducha. De repente es como si no le interesara en absoluto mi cuerpo y la mirada lasciva se ha transformado en una sosegada, puede que debido a la dureza de Ikram.

—Esperas a Lusco. —Sonríe—. Al valiente príncipe que entre por

las puertas del castillo, armado y dispuesto a salvar a la princesa. Pero esto no es un castillo, cariño, ni él un príncipe ni tú una princesa. Esto es un prostíbulo, él un supuesto devoto guardaespaldas del proxeneta y tú el precio a pagar por la traición.

—Vendrá —le aseguro.

No puedo añadir nada más porque sus palabras pronunciadas con tanta seguridad me bloquean. Soy el precio a pagar por la traición de otros. Tiene razón.

—Y vendrá, claro que vendrá —sus ojos oscuros impactan con los míos a través del espejo sin que su mano deje de mover el cepillo—, pero no esperes tu salvación en las manos de la persona que ha provocado esto. ¿Sabes por qué estás aquí?, ¿por qué yo estoy aquí? —Niego débilmente—. Por un hombre. Siempre es un hombre.

—Adán no me ha traído.

—Ni a mí Biel. —Sonríe—. Y, sin embargo, me ha dado algo de él que me ha mantenido aquí. Consideración, tal vez; la suficiente para estar a su lado casi veinte años.

—¿Por qué sigues? ¿Ambición?

—Adicción, más bien. Y obligación. Voy a maquillarte lo justo para que vayas decente, mientras se orea el pelo y te lo seco del todo. —Tras ese leve inciso, se hace con algunos artilugios y gira mi silla. Cuando termina de aplicar un poco de corrector debajo de mis ojos, continúa hablando sin dejar de dar toquecitos suaves con su brocha—: Las migajas de pan también alimentan. No te colman, pero te quitan el hambre. Puede que fuera de estas paredes no hubiera sobrevivido.

—O puede que sí —le rebato.

—Es fácil confiar y querer arriesgarse cuando tienes un techo sobre tu cabeza y un colchón caliente debajo de tu espalda. Pero cuando ya has dormido sobre un frío suelo cubierto por un cartón y a la intemperie, déjame asegurarte que la confianza en el futuro mengua.

Se hace con una brocha gruesa y un recipiente redondo, plano y rosado, el cual aplica en mis pómulos y extiende hacia arriba.

—¿Por qué me quiere sin maquillaje? —me atrevo a preguntar, aprovechando lo habladora que parece estar.

—Para ser exclusiva del jefe, necesariamente has de ser una chiquilla. Teniendo en cuenta que pasas de los veinte, nos toca simular que eres lo más joven posible.

Trago saliva, pero el nudo se niega a bajar por mi garganta; quiere quedarse aquí para recordarme el peligro.

Exclusiva.

—Pero tú eres una de ellas.

—Me eligió siendo mucho más joven y cada una que llega me sustituye. Digamos que ya solo soy una vieja amiga a la que todavía se folla porque el morbo se lo dan las pequeñitas, pero la experiencia se

la otorgo yo.

Aunque ella me habla, yo sigo pensando en esa exclusividad.

He escuchado a Adán hablar de este monstruo, a Gabriela gritar encolerizada solo de pensar en volver aquí. Cierro los ojos para coger aire y, al hacerlo, recuerdo a Sarah pegándose un tiro con tal de desvincularse de este tipo. La firma en el pubis de la argentina, el peligro que Adán ha intuido desde el primer momento…

De manera natural y protectora, mi mano ha viajado hasta mi cuello y busca mi Tetragrámaton, pero no está. Alguno de ellos ha debido quitármelo o yo lo he perdido por el camino.

—No, por favor —murmuro muy bajito, más para mí que para ella. Como si un amuleto tuviera en su interior el poder de salvarme de lo que viene.

Susana me sujeta del mentón y lo alza con brusquedad, mucha, hasta que nuestros ojos se encuentran.

—Mira, muchacha, me importas una mierda. Y siendo importante para Lusco, menos. No es nada personal contigo; más bien con él. No obstante, te diré algo… Un consejo gratuito: que no te la cuelen. Puede que los castillos los construyeran para los príncipes, pero fueron las princesas las encargadas de mantenerlo en pie cuando sus *héroes* luchaban fuera con las espadas en alto. Ellos creían estar protegiendo su hogar, mujeres e hijos, mientras jugaban a las peleítas de sangre. Las princesas batallan diariamente sin necesidad de sangre, y si confían en ellas mismas, ganan. Una mujer nunca ha necesitado una espada para atravesar a su enemigo.

»Así que, de princesa encarcelada a futura princesa encarcelada, si quieres mantener a raya tu integridad, o por lo menos tu mente, no le supliques. Le encanta el poder, sentir a su mujer más débil. Juega con eso. Puede que, entretanto, Lusco aparezca.

—Antes has dicho que no me salvará ningún príncipe —le recuerdo intentando zafarme de su agarre, pero presiona más los dedos y no me lo permite.

—Y no lo hará. Ni el hombre más valiente sobrevive a una tropa, por mucho empeño que le ponga.

—¿Entonces…?

—Entonces, al menos, ya seréis dos.

—Contra una tropa —repito sus palabras.

Ella ríe con cinismo y malicia y suelta mi mentón con despotismo. Sus cambios de humor me desconciertan.

—A ver si te crees que un ejército comenzó siendo un ejército, niña. Levántate, tienes que vestirte. Ha llegado la hora.

29

Si a quemarropa me disparan, me resbalarán las balas.
Siempre me salvas tú.

Ikram me guía de nuevo y Susana nos sigue a una distancia prudencial a través del pasillo y por las escaleras hasta llegar abajo. Es un gran recibidor vacío, tanto como me siento yo en este momento: ridícula, sola y hueca. Ayuda el absurdo vestido blanco y corto, coloreado con pequeñas flores amarillas y celestes, y el lazo enorme del mismo estampado que recoge dos mechones de mi pelo hacia el centro de mi cabeza, en una semicoleta como las que me hacía mi madre con seis o siete años. Los zapatos, blancos y planos, parecen los de una niña de comunión. Ni hablar de las bragas básicas de algodón. No me he mirado en un espejo, pero apuesto mi integridad a que ahora mismo parece que estoy disfrazada de muñeca de porcelana. Y estaré apostando sobre seguro, teniendo en cuenta que Susana me ha desvelado el porqué de esta imagen infantil.

Las náuseas se mezclan con el miedo y este me ahoga.

Mi estado, aparentemente calmado, empeora cuando la luminosidad del gran recibidor va menguando conforme avanzamos hacia la izquierda y nos internamos en un bar gigante, alumbrado con luces rojas, azules y verdes que se mueven. Por todos lados hay repartidas elegantes mesas plateadas con sofisticados sillones alrededor. A mi lado, una barra colmada de bebidas alcohólicas y otra que logro ver al final de la sala, además de varios escenarios pequeños con barras verticales para bailar y uno en el centro, creo deducir que el principal, hacia el que Ikram me conduce.

Todo está vacío. El silencio es abrumador. Mis manoletinas repiquetean y los pasos firmes del tipo que me guía suenan detrás. A lo lejos, los tacones de Susana.

«Directa al matadero», me digo. Después, me recuerdo que tengo que ser fuerte o, al menos, aparentarlo.

«Le encanta el poder, sentir a su mujer más débil».

«No le supliques».

Mientras camino hacia el escenario vacío, me repito como un mantra que lo intentaré con todas mis fuerzas y conseguiré tiempo para que llegue a Adán, algo que deseo y temo a partes iguales. Aun así, es inevitable preguntarme si mi último día en el mundo lo pasaré en manoletinas blancas y un vestido del noventa y cuatro.

—Sube —me indica Ikram cuando hemos llegado a los pies del

escenario.

Es amplio y alto, tanto que tendría que sujetarme a él para no caerme, o al menos para no enseñar nada, pero no lo hago. Seguramente haya una manera más digna y sencilla de subir, pero si algo tengo claro, es que no van a ponerme las cosas fáciles, así que me sujeto al filo para estabilizarme y abro mucho las piernas, tanto, que las bragas blancas de algodón son visibles.

Una vez subida, me doy la vuelta de cara a la galería y me mantengo a la espera de lo siguiente. De repente, las diferentes luces de la discoteca desaparecen, creando una negrura intraspasable, y un foco blanco me deslumbra en la cara. Tengo que entrecerrar los ojos y cubrirlos con la mano hasta que voy amoldándome a él mientras una gran cantidad de pasos resuenan en la estancia.

—Baja esa intensidad —pide alguien con voz dura, y el resplandor disminuye a la vez que se mueve lo justo para permitirme abrir los ojos y ver a mi alrededor.

Una risa repetitiva y burlona me indica que el juego de luces es cosa del Pepitas.

—Muy guapa, cachorra —apunta Biel, asintiendo despacio mientras fuma.

Se encuentra frente a mí, bajado del escenario y apoyado en el respaldo de una silla. A su lado izquierdo, Axel; al derecho, el Pepitas, Ikram, Susana y una joven de pelo rubio casi blanco. En las mesas plateadas, comienzan a tomar asiento una decena de chicas, todas vestidas de negro. Ahora que me fijo, todos van de oscuro, incluidos el Atrapasueños y sus discípulos.

—¿Sabes esa sensación de conocer a alguien que no has visto en tu vida? —continúa Biel, disfrutando del humo que le entra y sale por la boca y la nariz de manera hipnótica—. Pues algo así me ha ocurrido contigo. Llevo tanto tiempo siguiendo tus pasos y tu carrera, que me pareces alguien más de la familia. Y aunque ya lo he hecho en privado, me gustaría darte la enhorabuena de nuevo, ahora delante de todos. —Se inclina hacia delante y finge quitarse un sombrero, como otras veces ha hecho el Pepitas—. Para mí es un honor y me proporciona alegría tenerte hoy entre las paredes de La emperatriz para poder conocernos un poquito mejor.

—A Lusco también le dará mucha alegría —interviene Susana con una maliciosa sonrisa que oculta con un vaso ancho de cristal al darle un sorbo. Aun así, puedo ver sus cejas alzadas con intención.

Biel tira el cigarro en el suelo, como si estuviéramos en mitad del campo y no en sus propias instalaciones, lo pisa y se aferra a la muleta que descansa a su lado para comenzar a caminar despacio, rodeando el escenario, hasta desaparecer detrás de mí. No lo veo, pero lo escucho. En la parte posterior del escenario debe haber una pequeña

escalera que sube con dificultad. Su caminar dispar lo hace posicionarse frente a mí, cubriendo parte del foco para que su escuálida cara de señor enfermo sea lo único posible de contemplar.

—Lusco, o Adán para las hermanastras con derechos, es… —Chasquea los dedos—. ¿Cómo definirlo?… Indescifrable. Sí, indescifrable. Y yo adoro descifrar enigmas. —Sonríe ampliamente—. Además, tiene valores, y nunca deberías fiarte a ciegas de alguien con principios, porque estos se revelarán en contra y terminarán ganando. Como a esos que desde que nacen les inculcan la patria, la vida y la muerte por el país, el deber de quedarte a luchar en caso de guerra… Esos valientes que mueren como héroes mientras los cobardes comienzan una nueva vida en otro lugar feliz. ¿Pillas por dónde voy? Yo creo que Lusco es de esos que aman algo y luchan por ello. Por eso siempre tuve la mirilla ancha y lo seguí de cerca. Sobre todo de un tiempo a ahora, que comenzó a comportarse raro. Sobrexcitado, tal vez. Antes solo era el chico fiel y apagado, pero una lucecita en su interior me avisó de que algo empezaba a despertarlo.

»Y no creas que esto es un reproche… Es innegable que se trata de uno de mis mejores soldados. Hasta diecinueve bajas en un día. ¿Sabes lo que es eso? Increíble, maravilloso. Creo que nunca se lo agradecí lo suficiente, por eso esta fiesta será en su honor. ¡La fiesta de bienvenida! —exclama extendiendo un brazo. Tras ello, mira hacia su público y dice—: Podéis ir sirviendo las copas. En lo que él viene, nosotros calentaremos. Queremos que cuando nuestro invitado especial llegue, la fiesta esté en todo lo alto, ¿no?

Las chicas sentadas al fondo se ponen de pie y se reparten entre las dos barras colmadas de bebidas que he visto antes.

Biel continúa con su relato:

—Y después de cumplir con su labor, se lavaba las manos y se apartaba del mundo de la farándula. Poca fiesta, pocas drogas, pocas mujeres. La adrenalina justa. Un tipo extraño. ¿Sabes por qué lo llamamos Lusco?

Niego despacio. Cuanto más hable él, menos tengo que esforzarme yo en ganar tiempo.

—No.

—Susana —le da paso teatralmente a la mujer para que intervenga —. Ella lo bautizó al llegar a Galicia, así que creo que debería hacer los honores.

Desde abajo, sin cambiar la posición, la susodicha habla sin demasiada emoción:

—Luscofusco es una palabra gallega que significa *anochecer*. Cuando la luz está yéndose y aparecen todas las sombras. Él era luz cuando llegó, pero los tatuajes, que cada vez envolvían más su piel, y las vivencias, que cada día le robaban un trocito de alma, se comieron

toda esa luz que desprendía y solo quedaron sombras. Desde entonces, dejó de ser Adán para ser Lusco. Sus tinieblas lo definían.

—Me supo mal desconfiar de uno de los míos, pero cuando se prendió esa lucecita de la que te he hablado antes, tuve, tuvimos, que seguirlo de cerca —interviene de nuevo Biel.

—¿Quiénes? —me atrevo a preguntar.

—Mis hombres de confianza y yo.

—Él era tu hombre de confianza.

—Tú lo has dicho: era. En pasado. Siguiendo sus pasos, te encontramos a ti. El Pepitas lo vio varias veces leyendo prensa, Axel lo descubrió viendo series para adolescentes, Ikram escuchó algún comentario sobre una chica… Nada raro si no fuera porque la misma muchacha pelirroja estaba en las revistas, en la pantalla y en su cabeza, y al investigarla descubrimos que os une mucho más de lo que pensamos. Sin contar con que nos había mentido diciendo que su familia residía en Sevilla y todita entera la ubicamos en Huelva.

»Qué bonito, ¿eh? Saber que te ha amado en silencio y en la lejanía, mientras tú rehacías tu vida lejos, una sana, sin muertes, sin corrupción, sangre o ilegalidades. Y él aquí, manteniéndoos apartados de este insano mundo por el que algunos nos movemos.

—Creo que ya está puesta en antecedentes —comenta el Pepitas, y el Atrapasueños asiente.

—Supongo que lo demás ya lo sabes: la historia de mi *petita* Gabriela. Me han contado que has tenido el placer de conocerla. Bonita, con carácter y poca paciencia. Por suerte, aunque la vida me ha llevado a convertirme en empresario, mi vocación siempre fue la de domar fieras. —El tacto de su mano se posa en mi cuello. Es solo un dedo, un leve roce, pero consigue alertar todas y cada una de mis terminaciones nerviosas—. Y me han contado que tú eres una fierecilla.

La voz se me atasca en la garganta durante un segundo. Tras el impacto de concienciarme en que voy a responderle a este tipo, lo hago:

—No deberías hacerle demasiado caso a las malas lenguas, pueden ser las mismas que han difundido que tú eres empresario.

Ríe abiertamente. El sonido se mezcla con otros similares que proceden de abajo, pero estoy tan nerviosa que no distingo quién ríe o habla.

—Veo que no estaba equivocado contigo. —Su mano se apoya en mi hombro izquierdo. Pesa como un saco de cemento—. Da gracias a que eres valiosa para mi objetivo, porque por menos he matado. Y a pesar de tu pelo de fuego y esa intensa mirada verde, no eres de mi total interés.

—Las prefieres con pañales, ¿no? Una pena que Susana no haya

encontrado alguno que ponerme o te habrías corrido con solo subirte al escenario.

No me lo espero. La mano que estaba en mi hombro se mueve con mucha rapidez y se coloca en mi cuello de un brusco manotazo que me impulsa hacia delante. Los dedos me rodean con firmeza y aprietan con tanta intensidad que tengo que morderme el labio para no soltar un quejido.

—¿Piensas que me ofenden tus palabras, muchacha estúpida? —Ríe muy fuerte, sin dejar de apretar—. ¿Sabes lo que me ofende? Que te creas con la licencia de provocarme aquí, en mi propia casa, solo por el hecho de ser útil en este momento. No te confundas… En cuanto Lusco entre por esa puerta, me devuelva lo que es mío y lo haya martirizado lo suficiente, te usaré hasta destrozarte y luego te tiraré en el primer sitio que mis hombres encuentren. Y todo esto pasará ante sus ojos. Después, iré a por la puta de su madre y el cabrón de tu padre para desarrollar mi originalidad con ellos, también delante de tu hermanito. Ese maldito traidor pagará por todas y cada una de sus deslealtades y se arrepentirá cada segundo de haber nacido y haber tenido la mala fortuna de encontrarse conmigo.

Me empuja con desdén y tan fuerte que caigo hacia delante, lo que hace volver esa fatiga y mareo producido por el cloroformo que ya estaba desapareciendo. Por suerte, consigo colocar las manos para frenar el impacto.

De reojo compruebo que está acercándose con la mano abierta para alzarme de nuevo, no obstante, la cojera lo dificulta y la voz hosca de Axel lo frena.

—Biel —lo llama.

Con la mano en alto y el rostro contraído de rabia, lo mira.

—¡¿Qué?!

—Acaba de llegar un coche al aparcamiento. Puede ser él. Y creo que no viene solo.

—¡Pues ya sabéis qué hacer!

Esas palabras me duelen más que cualquier impacto físico recibido. Acumula tanto odio y resentimiento que sé con certeza que Adán no saldrá vivo de aquí, y yo tampoco. ¿Lo peor? Lo que padezcamos antes de que eso ocurra.

—Encárgate de ella —exige el Atrapasueños refiriéndose a mí, aunque no sé a quién va dirigida la orden.

Descubro que se trata de Ikram cuando su gran cuerpo se coloca en el escenario de una zancada que parece no suponerle esfuerzo alguno. Me levanta por un brazo y lo sujeta con fuerza, aunque no me mueve.

La puerta principal, la que he visto al bajar las escaleras, se abre. Lo sé por el sonido y porque, desde mi posición, si miro hacia la derecha de manera cejada, la veo. El juego de luces del recibidor cambia y una

sombra se cuela en él. A los pocos segundos, la figura de Adán aparece en el umbral que separa la entrada con esta sala de bar.

Lo primero que veo es cómo barre la estancia con la mirada hasta posar los ojos en mí. Parece tranquilo, controlador de la situación, pero nada más lejos de la realidad. Viene acelerado, con el pelo revuelto y los ojos desencajados, no obstante, finge que nada de eso está pasando. Puede que lo note porque conozco la rigidez de sus hombros y mandíbula. La leve forma en la que sus interminables pestañas chocan casi en las cejas cuando el nerviosismo lo invade y le abre los ojos de la preocupación.

—Bienvenido a casa, Lusco —le dice el Atrapasueños. El tono rabioso con el que me ha hablado a mí ahora es dulce y premeditado —. Tu familia está contenta de verte de nuevo por aquí, y por *motu proprio*.

—Ya estoy aquí. Ahora, déjala a ella y encárgate de mí.

Pero ¿qué dice?

Se supone que debía entrar armado, disparando y matando… Se supone que llegaría, le pegaría un tiro en la cabeza y me sacaría de aquí. ¿Por qué no está pasando eso? ¿Por qué no veo el arma en su mano ni la determinación en su mirada? Sé que son muchos contra uno, que no es tan fácil como pienso, pero ¿esa pasividad?

Biel chasca la lengua y se aferra a su muleta. Su paso desigual resuena en el tablado de madera mientras se acerca a la escalera posterior para bajarla.

Clac.

Clac.

Clac.

—Ay, Lusquito… ¿Acaso no has aprendido nada en todos estos años? Las cosas no son taaan fáciles, y las normas aquí las pone papá. Antes de soltarla, comprenderás que quiero lo que es mío, ¿no?

—Acá es donde creo que entro yo —dice con alegría una voz femenina que marca mucho la y de ese *yo*. De repente, el cuerpo menudo de Gabriela aparece tras el de Adán, al cual hace a un lado para poder pasar—. He aquí mi aparición estelar.

Biel se ha quedado a medio camino, paralizado. La presencia de la argentina lo ha convertido en piedra.

—*Petita…*, cuánto tiempo… Estás…

—Un poco enfadada. Los viajes largos me ponen nerviosa. Ahora que ya me tienes acá, soltá a Eva.

—Desarmadlos y llevarlos abajo, pero antes dadles una copa de bienvenida —ordena Biel.

Yo boqueo como un pez, sin saber qué ocurre, sin entender por qué se entregan de esa manera, sin luchar. ¿Qué hace ella aquí? ¿Por qué Adán está permitiendo este cambio de moneda?

El caos se adueña de la sala cuando todos se ponen en movimiento. La chica rubia va directa hacia Gabriela, quien alza las manos y se deja atrapar mirándola a los ojos con fijeza. Intuyo por sus movimientos que fingen ser despreocupados que la desconocida para mí es Kerstin, la sueca de la que me ha hablado Adán, la chica que salvó a la argentina. Axel se encarga de hacer lo mismo con Adán y el cuerpo de Ikram se mueve, obligándome a caminar y a descender por donde antes ha bajado Biel. Los demás se desplazan como si todos supieran qué deben hacer.

Siguen empujándome y yo avanzando a trompicones contra mis propios pies y los de Ikram. Cuando estoy llegando a la altura de Adán, al que Axel tiene sujeto desde atrás como si estuviera esposado con las manos en la espalda, puedo ver sus ojos con nitidez: están oscurecidos, preocupados. Son un cielo encapotado que anuncian tormenta. Me contemplan con tanto miedo, con tanta desesperación…

—Si le pones una sola mano encima, te la arrancaré y te la haré tragar sin agua —amenaza al tipo que me lleva, que parece sordo frente a sus palabras.

—¡No te entregues! —exclamo al pasar por su lado. Freno en seco, pero Ikram no está decidido a permitir que me detenga y me empuja para instarme a seguir—. ¡Va a torturarte, a torturarme y a matarnos a todos! ¡No lo hagas! ¡Irá a por nuestros padres! ¡Adán!

Me revuelvo con todas mis fuerzas, pero el tipo es un armario y no consigo soltarme de él, que con un solo movimiento certero me reduce contra su pecho y me guía de espaldas hasta la desembocadura de las escaleras. Consigo asomar la cabeza por el lateral de su cuerpo y ver de nuevo a Adán.

—No lo hagas, por favor… —le suplico, y ahora sí, las lágrimas acumuladas comienzan a caer con libertad a la vez que mi esperanza flaquea—. No lo hagas…

—Tienes que salir de aquí —es lo único que sus gruesos labios pronuncian.

—¡Tenemos! ¡Adán, tenemos que salir de aquí!

Viendo que la tarea se le complica, el tipo que me retiene decide cogerme en brazos y subirme a su hombro para llegar cuanto antes adonde se supone que debemos ir.

Golpeo su espalda, muevo las piernas y grito, pero nada surge efecto. Como si fuera un robot programado, camina y camina hasta llegar a unas escaleras que comienza a descender sin dificultad, como si no llevara a una energúmena en el hombro.

Los gritos dan paso al pánico más absoluto cuando veo que me guía por un pasillo de suelo y paredes en bruto: nada de solería, pintura o azulejos, todo es hormigón y ladrillos. Nadie podrá sacarnos de aquí. Mi única esperanza son Sandra y Mónica y yo misma les advertí que

no debían llamar a la policía.

No quiero morir.

Hace unos días me importaba una mierda mi existencia, y ahora, después de hoy, de hablar con Adán, de estar con él… No quiero morir.

—Tranquilízate. Está dándote un ataque de ansiedad —escucho decir al tipo de pelo largo con voz ruda mientras me baja de su hombro y me sienta en el suelo. El pasillo de hormigón está desierto —. Eh, mírame. Necesito que respires hondo. —Da unas palmadas en mi mejilla y luego eleva mi mentón—. Mírame, Eva.

Obedezco, temblando. Al hacerlo, sus ojos grises impactan en los míos. Brillan, y algo me dice que es de preocupación. Me acaba de llamar por mi nombre y ha sido como recordarme que es consciente de que soy una persona, y no un saco de yeso.

—Tienes que tranquilizarte, o me obligarás a hacerlo yo, y no quiero. ¿Lo entiendes?

—Ne… necesito una pastilla.

—No. Ahora mismo necesitas respirar hondo. Voy a conseguirte algo para calmar esa ansiedad, pero tienes que entrar calmada en esa puta habitación. —De repente saca un arma de detrás de su pantalón y la coloca en mi cabeza. Los dientes me chocan unos con otros, pero no cierro los ojos, solo lo miro, aterrorizada—. Vas a estar bien —susurra muy muy bajito y con voz dulce, nada que ver con la amenaza de su mano—, pero, por favor, necesito que entres ahí tranquila, si no, no podré ayudarte. ¿Lo entiendes?

Asiento.

—Lo… lo entiendo.

Cierro los ojos, entreabro la boca y busco una gran bocanada de aire que penetra en mis pulmones como una bendición.

—Eso es. Ahora vamos a entrar y necesito que, veas lo que veas, mantengas la calma. No hables, no respondas y no hagas comentarios mordaces.

30

Todos los minutos que no he estado contigo ahora son demonios que viven conmigo.

Adán

No me ha dado tiempo a medirme las fuerzas con el Atrapasueños. Cuando lo he tenido cara a cara, a un puto palmo de mi nariz, ha sonreído de esa cínica manera suya y me ha dicho: «Bienvenido a casa, Lusco. Te hemos preparado una fiesta a la altura de lo que mereces. Espero que la disfrutes», y tras ello le ha dedicado un brusco movimiento de cabeza a Axel para que se encargara de quitarme de su vista y le ha pedido que me desarme. Después, nada.

Entre mis pesadas pestañas vislumbro algunos rostros conocidos, pero antes de detenerme a identificarlos detecto el horrible dolor de cabeza focalizado en la parte media derecha. Entiendo que Axel me ha noqueado de un golpe certero y por eso solo recuerdo los ojos amenazantes de Biel dejándome claras las ganas de venganza y después un pozo de oscuridad.

Pestañeo con pausa. Los rostros se entremezclan delante, pero solo existe silencio en el lugar, como si el acontecimiento principal fuera mi despertar.

Parece ser que estoy en lo cierto.

Sé dónde me encuentro y a quiénes tengo alrededor sin necesidad de comprobarlo desde mi posición. Estoy tumbado en el suelo, de lado y pegado a la pared. Delante de mis ojos, el arsenal de interrogatorios, como lo llamábamos cuando alguien venía a parar aquí para sacarle información. La única diferencia notable en esta gigante habitación ambientada en la Inquisición es el conjunto de globos de colores que adornan las paredes e incluso algunos instrumentos y el letrero de papel brillante en el que pone la palabra *Bienvenido,* como si esto fuera un cumpleaños infantil y no el principio de una jodida matanza. Es inquietante el toque de contraste que aportan unos globos pegados en una máquina de tortura dentro de una habitación sombría, siniestra y con paredes de hormigón. De fondo, solo abrir por completo los ojos, comienza a sonar *Esta es mi fiesta* y me pregunto si todo puede ser más surrealista.

—Puto desquiciado —pienso en voz alta mientras me incorporo para sentarme, no sin dificultad debido al dolor de cabeza. Llevo mi mano ahí donde duele y reparo en la sangre que se desliza. El golpe ha abierto una brecha.

—¡Vaya! ¿Problemas de memoria selectiva? ¡Insultas a mi persona por tomarse la molestia de recibirte como es debido y en uno de tus lugares favoritos! ¿Acaso ya no recuerdas los grandes momentos que juntos hemos pasado aquí? Cuando le dejaste inservible los pulgares a aquel poli, o el día que te divertiste tanto con Bernardo el Tornero. —

Suspira, rememorando—. Toda la vida usando máquinas peligrosas para que terminara con el cuerpo rajado a la mitad por la sierra. Preciosas e irónicas casualidades. ¿Y Zaca? ¡Puto Zaca! Le amputasteis los brazos, ¿o eso fue cosa del Pepitas?

Acaricia el potro, uno de los instrumentos de mayor tamaño, y le da unos golpecitos a la madera como si se tratase de un amigo. Sé que será mi primera prueba. No me separará las articulaciones, su intención no es matarme directamente o quedarse sin el juguetito con el que divertirse, pero soy consciente de que me amarrará de pies y brazos y estirará hasta llevarme al límite del dolor. Normalmente se usa para confesar, pero yo no tengo ninguna información que darle, así que será como un pase indefinido a la montaña rusa, y hasta que no se agote no habrá nada que yo pueda hacer. Un calambre agudo recorre mis extremidades superiores e inferiores como preludio a lo que les espera.

No le respondo. Mis ojos viajan desesperados en busca de un rostro, el único importante de este lugar, y no tardo en darme de bruces con él. Con sus ojos verdes repletos de pánico y su cara despejada, ahora más, vestida de esta estúpida manera que la hace parecer una adulta disfrazada de niña. Se encuentra frente a mí, justo en el otro extremo, atada de pies y manos al grueso y caro sillón señorial en el que el Atrapasueños sienta el trasero para disfrutar de las obras que se llevan a cabo en sus máquinas de tortura, lo que me indica que hoy será Eva quien presencie lo que ocurrirá a continuación.

Quería verla, saber que estaba bien, pero ahora deseo con todas mis fuerzas que no se encuentre en este habitáculo. Si ella sobrevive, y es la única que tiene una oportunidad si todo sale medianamente como espero, jamás olvidará lo vivido aquí, mucho menos después de lo que sus ojos han contemplado ya.

No veo a Gabriela por ninguna parte, lo que me da un pequeño margen de alivio. Mientras esté con Kerstin y no cerca de Biel, se encontrará a salvo. Ya pensaré en eso más tarde.

—Adán… —murmura Eva ida, preocupada, destrozada de terror.

—No mires —le pido con rapidez, antes de que alguien se entrometa—. Pase lo que pase, cierra los ojos y no mires. Por favor. Estaré bien.

—¡Qué bonito! —exclama Susana, situada un poco más a su derecha, y acompaña su sarcástico comentario de unas palmadas. Ikram, serio y profesional como siempre, se encuentra a la izquierda del sillón con las manos entrelazadas por delante del cuerpo—. Sabía de tu amor secreto, pero jamás imaginé que lo viviría en directo.

—¿Chivatazo de tus cartas? —le pregunta el Pepitas con sorna—. Habérnoslo contado y nos habríamos ahorrado toda la documentación. Este cabrón tiene capacidad de huir y es algo cabezota. Ya sabemos

que le cuesta entrar en razón, y en esta ocasión le ha costado.

—Encárgate de él —le ordena Biel a este último sin intención de participar en la conversación ni de perder más el tiempo—. Pero antes le daremos algo de motivación. ¿Qué es una fiesta sin la música adecuada? *Esta es mi fiesta… noche sin control hasta que salga el sol…* —tararea unos segundos la que suena antes de que su rostro mute antes de decir—: ¡Cambia la música!

El vello de todo mi cuerpo se alza, alerta. La instrumental que suena nada tiene que ver con la anterior. Esta es tétrica, fría e intencionada, semejante al paso cojo de Biel, que se acerca a Eva y se coloca a su lado a la vez que yo me envaro e intento levantarme.

—Esto debe ser rápido, preciosa, porque a estas alturas alguien puede estar buscándote y cada segundo es un puñadito de oro desperdiciado. —Como no lo mira, él, furioso, sujeta el ridículo cuello redondo del vestido y tira con fuerza hasta desgarrarlo. Uno de los pechos de Eva salta a la vista y yo gruño al escuchar a todos los tíos de esta sala silbar.

—Te mataré, maldito cabrón —le espeto con rabia, todavía incorporándome. Mi tardanza tiene un motivo, y no es otro que ocultar la mano que viaja hasta la parte trasera de mi pantalón y se sumerge en busca del regalito oculto en el filo del bóxer.

No puedo dejarme llevar por mi impulsividad. Llegar a la altura de Eva no me beneficiará en absolutamente nada y la pondré en riesgo a ella.

Cuanto más alejada de mí, más posibilidades tiene de sobrevivir. Debería haber comprendido esto antes de volver a casa.

—Pero ¿me matarás igual de bien que la última vez o tendré que preguntártelo de nuevo meses más tarde? —me cuestiona Biel con una sonrisa—. ¿Por qué te enfadas? ¿Por lo del vestido? ¡Por todos los santos, Lusco, es solo un pecho! Lo vemos cada día, vivimos entre tetas y coños depilados, y tampoco es que estemos disfrutando de algo que esta furcia no haya mostrado delante de las cámaras.

»Pero tranquilo, no tengo intención de tocarla. No todavía. —Su sonrisa se amplía mucho más—. *Spoiler:* me la follaré hasta saciarme cuando tú no seas más que un puñado de carne triturada que tiraré a cualquier parcela, y lo haré con toda la rabia que tengo acumulada desde que te fuiste. No lo presenciarás, pero morirás con la agonía del qué vendrá después y, conociéndome, sabes que puedo hacerla disfrutar bastante. Serás como ese lector desesperado por la siguiente parte de la trilogía. Se queja de que sufre, pero en realidad la espera lo hace todo más emocionante. No seré yo quien vete la emoción de estas nuestras insulsas vidas. Así que, Pepitas…, llévalo al potro.

Reprimo la sonrisa de satisfacción que desea abrirse paso conforme Sergio camina hacia mí. Axel se mantiene anclado justo donde estaba

él. Al encontrarme yo desarmado y ellos con Eva en su posesión, no me consideran un peligro, por lo tanto su actitud es confiada. Justo lo que necesito.

A paso lento y chulesco se aproxima quien he considerado algo más que un compañero durante todo este tiempo. No lo conozco en profundidad pero sí lo suficiente. Sé de sus límites, de esa maldad que esconde y que intenta controlar, aunque no siempre lo consigue. Sé de su corazón, que también está ahí, oculto por una capa de soberbia y pasotismo, y que se encuentra tan roto de soledad que solo la risa escandalosa puede camuflarlo. Lo he apreciado, lo he apreciado mucho. Pero ha tocado lo importante de verdad, ha traído a Eva hasta aquí, y le juré que si lo hacía…

Es arriesgado, pues en caso de acabar con Sergio seríamos uno contra cuatro, pero esta es la única ocasión que poseo antes de estar atado, destrozado y agotado físicamente, y ahí será cuando no tendré ninguna oportunidad.

Es ahora o nunca.

Al llegar a mí, el Pepitas alarga la mano para sujetarme, dispuesto a llevarme hacia la tabla cuadrada en la que me atarán y tirarán de mis brazos y piernas hasta que se hayan divertido lo suficiente con mi agónico dolor, pero yo me adelanto, a sabiendas de lo que hay en juego, y en un movimiento veloz lo sujeto, lo atraigo hacia a mí dándole la vuelta y le hinco en la garganta el fino punzón afilado que traía a medio coser en el borde del calzoncillo.

Noto el punzón entrar y salir una, dos y tres veces atravesando su carne, y escucho a la perfección el sonido ahogado pero repleto de energía que emite su garganta antes de que sus manos viajen hasta ahí y taponen la abertura como si de ello dependiera su salvación. Antes de que pueda soltarse, repito la acción a la altura de su pulmón izquierdo.

Sergio se gira despacio y me contempla con los ojos muy abiertos. El sonido de las pistolas de todos apuntándome y la voz de Biel que pide en un grito que no disparen se mezclan con la agonía del Pepitas, que boquea como un pez fuera del agua; imagen que jamás se borrará de mi mente.

Acaba de ser mi primera víctima por venganza, por un asunto propio. Sé lo que conlleva. Y no me importa. Alzo la mirada solo un instante para encontrarme con los ojos brillantes y preocupados de Ikram mientras me apunta a la cabeza. Sabe lo que significa y está decepcionado. Una parte de mí, una humana llena de recuerdos con este hombre y con el mismo al que acabo de atravesarle la garganta, me susurra en el oído que jamás podré superar lo que he hecho.

—Pe… pero qué —su voz áspera rasga mis sentidos y vuelvo a prestarle toda mi atención. Mis ojos se convierten en dos rendijas

seguras de lo que están a punto de transmitirle.

—Te pedí que te alejaras de ella y te aseguré lo que pasaría si la tocabas: que todo lo visto hasta ahora te parecería poco. No puedo cumplir mi amenaza completa por motivos evidentes, pero no ibas a salir impune después de meter a Eva en la boca del lobo. Su vida depende de lo que has hecho, y no puedo perdonártelo.

Delante de mis ojos cae al suelo tan lento que parece una actuación. Sé que esto suma una pena mayor a la que habían elegido para mí, además de la que ya cargo por ser quien es la persona que se desvanece a mis pies agonizando en busca de aire, pero no me importa sufrir un poco más a cambio de cumplir con lo que he prometido. A cambio, también, de que mi corazón esté siendo estrangulado por un puño de hierro y el aire que le falta a él parece faltarme a mí.

Ríe. El jodido desquiciado ríe tirado en el suelo, con las manos llenas de sangre, mientras me mira a los ojos.

—Nos… nos veremos en… el… infierno, hermano —susurra con dificultad.

—No lo dudo. Un infierno sin dueños ni budas plateados —digo con la voz quebrada.

Un tiro me obliga a cerrar los ojos y el chillido de Eva me sobrecoge. El olor a pólvora inunda mis fosas nasales y se mezcla con el pánico a que ella haya pagado la consecuencia de mi acto. Al abrirlos, Eva sigue en el sillón, respirando descompasada, y parece intacta. Compruebo para mi sorpresa que es Biel quien tiene la pistola en la mano, todavía humeante, y que la risa del Pepitas ha sido apagada por un tiro en la cabeza.

Su última risa.

Axel se abalanza hacia Biel de dos zancadas y lo sujeta por la camisa.

—¿Qué cojones has hecho? ¡¿Qué cojones has hecho?!

Es la primera vez que Axel se encara con Biel en los años que lleva trabajando a mi lado. El Atrapasueños se mantiene imperturbable, pero me resulta imposible que no le haya afectado el hecho de perder a uno de los suyos y que otro se enfrente a él en un mismo espacio de tiempo y lugar. Axel, fiel a su jefe, pero mucho más a su amigo, coloca la pistola en la sien del Atrapasueños y pega mucho su gigante rostro contraído de rabia y dolor.

—Evitar que sufriera —le responde imperturbable—. No podía permitir que padeciera, no él, y estaba desangrándose.

—¿Acaso ahora existen preferencias entre tus hombres? —le espeta Axel. La mano le tiembla con tanta rabia y contención que no estoy seguro de que pueda controlarla.

Aprovecho el instante para mirar a Eva, que observa la escena horrorizada. Nuestros ojos se encuentran durante una milésima de

segundo en la que intento infundirle valor y calma, pero tengo que apartarlos con rapidez para controlar el entorno: Ikram está alerta a los dos hombres y Susana pendiente de mí.

—Siempre han existido diferencias y preferencias, grandullón. Os aprecio a todos, que quede claro, y no quiero numeritos de celos a estas alturas, pero la sangre que ha brotado de esa garganta es la misma que corre por mis venas.

La información de Biel capta mi atención.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta Axel.

El Atrapasueños pone los ojos en blanco y suspira.

—No alargaremos esto. Sergio es mi hijo —suelta como si tal cosa —. Su madre era una puta a la que preñé. Estaba enganchada y murió de sobredosis poco después de parir. Fin de la novela.

—Una puta enganchada de la que estabas muy enamorado — interviene Susana.

—¿Tú lo sabías? —le cuestiona Axel a esta, todavía paralizado por lo que acaba de escuchar, y ella hace un gesto con la mano que le resta importancia, como si no estuviéramos hablando de que Sergio, nuestro Sergio de siempre, el mismo que yace en el suelo, es hijo legítimo de Biel.

—Por eso lo recogí y lo formé. —Mira el cuerpo sin vida del Pepitas y, sin emoción en el rostro, añade—: Mi réplica. Mi hombre más fiel… —Sin importarle que el cañón de Axel siga en su cabeza, hace una reverencia mientras mira a su recién descubierto hijo.

En *shock* comienzo a entender esa maldad de mi compañero, ese gozo que le producía el dolor ajeno. ¿Se hereda la falta de escrúpulos? Tendría sentido.

—¡¿Has matado a tu propio hijo?! —exclama Axel. Y es la primera vez también que veo sus ojos a punto de desbordarse.

Está a un segundo de perder el control.

Espero que lo pierda. Rezo porque lo pierda y dispare. Si él se desboca, yo gano ventaja.

Atento al gatillo, cuando está a punto de apretarlo, algo sucede y Axel se queda muy quieto. Su mano armada ya no tiembla y la otra suelta levemente el agarre de la camisa de Biel.

—No puedo permitírtelo. He esperado demasiado tiempo este momento —dice Ikram con un cuchillo en la garganta de Axel. En un instante que ha pasado desapercibido para mis ojos, se ha colocado detrás, lo ha rodeado con su brazo y con la otra mano apunta a Susana, controlando por completo la situación—. Si disparas, te rebanaré el cuello, ¿entendido?

—¿Qué haces, Ikram? ¿Qué está pasando? —le pregunta una atónita Susana.

—Tú ahí, callada y sin moverte —le exige. Después mira de nuevo

al Atrapasueños y añade—: Ahora que hablamos de momentos familiares, es mi turno.

—Bastardos traidores —espeta Biel antes de escupir al frente. Escupitajo que cae sobre la gabardina gris de Axel.

—De bastardos quería yo saber. Háblame de Ana Cortés.

El rostro de Biel muta, y aunque no tengo ni idea de qué ocurre ni quién es esa tal Ana, parece ser que mi antiguo jefe sí que sabe de quién se trata.

—Vaya… —murmura—. Ana. ¿Quién iba a decirme a mí que escucharía ese nombre de nuevo y después de tantos años? Ana Cortés —repite airado—. La furcia exclusiva.

El mentón de Ikram se contrae con tanta fuerza que parece a punto de romperse. Se toma un solo instante de baja guardia para sortear el cuerpo de Axel sin soltarlo y pegarle un cabezazo de frente a Biel, que cae hacia atrás del impacto. La nariz y la boca le sangran de forma automática.

—La furcia exclusiva a la que engañaste siendo una chiquilla, te llevaste a Galicia, le destrozaste la vida y la mataste después de humillarla —le recrimina con toda la furia concentrada en sus hombros y la rigidez de su rostro.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar en este momento? —pregunta Biel desde el suelo, limpiándose la sangre de la nariz—. Porque ahora mismo no sé a quién tengo en mi casa, visto lo visto, ni a quién he tenido cubriéndome las espaldas más de doce años. Que por otro lado, me parece muy divertido el hecho de que dos de las personas que más han matado por mí ahora quieran acabar conmigo.

—¿Por ti o por tu dinero? —le cuestiona Eva de repente, lo que me hace observarla con los ojos muy abiertos y de manera reprobatoria—. Es que son conceptos diferentes que la gente a la que no quiere ni su madre no suelen diferenciar.

Biel ríe a mandíbula batiente.

—Qué valiente el cordero cuando se descubre fuera del fuego, ¿eh? Cuidado con la valentía y la insensatez, chiquita, que hasta el rabo todo es toro y esto todavía no ha terminado. Y ahora —mira a Ikram a los ojos—, ¿serías tan amable de explicarme con quién tengo el gusto de hablar?

—Ikram Hanbús Cortés. Hijo de Ana Cortés y encargado de vengar la muerte de mi madre.

El entrecejo de Biel se frunce con una confusión sincera, y creo que es la primera vez en la vida que lo veo descolocado. Enfadado, sarcástico, feliz, poeta… pero jamás descolocado.

—Pero…

—¿O debería decir *hija*? —añade Ikram con una sonrisa asomando a sus labios.

—Maldita bastarda… —murmura el Atrapasueños—. ¿Todos estos años a mi lado sin saber quién eres en realidad y sin haber notado que nada te cuelga entre las piernas? ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Debes tener un coño pequeñito para que haya pasado desapercibido todos estos años. ¿Quién me lo iba a decir?… Una tía matando entre mis mejores hombres y no follándose a clientes junto con mis mejores chicas.

La información me paraliza. Durante un momento solo puedo preguntarme quién es quién. Quiénes somos todos, en realidad. Por qué hemos estado al lado de este tipo. ¿Cómo no he sospechado en ningún momento que, como intuyo que insinúa Biel y según las palabras de mi propio amigo, Ikram es en realidad una mujer? Aunque es lo que menos me importa, siendo su infiltración lo que más.

—Tranquilo, no ibas a morir sin saberlo. Yo mismo iba a encargarme de contártelo antes de hacerte explotar los sesos. Lo mismo hasta te invito agacharte de rodillas y comerte lo que tengo entre las piernas, ya que tanta curiosidad tienes y tanto te gusta meterte unos buenos falos por el culo. —El rostro de Biel se paraliza de repente—. No lo digo yo, lo dicen tus muchachas, a esas a las que obligas a ponerte a cuatro patas, atarte, azotarte y meterte vibradores por todos los orificios de los que dispones mientras las cámaras están apagadas. Un consejo que te llega tarde: nunca deberías avergonzarte de quién eres ni de lo que te gusta. No si no le haces daño a nadie, que no es tu caso.

—Supongo entonces que pensarás que fui yo quien hizo todas esas cosas de las que me has culpado, ¿no? —le pregunta Biel, obviando el comentario anterior—. ¿Has encontrado algo que lo corrobore? Porque estás equivocado. No vas desencaminado, tengo que decirte, pero veo mucho tiempo y esfuerzo invertido para descubrir a estas alturas quién es tu padre. Como detective vivirías en la cola del paro.

—¿Qué tienes que ver tú con mi madre? —exige saber directamente Ikram, pasando por alto todo lo demás.

—La conocí, viví con ella. Era una buena chica. Quizá su único fallo fue el de enamorarse del hombre equivocado. De mi hermano. —Sonríe al comprobar cómo el rostro de Ikram se contrae ante esa nueva información—. ¡Oh, pequeña! ¿Decepcionada de no estar delante de tu papá?

»Tranquilo, quizá incluso tengas oportunidad de conocerlo. Soy un hombre precavido que aprendió mucho de su padre. Por ejemplo, como ya sabéis, aprendí a desconfiar de todo el mundo, incluso de mí mismo. Por eso antes de iniciar esta fiesta, que está resultando ser más divertida de lo que pensé en un primer momento, lo avisé de mis intenciones. Lo que significa que, si muero hoy y aquí, él se encargará de buscaros y descubrirá que su princesita se ha convertido en un gran

hombre. —Ríe con fuerza ante su supuesto chiste—. Fíjate que muchas veces se preguntó dónde estaría y llevaba años aquí, codo con codo con su tito.

En mitad de esa risa y aprovechando la baja guardia de Ikram, que sigue analizando lo que ha escuchado, Biel se mueve con rapidez. Un tiro certero y muy premeditado en la cabeza de Axel lo tumba de lleno en el suelo y acto seguido solo queda la imagen de Ikram frente a él, apuntándolo con la pistola y el cuchillo y siendo apuntado.

Un llanto reprimido y la tétrica canción es nuestra banda sonora.

No me detengo en el gran cuerpo de Axel inerte en el suelo, no en este momento. Pienso en mi próximo movimiento, porque debo hacer algo ahora, mientras contemplo la escena con mucha atención.

Están cayendo hombres y mis posibilidades aumentando, pero el siguiente puede ser Ikram.

—Mira qué familiar va a quedar todo… Axel no sufrirá por la pérdida de su gran amigo y tú has tenido la oportunidad de asistir a su casi funeral y al de tu primo antes de palmarla tú también —comenta Biel. Y va a disparar sin pensar, sé que va a hacerlo. De hecho, ejecuta el tiro a la vez que su cuerpo de desplaza hacia atrás con brusquedad y la bala se desvía.

—Digamos que seremos nosotros quienes te enterremos con tu hijo.

Contra todo pronóstico y alterando el final de los acontecimientos, Susana se ha colocado detrás de Biel y una fina cuerda rodea el cuello de este. Al moverlo hacia atrás, el disparo ha cambiado su trayectoria hacia el hombro de Ikram, que sangra con intensidad, tanta que su camisa blanca es empapada de inmediato.

La puerta principal se abre con un gran estruendo a la vez que me levanto para ir corriendo al frente y terminar con los metros que me separan de Eva.

—¡Qué rata que sos, lo querés todo para vos! —le exclama a Susana una conocida voz femenina con acento argentino—. Casi nos perdemos el final de la fiesta, boluda —le recrimina Gabriela a Kerstin mientras mueve su revolver, quien al lado de ella y con una recortada en su regazo, se abre paso.

—No me perdería esta mierda por nada del mundo —añade la rubia justo antes de darse cuenta de que Ikram ha tenido que apoyarse en la pared y palpa su hombro por encima, supongo que identificando la localización de la bala.

Corre con rapidez hasta él. Solo se toma unos segundos en observar con horror los cuerpos sin vida y se centra en su prioridad.

Yo he llegado hasta Eva y comienzo a desatarle una mano y ambos pies. Su mano derecha está libre de cuerda, y ahora entiendo de dónde la ha sacado Susana.

Biel intenta sin éxito deshacerse de la soga que le quita la vida, y

aunque creo que ese va a ser su final, Susana hace un gesto de aviso para que todos nos aseguremos de que el tipo no puede escapar. Gabriela lo apunta, Ikram parece olvidarse de su herida y hace lo propio, al igual que Kerstin con la recortada y yo con el arma que cojo del suelo, no sé si del Pepitas o de Axel.

Ella, consciente de que todo está bajo control, retira la cuerda y lo empuja al centro de una certera patada en los riñones que lo hace quejarse de dolor. Él, débil y torpe debido a su pierna todavía no recuperada, cae de rodillas ante nosotros.

—¿Tú? —Biel gira el rostro hacia Susana y le habla con mucho esfuerzo mientras se toca la garganta—. ¿Precisamente tú? Mi más… fi… fiel compañera.

Creo que todos nos preguntamos lo mismo. El hecho de que sea Susana, la arpía de Susana, la que haya salvado la situación es, cuanto menos, sorprendente.

—¿Fiel compañera? ¿Puede llamársele compañera a alguien a quien has tenido a tu merced durante media vida? La gente no te es fiel, Biel, la gente te teme. Teme por sus sueños, por no poder dormir cuando apareces en sus vidas. Nadie te quiere, ni si quiera yo.

—¿Y qué… coño hacías conmigo, furcia? Te lo he dado todo.

—Y a la vez me lo has quitado. No tenía mi libertad, ¿te parece poco? Llevo mucho tiempo soñando con ser yo quien termine con la tuya, pero veo que hay cola. —Alza la cabeza y nos observa a todos—. Esta es tu gente, la que supuestamente te guardaba el culo por fidelidad. No te quiere nadie: ni tus hombres ni tus exclusivas, como a nadie has querido tú en la vida. ¿Crees que es diferente tu familia? Esos solo se mueven por la sangre que compartís, pero no por el corazón, algo que parece no existir dentro de ti ni de ellos. Hasta nunca, Biel. Te dejo en manos de quienes siempre has presumido de querer. Si tanto los has cuidado, serán justos contigo —es lo último que dice antes de dar un paso atrás.

—Justísimos —dice Gabriela llegando hasta él—. Tanto que te la pegarás de este mundo con una mínima parte del daño que causaste. Nos jodiste la vida, flequillo de carne. Ojalá tuviera tiempo de encerrarte acá y devolvértelo todo.

Con decisión, Kerstin y Gabriela se acercan a él perfectamente coordinadas, como si todo estuviera pensado. La primera lo obliga a abrir la boca y le incrusta el inicio de la escopeta. Cuanto menos me impresiona su determinación, más ahora que luce esa pequeña barriga redondeada que su ropa no oculta.

—Si te mueves, pum. Si pestañeas, pum. Si respiras lo suficientemente fuerte para que me moleste… —despega con suavidad sus labios y pronuncia muy despacio—: Pum.

Gabriela, que se ha hecho con el cuchillo que antes estuvo en la

mano de Ikram y sobre el cuello de Axel, se acerca a él. Con un brillo que da miedo reflejado en los ojos y una sonrisa siniestra se agacha delante y roza la piel de su frente con la punta del cuchillo.

Antes tenía claro que nada quedaba de esa muchacha inocente que un día conocí; ahora tiemblo ante la evidencia. Su determinación es espeluznante. Y no puedo culparla.

—Espero que no movás las pestañas —le sugiere—, porque me saldrá la letra torcida y odio que me pase cuando firmo. Tendría que repetir.

Bajo nuestros expectantes ojos rasga su piel con consciencia. Se muerde el labio inferior, disfrutando de lo que hace, contemplando cómo la sangre emana del corte provocado por su puño. Biel no pestañea ni se mueve, asombrosamente, solo gime con el cañón de la escopeta incrustado, sin permitirle hablar y aparentemente ahogándolo. Así, en un riguroso silencio roto solo por sus inútiles quejidos que mueren en esta sala de tortura, Gabriela graba su nombre completo en el centro de la frente del Atrapasueños.

—¿Sabés lo mejor de ser una don nadie sin papeles? Que puedo grabar mi nombre en toda tu asquerosa piel justo antes de matarte y nadie identificaría a la causante del delito. —Alza el rostro, uno desencajado de adrenalina, y mira a Kerstin—. ¿Dónde querés firmar vos?

Kerstin mira a su derecha, hacia la pared en la que Ikram se encuentra apoyado, al parecer sin haber localizado la bala.

—Está perdiendo mucha sangre, Kerstin. Hay que sacarlo cuanto antes de aquí —la apremio.

—Aguantaré lo suficiente. Solo es una firma —dice él antes de guiñarle un ojo a la rubia, la cual le sonríe con gratitud.

No es hasta que Gabriela sustituye su arma cuando Kerstin saca la escopeta de la boca de Biel.

—¿Dejarás a tu hijo sin padre? —le pregunta al saberse sin mordaza y, al parecer, todavía con ganas de sonreír.

—Mi hijo tiene un padre, y nunca has sido tú, puto engendro. Tendré que darme prisa en mi cometido antes de que se desangre —dictamina mirando de nuevo a Ikram.

Sé que me he perdido algo entre estos dos, pero la situación no es la más adecuada para ponerme al día.

Kerstin, con parsimonia, realiza la misma acción que Gabriela, esta vez en la mejilla del susodicho al que la argentina amenaza cuando se mueve y gime de dolor.

—No me dés motivos para atravesarte los sesos desde aquí abajo, porque estoy deseándolo.

—Me temo que seré yo quien haga eso —aseguro—. Es un asunto personal.

—Como si lo mío fuera un pasatiempo —me recrimina Ikram poniéndose de pie y acercándose.

—Lamento deciros que llevo toda mi vida esperando este momento, y creo que no soy la única —añade Susana mientras se hace con una pequeña pistola del suelo. Observa a Kerstin levantarse con la escopeta al frente y a Gabriela imitando su gesto pero alejándose de Biel.

Le propino una fuerte patada en la cabeza cargada de toda mi furia que le hace rebotar el cráneo.

En cuestión de segundos, todos estamos pegados, rodeándolo en un pequeño círculo y con las armas apuntando hacia abajo, al cuerpo tumbado que solo emite quejidos de dolor.

—Felices sueños, Biel. Esperamos estar en todos y cada uno de ellos —le desea Kerstin.

Tras mirarnos una sola vez, en silencio y sin darle opción a responder, sabemos cómo debemos proceder. Un asentimiento de cabeza por parte de Ikram y una ráfaga de disparos amortigua en su cuerpo, ese que se zarandea de manera compulsiva mientras se llena de agujeros por los que emana la sangre más fría y corrompida que he conocido jamás.

Amortigua nuestro dolor.

Los años perdidos.

La libertad irrecuperable.

El miedo vivido.

Las vidas sesgadas.

Y amortigua la rabia de cada cuerpo que poseyó a su antojo, cada niña sometida, cada billete que llegó a sus manos al beneficiarse de ellas.

El Atrapasueños ya no existe, ni en alma ni en cuerpo, prácticamente. Ahora solo es un amasijo de carne en el que, con letra borrosa, pueden leerse los nombres de Gabriela y Kerstin.

Susana, para poner la guinda final, se agacha y cubre con su nombre el único espacio de piel libre de sangre que hay en su brazo. Después alza la cabeza hacia una asustada y pálida Eva que lo observa todo con lágrimas resbalando de sus mejillas, aún desde el sillón, y le dice:

—Recuerda que ningún príncipe vendrá a salvarte; somos las princesas las que siempre lo hemos hilado todo desde dentro del castillo, que una mujer nunca ha necesitado una espada para atravesar a su enemigo y que un ejército no comenzó siendo un ejército.

Tira la soga al suelo y nos mira a todos, uno a uno.

31

Yo siempre te he dado los besos que tú nunca me has pedido.
Y cuidar de las estrellas puede ser un buen castigo.

Sonrío cuando la veo aparecer por el umbral de la puerta. Su pelo recogido en un estirado moño alto le da un aspecto bello y despejado, pero las ojeras oscuras que enmarcan sus ojos son las chivatas de su cansancio.

—Hola —susurra a la vez que me dedica una sonrisa.

Inspecciono su chándal blanco, a conjunto con la austera sala. Miro alrededor y no puedo evitar cerrar los ojos con diversión para abrirlos acto seguido y escudriñarlo todo. Es idéntica a la habitación de hospital en la que durante semanas la acompañé yo a ella. Idéntica cama, televisor, mininevera, sillón y el mueble inservible.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —le pregunto, todavía algo somnoliento. Siento el cuerpo sosegado, demasiado, y averiguo de un rápido vistazo al techo que debo agradecérselo a las bolsitas de calmantes.

Definitivamente, estoy en nuestro hospital.

—Horas. Te intervinieron a las diez y son las cinco de la madrugada. Pensaba que no despertarías hasta mañana, por eso he salido un momento al baño. Todo ha salido bien y rápido, han extraído la bala sin dificultad, aunque han tenido que reconstruir tendones y ligamentos.

Asiento. Imaginaba que así sería el procedimiento.

—¿Qué tal te encuentras tú? —quiero saber.

—Bien. —Sonríe—. Nerviosa por ti, pero sabía que saldrías bien parado de esta, como de todas. Pareces hecho de hierro y no de carne y hueso. Pero, por otro lado, me siento tranquila por primera vez en mucho tiempo, a pesar de no saber qué vendrá después. Biel no está. —Traga saliva—. Puede que vengan otros, pero no veré más su rostro, y no puedo ser más feliz.

—¿Y después qué?

—Ya pensaré en eso. Por ahora me quedaré a cuidar de ti. —Camina unos pasos hasta el mueble inservible y se hace con un cuaderno que hay encima para enseñármelo. Me sorprende reconocerlo por su color azul y su tapa gastada. Es el que me traía para escribir cuando ella estaba hospitalizada. Y en el que llevo escribiendo muchos años. Me había olvidado por completo de él.

—¡Eh! Ese es mi cuaderno. ¿Qué haces tú con él? —Intento arrebatárselo con mi mano movible, pero de un salto hacia atrás lo impide, risueña.

—Te lo olvidaste el último día en la habitación del hotel, cuando me dieron el alta.

—Y lo has leído, supongo.

Asiente.

—La curiosidad me carcomía cada vez que te veía sentado en el sillón, escribiendo en él. No puedes culparme por hacerlo.

—No lo hago. Empiezo a acostumbrarme a que husmees entre mis documentos privados.

Intento incorporarme, pero un dolor intenso en el hombro me recuerda cómo he acabado en este hospital. Kerstin se acerca con premura a mi posición e inspecciona que la gasa que me cubre por debajo de la férula no tenga rastro de sangre.

Está muy cerca. Peligrosamente cerca. Tanto que mi cuerpo reacciona por debajo de las sábanas y mi pecho se revoluciona.

—¿Dónde está mi bandeja de comida? —le pregunto.

Gira el rostro fruncido y preocupado hasta quedar muy cerca del mío.

—¿Qué? —me observa descolocada.

—Mi bandeja de comida. ¿Acaso no has chantajeado a ningún médico para que me traigan lo mejorcito de la cocina?

En sus labios aparece una sonrisa que me como con premura. No la dejo apartarse cuando intenta retroceder al sentir cómo la beso.

—Tu hombro… —susurra entre mis labios—. No deberías…

—Esperar tanto para besarte —termino por ella.

Cuando la aparto, sus mejillas sonrojadas me reciben.

Ha sido poco el tiempo que he dedicado a tenerla debajo de mi cuerpo, mucho menos del que me habría gustado. No ha sido fácil ocultar ese deseo irrefrenable entre las paredes de La emperatriz. Por suerte para mí y para ella, Biel, centrado en Gabriela como estaba, le ha dado de lado y Kerstin ha sido invisible ante sus ojos.

Por mucho que rogamos al interior de esa barriga, en principio plana y blanquecina, para que no creciera rápido y nos diera margen de actuación, pareció crear el efecto contrario, porque a los cuatro meses ya se notaba tanto que el Atrapasueños se percató de su embarazo. Dio por sentado que era hijo suyo, por su cabeza no se paseó la idea de que la sueca osara desobedecerlo o traicionarlo acostándose con otro —no si apreciaba su vida—, pero no le dio mayor importancia. No era nada nuevo para él, ni mucho menos de su incumbencia. Si quería abortar, él lo pagaría, pero Kerstin le pidió tenerlo, y a Biel, que ya no le importaba que el cuerpo de la sueca cambiara ni que le dedicara tiempo a un chiquillo, le pareció bien. Eso sí, cuando naciera los alejaría de La emperatriz y le buscaría otro trabajo, siempre bajo sus órdenes. Su único objetivo era que ese niño estuviera lejos de él. Meses antes, siendo Kerstin su mejor exclusiva, no se habría planteado el hecho de dejarla en semilibertad ni de tener un hijo. Sin embargo, ya no lo era.

Si algo tenía claro era que antes de que ese niño naciera, el Atrapasueños habría sido comido por los gusanos. No permitiría que le viera la cara una sola vez. Yo mismo me encargaría de ello. Era curioso cómo mi objetivo de toda una vida varió en el momento en el que conocí un poco más a la sueca. A la verdadera. A la dulce. A la risueña. A la guerrera. Y no a la esclava cabizbaja de Biel.

Sumido en mis pensamientos, le toco la barriga, esa que crece a pasos agigantados. Ella mira mi mano, algo reticente al gesto.

—Ikram… —me dice con voz reprobatoria.

—¿Qué ha pasado con Biel? ¿Cómo están las chicas? ¿Y los demás? —la interrumpo, porque sé que se avecina una conversación que no me apetece abordar.

—Susana está encargándose de todo lo relacionado con La emperatriz, puedes estar tranquilo. Una vez las chicas estén seguras y el Pepitas y Axel fuera de allí para poder enterrarlos como decidamos, Biel y su imperio quedarán reducidos a cenizas. Gabriela, Lusco y Eva se han marchado a un hostal a descansar. Mañana por la mañana él asistirá a la despedida de los chicos y juntos decidiremos qué hacer.

—¿Y nosotros? —le pregunto, conocedor de que reconduciré el tema que no queremos pero debemos tratar.

Kerstin suspira.

—No lo sé. Ahora todo es más complicado.

—No lo es.

Recorro con mi mano en círculos sobre su barriga y ella mira embobada el movimiento.

—Pantene, debes comprender que todo es de lo más extraño, mucho más ahora que nos hemos enterado de la verdad. ¿Qué será este niño?, ¿tu primo? ¡Es surrealista!

—Este niño únicamente será tu hijo, y yo estaré ahí. Ni él es hijo de Biel, ni yo de Sosa. Él tendrá una madre, fuerte y decidida, y yo ya tuve un padre.

—No puedes decirle que estarás ahí a una tía con la que te has acostado en ocasiones contadas. —Me mira con los ojos brillantes.

—Sí que puedo. Acabo de hacerlo. Y han sido contadas porque la situación no nos lo ha permitido, porque yo te habría follado cada día, en cualquier lugar que te pillase —le aclaro, consiguiendo que sonría una milésima de segundo.

—Y yo… soy yo, y nunca dejaré de serlo. Esta firma me perseguirá toda la vida y me recordará que soy la puta de Biel. —Se alza la fina sudadera de chándal blanca y señala la zona alta del pubis.

Su comentario se me hinca más profundo que la bala recientemente extraída. Puede que no nos hayamos acostado más que un puñado de veces, o que hayamos hablado por teléfono a escondidas, como dos adolescentes. Puede, incluso, que alguien no crea posible enamorarse

con miradas furtivas por los pasillos, sonrisas prohibidas y las ganas ocultas en el bolsillo. O puede que sí, porque pienso en que se aleje de mi lado y me falta el aire. Viviría en La emperatriz cada día de mi vida por verla pasearse de lejos con la bandeja repleta de cafés y dulces. Aunque no tuviera oportunidad de tocarla jamás. ¿No es eso acaso el amor?

Pienso en que mi padre un día dijo las mismas palabras sobre mi madre. Y él siempre tenía razón en todo.

—Lo que tú eres es una mujer preciosa y valiente. Una superviviente que abre puertas con una jodida escopeta sobre el regazo. Antepusiste la vida de la argentina por la tuya y ahora harás lo mismo por ese niño, y yo solo te pido estar a vuestro lado. No como un padre, si no es lo que deseas, pero al menos siguiendo vuestros pasos de cerca. Podemos ir a mi antigua casa y vivir allí. Tengo dinero de sobra para subsistir toda una vida, y si no fuera así, encontraríamos trabajo.

—Te recuerdo que no soy española. No todo es tan sencillo como dices.

—Pues nos vamos a Suecia. O, mejor, cásate conmigo.

Su entrecejo fruncido se relaja, como si no pudiera soportar el peso de mis palabras.

—¿Qué dices? —me pregunta con una risilla nerviosa.

—Que te cases conmigo. Me encantaría que dijeras que aceptas porque lo deseas, y no porque te convenga, pero ¿quién sabe? El roce hace el cariño, y yo estoy deseando rozarme contigo.

Unas lágrimas rebeldes asoman a sus ojos y no tardan en deslizarse por sus mejillas, pero ella, como de costumbre, las retira con rapidez.

—No puedes estar hablando en serio.

Elijo mis palabras con tacto porque no deseo asustarla. Me encantaría que gritara emocionada y aceptara sin miramientos, que me besara hasta implorarle que parara. Pero esto no es una película de amor con final feliz. Es la realidad de alguien que ha sufrido muchísimo y a sus veinte años y embarazada no es capaz de fiarse ni de sí misma. Es la mía, en la que aún tengo que asimilar que, después de toda una vida, una persona me acepta tal y como soy, con mis noventa y nueve sombras y, posiblemente, una única virtud. Así que lo suavizo y camuflo mis verdaderas intenciones con un tono casual que le reste importancia a mi sincera proposición:

—Hablo más en serio que nunca, Ricitos de Oro. Casémonos, solucionemos nuestros problemas y vayámonos a vivir juntos. Tu hijo tendrá un hogar y yo te tendré a ti. A vosotros. Después, lo que venga solo el destino lo decidirá.

—¿Y qué le contaré de mayor? —cuestiona emocionada, colocando su mano sobre la mía, la cual todavía sigue sobre su abdomen. Parece

ser que ahora, por fin, mi tacto no le afecta negativamente.

—Lo que quieras contarle. Habrá tiempo de sobra para pensarlo.

Bajo nuestras manos, un movimiento brusco nos hace reír abiertamente.

—Parece que el pequeño está de acuerdo —comenta Kerstin.

—O la pequeña —le recuerdo.

Ya deberíamos saber su sexo, pero ella ha preferido no conocerlo hasta el momento del parto. No es que no esté de acuerdo con la decisión, pero la espera me consume.

Se acerca para besarme despacio.

—O puedes ir escribiéndolo todo en ese cuaderno tuyo en el que hasta ahora has plasmado tu historia. Tienes una vida de libro, ahora más, y apuesto a que cualquiera haría cola para comprarlo.

—Puede que me anime ahora que tengo poco que hacer. —Acaricio su rostro y me pierdo en sus ojos claros.

—¿Y si…? ¿Y si vuelven a por nosotros?

—Tiempo al tiempo. Ahora tengo algo más importante en lo que pensar.

Sonríe.

—¿En qué, Pantene?

—En mi comida. —La miro de arriba abajo con ardor—. Me has dejado sin bandeja y tengo mucha hambre.

—Todavía no estás apto para comer. —Mira mi hombro de soslayo, pero yo soy más rápido y la atrapo con mi brazo libre para tumbarla sobre mi cuerpo.

—No vas a venir a decirle a un médico lo que tiene que hacer con su salud.

32

Un día la suerte entró por mi ventana. Vino una noche, se fue una mañana; quizá solamente me vino a enseñar que viene y va.

Eva

Estoy sentada en la puerta de mi casa. Llevo tres días viniendo a no hacer nada. La rutina es la misma: me levanto, me decanto por la ropa estropeada que siempre elijo para pintar y vengo aquí con una mochila de proyectos colgada en la espalda que se queda en nada. No soy capaz de concentrarme.

En este momento, abrazo con las manos un café templado servido en la misma taza blanca de la que Adán bebió esa primera vez que entró en este mi antiguo y futuro hogar. Miro el filo donde se han posado mis labios y en aquella ocasión estuvieron los suyos. Levanto el rostro y observo el jardín sin vida mientras pienso en príncipes sanguinarios que son salvados por princesas destrozadas sin espadas.

Este jardín soy yo.

Sé que puede volver a florecer, pero jamás lo hará solo, plantado en el mismo lugar, sin cuidado y cariño. Sin ser la prioridad de alguien que lo riegue y lo mime cada día.

Debo convertirme en mi prioridad. Regarme y mimarme.

Viene a mi mente el abrazo en el que Adán me cobijó hace unas noches, todavía sentada en el sillón de Biel, vestida como una niña pequeña, intentando asimilar que estaba viva, que él lo estaba. Que Gabriela, Susana, Kerstin e Ikram lo habían hecho posible y siempre habían estado del lado de Adán, aunque por su actitud nunca lo habríamos imaginado. Y después de todo, esa era la intención: que nadie, ni siquiera nosotros, descubriéramos que había un ejército formado en contra de Biel. Sin base, el pico de la pirámide caía.

Ellos hablaban y me lo explicaban, se cuestionaban qué harían con los cuerpos caídos, no obstante, yo parecía estar en otra dimensión en la que solo podía sentir el apretón del chico que me rodeaba con sus brazos como si todo lo importante de su vida lo envolviera mi cuerpo. Yo creía que lo importante de la mía me envolvía en aquel instante. Después, cuando se apartó tras muchos minutos y comprobó que no tenía un rasguño, vi los cuerpos en el suelo, la sangre que los cubría, el olor a hierro que aún no sale de mi nariz y aquellas máquinas de tortura impensables para cualquier mente humana en pleno siglo XXI. Pensar que pude ver a Adán siendo sometido en una de ellas todavía me estremece. La taza tiembla entre mis manos nerviosas.

—Iremos a descansar y mañana volveremos a casa —me dijo Adán.

—Necesito llamar a Sandra y a Mónica —fue mi única respuesta.

Asintió y me prometió que en cuanto saliéramos de allí lo arreglaríamos todo. Que él se encargaría de tranquilizarlas.

Arreglarlo todo, como si no hubiera sucedido nada.

¿Quién puede borrar de mi cabeza todo lo vivido en un espacio tan corto de tiempo? Ni siquiera él.

—Id vosotros —nos propuso Ikram—. Nosotros nos encargaremos de todo esto.

—¿Cómo? —le pregunté ojeando los cuerpos.

—Recuperaremos los pasaportes de las chicas, desalojaremos este lugar y La emperatriz será solo un puñado de escombros y cenizas que nunca debería haber estado en pie —intervino Kerstin.

Adán caminó unos pasos hasta el deforme saco de carne que era Biel y le escupió encima.

—Por Ignacio —murmuró. Y a pesar de que no lo entendí, Gabriela se acercó y se sumó a la causa, escupiéndole también.

—¿Creéis que es verdad lo del hermano de Biel? —pregunté en general, temerosa y sin apartar los ojos de Adán

Susana asintió y aseguró:

—Lo conozco lo suficiente, lo conocía, mejor dicho, para saber que es verdad. No va de farol porque desde hace un tiempo no sabía en quién confiar. Antes de que pasara todo, llevaba mucho tiempo siguiendo los pasos de Adán. Cuando se enteró del embarazo de Kerstin y comprobó que ella no estaba hundida por la noticia. —Miró a la aludida y se dirigió a ella—. Comenzó a pensar mal de Ikram. Él había sido el encargado de espiar a Lusco y nunca había dado ninguna información negativa sobre él, así que después de haber sido tu cuidador durante tu estancia en el hospital, sospechó que también podía estar de tu lado. Comentó algo así como que el brillo de un hombre que ha perdido la cabeza por una mujer es inocultable; ni el mejor de los profesionales puede esconderlo, y que de ahí podía venir el cambio de actitud de la sueca, que se había tomado su embarazo como algo que viene porque tiene que venir y no una aberración por tratarse el padre de quién se trataba. Era un pirado, pero no uno tonto. Era conocedor del asco que le tienen sus chicas. No cualquiera aceptaría un hijo suyo con parsimonia.

»También sabía que el Pepitas y Axel, a pesar de que jamás lo traicionarían, estaban demorando la entrega de Lusco. Ambos eran lo suficiente buenos en su trabajo y tú te habías expuesto demasiado públicamente para que tardaran tanto en traerte ante él. No me extraña que, dudando de todos, se pusiera en contacto con su hermano por si algo le ocurría.

—¿Por qué tu actitud? —quiso saber una seria Kerstin—. Siempre has sido nuestra enemiga y nos has machacado.

—Y a mí me has humillado en las duchas —le recordé, lo que hizo nacer la tensión en los hombros de Adán—. Y me diste a entender que odiabas a Adán. Por tu comportamiento con Ikram, deduje que tampoco él era de tu agrado.

Susana se encogió de hombros.

—No creas que me caes tan mal —le habló a Adán—. No te habría ayudado con ese perro y el dinero que llevaba atado el día de tu huida.

El entrecejo de este se frunció.

—¿Fuiste tú?

Susana asintió.

—¿Cómo sabías dónde escondía mi dinero?

—Porque no se da puntada en este edificio sin que yo lo sepa. Y sin mi actitud hacia todos vosotros, Biel jamás habría confiado en mí. Sabía que este día llegaría. Y, sí, me lo dijeron las cartas. Sabía que todos, por un motivo u otro, queríais acabar con él. Cuando llegara ese momento, yo debía tener toda la información posible en mi mano. Información que os será muy útil ahora. Y para ello debía teneros a todos en contra y a él de mi lado. Por ejemplo, necesitáis saber que su hermano es Adriol Sosa, y que vendrá a por nosotros, sin ninguna duda.

El rostro de Ikram palideció mucho más de lo que lo estaba de por sí debido a la pérdida de sangre, pero no menos que el de Gabriela y Kerstin.

—¿Cómo… cómo es posible que no tuviéramos ese dato después de tantos años? —cuestionó Ikram.

—Porque a Biel no le convenía que lo tuvierais. Adriol huye de la justicia por matar a su padrastro en público y de manera muy escabrosa, entre otros muchos delitos. Biel y él son hermanos de madre, una madre que murió demasiado joven y dejó a ambos chiquillos con el padre de su segundo matrimonio; un ser despiadado que *educó* a su hijo e hijastro a base de palos y abusos. Creo que por eso Adriol lo mató, porque lo encontró violando a Biel siendo este ya casi un hombre, como había hecho durante toda una vida con ambos, desde que eran niños.

—¿Eso significa que… que Sosa es tu padre? —le preguntó Kerstin a Ikram.

—No. Yo ya tuve un padre. Eso significa que no iba desencaminado con mi teoría, que ya sé quién le jodió la vida a mi madre y sé con certeza a por quién ir —le respondió él, contrayendo la cara de dolor justo en el momento en el que su camisa comenzó a gotear sangre.

—Tenés que curar eso antes de encargarnos del *pub* o te desangrarás —intervino Gabriela.

Susana asintió, de acuerdo, y terminó por contarnos:

—Solo tenéis que saber que Adriol vive oculto. Cuando acabó con todo, se escondió en Argentina, el país natal de su madre, y comenzó a manejar desde allí lo más sucio del negocio que ambos habían heredado de su padrastro. Ese tipo te trajo aquí —le dice a Gabriela—,

y por eso vino aquel día a comprobar si eras parte de la mercancía. Tuve que delatarte para ganarme la confianza de ambos, y aunque no es excusa ni me esculpa, lo siento sobremanera. Para Sosa era de suma importancia recuperar a las chicas perdidas porque al parecer sabíais quién era él.

Gabriela asintió.

—Él habló directamente con nosotras justo antes de trasladarnos. Fue quien nos prometió un futuro mejor. Le vimos la cara y escuchamos su nombre.

—Su presencia por La emperatriz era un hecho inusual: todos sabíamos que el tipo era uno de los grandes socios de Biel, pero nadie de quién se trataba en realidad. ¿Cómo lo supiste tú? —le cuestiona Adán.

—Los escuché hablar en privado.

—Chicos, no podemos esperar más —fue lo último que dijo Kerstin antes de que Ikram se desvaneciera y Adán tuviera que salir corriendo en su busca para evitar que cayera al suelo.

Unas horas más tarde, con Ikram atendido por el mismo doctor que al parecer un día se encargó de la hospitalización de Kerstin, la bala extraída, él fuera de peligro y la sueca cuidándolo, Adán me sacó de aquel horrible lugar. Gabriela se había venido con nosotros y Susana había decidido quedarse con las chicas que trabajaban en La emperatriz, organizándolo todo para que a la mañana siguiente el lugar se convirtiera en una hoguera.

Al poco rato, me encontraba en la habitación de un modesto hostal, sentada en la cama mientras hablaba con Sandra por teléfono y le prometía que se lo explicaría todo con calma, pero que me encontraba a la perfección. Ella se encargaría de trasladárselo a Mónica, la cual seguía con ella a la espera de noticias. Estaban bien. Las habían bajado del coche en Sevilla en la orilla de una autovía, desde donde tuvieron que coger un autobús de vuelta. Supongo que era lo que querían: tiempo para alejarse mientras las dos llegaban a casa.

Les habían dicho a mi padre y a Elena que pasaría la noche fuera con Sandra y David en una pequeña fiesta privada a la que me habían convencido para ir, y que Adán y su instinto protector lo habían llevado a acompañarnos. Mi padre me había llamado para verificar la información y yo se la confirmé.

Hasta ahí, todo estaba controlado.

Todo menos mis latidos, que bailaban arrítmicos por haber escuchado la voz de mi padre cuando pensaba que jamás volvería a hacerlo.

Al colgar, cerré los ojos y suspiré. Todos estábamos a salvo y al día siguiente regresaría a casa. Fin.

Adán salió del baño con una toalla blanca envolviendo su cintura.

Ni rastro de sangre en su enorme cuerpo, solo tinta, resquicios del agua que había limpiado su piel y tensión. El cuello cubierto de tatuajes estaba más rígido que nunca y sus ojos azules me contemplaban brillantes y preocupados.

—Estoy bien —murmuré soltando el móvil sobre el colchón en un intento por liberar parte de esa tensión que cargaba.

—No lo estás. —Se acercó con paso seguro y se agachó frente a mí para elevarme el mentón con dos de sus dedos y fijar su mirada en la mía—. No lo estás. Y lo siento enormemente. Esto no debería haber sido así, no tendrías que haber presenciado…

—¿La realidad?

—Siento que mi realidad sea esta y que te hayas visto involucrada.

Se acercó para besar con suavidad mis labios en un claro intento por desviar una conversación pendiente, y yo, que no me sentía preparada para mantenerla aún, me aferré a sus hombros y lo atraje hasta mí sin despegar mi lengua de la suya.

Necesitaba dejar de pensar y él también. No lo reconocería en voz alta; no lo hizo cuando le pregunté en el coche, de camino al hostal, ni lo haría entonces, pero las muertes del Pepitas y Axel habían sido un duro golpe, a pesar de ser el causante de la primera. Entendí en ese justo momento, cuando era dueño y señor de una vida ajena y tomó la determinación de acabar con ella, que en su mundo prevalecía una amenaza, una promesa, por encima de los momentos compartidos juntos. A pesar de que aquel tipo de risa estridente me había llevado allí, a la mismísima boca del lobo, como Adán le había dicho, no me gustó verlo morir, ni a él tampoco. Por mí, le habría perdonado la vida, no obstante, ese concepto no entraba en el diccionario de Adán.

Las manos de Adán se encargaron de la cremallera del chándal que llevaba puesto, uno azul y gigante que antaño le perteneció y que seguía entre sus cosas olvidadas en La emperatriz.

Fue lo más suave y pausado que he sentido nunca.

Sus movimientos me hablaban, me contaban la preocupación que cargaban.

Sus labios esparcieron disculpas descendentes por todo mi cuerpo mientras la ropa caía a su paso, y su lengua las cubrió de manera ascendente, justo después, hasta llegar a mi boca.

Su toalla desapareció al igual que mis pensamientos y mi ropa.

Estaba duro, podía sentirlo; y yo mojada, él lo sabía.

Entró despacio en mí, abriéndose paso entre mis pliegues, y de manera muy lenta, casi dolorosa, con su mirada clavada en la mía, llegó al final.

Nos mantuvimos inmóviles, asimilando la invasión.

Asimilando el magnetismo que nos impedía despegar nuestras miradas.

Conectamos.

Éramos dos recipientes de incertidumbre y miedo que al unirse se convirtieron en uno solo, despojado de toda inquietud.

—Necesito sentirte —le rogué, extasiada y deseosa.

Adán sonrió de esa manera ladeada suya que te arranca gemidos involuntarios y se movió en mi interior, despacio pero certero, llegando al lugar más placentero de mi anatomía, y lo hizo una y otra vez, entre caricias y besos, hasta que mis manos se aferraron a su espalda y me dejé ir tan lento e intenso a la vez, que la combinación me pareció imposible.

—Casi pierdo la cordura al descubrir que te habían encontrado y te llevaron con ellos. —Pegó su frente a la mía y mantuvo mi cuerpo bajo el suyo, a la espera de que me recompusiera de lo que acababa de sentir—. Casi muero al saber que llegarías a manos de Biel. Eso es amor, ¿no?

Sonreí buscando su rostro con mis manos para acariciarlo.

—El amor nunca ha matado a nadie, Adán —le recordé.

—Pero la falta de él sí.

Se movió de nuevo, buscando mi placer.

No pensaba dejar que muriéramos.

—¿Piensas hablar conmigo en algún momento?

Sobresaltada, miro al frente. Seguía embobada en mi jardín sin flores y en los recuerdos pasados y no me he percatado de la presencia de Adán, que llega hasta a mí con las manos en los bolsillos del pantalón. Debe venir de casa de nuestros padres, y está vestido con un chándal negro que no me deja apartar la mirada de él. ¿Acaso una prenda tan básica puede quedar de esta arrebatadora manera en un cuerpo que no sea el suyo? Definitivamente, no.

—No sé a qué te refieres.

Alza ambas cejas.

—A que casi no hablamos desde que llegamos. A que tu mente está en otra parte. A la quedada con el amiguísimo de Dani.

—David. —Pongo los ojos en blanco.

—Bueno, eso.

Se encoge de hombros.

Sabe que ayer estuve hablando con David, que hay una gran propuesta sobre la mesa y que la duda se pasea por mi cabeza. Antes de todo lo ocurrido en Barcelona tenía clara mi negativa, ahora… Ahora no tengo claro nada.

—¿Qué ocurre, Eva? —Se agacha de cuclillas frente a mí y apoya sus manos en mis rodillas.

—No quiero estar aquí —le digo tal y como lo pienso.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy planteándome la oferta de trabajo y puede que me vaya a Londres con David y Sandra.

Su mandíbula se endurece.

—Necesitarás alguien que te guarde las espaldas.

—No, Adán. Precisamente es lo que no quiero necesitar. —Me pongo de pie y él me imita. Sin preguntarle, entro en mi polvorienta casa sin acabar y él me sigue—. Lo que necesito es… dejar de pensar. Y dejar las pastillas, que me abandonen las pesadillas, que el olor a sangre salga de mi nariz.

—Cuando me sentí desbordado, yo también me fui creyendo que era lo mejor y me equivoqué.

—Puede que esté equivocándome —le digo frenando en la cocina y girándome hacia él—, o puede que sea mi solución. No puedo más con esto. Con el mundo que te envuelve. No soy capaz de quitarme de la cabeza lo que ha pasado. Las imágenes se entremezclan. —Me toco el puente de la nariz, cierro los ojos y respiro con profundidad—. Todo el rato veo a mi madre, a Diego, a la tal Sarah, los rostros de los otros dos desconocidos, al Pepitas, a Axel, el tiroteo de Biel… No puedo más. —Los ojos se me desbordan y las lágrimas caen por mis mejillas —. Creía que era fuerte, pero ahora entiendo que soy humana. Cuando la mente manda, no hay nada que hacer contra ella. Necesito esclarecerme para poder luchar y ganarle. No puedo permitir que me consuma.

Adán se acerca y, aunque la rigidez y el enfado no desaparecen de su rostro, hace un esfuerzo titánico por secar mis lágrimas con suavidad.

—Allí no podré cuidarte.

—Allí no hay nada de lo que protegerme. Esa es la cuestión. Y necesito que la respetes como yo respeté tu decisión en su momento.

—Claro que voy a respetarla, pero no me pidas que no luche por que te quedes a mi lado. Biel está muerto. Se acabó.

Niego. Nuevas lágrimas se abren paso y él lucha por secarlas.

—Está ese tipo, Sosa, su hermano.

—Nos encargaremos de él.

—¿Y después? Después será otro, otro y otro. Te quiero, te quiero muchísimo, y creía que eso podría con todo: con los años de espera, con los recuerdos, con las dificultades a las que tendríamos que enfrentarnos por nuestra familia… Pero veo que no es suficiente. Tú eres mi felicidad, pero no ahora. Necesito recuperarme y despejarme.

Asiente mientras se traga el enorme nudo que se ha formado en su garganta.

—Bien. Solo serán unos meses. Te esperaré —me dice, seguro.

—No te recomiendo que lo hagas. Yo lo hice durante muchos años y

sufrí lo insufrible viendo cómo la vida cambiaba y seguía sin ti.

—No puedes decirme eso, maldita sea.

Sí, sí que puedo, porque no tengo intención de realizar el esfuerzo gigante de apartarme de su lado ahora que por fin lo tengo y vivir con la presión de su espera. Me iré, respiraré el tiempo que sea necesario y no cargaré en mi espalda el peso de la responsabilidad. Él siempre será una parte de mí, puede que la más importante, pero necesito recuperar la otra, la que me mantiene serena, para amarme a mí primero y poder amarlo a él con toda la calma que nos merecemos después de tanto pasado.

—Necesito ser mi prioridad, Adán.

Lo beso, y lo hago con la intención de dejar en sus labios todo el amor que siento por él para que cada día de ausencia use un poquito. Ojalá cuando se marchó hubiera dejado en los míos su sabor para recordarlo cada noche que las lágrimas me arroparon.

Después, tomando la decisión más dura de mi vida, y no sé si la correcta, me doy la vuelta antes de que descubra cómo la angustia me ahoga y salgo de aquí.

No puedo evitar mirar atrás cuando llego a la puerta que no se ha molestado en cerrar. Su cuerpo rígido, sus manos apretadas en puños y sus ojos brillantes, al límite, será la imagen que me martirice hasta conseguir borrarla de mi mente.

Existen muchas maneras de extrañar. Y yo he experimentado todas y cada una de ellas con tu ausencia.

Cada noche la misma rutina, el mismo miedo, la misma falta.

Yo solo deseaba cerrar los ojos y que desaparecieras, no que tu recuerdo se enredara por entre mis sábanas y me destapara hasta hacerme temblar de frío y de ausencia. Solo quería descender las pestañas para olvidar, y no para que el cielo de tus ojos los abriera de nuevo y me hiciera ver la realidad.

Te he pensado de tantas formas diferentes que podría inventar una enciclopedia sobre ti. Con las sonrisas por los pasillos, las burlas por la mañana o las conversaciones llenas de silencio.

Podría separarlos por secciones y hablar sobre tu cuerpo, pero me niego a que otros conozcan la capacidad de enamorar que tienen tus lunares.

Llámame egoísta, pero a nadie le gusta prestar sus tesoros.

Hoy te he anhelado entre los pliegues blancos de mis sábanas y los rosados de mi sexo. No me escondo. Mis manos han viajado por mi piel como si fueran las tuyas y he recordado aquella primera vez que rocé las nubes con las yemas de los dedos sin montar en un avión. Hoy me he perdido entre jadeos que deberían estar mezclados y, sin embargo, mi habitación ha capturado a solas. Las paredes se han embriagado del placer que me proporciona imaginarte entre mis piernas y he explotado para ellas, ya que no podía hacerlo para ti.

Hay muchas maneras de extrañar, amor. Y yo he experimentado todas y cada una de ellas con tu ausencia.

Continuará…

Agradecimientos

Pensaba que mi tren de la literatura se había quedado parado, pero al parecer solo estaba en huelga debido a la subida del combustible. A veces, necesitamos que la pausa sea un poco más larga de lo habitual para coger aire, montarte de nuevo y no marearte en el trayecto. Bajé con miedo. Siempre hay algo de incertidumbre por perder el tren y no poder subir, por muy acostumbrada que estés a viajar.

En dicha parada, acompañada por los de siempre, me encontré a Ofi La Melodía y a Ángela, que reavivaron las ganas de seguir y recondujeron el proyecto con algo tan loco, precioso y original como ha sido crearle una canción propia y un videoclip a esta trilogía, ciñéndose a mi idea totalmente. Gracias a todos los que habéis participado y lo habéis hecho posible: Ofi La Melodía (artista), Killian Domínguez (productor musical), Sile Oficial (guionista y editor) y a todos los presentes en la grabación o que han cedido su espacio: Francisco Javier García, Ángela Díaz, Noelia Mora, Jaime Blanco, Nazareth Jiménez, José Manuel Bonilla, Azu Bermudo, Mónica Durán, Javi Seven, Ángel María González, los rubios ocultos que se tatuaron un día antes esa *Locura* que es el amor tras haber leído *Donde caben dos, caben tres* y a Sevilla Liberal, que después de tres años sigue con esa puerta abierta para todo lo que se me pasa por el coco.

A mis Uni, mi medio limón y mi pelirrosa, Angy Skay y Ma McRae, por seguir ahí día a día, empujándome del culo y animándome sin descanso. A esta primera también como profesional, por soportar mis subidas y bajadas, acertar con el diseño (tarea poco sencilla tratándose de mí), seguir haciendo el papel de editora, por la maquetación y por dejarlo todo aparcado con tal de que yo siga circulando.

A Bea, por esos minutos invertidos en leerme, darme su opinión y llenarme de ánimos cargados de unas vibraciones increíbles.

A todos los lectores que habéis insistido e insistido para que el tren llegara a vuestra localización. Gracias por no cansaros de esperar, de persuadirme, de chantajearme un poco y de estar, sobre todo, de estar. Sois mi motor.

Para terminar, mientras hecho la cabeza hacia atrás y reposo en el sillón del tren un poco antes de seguir, contaros que un libro es la unión de meses de trabajo, pensamientos, dudas, inquietudes, miedos, alegrías, noches sin dormir, sueños relacionados, documentación, excursiones, inversión de dinero, profesionales detrás… Un cúmulo de todo lo que llevas dentro, que sueltas sobre un teclado a las tantas de la madrugada después de vivir días exhaustivos, de trabajar y de lidiar

con problemas, y que vosotros recogéis mucho después. Agradezco enormemente que, al terminar esta historia o cualquiera que hayas leído, dejes tu opinión en Amazon, redes sociales, etc. Son solo unos minutos y el combustible gratuito que nos hace circular.

Gracias por promocionar mi trabajo y contribuir a que siga creciendo.

Biografía de la autora

Noelia Medina, nacida y residente en Carmona, Sevilla, 1994.

Se considera los dos extremos de una cuerda. En uno se encuentra la escritora de novelas eróticas y románticas sin ningún tipo de tabúes, en el otro, la creadora de relatos juveniles que se centra en las relaciones sanas, la empatía y la convivencia plena de los seres humanos. Para caminar de un extremo a otro de la cuerda de la vida, los cree necesariamente compatibles. Entre medias, combina la comedia, el suspense o cualquier género que le apetezca en ese momento, eso sí, siempre con el amor presente.

Además, es correctora profesional y escritora de artículos, principalmente relacionados con el mundo erótico y la sexualidad.

Entre sus obras destacadas se encuentran *Con las manos en las bragas, la bilogía Tabú, Donde caben dos, caben tres, Aitor, La hija de mi socio* y la actual trilogía *Pecado divino,* una mezcla de todos sus géneros unidos tres tomos. También ha creado historias a cuatro manos como la serie *Mafia de tres* o *El polígrafo sexual.*

Puedes encontrarla en las redes como Noelia Medina Escritora.

[1]Término argentino que significa «Lárgate», «Vete».

[2]Pequeña en catalán.

[3]Largarse, irse.

[4]Expresión argentina que significa «Quererlo todo y más».

[5]Demostrarle nuestros sentimientos a una persona. «Tirar los tejos».